

LA VIDA ESCONDIDA ENTRE LOS LIBROS



Stephanie
Butland

Lectulandia

Una maravillosa novela que es un canto de amor a los libros, un bonito homenaje a la lectura y a todos quienes encuentran en ella su redención en una novela cuya protagonista es del todo inolvidable.

Loveday Cardew prefiere los libros antes que las personas. Si te acercas a ella lo suficiente, podrás ver que lleva tatuadas las frases iniciales de las novelas que más le gustan. Sin embargo, hay secretos de su pasado que jamás te revelará.

Quince años atrás, Loveday perdió todo lo que tenía y amaba en una fatídica noche. Aquel horrible acontecimiento la llevó a convertir la librería en la que trabaja en su único refugio, pero todo está a punto de cambiar: alguien que conoce su pasado está tratando de enviarle un mensaje, y no hay nada que ella pueda hacer para evitarlo.

Será a través de los libros que el lector y la misma protagonista descubrirán la verdad que tantos años lleva escondida.

Lectulandia

Stephanie Butland

La vida escondida entre los libros

ePub r1.0

Titivillus 02.08.18

Título original: *Lost for Words*
Stephanie Butland, 2017
Traducción: Laura Fernández Domínguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Alan

POESÍA

2016

IMPREVISTO

Un libro es el humo que desprende la cerilla un segundo antes de arder.

Archie dice que los libros son nuestros mejores amantes y nuestros amigos más provocadores. Tiene razón, pero yo también la tengo. Los libros pueden hacerte daño.

Creí que lo sabía el día en que me encontré aquel libro de Brian Patten. Pero resultó que aún tenía mucho que aprender.

Normalmente me bajo de la bicicleta antes de llegar al trabajo y camino junto a ella un buen trecho. Una vez pasas la parada del autobús, el camino empedrado se estrecha y lo mismo ocurre con las aceras en esta parte de York, por lo que resulta mucho menos molesto así. Esa mañana de febrero, estaba tratando de sortear a una conductora, que tenía las ruedas delanteras ya en el asfalto, mientras las traseras seguían en la acera, cuando vi el libro.

Estaba en el suelo, junto a la papelera, como si alguien hubiese intentado encestarlo sin éxito y le hubiese importado tan poco que ni siquiera se había detenido a recogerlo. En cualquier caso, me detuve. Por supuesto. ¿Quién no rescataría un libro? La mujer del coche chasqueó la lengua, aunque no le había hecho ningún daño. Parecía la clase de mujer que se pasa el día chasqueando la lengua como si en vez de una mujer fuese una máquina de respuestas negativas. He conocido a un montón de ellas; aparecieron cuando me hice el *piercing* en la nariz. Y les alegro el día si consiguen ver alguno de mis tatuajes.

La ignoré. Recogí el libro. Era *Grinning Jack*. Estaba en perfecto estado, solo un poco húmedo en la contraportada, por haber estado en el suelo, pero, por lo demás, perfecto. Tenía un par de páginas dobladas, limpiamente dobladas, formando pequeños triángulos perfectos en las esquinas. Yo no acostumbro a hacerlo, porque me gusta mantener los libros intactos, y de todos modos, ¿tan difícil es encontrar un punto de libro? Siempre tienes algo a mano. Un billete de autobús, el envoltorio de unas galletas, un trocito de una factura. Pese a todo, me gusta pensar que hay quien encuentra en determinadas páginas palabras tan importantes que le llevan a marcarlas para no olvidarlas nunca. (Lo de marcar, en el sentido figurativo, se viene haciendo desde la década de 1570. Quizá te interese saberlo. Cuando trabajas a cinco metros de cuatro estanterías repletas de diccionarios, enciclopedias y tesauros, sería de lo más grosero por mi parte no saber esa clase de cosas.)

Al grano, que, como dice Archie, me pierdo. La mujer del coche me dijo:

—Disculpa, no puedo ver lo que hay detrás de ti.

Habló educadamente, así que subí la rueda trasera de mi bicicleta a la acera para que pudiera observar el tráfico. Y luego recordé que no debo asumir ciertas cosas, que no debo prejuzgar a la gente. A todo el mundo puede gustarle la poesía. Incluso a

la gente que chasquea la lengua a las ciclistas.

Así que pregunté:

—¿Este libro es suyo? Estaba en el suelo.

Me miró. La vi fijarse en el *piercing* y en que, aunque mi pelo es negro, las raíces son castañas, y luego la vi dudar, pero, para ser honestas, debería admitir que decidí no juzgarme por eso, o puede que mis uñas limpias y mis dientes igualmente limpios acabaran de inclinar la balanza a mi favor. Se encogió de hombros un poco.

—No recuerdo cuál fue la última vez que hojeé un libro que no tuviera pestañas —dijo, y por un momento pensé en darle el libro. Pero antes de que pudiera ofrecérselo, se abrió un hueco en el tráfico, y ella arrancó, murmurando algo sobre ir a nadar con su hijo.

Miré a mi alrededor, para ver si había alguien cerca que hubiera dejado caer al suelo a un poeta de Liverpool, o si alguien estaba volviendo sobre sus pasos, buscando, con la vista clavada en el suelo. Vi a una mujer en la puerta de la licorería que revolvía el bolso, buscando algo, y estaba a punto de acercarme cuando me di cuenta de que era el móvil lo que buscaba, pues acababa de encontrarlo y justo entonces descolgaba. No era suyo, entonces. No había ni rastro de alguien que buscara un libro perdido. Pensé en dejarlo en el alféizar de la licorería, como harías con un guante abandonado, pero con aquel tiempo el libro no tardaría en echarse a perder, así que lo metí en la cesta —sí, tengo una bicicleta con una cesta en la parte delantera, ¿qué pasa?— y seguí mi camino hasta la tienda de libros de segunda mano en la que trabajo desde hace diez años, desde los quince.

Los miércoles entro más tarde porque los martes me quedo hasta tarde por culpa del club de lectura, que por lo general degenera en algo mucho menos interesante después de la segunda copa de vino. Una de las asistentes se está divorciando. Las demás la envidian, o no lo aprueban, aunque fingen compadecerla. Para un rato, está bien, pero, a la larga, resulta desagradable, como Swift.

Una de las cosas que me gustan del club de lectura es que nos limitamos a acogerlo, no lo organizamos nosotros, así que puedo tomarme una taza de té y ordenar la librería, y escuchar un poco lo que dicen, y retirarme a la inopia cuando me apetece. Me permite hacer cosas que no puedo hacer cuando la tienda está abierta; es increíble la de cosas que puedes llegar a hacer cuando no te interrumpen. Archie dice que si todo dependiera de mí, las librerías parecerían viejas tiendas de comestibles, tendrían un mostrador y estantes detrás de él, y nadie podría desordenar los libros que yo tan maravillosamente habría ordenado. Yo le digo que no está siendo justo conmigo, pero lo cierto es que no le diría que no a un Carnet del Buen Cliente de Librería. Para conseguirlo, no tendrían más que aprender ciertas normas básicas: dejar el libro en el sitio en el que lo has encontrado, tratarlo con respeto y no comportarte como un imbécil con la gente que trabaja en la librería. No es tan difícil. Piénsalo.

Cuando entré, todo estaba muy tranquilo. Se me había hecho un poco tarde, en

parte por culpa de Brian Patten, pero de todas formas llegaba a tiempo para el turno de las once. Me quedo después de cerrar lo bastante a menudo para que Archie haga la vista gorda cuando tengo un capítulo urgente que terminar, así que no pasa nada. Después de poner el candado a la bicicleta, entré en la cafetería de al lado para pedir un té y un café para Archie antes de empezar mi turno. Si ignoras las flores de seda y los ridículos carteles en los que puede leerse CUANDO LLEGAS, ERES UN EXTRAÑO; CUANDO TE VAS, UN AMIGO, podrías considerar al Café Ami un vecino considerablemente bueno.

Me encanta entrar por la puerta de Sin Palabras. Huele a papel y a humo de pipa. Archie ya no fuma en la tienda, al menos oficialmente. Aunque sospecho que sigue haciéndolo cuando está solo. Pero todos los años en que no dejaba de hacerlo se han quedado aquí, incrustados en las paredes, en la madera y en las páginas de los libros. A veces cuando estoy ahí de pie, rodeada de estanterías, tengo la sensación de estar en un bosque, aunque nunca he estado en uno, ahora que me paro a pensarlo. Y si lo estuviera, supongo que el hecho de que olera a humo no sería una buena cosa. Da igual. El caso es que le di a Archie su café.

—Gracias, mi siempre eficiente mano derecha —dijo. Archie es zurdo y cree que ese tipo de comentarios son graciosos. Le dirigí una sonrisa sarcástica y le di un golpecito en el chaleco. Hay un montón de Archie bajo ese chaleco. Si quisieras apuñalarle, tendrías que hacerte con un cuchillo muy largo para llegar a alguno de sus órganos vitales. Cogió su pipa—. Voy a tomar un poco el aire —dijo—. Pórtate bien en mi ausencia, Loveday.

—Como siempre —dije.

Hay ventanales a un lado y a otro de la puerta de la tienda y junto a uno de ellos hay un enorme escritorio de roble. Archie dice que se lo ganó a Burt Reynolds al póquer a finales de los setenta, pero da detalles muy vagos. Si todas las historias que cuenta Archie fueran ciertas, él tendría como trescientos años; según él, lleva veinticinco años al frente de la librería, y antes estuvo en la marina, vivió en Australia, montó un bar en Canadá «con la única mujer que ha sido capaz de entenderle», trabajó como crupier en Las Vegas y pasó un tiempo en prisión en Hong Kong. De todo eso, me creo lo de la librería y (puede que) lo del bar.

El escritorio es precioso, si alcanzas a verlo bajo el montón de papeles que lo cubren. El buzón queda a la izquierda, junto a la puerta de la tienda, justo donde acaba el escritorio. A veces se acumulan el correo y los periódicos gratuitos de tres días. Yo los tiro, pero todo lo que hace Archie es poner más cosas encima.

El otro ventanal tiene un pequeño asiento, que es tan cómodo como parece, es decir, incomodísimo, pero la gente que ha crecido viendo *Ana de las Tejas Verdes* no puede evitar sentarse. No duran mucho. Creo que ese tipo de asientos son una de las cosas que siempre quedan mejor plasmadas en los libros, como las ferias del condado que se celebran los lunes de fiesta, el sexo y viajar y casi cualquier cosa que se te ocurra.

Tenía mucho que hacer. Sé que se supone que debería apreciar el hecho de haber dormido un poco más, pero siempre que llego tarde tengo la sensación de que el día va más deprisa que yo, que no hay forma de que pueda recuperar el tiempo perdido. Lo único bueno es que no he tenido que meter dentro las bolsas de libros que la gente deja cada mañana en la puerta porque no son capaces de diferenciar una librería de segunda mano de una organización benéfica.

La madre de mi padre solía levantarse en cuanto salía el sol. Todavía puedo oírla decir: «Es la mejor parte del día, pequeña», con su voz chillona y sus ojos sonrientes. Los padres de mi padre son las primeras personas de las que tuve conocimiento que habían muerto. Fuimos a Cornualles dos veces aquel año, una en primavera, cuando la abuela murió de cáncer de estómago, y otra vez en otoño, cuando el abuelo decidió seguirla, y recuerdo que todo el mundo movía la cabeza y decía: «Corazón roto». Supongo que tenía cuatro o cinco años. Recuerdo pensar que era raro que hubiesen fallecido los padres de mi padre y que mi madre fuese la única que llorara. La playa a la que solíamos ir estaba cerca de Falmouth —que es de donde era mi padre— y parecía sacada de un libro; en mi memoria, la arena es amarilla y el mar como pintado con rotulador azul. Nuestra casa estaba cerca del mar en Whitby, pero la playa de Cornualles era distinta. Era mágica. Cuando murió el abuelo no volvimos a ir. Papá decía que él y la tía Janey no se querían lo suficiente, así que supongo que no había ningún motivo para seguir yendo.

Empecé ordenándolo todo un poco y luego me dediqué a organizar los pedidos. Archie no es nada fiable con el ordenador —puede hacerlo, pero a veces se equivoca—, así que primero consulté el correo electrónico sentada al escritorio, aprovechando que él había salido a fumar. No había nada del otro mundo: nos pedían un libro que no teníamos y nos encargaban otro que sí. En cinco minutos lo tuve listo, así que me puse con los pedidos realizados en la misma tienda. Había empezado a dejar que fuesen los clientes los que anotasen lo que buscaban, porque Archie se limitaba a apuntar los que le resultaban interesantes.

Solo había uno nuevo, y además era de un libro que teníamos arriba, en el almacén, así que fui a buscarlo y lo metí en la bolsa de papel marrón, anoté el nombre del cliente en ella, le llamé para decirle que ya lo teníamos y coloqué la bolsa en la estantería de detrás del mostrador. Era un libro de Jean M. Auel, algo que Archie no habría considerado lo suficientemente bueno para tenerlo en cuenta. Vale que era un libro de cinco libras, pero me apuesto lo que sea a que todas mis ventas de libros baratos suman más que las de las preciadas primeras ediciones de Archie. De hecho, no necesito apostar. Veo las cifras. Archie me lleva a las reuniones con el contable, para que me quede con lo que él se pierde. Empieza asintiendo con la cabeza y acaba con la barbilla pegada al pecho, profundamente dormido. Es divertido, parece más pequeño cuando duerme. Cuando está despierto y hablando parece demasiado grande para la tienda, demasiado grande para York, aunque dice que es la ciudad perfecta para él. Una vez le pregunté cómo fue que montó la librería, y me dijo: «Había

llegado el momento de contenerse», lo que resulta una respuesta de lo más ridícula. Otra vez me dijo que había venido a York a visitar a un amigo y que se puso «tan contento» que había comprado el negocio dejándose llevar por un capricho. Me parece igualmente ridículo, pero lo más probable es que sea cierto.

Ben, que se dedica a vaciar casas y que a veces nos trae libros, había llegado con un par de cajas, y a juzgar por los lomos, iban a sumarse a la sección Biografías de Músicos (clásicos), donde serían muy bienvenidos; esa sería mi tarea del día. Me gusta cuando llegan cajas así, con libros sobre un tema en concreto, más que una colección de novelas de cualquier cosa. Hace que sienta que estoy pasando el rato con alguien que tiene, digamos, algo de sustancia. Además, siempre puede encontrar aquello que a Archie le gusta llamar un tesoro enterrado. Es más probable que una persona que ha coleccionado libros de un determinado tema tenga una primera edición o algún que otro volumen raro, y que nunca haya pensado en lo que podía valer, porque el valor, para ellos, estaba en lo que había escrito. Personalmente, estoy con ellos, pero, como diría Archie, no soy yo quien paga el alquiler.

Antes de ponerme con la caja, hice un cartel de ENCONTRADO, a la manera en que la gente hace carteles de DESAPARECIDO cuando pierde un gato. Y quién sabe si al gato no le ha salido algo mejor y se ha ido cagando leches de allí por eso. El cartel decía: ENCONTRADO UN *GRINNING JACK* DE BRIAN PATTEN. SI ERES EL (DESPISTADO) DUEÑO, ENTRA Y PREGUNTA POR LOVEDAY. Lo pegué en la ventana y guardé el libro en la parte de atrás, al otro lado de la puerta en la que podía leerse PRIVADO. Si nadie más iba a apreciarlo, yo sí.

Archie tardó media hora en fumarse la pipa, y aprovechó para charlar y cotillear con todo aquel que pasaba por delante de la tienda, y, al fin, volvió a entrar. Le trae sin cuidado el tiempo que haga, y yo admiro su determinación, aunque soy muy consciente de que si fumara cigarrillos no sería tan comprensiva. El olor de los cigarrillos me recuerda a mi padre. Mi madre le obligó a dejar de fumar cuando tuvimos que apretarnos el cinturón. Incluso ahora, el humo de cigarrillo me incomoda, y al mismo tiempo me recuerda a casa.

Había una biografía de J. S. Bach en la caja, y cuando la abrí, encontré un pedazo de papel vegetal cuidadosamente doblado que encerraba una rosa. El papel crujió mientras lo abría, pero no se rompió; la rosa parecía más frágil que el envoltorio, y contuve el aliento, no quería tocarlo, temía que se rompiera. Los pétalos podían haber sido rosados, pero se habían vuelto de un gris ceniciento al apartarlos de la luz y el aire. Volví a doblar el papel y lo colgué en el tablón de anuncios para objetos que encontrábamos en los libros dispuestos en la parte delantera de la tienda. Me preguntaba quién habría querido conservar aquella rosa y por qué; quien fuera podía haberlo hecho llevado por un impulso, o no, podía ser algo verdaderamente importante para él. Supongo que nunca lo sabré. Pero es bueno que algo te recuerde, de vez en cuando, que el mundo está lleno de historias que son, al menos potencialmente, tan dolorosas como la tuya.

Una semana después, nadie había preguntado por el Brian Patten. Había decidido quitar el cartel aquella misma tarde. Mi plan era guardar el libro bajo el mostrador y regalárselo al primero que comprase algo que me sugiriera que podría gustarle. No iba a venderlo; no me parecía justo. Sí, a veces pienso más de la cuenta. Hay cosas peores.

Estaba almorzando en la trastienda, que no es gran cosa: un retrete y un lavabo minúsculos detrás de una puerta de madera mal ajustada a la que necesitas dar un tirón para cerrarla y otro para abrirla, un sofá justo delante de la salida de incendios, una estantería y, debajo, una papelería y una aspiradora. El sofá es grande y cómodo, y ocupa casi todo el espacio: tengo que sentarme con las piernas cruzadas encima. Me había traído cereales y un plátano para comer —que es lo mismo que desayuno, pero como me gusta desayunar, ¿por qué demonios no puedo desayunar dos veces al día? — y estaba casi acabando cuando escuché a Archie que me llamaba.

Cuando Archie me llama es porque uno de «mis» clientes (es decir, uno de los que no le caen bien) acaba de entrar por la puerta. Nunca me pregunta por los libros, porque jura que conoce hasta el último título que tenemos en la tienda, y además sabe dónde encontrarlo.

Archie y yo nos parecemos en lo de no tolerar bien a la gente molesta, lo que no es precisamente una ventaja cuando te dedicas a la atención al cliente, como él dice, pero lo bueno es que la gente que nos cae bien a uno y a otro no se parecen en nada. A mí, por ejemplo, no me gusta la gente que se ríe. Él dice que no hay nada malo en un poco de *joie de vivre*. A él no le gusta la gente que huele mal. Yo opino que no debe juzgarse a la gente por sus circunstancias y que a los libros les trae sin cuidado cuándo fue la última vez que te diste un baño. No me gusta la gente que intenta regatear o que te suelta que puede encontrar ese mismo libro mucho más barato en internet. Esa gente no es consciente de que, si buscan libros realmente raros, lo más probable es que, aunque los busquen en internet, acaben por comprárnoslos a nosotros igualmente, y que encima les cobraremos los gastos de envío. Me encanta cuando eso pasa. Un poco de desgracia ajena te ayuda a sobrellevar los veinte minutos de cola que vas a tener que tragarte en correos. Me siento como Becky Sharp en *La feria de las vanidades*.

A Archie no le gusta esa gente a la que él llama superfans, pero a mí me encanta la gente que se apasiona de esa manera. No hay nada malo en querer tener todas y cada una de las ediciones de un mismo libro que ha publicado un escritor en concreto, y casi todos los autores que reciben ese tipo de atención en nuestra librería están muertos, por lo que, si a ellos no les molesta la obsesión de sus fans, a nosotros tampoco debería molestarnos.

Se me ocurrió pensar que el visitante quizá fuera un coleccionista, porque Archie me los coloca automáticamente, sin importarle si he acabado de comer o no. Soporto

sus pequeñas infracciones de la ley laboral porque sus virtudes superan sus defectos en una ratio de tres a uno. Y hay una señora mayor fan de la novela gótica que tiene un sexto sentido para aparecer en el momento en el que aún puede arruinar mi almuerzo, así que esperaba encontrarme con ella cuando salí, pero cuando rodeé la sección de cocina, vi que Archie estaba hablando con un desconocido. Lo recordaría si nos hubiéramos visto antes.

Llevaba una chaqueta de cuero y el pelo cortado a cepillo, unas Doc Martens de un azul metálico con los cordones atados de formas distintas, y una risa —Archie parecía, contra todo pronóstico, desplegar todo su encanto— como el mar sobre la arena. Archie me vio venir y me llamó la atención.

—Prepárate —estaba diciendo—, no le gusta la gente que no se porta bien con los libros.

—Me parece bien —dijo el desconocido—. A mí tampoco me gustan.

—Aquí está —dijo Archie—. Mi pequeña granuja. —Por un momento, y fue un momento horrible, pensé que iba a volver a contar la historia de «cómo conocí a Loveday», pero logró resistirse.

—¿Os ayudo con algo?

—Claro —dijo el desconocido—. En realidad, ya lo has hecho, creo. —Sonrió; sus dientes eran perfectos, eran dientes de clase media, que había costado enderezar, pero en los que sin duda alguien había invertido dinero.

—¿En serio? —Iba a tener que contármelo.

—Loveday —dijo Archie—, este señor está buscando a un poeta.

—El anuncio. El del escaparate. El libro. —La voz del desconocido era clara, no había forma de detectar un acento concreto en ella, y tampoco era exactamente pija.

—Me lo encontré en el suelo —dije. Sonó acusatorio. No me importó. La poesía ya lo tiene lo suficientemente difícil para que encima la gente vaya tirándola por ahí.

—Creo que se me cayó del bolsillo —dijo—. Es bastante profundo, pero había estado leyendo en el autobús y me di cuenta en el último momento de que casi me paso la parada, y creo que no me lo guardé bien. —Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y desapareció hasta la muñeca. Me fijé en que sus manos eran grandes, estaban en proporción con el resto de su cuerpo, sus dedos, delgados, la punta de su pulgar arqueándose, alejándose del resto, como si pudiese echar a correr.

—Guau —dije. Pensé que podría currárselo un poco más, aunque me parecía divertido el hecho de que estuviera excusándose de aquella manera, como quien llega tarde a una entrevista de trabajo.

—Y me encantan los poetas de Liverpool —añadió—. Los he estudiado. La gente no tiene ni idea de que fueron ellos quienes inventaron la *performance* poética. Inventaron a los Beatles, si me apuras.

No tenía por qué escuchar su discurso.

—Iré a por él —dije.

Cuando volví a la trastienda tomé una cucharada de cereales, pero ya se habían

hecho una pasta.

—Nuestro nuevo amigo descuidado también es poeta —dijo Archie cuando regresé.

—Entonces debería saber que no está bien doblar las esquinas de las páginas de los libros de poemas —le dije, devolviéndole su Brian Patten. No iba a impresionarme. En casa tengo un par de cuadernos con poemas que he escrito, y no voy diciendo por ahí que soy poeta. Digo que trabajo en una librería, si es que eso le interesa a alguien.

—Lo sé, es una costumbre horrible —dijo el poeta de la chaqueta de cuero, y sonrió. Le devolví la sonrisa, aunque no lo pretendía. Las sonrisas dan más de lo que crees. Son mucho más que un puñado de dientes.

Se metió el libro en el bolsillo y sacó la solapa por fuera, para dejarme claro que había aprendido la lección. Estábamos a principios de marzo, aún hacía frío. Me pregunté qué llevaría en verano.

—Bueno, seré más cuidadoso de ahora en adelante. —Hizo un gesto que interpreté como un saludo, pero en realidad fingió retirarse el sombrero, aunque no llevaba ningún sombrero, por lo que resultó un tanto estúpido, o debió parecerlo. Luego me tendió la mano y se la estreché—. Gracias, Loveday —dijo—. Nathan Avebury. —Sus muñecas también eran delgadas, perfectas.

—No hay de qué —dije. Por eso no me gusta hablar con la gente. Nunca se me ocurre nada interesante. Necesito tiempo para encontrar las palabras, y me resulta complicado cuando la gente me está mirando. Además, no me gusta demasiado la gente. Bueno, algunos están bien. Pero no los suficientes para considerarlo un hecho.

Cuando se volvió para irse me di cuenta de que tenía algo en la mano. Una moneda de chocolate, envuelta en papel de aluminio dorado, que me hizo recordar las felices mañanas de Navidad de hacía demasiado tiempo. Si en ese instante hubiera estado mirándome, esperando mi reacción, lo habría considerado un espectáculo bochornoso. Pero justo entonces la campanilla tintineó y, cuando levanté la vista, ni siquiera quedaba rastro de él fuera de la tienda.

—Vaya —dijo Archie—. Nathan Avebury.

—¿Le conoces? —pregunté.

No hay mucha gente que Archie no conozca en este rincón de York. Es amigo de los bármanes, aunque cada vez quedan menos, porque los pubs se están transformando en restaurantes, y los dirigen amantes de la comida, no amantes de la bebida. Compra mucho en las tiendas de los alrededores; compra cojines y cuadros en los que aparece algún tipo de playa, chocolate artesanal y montones, montones de queso. Su médico no deja de advertirle sobre su colesterol y sobre lo bien que le iría perder un poco de peso, pero Archie dice que llevarse bien con la gente es mucho más importante que poder verse los pies.

—Solo sé lo que dicen de él —comentó Archie—. Hace un tiempo era una joven promesa.

Sabía que estaba esperando a que le pidiera detalles, así que me negué a pedírselos. Volví al sofá y me comí el resto del plátano, y cuando volví a la tienda, quité el anuncio de ENCONTRADO del escaparate. Luego me dediqué a seguir hurgando en la caja repleta de biografías de músicos.

No encontré ningún otro tesoro entre las páginas, ninguna otra flor seca, ninguna postal que hubiera hecho de punto de libro, ningún nombre anotado que me diese qué pensar. Mi favorito de siempre: una edición de 1912 de *Mansfield Park* en la que habían escrito, con cuidadosa caligrafía infantil, «Edith Delaney, 1943», en el interior de la cubierta. Alguien había tachado el «Delaney» y había escrito «Bishop» justo debajo. Pero también el «Bishop» había sido tachado, y habían escrito otro nombre, más largo, un nombre compuesto, indescifrable. Yo apuesto por «Brompton-Smith». Y luego alguien había escrito «Humphrey» justo debajo. Es la misma letra todo el rato, pero es la letra de alguien que se está haciendo mayor. Tengo el libro en casa. A mi sueldo puedo sumarle algún que otro libro de vez en cuando, y este fue uno de los primeros que me llevé. Lo miro y pienso: «Bueno, Edith Delaney-Bishop Brompton-Smith Humphrey, espero que te casaras con todos ellos porque te gustaban, aunque Brompton-Smith resultara un capullo, por lo que parece. Me alegro de que no los echaras de menos».

Las noches de los miércoles son noches de *bridge* para Archie, así que salió temprano de la tienda, con su abrigo Crombie de cuello de terciopelo verde musgo, soltándome un «¡adiosito, Loveday!». Yo me quedé hasta tarde, escarbando en la caja, poniendo aparte los libros que Archie podía considerar dignos de atención. Siempre me encierro a las cinco, porque hacia el final de la tarde acostumbra a pasarse Rob e intenta convencerme para que volvamos a salir juntos porque empezamos con mal pie. No es que vaya a intentar hacer nada que no me guste —no se atrevería—, pero no puedo con él. Bueno, no puedo con los hombres en general, así que si ya de por sí no siento nada, mucho menos si la cosa acaba en bronca.

A las cinco y cuarto, alguien llamó la puerta, y allí estaba Rob, con su cara sonriente, haciendo gestos para que le dejara entrar. Negué con la cabeza, señalé el cartel de CERRADO y seguí con lo que estaba haciendo. Llamó un par de veces más, pero lo ignoré. Luego oí una especie de crujido, un cascabel, y me di cuenta de que estaba tratando de meter una rosa en el buzón. Es uno de sus trucos. También me trae bombones y se los da a Archie porque sabe que no los voy a aceptar. Yo no me los como; los dejo encima de la mesa y les coloco un letrero en plan «una ayudita», y en menos de una hora no queda ni uno. Me gustaría pensar que Rob lee el letrero y se lo toma como una indirecta —en plan, «por favor, busca ayuda»—, pero si llega cuando los bombones se han acabado, solo parece molesto.

Rob se quedó un rato de pie junto a la puerta, esperando a que fuese a buscar la rosa, pero no lo hice, así que se largó, dando un último y sonoro tirón al pomo.

Recogí el tallo y aplasté los pétalos, y cuando me disponía a tirarlo todo a la papelera, volví a oír el campanileo del buzón. Me sobresalté. Di media vuelta y vi la espalda de una chaqueta de cuero alejarse. Había dejado un folleto en el buzón.

VELADA POÉTICA EN EL GEORGE AND DRAGON
MIÉRCOLES A PARTIR DE LAS OCHO DE LA TARDE.
3 LIBRAS LA ENTRADA. MICRO ABIERTO.

Había detalles de Facebook en la parte inferior. Lo colgué en el tablón de anuncios de la librería, que está justo al lado del mío, en el que cuelgo cosas que he encontrado en los libros, cerré y me fui. Pasé por el George de camino a casa; está en la esquina, justo donde empieza el carril bici.

No entré.

Me pregunté si la espalda de aquella chaqueta de cuero sería lo último que vería de Nathan Avebury. No lo fue. Regresó la semana siguiente.

—Hola, Loveday —dijo.

Me volví, asentí y seguí con lo que estaba haciendo. No me pagan para pasar el rato con cualquier poeta que se deje caer por la tienda. Eso es cosa de Archie.

Estaba ordenando la sección de ciencia ficción —que nunca dura en orden más de medio día— cuando entró. Yo estaba de espaldas a la puerta y oí a Archie saludar a alguien. No me molesté en volverme para ver quién era, porque Archie da la bienvenida a la mayoría como si fuesen dignatarios extranjeros, amantes o, qué sé yo, alguien que acabase de volver de entre los muertos.

Nathan no se movió. Seguía ahí cuando llegué a Wilder, Wyndall y Zindell. Me puse en pie. Estaba mirando las estanterías, ociosamente, como si estuviera matando el tiempo, esperando algo. A un librero, por ejemplo.

Aún llevaba las botas anudadas de forma distinta, una con los cordones cruzados, por delante, y la otra, de forma convencional. Me pregunté si se había dado cuenta, o si le importaba. Se fijó en que le miraba.

—Un truco de mago —dijo—. Distrae a la gente que se da cuenta. Además, me permite distinguir a los observadores de los que no lo son, y andarme con mucho cuidado.

Asentí. Tenía sentido. Lo prefería al descuido o a la pose. Eso si me hubiese importado, que no era el caso.

—¿Mago? —pregunté, y luego recordé—. La moneda de chocolate.

—Magia en directo —dijo—. Es a lo que me dedico, mi día a día, aunque es un trabajo más de tardes y noches. Por las tardes hago fiestas infantiles; por las noches, eventos corporativos. La poesía no da para el alquiler.

Me reí. No estoy segura de por qué. Supongo que me pareció divertido que se dedicase a la magia. La gente acostumbra a trabajar en tiendas, o son operadores de telefonía, o sirven té con leche a los turistas con un gorritos ridículos, al menos por aquí.

—He pensado en venir a echar un vistazo a la sección de poesía —dijo.

—Te la enseñaré.

La tienda no es muy grande, pero zigzaguea mucho, y es más sencillo acompañar al cliente que explicarle dónde encontrar las cosas. Los libros de poesía están en la pared del fondo, junto al teatro y los mapas antiguos. Archie no es muy fan de la poesía y el teatro porque dice que no deberían publicarse por escrito, de ahí que los pusiera en el rincón más oscuro que encontró. Las paredes están cubiertas de estanterías, de una manera un tanto caótica, puesto que están situadas a alturas y profundidades distintas. La ficción está por todas partes, rodea la librería entera, y en el centro de la tienda hay un puñado de estanterías independientes, de espaldas unas a otras, y en ángulo recto entre sí, distribuidas alrededor de una mesa central. Todas son diferentes, lo único que tienen en común es que están hechas de una especie de madera vieja, sólida, que no se queja por más que tenga que soportar pesados volúmenes de no ficción de gloriosas formas. A mí dadme una novela en cualquier momento.

Llevé a Nathan hasta la pared del fondo. Sus botas rechinaban detrás de mí y de repente fui consciente de mi espalda, mi culo, mi nuca, donde aleteaba mi melena, que me había recogido para apartármela de la cara. Me erguí, y me di la vuelta cuando llegamos.

—Poesía —dije.

—Gracias —dijo Nathan. Sonrió. Sonreía a menudo.

—Forma parte del servicio —dije.

Entonces apareció Melodie. Cuando estamos inundados de trabajo, Archie hace que venga para echarnos una mano colocando libros en las estanterías, y es de gran ayuda, pero no deja de parlotear, parece un pinzón enjaulado, y me vuelve loca. Cuando no está trabajando de lo que habitualmente trabaja —guía de rutas turísticas— y se pasa por la tienda, la trata como su sala de estar, se sienta a la mesa con un café, hace llamadas de teléfono que no puedes evitar escuchar y usa nuestro wifi. Nunca podríais pagarme lo suficiente para que me dejase enrolar en una de sus rutas turísticas por York, pero lo más probable es que se le dé bastante bien. Melodie tiene los ojos grandes y una boca diminuta que no calla nunca, es una gatita descarada. Creo que su madre es de Malasia, aunque no tengo ni idea de por qué acabo de recordarlo. Cuando está en la tienda, se sume en un monólogo imparable, que intento acallar centrándome en mi propio parloteo mental, pero algo parece que se me queda. Ella no piensa desfallecer en su huida hacia delante, que solía decir mi padre.

—¿Loveday va a enseñarte la sección de poesía? —preguntó Melodie.

—Eso es —dijo Nathan.

—Orden alfabético —dijo Melodie—. Lo hice la semana pasada. Me gusta mantener el orden entre mis poetas. —Habla en una especie de dialecto pirata que creo que ha sacado de una película, porque sé que creció en Pickering.

—Tomo nota —dijo Natahan—. No pienso desordenarlos.

—Hola. —Le tendió una de sus pequeñas manos, con la palma hacia abajo, como si pretendiera que la besara.

Él se la estrechó y sonrió.

—Soy Nathan Averbury.

—Nathan Averbury —repitió Melodie—, encantada de conocerte. Soy Melodie. Como en la música. —Sostuvo la moneda de chocolate en alto, la volvió hacia la luz, la hizo girar lentamente, tan indiferente como os podáis imaginar, como si hubiese esperado desde el principio encontrársela en la mano.

—Melodie trabaja aquí ocasionalmente, cuando tenemos mucho lío —apunté.

—Loveday trabaja aquí siempre —añadió Melodie—, cada día. Este es su mundo. Yo voy y vengo, sin ataduras —dijo, y se volvió, lanzando una mirada felina, y yo miré a Nathan, preguntándome qué pensaría de lo que había dicho. La observó mientras se alejaba; llevaba unos vaqueros cortos, medias negras, unas deportivas y una chaqueta a rayas; luego me miró a mí y sonrió.

—Es un mundo estupendo en el que pasar todos los días —dijo. El azul de sus ojos era del tipo con el que se hacen las cubiertas de los libros de autoayuda, para sugerir claridad y calma.

—Sí —dije. Me gustó que no criticara a Melodie. Ella no me gusta, pero tampoco me gusta la gente cruel, especialmente cuando tienen delante blancos tan fáciles. Como mujeres tatuadas con *piercings* en la nariz, por ejemplo. Pese a todo, cuando subo al autobús, casi siempre consigo sentarme.

Nos miramos el uno al otro durante un minuto en el que deseé ser como Archie y poder iniciar una conversación con cualquiera sobre cualquier cosa. La mitad de la gente que entra en la tienda son personas que ha conocido en la inauguración de alguna galería de arte, o mientras compraba salchichas en el mercado de agricultores. Le encanta. A mí no. No me gusta la gente que no conozco. Me cuesta sentirme a gusto con ellos, y, cuando lo consigo, tampoco es que hable mucho, y lo que digo no es nada del otro mundo. Archie dice que mantengo a buen recaudo todo aquello que me hace interesante y que llegar a conocerme supone un ejercicio de fe recompensado. Creo que piensa que diciendo eso está siendo amable.

No se me ocurría qué contestarle, así que le dije:

—Te dejo solo.

—Estupendo —dijo Nathan.

Había llegado otra caja. Estaba llena de libros de bolsillo de gama media de los noventa, de clásicos Penguin, los que tenían las portadas negras y cuadros de la National Gallery en la portada, y parecían nuevos. Nada especial o, cuando menos, nada notable: Eliot, Trollope, Dickens.

Tenemos lo que Archie llama una «barra del desayuno» en la parte posterior de la tienda. Es básicamente un estante profundo fijado en mitad de la pared, y un taburete alto en el que sentarse cuando trabajas allí. Hay un par de tazas viejas, llenas de bolígrafos y trozos de papel para las notas. Nos sentamos allí para ordenar los libros que nos llegan. Digo «nos», pero Archie no es muy fan de esa parte del negocio. En cualquier caso, quien lo hace (yo) puede trabajar mientras vigila la tienda: hay un espejo convexo fijo en la parte superior para ver quién entra y quién sale, si estamos solos. Archie me deja hacer una primera criba, y luego le echa un vistazo a las cosas que considero interesantes. Tenía dieciocho años y ya llevaba tres trabajando allí cuando me dejó hacerlo por primera vez sola. «Ahora sí, Loveday —dijo aquel día—, considérate cualificada para hacerlo.» Aquello significó más para mí que cualquier excelente que me hubiesen puesto nunca, más que los aplausos al final de la obra de teatro del colegio en la que participé de niña. No regresé directamente a mi piso esa noche. Fui al río, me senté en la orilla y pensé: «Loveday, podría estar bien».

Cuando empecé a sacar los clásicos de Penguin de la caja, me sentí un poco extraña. Empecé a verme desde fuera, como si algo importante estuviese a punto de pasar. Se parecía a la sensación que tuve cuando retiré la sobrecubierta polvorienta de un libro de los años treinta que acababa de llegarnos y que parecía de lo más corriente, y descubrí que en realidad era un ejemplar de *El amante de Lady Chatterley*, camuflado para pasar por la aduana. Son muy raros porque, una vez llegaban al país, lo normal es que se retirase la sobrecubierta. Sabía que valía cientos de libras y al mismo tiempo no podía creerme que estuviera en mis manos. Pero no había nada en aquella caja que fuese algo especial para un coleccionista, así que aquella sensación de asomarme al abismo estaba fuera de lugar.

Luego me di cuenta de que no era así. Todos esos libros los había tenido mi madre. Cada uno de ellos. Ella sabía que los libros eran importantes, y le gustaba que me gustara leer, y me animaba a hacerlo. Tenía una pequeña colección de estanterías en la sala de estar, bajo las escaleras; vivíamos en un diminuto edificio nuevo, en las afueras de Whitby, que probablemente parecía bastante grande antes de que llegaran los muebles, pero que se quedó pequeño incluso para mí de pequeña.

La estantería superior estaba repleta de los clásicos de Penguin de portada negra, la del medio, de los libros que no quería tener en mi cuarto —libros sobre ponis, hadas, libros ilustrados de los que no quería deshacerme, aunque sabía que era demasiado mayor para leerlos—, y en la de abajo había revistas de autodefinidos y sopas de letras y revistas femeninas que una amiga de mi madre, Amanda, le pasaba, aunque no sé si las leía. Arriba de todo había fotos en marcos, en todas las combinaciones de parejas posibles —yo y mamá, yo y papá, mamá y papá— porque mi padre adoraba su cámara, y solo podíamos hacer fotos cuando él estaba con nosotras, y cuando estaba con nosotras quería que pasásemos tiempo juntos, los tres, nadie más, para que pudiéramos sacarle el máximo partido posible. Nosotras también lo adorábamos a él. ¿O era él el que nos adoraba a nosotras? Dios, no es que me

gusten muchas cosas, pero me encantan las palabras. Parecíamos felices en las fotos, creo. Después, cuando los marcos se rompieron, dejó de haber fotos en la parte superior de aquel montón de estanterías.

Como iba diciendo, los libros no eran nada del otro mundo. Podías conseguirlos en cualquier librería, donde quisieras. Pero el hecho de que fueran los que habíamos tenido en casa me hizo sentir..., bueno, algo. Un pinchazo en mis pulgares.

Cogí los clásicos de Penguin y los puse en pie, con los lomos hacia fuera, contra la pared, en la parte de atrás de la estantería de la barra del desayuno. Quería ver cómo quedaban. ¿De verdad podían ser los que recordaba, o veía algo que no era?

Al principio no estaba muy segura.

Luego recordé que mi madre solía ordenar las cosas alfabéticamente guiándose por la primera palabra del título. A veces me he preguntado si no deberíamos hacerlo así aquí. La mayoría de la gente recuerda más los títulos que los autores, por lo que podría tener sentido. En casa los ordeno en función de los «leídos» y los «no leídos», y voy moviéndolos de un estante a otro. Lo que me digo es ¿por qué perder un valioso tiempo de lectura clasificándolos?

La biblioteca de mi madre empezaba con *Ana Karénina* y terminaba en *Cumbres borrascosas*. Decía que así le parecía que estaban más ordenados. También solía organizar la ropa por colores, lo que era estupendo si querías que tu chaleco y tus medias fueran a juego, pero nada útil si lo que querías era encontrar uno de cada. Mi padre solía burlarse de ella. «¿Cómo describirías a tu madre, Loveday?», solía preguntarme, y a mí lo único que se me ocurría era poner los ojos en blanco.

Cuando hube reorganizado los libros por títulos, me sentí mareada. Como si me hubiese acercado demasiado al borde del acantilado y la tierra empezara a deslizarse bajo las suelas de mis zapatos. Porque parecían ellos. Parecían los libros que había en la estantería de nuestra casa.

Podía oler los olores de aquella primera casa: la sal del mar y la tierra húmeda de las muchas plantas de mi madre (todas moribundas, nunca aprendió a cuidarlas). Era una casa de alquiler y mi madre solía decir que, cuando tuviéramos una casa nuestra, lo pintaría todo de verde. «Entonces hay algo bueno en vivir aquí», decía mi padre, y a veces lo decía de forma divertida; otras, en cambio, mi madre reaccionaba alargando una mano para tocar su brazo o su mejilla y susurraba un «oh, Patrick».

Había exactamente veintiséis libros delante de mí, en aquel estante. Acababa de contarlos. Y volví a contarlos otra vez, como un hombre con un detector de metales que no puede creer que lo que hay en su mano sean monedas.

Veintiséis libros. Los que mi madre compró, a razón de uno cada dos semanas, durante un año, siguiendo un propósito de Año Nuevo, y terminando una fría víspera del Año Nuevo siguiente, el año en que cumplí ocho años.

Solíamos ir a la librería que había cerca del puente, en el centro de Whitby, cada viernes después de la escuela. Era una tienda pequeña, estrecha, con solo una o dos estanterías para todo, pero la señora que la llevaba siempre sonreía y decía que

podíamos pedir todo lo que quisiéramos. Era un lugar acogedor. Yo podía elegir un libro para mí, mientras mi madre discutía con la librera sobre cuál iba a ser el siguiente libro le sumaría a su colección. No creo que llegara a decirle que no había leído ninguno, pero, una vez más, sé que no habría mentido. Ella tenía la intención de leerlos, estoy segura, solo que nunca lo hizo. Pasado un año, dejó de comprarlos. Su propósito del año siguiente fue aprender a bailar. Tampoco lo hizo. Encontró dónde hacerlo, pero a mi padre no le gustaba la idea de que bailara con otras personas.

Cualquiera que haya trabajado en una librería más de una tarde te dirá que la gente compra libros por todo tipo de razones. Está el más puro y simple amor por los libros, claro: ser consciente de que son una válvula de escape, una oportunidad de aprender, un lugar en el que tu mente y tu alma puedan jugar y divertirse. Recomendaciones, programas de televisión, el deseo de mejorar, la necesidad de impresionar o la esperanza de forjar un yo mejor. Todas las razones son válidas, aunque ninguna de ellas te garantiza que el libro llegará siquiera a abrirse. Creo que a mi madre le gustaban las cubiertas, la palabra *clásicos* y la posibilidad de otros mundos.

Por descontado, no tengo a nadie con quien hablar de esto. Nadie que recuerde la estantería, y en el que caso de que lo hiciera, no recordaría qué libro había en ella, ni de qué manera estaban ordenados.

Sentada allí, al fondo de la tienda, sentí por un momento que todo mi mundo quedaba superpuesto por la casa en la que pasé mi infancia, olí el ambientador de vainilla que se suponía debía neutralizar el olor a tabaco, y escuché a mi madre trastear en la cocina. Yo extraía uno a uno los libros y miraba las portadas, leía los títulos en voz alta. *El molino de Floss* me sonaba raro, porque por entonces no sabía que el Floss era un río. «Eres demasiado pequeña aún, angelito», me dijo mi madre cuando me vio hojearlo. Recuerdo que las palabras estaban apretadas en las páginas como dulces en un tarro.

—Loveday —dijo Nathan detrás de mí.

Di un pequeño salto. Quiero decir, de verdad, físicamente, mi culo se despegó del taburete por un nanosegundo.

—Lo siento —se excusó.

—No pasa nada —dije—. Solo es que... estaba ocupada.

—Mis padres tenían clásicos de Penguin —dijo Nathan—. Hay cientos, ¿no?

—Sí. —Y podría haber añadido: «Mi madre tenía algunos». Las palabras estaban casi en mi boca, pero no acostumbro a hablar de mí misma. Así que me quedé ahí sentada, interpretando el papel de la clase de chica que parezco ser, una suerte de emgótica malhumorada.

—Bueno —dijo Nathan—, he encontrado esto. —Y me tendió un ejemplar de *Penny Arcade*, de Adrian Henri. El esbelto lomo estaba roto, y había un círculo marrón dejado por una taza de café en la portada—. No lo tengo. Y debería. A menos que lo haya dejado caer en el autobús.

Sonreí. Sí, lo hice.

—Es donde sale «At Your Window». —A cualquiera que le guste Henri le gusta «At Your Window». Puedo hablar de lo que sea que contengan los libros.

—Lo he visto —dijo—. Es genial.

—Ese término se usa demasiado.

—No puedo estar más de acuerdo —podía sonreír y hablar a la vez—, pero en este caso está justificado.

Yo no estaba de acuerdo, pero no se lo dije. «At Your Window» va de un gato que no puede entender por qué nadie quiere a un ratón muerto. Me recuerda a Rob y sus rosas.

Nathan volvió a hacer aquella cosa del sombrero imaginario, fingir que se ajustaba el ala, y se alejó, pero no tardó en regresar.

—Dejé un folleto la semana pasada, sobre una velada poética. Es los miércoles en el George and Dragon. De hecho, es esta noche.

—Lo vi —dije—. Lo puse en el tablón de anuncios de la entrada, el que está junto al de las cosas que encontramos en los libros. —Señalé el lugar, amablemente, por si no sabía dónde estaba la parte delantera de la tienda, o qué aspecto tenía un tablón de anuncios. Me desespero a veces. Me gustaría pensar que en aquel caso era culpa del shock que me habían causado aquellos veintiséis libros. Pero no es que necesite una excusa para ser incapaz de interactuar con otra persona.

—Lo sé —dijo, y dejó de sonreír—. Gracias, pero en realidad te estaba invitando a venir.

—¿A mí? —Por una horrible fracción de segundo se me ocurrió pensar que se había enterado de que yo también escribía poesía, de que sabía cuál era mi sueño-pesadilla: yo, en un escenario, recitando poemas, las luces alumbrando las butacas, mi padre ocupando la mitad del auditorio, mi madre la otra mitad, y yo sin saber dónde mirar...

—Bueno, está claro que te gusta la poesía —dijo—, si no, no rescatarías libros abandonados por poetas irresponsables como yo, así que pensé que podía interesarte.

—Gracias, pero lo cierto es que no soy muy sociable —dije. He llegado a la conclusión de que esa es la mejor manera de evitar que la gente me pida que haga ciertas cosas, porque no hay una razón real, en el sentido en el que la hay cuando dices que estás ocupada («¡pero si solo serán un par de horas!»), que no tienes pasta («¡pero si solo cuesta cinco libras, te invito!») o que no va a gustarte («¡nunca se sabe, prueba!»).

—Vale —dijo Nathan, encogiéndose de hombros (¿qué me dices a eso?)—, pero si cambias de opinión, ahí estaremos. Tenemos una página en Facebook. Envíame un mensaje o escíbeme y te guardo sitio.

—No uso Facebook. —Ya tengo bastantes personas con las que lidiar en el mundo real sin necesidad de añadir virtuales. Ni los que podrían recordarte de otros tiempos.

—Vale, pues escíbeme entonces —repuso.

No le dije que no tenía su número. Pero igualmente caí en la cuenta de cuánto le importaba.

Cuando regresé a los libros, vi que había una tarjeta sobresaliendo de un ejemplar de *Jane Eyre*. «Nathan Avebury: magia de cerca», ponía; había un dibujo de un sombrero de copa y un número de teléfono. Juro que no le vi mover las manos. Una había estado sosteniendo el ejemplar de Adrian Henri, y la otra en su bolsillo, todo el rato.

Con toda probabilidad se habían editado ochocientos clásicos Penguin el año en el que mi madre empezó a comprarlos. Pero los libreros de pequeñas librerías se habrían quedado con los cien más populares, así que, en realidad, cualquiera que hubiera decidido comprar veintiséis clásicos Penguin en Yorkshire en la década de 1990 habría tenido poco margen de maniobra. Mi madre no se había alejado del *mainstream* —había al menos una adaptación televisiva de cada uno de los libros que tenía en la estantería frente a mí—, pero también era probable que quien compró aquellos libros los eligiera por los mismos motivos. Y eso suponiendo que recordara todos los títulos correctamente.

Me senté allí un rato, contemplando los lomos negros intactos. Primero me convencí de que no había manera de que pudieran ser sus libros, y luego decidí que no había posibilidad de que no lo fueran. No me gustó ninguna de las dos respuestas. Llevé los veintiséis libros a la sección de clásicos.

Y no fui a la noche de poesía. Obviamente.

La semana siguiente, cerré la tienda más tarde que de costumbre porque tuvimos un par de pedidos grandes por internet. La venta online había sido idea mía, lo que significa que no tengo derecho a quejarme por más dolores de cabeza que me dé. En parte es emocionante empaquetar un libro que tiene doscientos años y enviarlo al otro lado del mundo para que continúe su viaje. Excepto por el hecho de que no sabes quién va a recibirlo, ni si va a ser leído detenidamente y luego atesorado, o si irá directo a una vitrina de temperatura y humedad controladas donde forme parte de una colección, junto a los documentos del seguro, y donde acabe siendo ignorado. ¿Qué sentido tiene poseer un libro que no vas a leer? No comprarías una pera para mirarla para siempre, ¿verdad? Presumiblemente, la persona que encuentra un libro que ha estado buscando online durante mucho tiempo se pone a bailar y da un puñetazo al aire, o, como mínimo, sonrío como un idiota. Es así cuando ocurre en la tienda. Aunque no puedo verlo por correo electrónico.

Pero no me estoy quejando. No realmente. Solo me aburro, porque empaquetar y enviar es... aburrido. No tiene nada que ver con los libros. Podría estar envolviendo velas, o cajas de herramientas, o cucharas de madera. Pongo música, a un volumen alto (me gusta el folk, ¿vale?) y me siento a la barra del desayuno y envuelvo y

escribo direcciones hasta que tengo un buen montón de paquetes. Archie se encarga de llevarlos a la oficina postal al día siguiente. A él le gusta más que a mí. Siempre vuelve con algún que otro nuevo cliente, turistas a los que engatusa en la cola. Suele llevar una chaqueta de tweed y a veces tengo la sensación de que nació con bigote. En ocasiones la gente la pide autógrafos —y él siempre los firma, con gracia y florituras— y yo me pregunto quién demonios creen que es.

Rob había dejado otra rosa en la puerta. No me molesté en tirarla a la papelera, así que dejé lo que quedó de ella en la mesa, cerré la puerta por fuera y di la vuelta para coger mi bicicleta. Las seis tiendas que hay en la calle comparten un cobertizo, y dejo la bici en él, junto a las mesas de la terraza de la cafetería. Cuando volví a la calle, para irme, ahí estaba Rob, apoyado en la esquina.

—¿Te ha gustado la rosa?

—Hola, Rob —dije.

Fui a clases de defensa propia cuando estaba en sexto. Una de las cosas más importantes que aprendí fue esta: evita situarte en una posición en la que tengas que defenderte. Aunque esa posibilidad estaba descartada en el caso de Rob, no era mi intención empeorar las cosas.

Antes del Incidente, no se me habría ocurrido pensar que tendría que preocuparme por Rob —es alto, pero tiene el físico de un osito de peluche mojado y asusta en la misma medida—; sin embargo, algo que he aprendido sin la ayuda de un instructor en defensa personal es que nunca sabes realmente quién puede resultar una amenaza y quién no. Y el caso es que estaba en una calle oscura y desierta con un hombre que considera normal meter rosas que nadie ha pedido ni tampoco espera en un buzón, y eso en uno de sus días buenos. No era una situación ideal, de modo que no iba a sacarle de sus casillas. No iba a decir nada de la rosa.

—¿Querías ir a tomar algo conmigo un día de estos, Loveday?

—No, gracias, Rob. No soy muy sociable.

—Creo que deberíamos volver a intentarlo.

—Rob —dije—, no quiero. Lo siento. Ya he... Ya he pasado página. —Le miré durante un segundo.

—¿Estás saliendo con alguien? —Tiene los ojos bonitos, pero parecían cansados. Ojalá durmiera bien, tomando su medicación. Me gusta pensar que no soy un monstruo. Y que tampoco lo es él.

Me reí. ¿Yo, saliendo con alguien?

—No —dije—. Yo... Estoy bien sola.

Quise poner la cara que pone Archie cuando llega alguien con la idea de vender algo que él no piensa comprar. Escucha todo el rollo y dice «no, gracias», luego, si esa u otra persona vuelve a intentarlo, se pone muy serio, y sacude la cabeza, solo un poco. La gente recoge sus cosas y se va. Pero no funcionó. Así que eché a andar, tratando de que la bicicleta quedara entre nosotros, pero él dio la vuelta y se puso a mi lado.

—Por favor, Loveday. Soy un buen tío.

—¿Cómo va el trabajo? —pregunté. Pensé que si le hacía hablar de sí mismo podía evitar una discusión. Rob es una de esas personas que se refugian en la universidad porque es más segura que el mundo. Lo sé, lo sé, diametralmente opuesto a aquellas personas que se esconden en librerías de segunda mano para sentirse a salvo del mundo.

—Mucho lío —dijo—. Los exámenes están a la vuelta de la esquina. Aunque a mis estudiantes les irá bien. Son muy brillantes.

—Genial. —Lo dije en serio. Rob es un tipo inteligente. Cuando no se comporta como un imbécil, cuando habla de todo lo que sabe, del Renacimiento y de Italia, vale la pena escucharle.

—Pero no quiero hablar del trabajo —dijo—. Quiero hablar de nosotros.

Posó su mano en mi espalda. No acostumbra a tocarme. Me puse a temblar. El siguiente paso en mi línea de defensa consistía en subirme a la bicicleta y empezar a pedalear, pero la acera estaba francamente intransitable en aquel momento, así que pensé que no era una buena idea. Empecé a darle vueltas a cómo decirle lo que pensaba de él, pero me asustó la confrontación. Se me humedecieron las manos y empecé a arrastrar los pies, como si estuviesen tan ocupados pensando en cómo salir corriendo que hubiesen olvidado cómo se caminaba correctamente.

Y luego vi el George and Dragon. Le eché un vistazo al reloj: 19.45. Miércoles.

Dejé la bicicleta encadenada a la verja exterior.

—He quedado con un amigo —dije.

—Me apunto —dijo.

—Mejor no —dijo—. Buenas noches.

Extendió el brazo, como si fuera a tocarme otra vez, lo intentó, pero me retiré a tiempo, y me di la vuelta, subí los escalones y entré en el bar sin detenerme a mirar atrás para ver si me seguía.

Era un sitio tan a la moda que estuve a punto de salir afuera y aguantar a Rob el resto de la noche, por más desagradable que este fuera, pensando que me resultaría menos incómodo que aquello. Suelo de madera, sillas viejas, paredes de un gris oscuro, lámparas de araña de cristal negro brillante, espejos con marcos rústicos del todo innecesarios. Tuve la horrible sensación de que me iban a servir la bebida en un tarro de mermelada.

Recordé que en el folleto ponía que el *slam* poético era en el primer piso. Había dos escaleras de caracol metálicas, una para subir y otra para bajar. La sala era bastante pequeña, había una barra en un rincón, media docena de mesas y un par de sofás de cuero negro agrietado. Había una única lámpara de araña, más pequeña que las otras, y también menos espejos. Era como si la sala te dijera: «Relájate, viajero, aquí arriba somos un poco menos exigentes que ahí abajo».

Me acerqué a la barra. No creí que Rob me hubiera seguido. De haberlo hecho, por supuesto que acabaría de empeorar las cosas, porque no existiría ninguna razón

por la que no pudiera invitarme a una copa y unirse al público. Me di cuenta de que las ventanas daban a la entrada. Podía ver si Rob se había ido. Si lo había hecho, entonces volvería a salir y podría irme.

—Loveday —dijo Nathan—. Qué bien que estés aquí. Pensé que me escribirías si decidías venir finalmente.

—Yo... —La perspectiva de explicarle lo que había pasado era tan poco realista como la de intentar salir en aquel momento, así que dije lo primero que se me pasó por la cabeza—: No llevas tu chaqueta.

—No —dijo—. Estoy bajo techo.

¿He dicho ya que me encantan los cretinos engreídos? ¿No? Bueno, pues hay un porqué. Pero el caso es que llevaba pantalones de pinza, zapatos puntiagudos, una camisa a rayas y —por todos los cielos— corbata. No soy nada habladora, pero la corbata me dejó sin palabras. Probablemente tenía treinta años. Me estaba explotando la cabeza, pero no creo que se diera cuenta.

—Déjame invitarte a algo —dijo.

—No hace falta, ya pido yo, gracias. —No quería que se sintiera obligado.

—Vale. ¿Te importa si te guardo sitio?

—Estaría bien —dije. No había ni rastro de Rob aún, pero si aparecía, no quería estar sentada sola en una mesa.

La primera vez que Archie me invitó a una copa después del trabajo —yo debía de tener diecisiete años—, me puse nerviosísima y pedí un jerez seco, porque eso era lo que Annabel, mi canguro, bebía en Navidad, y no se me ocurrió qué otra cosa podía pedir. Archie regresó de la barra con un vaso que contenía algo de color verde pálido. «Gimlet», dijo. No caí en la cuenta de que estaba diciendo el nombre de una bebida, pero me gustó el sabor. Al día siguiente, en la tienda, me regaló un ejemplar de *El largo adiós* de Raymond Chandler, porque el detective protagonista bebe gimlets. Solo llegué a la parte en la que matan a una mujer y le hacen papilla la cara, pero si no hubiera sido tan violenta, me habría encantado. Y esas fueron sus últimas palabras, ya sé. En cualquier caso, Philip Marlowe y yo bebemos gimlets, aunque a él le sientan un poco mejor que a mí. Pero en cualquier pub pueden servirte ginebra con algo de lima.

Me volví y busqué a Nathan, también a Rob. Este último seguía sin aparecer. Suspiré aliviada. Nathan estaba sentado a la mesa que quedaba más cerca del «escenario», una pequeña plataforma erigida justo delante de la chimenea. Alzó la mano y me hizo un gesto de «por aquí»; me dirigí hacia él. La habitación hizo una de esas cosas que las habitaciones hacen cuando no estás mirando, que pasó de estar medio vacía a llenarse a reventar en el tiempo que empleé en pedir una copa. Nathan estaba solo, aunque había dos vasos vacíos más en la mesa, así que di por hecho que había venido con amigos.

Nathan Avebury no tenía miedo. Era una de esas personas que han seguido su camino sin esfuerzo. Podías verlo en sus ojos, su paz, su manera de vestir. (Posibles

segundos nombres de Nathan: Oliver, Stanton, Bartholomew.) La gente asustadiza no invita a extraños a *slams* poéticos. Escriben poemas en cuadernos que guardan debajo de la cama.

Asintió mientras me sentaba a su lado.

—Tengo que pasar por esto —dijo, golpeando el papel que tenía frente a él: una lista de nombres.

Di un trago a mi vaso, del que sobresalía una pajita estúpida y demasiado corta, y miré el escenario, porque era mejor que mirar a la gente. Las multitudes me ponen nerviosa, incluso las multitudes de poetas. En la tarima había un único micrófono.

Nunca había estado en un verdadero recital de poesía, si aquello lo era, pero pasaba más tiempo del que debería en YouTube, buen amigo del soñador, viendo vídeos de Kate Tempest, Lemn Sissay y Joelle Taylor, preguntándome si, en un universo paralelo, yo podría haber sido uno de ellos. Sé lo que estás pensando, pero hubo una época en la que yo me prestaba voluntaria antes que nadie para cualquier cosa que tuviese que ver con figurar, y mi madre solía bromear sobre empezar a ahorrar para la escuela de teatro.

Aquello empezó a entusiasmarme.

—Estaba decidiendo en qué orden debían actuar —dijo Nathan—. Me gusta probar y mezclar cosas, para que todos tengan su momento.

Levantó la hoja y me di cuenta de que los nombres tenían números, pero que la persona que estaba en el primer puesto de la lista era el número tres; el segundo, el seis; el tercero, el cuatro. Había doce nombres.

—No hay un número uno —me hizo saber, lo cual me parecía estupendo, porque lo que más me gusta es que alguien entre en la tienda y me diga que los «Macs» deben ir antes que los «Mcs». Supongo que eres consciente ahora de por qué no tengo muchos amigos—. El primero soy yo —continuó—. A mí me toca romper el hielo. Nadie se fija demasiado en eso. Así que, siendo como soy el organizador, me parece justo.

Asentí. No supe qué decir. Me recordó a Elspeth Phipps, que fue mi madre adoptiva por un tiempo, mientras esperábamos a que mi madre regresara. Bueno, yo la esperaba. Los demás lo único que se preguntaban era: «¿Cuánto tiempo va a estar fuera?». Lo que realmente ocurrió es que los servicios sociales estaban tratando de encontrar a la persona que mejor podía ocuparse de la clase de chica en la que iba a convertirme.

Nada alteraba a Elspeth lo suficiente. Yo ni siquiera intentaba fastidiarla, estaba demasiado encerrada en mi cabeza para luchar contra nadie, sentía demasiada nostalgia por mi vida perdida para emprender una nueva, que me estaba forzando a emprender. Pero algunos de los demás, los que estaban enfadados y daban miedo, se la jugaron. Un niño una vez prendió fuego a un sofá. No lo calcinó, pero dejó un agujero negro, y horrible. Ella en cambio se limitó a decir: «Bueno, es una pena, ahora tendremos que turnarnos para sentarnos en el suelo, porque no hay sitio para

todos». Nathan parecía tener exactamente el mismo carácter; era amable, pese a su aparente fanfarronería y su ropa, sacada de Modelitos para Dandys de York.

Así que traté de hacer las paces.

—¿Cómo funciona? —pregunté.

Nathan sonrió, dando por hecho que estaba pidiendo perdón.

—Todo vale si es poesía. Cada uno tiene tres minutos para leer lo que considere oportuno, luego votamos en pedazos de papel; los dos más votados vuelven a salir y leen un poema distinto, y el más aplaudido gana. El premio es el dinero que se ha recaudado con las entradas menos lo que ha costado el alquiler de la sala. Para esta noche... —miró alrededor, calculando cuánta gente había—, preveo unas treinta libras, una magnífica suma.

—No está mal —dije. Es lo que cuestan un par de libros nuevos en tapa dura, o la luz de un mes, en verano.

—Menos da una piedra —convino él.

—Sí.

Mi padre solía decir eso. También solía decir que siempre le tocaba la puta pajita más corta, aunque, si yo estaba delante y mi madre le pillaba, cambiaba el «puta» por «ludosa». Un día le pregunté qué quería decir, y me respondió que lo que quería decir era que el otro siempre gana. Pero lo que yo quería saber era qué significaba *ludosa* —no estaba en el diccionario del colegio y la señorita Buckley siempre nos animaba a buscar las palabras que no entendíamos—. Fue años más tarde, leyendo a Daphne du Maurier, cuando me encontré de nuevo con aquella palabra, y me di cuenta de que era un término que se empleaba en Cornualles. Sentí una pequeña punzada al recordarla, una de esas que no resultan del todo dolorosas.

Parecía poco probable que Rob fuese a aparecer ya. Pensé en irme, pero tenía que tomarme aquella copa; en cualquier caso, puede que sea antisocial, pero no soy grosera. Mi madre era educada, y también lo era Annabel, la tutora con la que viví durante casi ocho años. Recordé que no había pagado y puse tres libras sobre la mesa ante él.

—Ya está —dijo—. Invito yo.

Odio ese tipo de cosas.

—No te he pedido que me invitaras —dije.

—Siempre invito la primera vez —explicó—. No es nada personal, Loveday. —Sonrió y se levantó, subió al escenario y aplaudió, dio cinco palmadas, perfectamente espaciadas, tan perfectas que hizo que todo el mundo en la sala se volviera a mirarle.

—Siéntense, por favor, señoras, caballeros y poetas. Quedan cinco minutos.

Luego se dirigió, uno a uno, a todos los que iban a actuar, supuse. Nadie volvió a sus respectivas mesas, pero alguien se llevó uno de los taburetes que sobraban y lo sumó a los que ya rodeaban la mesa de al lado. Casi me había acabado la copa. Estaba sentada con la espalda contra la pared. Miré alrededor para ver si reconocía a alguien. Vi a Melodie al fondo, con un grupo de personas que supuse debían de ser

compañeros de las rutas turísticas: a veces se detienen delante de la tienda y explican al grupo de turno cosas más o menos ciertas sobre la antigüedad del edificio.

Cinco minutos después —fueron exactamente cinco minutos, lo comprobé—, Nathan volvió a subir al escenario, y esta vez dio tres palmadas.

—Señoras, caballeros y poetas, permítanme volver a recordarles las reglas...

Me di cuenta de que no me disgustaba, lo que no está nada mal, tratándose de mí. No soy de las que piensa: «Me cae bien a menos que me demuestre lo contrario», porque me he dado cuenta de que ahorra tiempo pensar justo lo opuesto, dando por hecho que es lo más normal del mundo.

Además, me gustó bastante su poema, aunque lo leyó de una forma un tanto arrogante. Hizo un montón de guiños a la gente, les llamaba la atención todo el rato: parecía demasiado seguro de sí mismo, y eso hizo que me gustara un poco menos, otra vez. Por lo tanto, estaba en el punto neutro exacto entre «caerle bien a Loveday» y «caerle mal a Loveday». No es que le importara. Y a mí tampoco.

La cosa en sí no se pareció a nada de lo que esperaba, si es que esperaba algo, pues estaba allí por decisión propia y no para escapar de Rob. Nathan era la persona más «poética» que había, al menos en lo que a vestimenta se refería. Todos los demás eran relativamente del montón, excepto por el hecho de que la poesía suele atraer a gente que tiene cosas complicadas que decir.

Una mujer mayor recitó un poema sobre los pájaros de su jardín, de pie, con los ojos cerrados, como si estuviera leyendo desde la parte posterior de sus párpados. El público aplaudió con ganas, entusiasmado por la calidad del poema, pensé. Nathan se inclinó y me susurró que era sorda, y que siempre leía el mismo poema. Luego un tipo hizo algo más cercano a la comedia que a la poesía, y no dejó de dar pequeños saltos, todo el tiempo, mientras hablaba; una chica que no parecía tener la edad suficiente para estar en un pub leyó una cosa rara sobre nubes, algo sobre comprar café que me hizo reír a carcajadas; de otro, que escupía cuando hablaba y que no paraba quieto, me dije que tenía que aprender a editar. Era raro, porque no me sentía del todo incómoda, y debería, porque no me gusta estar entre grandes grupos de gente, y no acostumbro a estar cerca de gente que dice cómo se siente.

Voté por Nathan. Durante el descanso, mientras contaban los votos, me preguntó si podía invitarme a una copa, pero le dije «no, gracias» y la pagué yo misma. Luego me preguntó si quería que me presentara a alguien, y le dije «no, gracias», otra vez, y me dejó sola. Me pregunté qué hubiera estado haciendo en aquel momento en casa. Estaría leyendo, escribiendo o preguntándome si no debería ordenarlo todo un poco, pero sin hacerlo. (Espero no darte pena, porque he descrito mi noche perfecta.) Él no ganó, pero no pareció importarle. Me fui cuando dijeron el nombre del ganador, cuando todo el mundo empezó a volver al piso de abajo.

No había ni rastro de Rob. Pero alguien me había pinchado la rueda delantera. Arrastré la bici hasta casa, hacía frío, y cuando me metí en la cama, lo hice un poco jodida. Marzo parece primavera, pero no lo es aún, no al menos cuando el sol se

pone.

Cuanto más pensaba en el poema de Nathan, más listo me parecía.

LIBRO

Interpretado por Nathan Awebury en el George and Dragon York, marzo de 2016

A veces pienso que quiero escribir el libro de mi vida
para que cuando nos encontremos —cuando conozca a alguien nuevo— pueda
dejártelo y así puedas leerlo
en vez de tratar de leerme a mí.
Podrías llevártelo y decidir si vale la pena
darme tu tiempo.
Puedes decidir si, la próxima vez que ca-
minemos, uno hacia el otro, me sonreirás sin
aminorar
o cambiarás de acera y fingirás no haberme visto
o te detendrás y me pasarás un brazo por el hombro, y me llevarás
al pub más cercano, y me invitarás a una pinta de cerveza negra.
Porque sabrás, porque habrás leído el libro, que solo
bebo cerveza.
He aquí mi elegante propuesta.
Pero, cada vez que me siento a escribir el libro, me topo
con un imprevisto.
Podría contar muchas historias.
Podría ser poeta, un mago, un matemático
fracasado.
Podría ser feliz, o estar triste, o solo.
Podría empezar con mi nacimiento, al cumplir los doce,
cuando dejé la universidad.
Y el libro sería distinto, dependería de la historia que hubiese
elegido.
Y sería cierto, y falso, para unos, y otros.
Nuestro pasado es, como nuestro futuro, una hoja en blanco, si te paras
a pensarlo.
Y me gusta tener la libertad de contar una historia que no es.

HISTORIA

2013

AÚN NO SABES

Rob no parecía un intelectual. Parecía un joven Rochester, lo suficientemente apuesto para hacer que Bertha perdiese la cabeza. La primera vez que nos vimos fue porque Archie me llamó —¡Love-DAAAY!— desde la parte delantera de la tienda, tan a voz en grito que no había manera de no oírlo. En realidad, ni siquiera estaba en la trastienda, estaba tratando de darle un aparente orden a la sección de sagas, lo que hace que me sienta como Dorothea en *Middlemarch*, pero sin el sentido de mandato divino. Cuando crees que tienes esos tomos viejos y gordotes bajo control, llega otra caja llena, y las cubiertas, todo redes de pescar y pobres y sucios niños cogiéndose de la mano. Archie los acepta porque lo que más le gusta es que los amantes de las sagas coqueteen con él.

—Estoy aquí —dije—. No tienes por qué gritar.

Ambos se rieron al verme. Estaba de rodillas y los miré desde la parte baja de la estantería. La risa de Rob era chillona y ridícula, y me hizo reír, porque no era la clase de sonido que uno espera que emita un hombre adulto. Especialmente uno con el aspecto de Rob. Aquella risa no pegaba nada con su barba de tres días. No es que me gustara ni nada parecido, pero tenía algo. Sus alegres ojos marrones, quizá.

Yo tenía veintidós años, y llevaba cuatro trabajando a jornada completa en la librería. Estábamos a primeros de septiembre. Todavía hacía calor y la calle estaba llena de gente, pero en la tienda hacía frío, parecía un santuario mal iluminado. Yo empezaba a sentirme segura por primera vez en mucho tiempo. Quizá por eso bajé la guardia.

Había estado decorando mi piso. El casero se había ofrecido a pagar él, y yo había cogido el dinero para comprar los materiales y lo había hecho yo misma, porque no me gustaba la idea de tener a extraños en casa. Aparte de mí, Archie era la única persona que había traspasado el umbral de mi casa, y así debía seguir siendo. No es que el piso fuese especial. Era básicamente un cuadrado; en una esquina había un pequeño cuarto de baño y el resto era una única estancia, con cocina americana y un sofá cama que no siempre me molestaba en abrir para dormir. Estaba lleno de libros (y ahora está más lleno aún), algunos reposaban en una vieja estantería que me había dado Archie, pero la mayoría los tenía apilados junto a la pared. Puede parecer un caos, pero sé dónde está todo. Tengo una estupenda lámpara de lectura y una pequeña mesa con dos sillas que casi nunca uso, aunque hay una planta encima de la mesa. Es un ficus. Lo compré en un ataque de nostalgia cuando me mudé, porque a mi madre le gustaban, y, sinceramente, esperaba que muriese en cuestión de semanas, pero no, se resistía.

Dos semanas antes de que apareciera Rob, había estado lijando y pintando. Las

paredes eran entonces de un azul verdoso, como el agua del mar, y la madera blanca brillaba.

Llevaba en el piso desde que había conseguido trabajar a tiempo completo en la tienda. Cuando terminé el bachillerato, traté de escapar del servicio social, que intenta mantenerte hasta los veinticinco, si les dejas. Yo ya había tenido suficiente. Era adulta. Archie admitió que me había estado pagando menos de lo que debía cuando trabajaba a tiempo parcial, los tres años anteriores, y me hizo un arreglo. No sabía si creérmelo, pero he sido una mendiga, no una privilegiada, desde que tenía diez años, y cuando encontré un piso, pagué la fianza y el primer mes de alquiler con ese dinero. Había ahorrado la mayor parte de mis salarios y todas las ayudas que Annabel había ido ingresándome escrupulosamente. La administración local me dio además dos mil quinientas libras. Así que pude comprarme un sofá cama, toallas, sartenes, un televisor, una aspiradora de segunda mano y una bicicleta, también de segunda mano, y aún me quedaba dinero en el banco.

Era feliz en el piso, y trabajar en una librería era, supongo, mi sueño, una vez que el resto de los sueños habían asumido que estaban esperando en balde y fueron en busca de alguien que pudiera cumplirlos. Rob eligió un buen momento para llegar a mi vida. Yo estaba lista para algo nuevo.

Me puse en pie.

—Hola —dije.

—Soy Rob —dijo él.

—Loveday. —Me preparé para empezar a dar explicaciones sobre mi nombre.

—Vaya, un bonito nombre de Cornualles.

—Sí —dije, y pensé: «No está nada mal». Lo normal es que me lancen una mirada interrogante o que me pregunten si mis padres eran hippies, lo cual es tan distinto a la realidad que sería divertido, si lo fuera. Pese a todo, tener un nombre raro es útil, porque impide a la gente hacerte otras preguntas—. ¿En qué puedo ayudarte?

Rob sonrió, con cara de «lo siento, pero va a llevarme un rato».

—Estoy empezando el doctorado en Filosofía —dijo—. Tengo todo lo estrictamente académico más o menos controlado, y las bibliotecas universitarias son buenas, pero no me importaría encontrar mis propios ejemplares de ciertos libros. Necesito libros un poco más...

Pensé que estaba tratando de ser diplomático.

—¿*Mainstream*? —pregunté.

Se rio, con aquella risa ridícula otra vez.

—Ojalá —dijo—. Iba a decir... especializados.

Normalmente, la gente usa la palabra *especializado* para preguntar por novela erótica, y yo me veo a mí misma pasando meses rastreando entre los libros en busca de porno victoriano, o de cualquier otro tipo. Creo que mi suspiro fue audible.

—Estoy investigando sobre Ingeniería Renacentista —dijo.

—Oh, vaya. —Tenía en la punta de la lengua la siguiente pregunta: «¿Eso

existe?»), pero se me ocurrió pensar que Rob debía de oír aquel chiste tan a menudo como yo lo de los padres hippies, así que no lo pregunté. En cambio, dije—: Qué interesante.

—Lo es. —Sus ojos brillaron aún más—. Las matemáticas son fascinantes, tanto como el contexto político. Es... —Se interrumpió—. Lo siento.

—No, no —dije—. No te disculpes. ¿Sabes lo que estás buscando?

—He traído una lista —dijo, y me entregó una hoja de papel metida en una carpeta de plástico transparente—. Os he encontrado por internet y pensé que podía acercarme, porque no estoy lejos de aquí.

—Claro —dije—. ¿Me la dejas unos días? Voy a tener que echar un vistazo al almacén que tenemos arriba.

Nos llegaron unas cuantas cajas de un fan de Da Vinci hacía un par de años. Los grandes, y brillantes, volúmenes tipo «Leonardo el genio» no tardaron en venderse. Saldamos a cinco libras los libros de gran formato y tapa dura porque, de segunda mano, son pura compra por impulso: no hay suficiente sustancia para cualquiera que esté realmente interesado y la mayor parte de la gente no regala nada de segunda mano, pero no le hacen ascos a gastarse poco en algo que parece muy grande y que brilla mucho. Es de locos. Puedes hacerte con las obras completas de Rupert Brooke por ese dinero. Yo prefiero la poesía al papel satinado y las fotografías de gran formato.

Pensé que era bastante probable que el resto de los libros que nos llegaron en esas cajas de cosas del Renacimiento siguieran por ahí.

—Gracias —dijo Rob, y me rozó el codo—. Es un detalle por tu parte.

No me gusta que la gente me toque sin que les haya dado permiso para hacerlo. Asentí. Ya salía por la puerta cuando se me ocurrió que tenía una pregunta que hacerle. Le alcancé en la calle, en la puerta de la cafetería.

—Lo siento —dije—, ¿podrías decirme algo más sobre la materia en cuestión? Has dicho Ingeniería Renacentista, pero estoy pensando que habrá un montón de cosas relacionadas con ese tema, así que...

Él sonrió, y se volvió hacia mí, entornando los ojos para protegerse del sol de otoño.

—Me interesa la relación entre Brunelleschi, que construyó la cúpula de la catedral de Florencia, y Leonardo Da Vinci. Ninguno de los escritos de Brunelleschi sobrevivió, y la historia lo ha olvidado. Estoy rastreando su influencia. La gente considera a Da Vinci un genio aislado, una especie de dios. Yo creo que era una especie de urraca, que recogía todo lo que brillaba de los demás. —Mientras hablaba, sus manos trazaban formas en el aire (campanarios, plegarias, libros), me miraba y luego miraba hacia arriba, y volvía a mirarme. Tenía el pelo castaño, del mismo color que la parte más oscura de sus ojos.

—Es un poco como lo que pasa con los poetas *beat*: sin ellos, Bob Dylan no existiría —dije. No es que necesitemos a Bob Dylan.

—Exacto. —Rob volvió a sonreír—. Me gustas.

Idiota de mí, me gustó gustarle. Debería haberme dado cuenta. En retrospectiva, creo que lo que le gustó de mí fue el hecho de que estaba hablando sobre él y las cosas que le interesaban. No caí en la cuenta hasta después, pese a todo. Y quizá todas las relaciones consistan en eso. Mis padres no eran exactamente normales, en ese sentido. Yo había tenido algunas citas en sexto. Tuve la sensación de que, para poder pensar en cosas que me interesaran de veras, tenía que deshacerme de mi virginidad. Un poco como, si te gustan los libros, en algún momento tienes que leer *Grandes esperanzas*, y, una vez lo has hecho, ya puedes seguir adelante. Los hombres no me habían preocupado en exceso desde que me libré de mi himen. Había leído la suficiente ficción para saber que las relaciones:

1. Son capaces de hacerte creer que son lo mejor que te ha pasado en la vida.
2. Son complicadas.
3. Están condenadas a fracasar, la mayor parte de las veces.
4. Están compuestas, habitualmente, por un ganador y un perdedor.

Casi había decidido que podía vivir sin ellas, incluso antes de añadirle el clásico conflicto de «me quieres por lo que soy o por la novedad que represento». Así que cuando volví a arrodillarme ante la sección de sagas, lo hice pensando en Brunelleschi. No en el señor Rochester.

Me obsesioné un poco con los libros de la lista. Me gustan los desafíos que se salen de lo común. Hay cuatro tipos de peticiones de libros. El primero es el mal recordado-inexacto. («Quiero un ejemplar de *La tormenta perfecta*, de William Shakespeare, por favor.» «¿No querrás decir *La tempestad*?» «No, esa no es. Es una obra de teatro. ¿Puedes mirar en la sección de teatro?») El segundo es el «me tomas el pelo». («Es un libro que leí en el 74 o en el 75. Era una historia de amor ambientada en América. ¿Lo tenéis?») El tercero es el de «la recomendación de la semana». («Escuché ese programa de Radio 4 y hablaron de un libro sobre Pitágoras, aunque quizá era sobre Prometeo...») Y el cuarto es el tipo en el que puedes emplearte a fondo, y dejarte la piel, porque es muy difícil de encontrar. No nos llegan muchos de esos, porque la gente que busca algo realmente concreto tiende a usar internet, y buena parte de nuestro material especializado está online, así que no llaman para preguntarnos; miran nuestro catálogo y pagan online, y yo básicamente envuelvo los libros en plástico de burbujas. Así que la lista de Rob fue un poco como un regalo.

Creo que por entonces me sentía vacía. Había decorado el piso y había quedado exactamente como yo quería. Tenía un contrato de alquiler a largo plazo y un trabajo que me gustaba. Mi vida estaba en orden. Tenía veintidós años. Me gustaba todo lo que había conseguido, o hecho, y me gustaba mi vida; pero no quería pensar que podía no cambiar en los próximos cincuenta años.

Era mejor pensar en Florencia. Busqué la catedral por internet y fue una de las pocas veces en que sentí ganas de sacarme el pasaporte y subirme a un avión.

CRIMEN

1999

UN METÁLICO TINTINEO

Tenía nueve años cuando todo cambió. Llegué a casa del colegio una hora y media más tarde de lo normal aquel jueves, por culpa de *Bugsy Malone*, la obra de teatro que estábamos ensayando los de nuestro curso. Mi profesora, que era una mujer amable y nos apoyaba en todo, la mayor parte de las veces, había empezado diciendo «no, no, NO, cuarto curso», negando con la cabeza, y había ordenado un ensayo extra para centrarnos en lo que consideraba «las bases», porque, había dicho, si conseguía meternos en vereda, el resto vendría dado. A mí me encantaba actuar y me sabía el guion, así que esquivé buena parte de su ira, aunque creí ver malhumor donde estaba claro que había enfado. El clásico enfado del profesor de primaria.

Mi madre me dejaba ir y volver del colegio sola, con mi amiga Emma, que también formaba parte del elenco de la obra, porque no teníamos que cruzar ninguna carretera. A mí me parecía una gran aventura, aunque era consciente de que el colegio estaba a menos de dos minutos de casa.

El jueves era noche de pasta. Me gustaban los espaguetis a la boloñesa y a mi madre las espirales con atún y guisantes, así que cuando mi padre no estaba en casa, nos turnábamos para comer una cosa o la otra. Me gustaban los jueves porque la pasta es fácil de hacer y deja poco que limpiar, y eso me permitía leer un poco más, o porque a veces mamá dejaba que me quedase en el piso de abajo, ya en pijama, leyendo un libro en el sofá, bajo la manta, mientras ella veía *EastEnders* o un programa de cocina. Otra cosa buena de la noche de pasta es que estaba muy cerca del fin de semana. Me gustaba el colegio, pero me gustaba aún más estar en casa, y los fines de semana lo pasábamos en grande, no importaba lo que hiciésemos. Y aquel iba a ser un fin de semana con papá. Aún mejor.

Así que me sorprendió que al llegar a casa ya oliese a comida. El aroma, rico y espeso, se filtraba a través de la puerta de la cocina, y se quedaba, como suspendido, en el aire que la rodeaba. Filete a la cerveza, el plato favorito de papá. Y las botas de mi padre estaban junto al escalón. Estaban agrietadas en las puntas, gastadas y deformadas, y no hacían sino confirmar mis sospechas. (Había estado leyendo más historias de detectives de la cuenta.) Vale, mi padre estaba en casa. Sus botas, que olían a sal y a aceite, a goma y a piel, solían quedarse en la puerta, porque mi madre decía que si las metía dentro harían que la casa apestara. Si parecía que fuese a llover, las colocaba bajo una lona impermeable que sujetaba alrededor con piedras, y él solía reírse de ella y decirle que era un milagro que pudiese entrar en la casa porque sin duda debía oler peor que sus botas.

Entré y vi que la gran olla de hierro fundido estaba en el fuego, y que el fuego estaba encendido. Sabía que debía tener cuidado con el fuego, y que la olla era muy

pesada, así que no me acerqué a husmear. No lo necesitaba. El olor era inconfundible.

Papá no solía venir los jueves a cenar —las plataformas petrolíferas suelen estar en marcha durante tres semanas seguidas, y luego paran durante una semana, y los cambios de turno se hacen los viernes, y para ir tiene que coger un tren, luego un avión y, por último, un helicóptero, algo que hace que me sienta orgullosa de él—. Mi padre no coge el autobús ni el coche. Pero no había otras botas como aquellas. Miré los cordones, deshilachados por la parte de abajo. Me encantaba tener a papá en casa. Aunque mamá y yo estábamos bien juntas, y éramos felices estando las dos solas, cuando mi padre regresaba a casa era como si alguien cerrara una puerta que había estado entreabierta dejando que corriera el aire. Con papá en casa nos sentíamos completas, sin que nos faltara nada. Me pregunté si podría saltarme el colegio al día siguiente.

Oí pasos arriba y luego mi madre bajó por las escaleras. Su pelo oscuro, del mismo color castaño que el mío, estaba suelto, a salvo de su habitual cola de caballo. Llevaba la bata de satén de color verde jade que papá y yo le habíamos comprado en Navidad. Le brillaban los ojos y sonreía.

—L. J. —dijo, y extendió los brazos. Me abrazó. Siempre que podía, te tocaba, te cogía de la mano o te acariciaba el pelo. Era rolliza y suave, para achucharla. Papá solía llamarla «bolita de mantequilla» y decía que parecíamos el plato y la cuchara, porque yo cada vez era más alta y delgada. Mi madre se reía, y él la cogía, le toqueteaba el culo, los muslos, y decía: «Podría comerte».

Mamá dijo:

—Sabía que eras tú. ¿Qué tal el día, cariño? —Olía a papá: cedro y tabaco y una peste a petróleo que nunca se iba.

Pensé en todas las historias que empezaban así, con algo inesperado en un día de lo más corriente. Sentí una sacudida de entusiasmo cuando apoyé la cabeza en el satén.

—¡Papá está en casa! —grité—, he visto las botas. —Me aparté y la miré, arrugando la nariz, porque eso era lo que hacíamos cuando hablábamos de aquellas botas. Mamá arrugó la nariz también, y nos reímos.

—Chica lista —dijo—. Está durmiendo. Vamos a dejarle descansar un rato. Yo voy a darme una ducha.

—No es por la mañana —señalé—, y no es jueves. Papá no acostumbra a venir los jueves. Es un poco «intregante». —Por entonces coleccionaba palabras.

Mi madre me miró un momento, sorprendida, y luego dijo:

—¡Oh! ¡Claro que lo es! Pero has dicho «in-TRE-gan-te», L. J., y es «in-tri-gan-te».

Lo repetí, dije: «In-TRI-gan-te». (Vale, ese es el problema de los libros. Pero es el único.)

—¡Estupendo! —Mamá sonrió, pero al momento se puso seria; supe que acababa de tomar una decisión—. Papá no va a volver a trabajar en la plataforma petrolífera

—dijo—, buscará un nuevo trabajo. Por eso está aquí hoy. He pensado en preparar estofado de ternera porque sé que le gusta. —Volvió a sonreír, me tocó el pelo—. Cuando baje, haremos una tarta de jengibre. —Mamá y yo siempre hacíamos tarta de jengibre la tarde que papá volvía a casa, y la comíamos caliente, ellos tomaban té y yo un vaso de leche. Solía decir que, aunque llegara a casa con los ojos vendados, nos encontraría por el olor de la tarta.

Luego se fue, subió las escaleras y abrió el grifo de la ducha.

Me senté en el escalón y la esperé. Al principio estaba contentísima porque papá había vuelto antes de tiempo, y porque íbamos a hornear una tarta. Pero también estaba preocupada. Sabía lo que era no tener trabajo, porque el padre de mi amiga Lara no tenía, y en el colegio le daban de comer gratis y había celebrado su cumpleaños en casa, en vez de en la cafetería en la que dijo que iba a celebrarlo.

No tenía ni idea de lo que iba a pasar; supongo que estaba triste por lo extraño que era el hecho de que hubiera cambiado algo que parecía inalterable. Si alguien me preguntaba por mi padre, yo respondía «trabaja en la plataforma petrolífera», porque no quería dar más explicaciones. Mi vida estaba marcada por sus idas y venidas, y los viernes eran pequeños oasis en mi diminuta existencia. La presencia o ausencia de papá lo dictaba todo: lo que veíamos en la tele, lo que comíamos (comíamos más carne cuando él estaba en casa) cuándo comíamos (comíamos antes cuando él no estaba) y en qué empleábamos el tiempo. Papá hacía que la casa pareciera más pequeña y oliera diferente, y me encantaba que estuviera allí, me encantaba verle entrar y cerrar la puerta. Pero cuando se iba, cuando salía para coger el tren que debía llevarle al aeropuerto de Leeds, donde tomaría un vuelo a Aberdeen para subirse al helicóptero que le devolvería a la plataforma, disfrutaba de volver a quedarme a solas con mi madre.

Pensar en todo aquello me había hecho llorar. Y estaba llorando, en silencio, cuando mamá bajó, oliendo a champú y a gel de baño de limón. Llevaba puesto un vestido largo y de un color rosa oscuro que le encantaba. Iba descalza. Solía pintarse las uñas de los pies. Aquel día, de un rojo frambuesa. De entre todos sus pintauñas, aquel era mi favorito, y a veces me pintaba con él las mías, y decía que éramos gemelas de uñas.

—No te preocupes, cariño —me dijo—. Encontrará otro trabajo. Todo irá bien.

Se equivocaba en las dos cosas, pero entonces aún no podía saberlo.

Cuando era fin de semana y estábamos solas, mi madre y yo solíamos ir a la playa si hacía sol (o si simplemente no llovía), y nos abríamos camino entre la multitud de gente que había tenido la misma idea aquel fin de semana en Whitby, sin soltarnos de la mano. Nos reíamos porque sabíamos que nosotras estábamos en casa; todos los demás tenían que volver al interior, alejarse del mar, mientras que nosotras vivíamos junto al sonido que hacían las olas al romper y el rumor constante del agua. Mamá no

me quitaba ojo cuando estaba en el agua, como si pudiera desaparecer si no me vigilaba. Entonces no lo entendía. Es casi tentador mirar hoy atrás y verla atesorar aquel paisaje marino para los días que se avecinaban. Casi.

Mamá habría dicho:

—¡Mira el mar, L. J.!

Y yo habría dicho:

—¡Sí!

Aunque yo no había vivido en ningún otro lugar, y aún no sabía cómo era vivir en un sitio donde no pudieses contemplar el cielo que toca la línea gris azulada del horizonte.

Mi madre había crecido en Nottingham, y había estudiado allí también. Después de graduarse, trabajó en un supermercado, y fue allí donde conoció a mi padre. Vino a Whitby a la boda de un amigo de la universidad. Papá era amigo del novio; no hacía mucho que había dejado el ejército, y dormía en la habitación libre de su colega, el «chico que estaba a punto de casarse». En sus días libres, mamá venía a Whitby a ver a papá, y paseaban junto al mar, y poco a poco se enamoraron. El mar forma parte de su historia. Eso, unido al hecho de que ella había crecido en el interior, hacía que cada vez que pisaba la orilla le embargara la felicidad, y que se emocionara ante la enormidad del cielo y la cantidad de agua.

Cuando íbamos a la playa crecían nuestras colecciones. Yo coleccionaba conchas, pero era muy quisquillosa, porque solo recogía y me llevaba a casa las que estaban intactas, y rechazaba las que tenían los bordes rotos. Mis favoritas eran las de los berberechos, me encantaba encontrarlas aún unidas. De vez en cuando, después de una marea alta, te las encontrabas tendidas en la arena, como pequeñas y silenciosas mariposas. Había cientos de ellas, eran blancas y tenían líneas curvas de un gris azulado. Caminaría entre ellas buscando la mejor, dando saltitos, aquí y allá, para evitar pisar alguna y destruir, accidentalmente, su perfección.

Mamá coleccionaba piedras, y sus criterios eran distintos a los míos. No le gustaban las cosas perfectas; le gustaban las que no eran como las demás, aunque lo que le resultaba interesante era del todo impredecible. A veces era el color, un destello de rosa en un guijarro negro; a veces, su textura, a veces su forma —y dibujos en ellas que, decía, parecían caras, que yo era incapaz de ver—. Decía que teníamos que dejar algunas para que otra gente pudiera completar sus colecciones, y nunca caí en la cuenta de que en realidad lo decía porque nuestra casa era muy pequeña y papá siempre se estaba quejando del desorden que había. Yo guardaba mi colección en un joyero de madera que había pertenecido a la abuela Walker, la madre de mi madre. Tenía un montón de bandejas y cajones, y era perfecta para almacenar mis tesoros marinos. Mamá guardaba sus piedras en el alféizar de la ventana del cuarto de baño. Cada vez que añadía una a la colección reordenaba la fila. Todavía tengo aquel joyero. Nunca lo miro.

Cuando habíamos elegido nuestro tesoro del día, uno cada una, comprábamos

patatas fritas en la cafetería que había junto a los escalones de piedra, y nos sentábamos en el muelle o en la playa a comérnoslas, dependiendo de lo llena que estuviera la playa o del viento que hiciera. Yo usaba un pequeño tenedor, pero mi madre se las comía con las manos. Decía que era una chica dura, pero a veces estaban tan calientes que no le quedaba otro remedio que devolverlas a la bandeja de poliestireno y soplar los dedos. El olor del aceite caliente hacía que los leones marinos nos rodearan, pero nosotras pasábamos de ellos. En nuestro último buen año, yo solía recitar el guion de la obra que estuviese interpretando mientras comíamos, e iba relatando la acción a medida que avanzaba, y aunque estaba segura de que mi madre había visto *Bugsy Malone*, nunca dejaba de prestar atención y de preguntarme cosas, y de darme las réplicas, comportándose como si acabara de oír la cosa más inteligente que alguien hubiera dicho nunca.

Los fines de semana en los que papá estaba en casa, nos metíamos en nuestro viejo Ford y salíamos de excursión. En Robin Hood Bay, mi padre me perseguía entre las dunas de arena, mientras mi madre nos miraba y se reía. Esos días comíamos en pubs y jugábamos a juegos en los que papá siempre hacía trampas para ganar. Yo pensaba que lo hacía en broma, pero a veces, medio dormida en el asiento trasero del coche cuando volvíamos a casa, les oía discutir al respecto. Mi madre decía:

—Pat, no te vas a morir si pierdes de vez en cuando. No es más que una niña.

Y a veces mi padre no contestaba, pero otras decía, muy serio:

—Sarah-Jane, nadie ha hecho trampas.

Y mi madre suspiraba y decía:

—Venga ya, incluso tu hija se ha dado cuenta, y solo tiene nueve años. Si estuvieras en forma, habrías conseguido llegar antes que ella incluso a la cima de aquella ridícula duna de arena.

Nunca me importaron sus trucos; formaban parte de la diversión. Papá era generoso con los tés con leche y los cómics, así que no me importaba que fuera aún más estricto que mamá con la hora de ir a dormir. Cuando me metía en la cama, me dormía al momento, escuchando el rumor de sus voces, que llegaba desde el piso de abajo.

Así que aquel jueves, cuando llegó a casa de forma inesperada, y lloré, supongo que fue porque de alguna manera sabía que las cosas iban a cambiar.

Cuando papá se despertó, yo estaba en el piso de abajo con mamá. Habíamos hecho la tarta y nos había sobrado tiempo para hacer *brownies*. Me encantaba cocinar con mi madre, porque me lo dejaba hacer todo, y no le importaba que la fastidiara ni que las cosas no tuvieran el aspecto que tenían cuando las cocinaba Delia Smith; se reía y me decía que, en su opinión, Delia era quien debía aprender un par de cosas de nosotras. Ya me había tomado mi ración de estofado de ternera y tenía permiso para esperar a papá, aunque no para comer con ellos, porque mi madre había dispuesto una pequeña mesa para dos en un rincón de la sala de estar y, en el medio, había puesto una vela en candelabro; además, había hecho lo que ella decía que eran cisnes con las

servilletas rojas, aunque a mí no me parecían más que patos: no tenían el cuello lo suficientemente largo para ser cisnes. Estaba tumbada en el sofá, junto a mi madre, leyendo un libro, y oía cómo le rugía el estómago. Cuando le oyó estirarse y berrear como un oso, allí arriba, y a continuación oímos sus pasos, se puso en pie y dijo:

—Tu padre ha tenido un accidente, cariño, pero parece más grave de lo que es. Estas cosas acostumbran a ser así.

Su sonrisa era la misma, pero le faltaba un diente. Su abrazo era el mismo, pero mantenía la cara lejos de la mía, porque estaba hinchada y le dolía. La manera en que gritó mi nombre, las tres partes del mismo, con sus signos de exclamación («¡Loveday! ¡Jenna! ¡Cardew!»), era también la misma de siempre, y fue eso lo que me dio el valor para sentarme junto a él y mirarle. Si no podía ser actriz o detective cuando me hiciese mayor, me estaba planteando hacerme veterinaria. Y tenía delante una buena forma de empezar a practicar.

—Sonríe —dije. Había sangre en la encía en la que había estado uno de sus incisivos. Puse mi dedo en el hueco, sin tocar los bordes—. ¿Qué te ha pasado? —Mi propia voz me sonó lejana. El aliento le olía fatal; a sangre y a algo peor.

Él se rio.

—Tendrías que ver al otro tío —respondió.

Mi madre dijo:

—¡Pat! —Y pareció que se reía.

A continuación me dijo que debería ir pensando en irme a la cama. Luego se metió en la cocina y esperó a que papá me llevase arriba a acostarme, pero él se limitó a sentarse en el sofá y a mirarme mientras yo le examinaba, primero sin tocarle y luego haciendo un intento de hacerlo. No me gustaba su sonrisa —por culpa del diente que le faltaba— y tampoco me gustaban sus ojos, porque uno de ellos estaba casi cerrado por completo. Y morado, claro, y supuse que acababa de ponerse así, y no tenía tan mal aspecto, pese a todo, pero durante las siguientes dos semanas lo veíamos evolucionar de forma espectacular: empezó siendo de un violeta negruzco, y la piel de alrededor brillante y tirante hasta que casi parecía que fuera a estallar. Luego fue apagándose, y pasó al púrpura, al azul y luego el peor de todos, un verde amarillo bilioso. Traté de dibujarlo, pero el estuche de lápices de una niña de nueve años no tiene semejante paleta cromática. Mi padre se rio del dibujo cuando se lo enseñé, pero cuando lo busqué a la mañana siguiente, había desaparecido.

Eso fue más tarde. Aquella primera noche hizo una mueca de dolor cuando le toqué. Le levanté la camiseta y noté el olor a los polvos de lavar de casa, aquel olor reconfortante e inmutable; mi madre era fiel en todo. Vi otro hematoma, a lo largo del costado y delante de la caja torácica, el azul y el negro mezclándose en los bordes con el tatuaje que tenía en mitad del pecho. Sabía que era un tatuaje «de regimiento», o esa era en realidad la manera en que yo lo veía, en que consideraba la imagen, una corona sobre una corneta que era más ancha que la palma de mi mano.

Cuando pisé por primera vez Sin Palabras encontré un libro sobre insignias, sumé

dos y dos, e hice la conexión con la Infantería Ligera de Somerset y Cornualles. Supuse que me lo habría contado si le hubiera preguntado, pero cuando eres niño no siempre sabes hacer las preguntas pertinentes, y no sabes que puedes no tener todo el tiempo del mundo para que te las respondan.

Estaba a punto de echarme a llorar. Una vez me caí en el escenario; fue un tropiezo del montón, pero me golpeé el brazo contra una mesa al caerme y me hice un moretón tan grande y tan doloroso que si durmiendo me giraba hacia ese lado, el izquierdo, me despertaba. Así que sabía lo mucho que le dolía aquel cardenal y el ojo morado, y que los padres no están ahí (no, al menos, en mi mundo) para que se les haga daño; los padres deben protegerte y ser fuertes, irrompibles, y cargar sobre sus hombros todo aquello que tu madre dice que es demasiado pesado para ti, y ayudar a los vecinos a mover muebles, y empujar los coches de extraños que se han quedado sin batería.

—Estoy bien —dijo con dulzura—. Tu padre se ha metido en una pelea tonta, eso es todo. He aprendido la lección, y estaré sano como una manzana antes de que te des cuenta.

—¿Se lo has dicho a la policía? —pregunté.

Se rio.

—No. No puedo volver al trabajo, y tampoco el hombre que me golpeó. Tenemos nuestra propia justicia.

No supe si aquello era algo bueno o malo. Mi madre gritó desde la cocina:

—Creo que es hora de que te vayas a la cama, cariño. Se está haciendo muy tarde.

Mientras subía las escaleras —me parecía estar escalando de tan cansada como estaba— hice una última pregunta:

—¿Podrás venir a verme actuar? La representación es dentro de dos semanas.

Mamá ya le había pedido al padre de Emma que le prestara el vídeo que grabaría, que es lo que suele hacer cuando papá se pierde algo; sin embargo, que estuviera entre el público sería mucho mejor.

—Lo anotaré en mi agenda —dijo—. Y ahora, haz caso a tu madre, o vas a meterme aún en más problemas.

No conseguí librarme del colegio al día siguiente. Estaba claro desde el principio que su vuelta a casa no era como las demás. Antes de ir al colegio por la mañana, mi madre me pidió que no le contara a nadie que papá se había metido en una pelea. La gente podía tomárselo a mal, me dijo. Y recuerdo que lo dijo —y sí, sé que una niña de nueve años no es un testigo fiable— sin ningún rastro de ironía.

Vino a la representación con mi madre, y se sentó en primera fila, a pesar de que su altura y sus espaldas anchas debieron de arruinar un montón de vídeos y de vistas. Aún recuerdo la emoción de asomarme a través de la cortina y verlos a los dos allí. Fue como tomar chocolate para desayunar. Papá se rio en todos los momentos en que debía hacerlo (algunos padres se rieron cuando no debían) y aplaudió con ganas, bien fuerte, con palmadas de lo más ruidosas. Al final, después de que la directora dijera

lo mucho que habíamos trabajado y que merecíamos otra ronda extra de aplausos, mi padre se puso en pie y gritó «¡bravo!», y aplaudió elevando las manos por encima de su cabeza, y todos los demás se rieron e hicieron lo mismo.

La piel de su mejilla aún estaba ligeramente amarilla y todavía lucía una veta de color púrpura sobre su pecho, y a veces, cuando se reía, se llevaba una mano allí y palidecía un poco. Pero, a simple vista, había vuelto a ser él. Y supongo que lo era, en la mayoría de los aspectos, excepto en el hecho de que no tenía trabajo, lo que resultó ser más importante de lo que una niña de nueve años puede llegar a imaginar.

Una tarde, cuando regresaba a casa del colegio, oí gritar a alguien en el piso de arriba mientras caminaba por el callejón que quedaba entre la calle y la puerta trasera con la intención de entrar por detrás. Los días eran más cálidos y yo llevaba un vestido de cuadros. Supongo que era mayo.

—No es tan sencillo. —Era la voz de mi padre. No gritaba, pero parecía furioso, como lo estaba Ricky, el pequeño jack russell de la esquina que me aterrorizaba cuando ladraba. Solía cambiarme de acera cada vez que pasaba junto a la casa y lo veía en el jardín.

La respuesta de mi madre fue aún más silenciosa. No pude escuchar las palabras, pero noté que estaba molesta. A medida que me acercaba, escuchaba mejor, y alcancé a oír mi nombre, seguido de «vacaciones» y «zapatos».

No sabía qué hacer. Si entraba en casa, oiría más de lo que debería, y aquello podría considerarse «espíar» —otra palabra nueva—, y sabía que no estaba bien. Cerré la puerta de un portazo —el pestillo metálico tintineó— y me senté en el escalón. Podía fingir que estaba disfrutando del sol, algo que los adultos consideraban una buena manera de emplear el tiempo. Saqué de mi mochila azul escolar el libro de *Los Cinco* que estaba leyendo. Me lo había dado mi padre, porque era, dijo, uno de los favoritos de su infancia. Su nombre estaba escrito en mayúsculas en el interior de la cubierta. Lo abrí, pero no leí. Estaba escuchando, pese a que sabía que no debía hacerlo.

Había silencio arriba. Todavía recuerdo lo que sentí; era doloroso, antinatural, como si mi estómago se estuviera consumiendo. El mundo en el que vivía estaba cambiando, ya no era el de siempre, y no me gustaba nada.

Antes de perder el trabajo, cuando mi padre tenía que irse de nuevo a la plataforma petrolífera, a veces me ponía triste y él siempre venía y me decía: «Verás, L. J., si no trabajara, no tendríamos dinero, así que tengo que trabajar». No tener dinero entonces era un concepto abstracto. Pero empezaba a darme cuenta por qué importaba tanto. Habíamos ido a la playa ese fin de semana, como solíamos hacer, aunque aquella vez nos habíamos llevado bocadillos para comer y habíamos vuelto a casa a tiempo para tomar el té y patatas horneadas; las comidas en el pub y el pescado para cenar se habían acabado, al parecer. No es que me importara, pero hubo algo en la manera en que mi madre dejó caer la cesta de picnic: «Maravilloso», y en la respuesta de mi padre: «No te pongas así, amor, esto no durará para siempre», que

hizo que me pareciera extraño. Fue un poco como ir por primera vez a comer a casa de un amigo y descubrir que vas a tener que comportarte de otra manera, pero sin saber exactamente de qué manera, y pasarte la comida preguntándote si lo estarás haciendo bien, y cruzando los dedos para no meter la pata, y sintiéndote incómoda todo el rato.

Todavía había silencio arriba. Tenía hambre. Empezaba a preguntarme si no debería entrar ya cuando oí a mi padre bajar las escaleras y entrar en la cocina. Los pasos de mamá eran distintos, rebotaban, parecía que estuviera dando pequeños saltos, entre un paso y el siguiente, pero los de papá eran compactos, un paso seguía al otro. Mi madre solía decir que tenía pies de elefante; él, que ella tenía amortiguadores. Yo no entendía a qué se refería.

La puerta se abrió a mi espalda y perdí el equilibrio por un segundo. Papá me tendió la mano para estabilizarme y luego dijo:

—Hazme sitio, Chica de Whitby.

Se sentó en el escalón junto a mí, aunque no había espacio suficiente para los dos, así que mi pierna y mi hombro estaban aplastados contra la pared.

—¿Tienes sitio suficiente?

—Sí —dije. Así era yo entonces. Su calidez y su presencia compensaban los rasguños que la pared haría en mi brazo desnudo.

Se tocó el bolsillo de la camisa y sacó el paquete de tabaco y las cerillas. Fumaba Marlboro y me gustaba el rojo de la parte superior del paquete. Se puso un cigarrillo en la boca y me pasó la caja de cerillas. Sabía que me gustaba encenderlas. Mamá siempre le reñía cuando me veía hacerlo, así que solo lo hacíamos si ella no miraba.

—¿Te lo has pasado bien hoy? —me preguntó.

—Sí —dije.

Sabía que era todo lo que necesitaba. Mamá solía pedirme que me sentara junto a ella cuando llegaba y me soltaba un: «Vale, ¡estoy lista para el informe del día!», pero papá solo necesitaba un titular.

Inhaló, exhaló, y el humo y el olor se mezclaron con el aire cálido.

—Tu madre dice que tengo que dejar de fumar.

—Siempre lo ha dicho. No le gusta el olor. —Él solía fumar en el escalón trasero, pero el olor se colaba igualmente en casa.

—Tampoco le gusta que quemé el dinero. Y tiene parte de razón.

—Hemos hablado del tabaco en el colegio —dije—. ¿Sabes que puedes morirte si fumas? —Todos los que conocíamos a alguien que fumara habíamos tenido que levantar la mano. Me había sentido como si confesara un crimen.

Papá suspiró.

—Lo sé —dijo.

No me gustaba cuando se ponía triste, no me gustaba que lo hiciera ninguno de los dos, así que cambié de tema:

—Sam, un chico de clase, tiene una nueva hermana, y dice que su madre dice que

ha sido un accidente. Pero no lo entiendo. —Sabía lo justo. Y tener un bebé parecía cualquier cosa menos un accidente.

Aquello le alegró. Sonrió.

—A veces puedes planear tener un niño y a veces simplemente llega.

—¿Fui yo un accidente? —pregunté.

—No —respondió—, siempre habíamos querido tenerte. Pero llegaste antes de lo que esperábamos, eso es todo. —Aún no me había hecho una idea de lo que acababa de decirme, cuando le dio otra calada al cigarrillo y me preguntó—: ¿Me has oído gritar, hace un momento?

—Sí.

Suspiró y me rodeó con su brazo libre, me estrechó con fuerza. Noté cómo su piel se restregaba contra la pared. Si le dolía, no se notaba.

—No tienes por qué preocuparte —dijo—. Tu viejo está de mal humor porque no ha encontrado aún un nuevo trabajo. Eso es todo.

—¿Se han acabado las plataformas petrolíferas? —pregunté. Sabía que ciertos trabajos se acababan por el padre de Emma, que era constructor. Y, siempre que podía, intentaba hablar como una adulta.

Él se rio.

—Cuando se acaben las plataformas petrolíferas, el mundo también se acabará —dijo—. Pero aún queda mucho para eso. No, solo es que he arruinado mi reputación. Se supone que no debes pelearte con nadie. Si lo haces, te mandan a casa y contratan a otro. Siempre hay alguien esperando para ocupar tu lugar.

—La señorita Buckley dice que pelearse está mal —dije. A algunos de los chicos de mi clase no les gustaba la señorita Buckley, pero a mí sí. Sabías a qué atenerte con ella, y era generosa con los elogios, y en lo que respectaba a las normas.

—Bueno, entonces la señorita Buckley quizá debería dirigir una plataforma petrolífera. Se le daría bien.

Iba a preguntar qué significaba aquello de que había arruinado su reputación, pero cuando se hizo el silencio mientras trataba de poner en orden mis pensamientos, oímos a mi madre llorar. Miré a papá. Sabía que la estaba escuchando. Eran la clase de lágrimas que resultan aún más ruidosas cuando tratas de detenerlas. Me miró y sus ojos estaban tristes, como si creyera que era él quien debía llorar.

—Voy a subir a pedirle perdón —dijo—. No quería hacerla llorar.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté. Mi profesora era muy dura con aquello. «No importa si querías o no hacerlo —decía cuando tirabas el agua de la pintura, o empujabas un libro con el codo y lo tirabas al suelo—, alguien va a tener que recogerlo.»

Se puso en pie y por un momento pensé que no iba a responder.

—No era yo, era mi mal genio el que hablaba —dijo—. Y no debería haberlo hecho.

—¿Como cuando golpeaste al hombre que te puso el ojo morado? —dije.

Su rostro se oscureció por un momento y luego se rio.

—No —dijo—, él me golpeó primero. Le di su merecido. —Se inclinó hacia mí, me tocó el pelo—. Pero no siempre pienso antes de hablar, y he puesto triste a tu madre. ¿Estarás bien aquí, mientras subo y le pido perdón? Luego podemos sacar los Lego.

Asentí. Me estaba haciendo demasiado mayor para los Lego, pero a papá le encantaba jugar con ellos.

—Podría conseguir cenas gratis en el colegio —dije. Sabía que si no encontraba trabajo, no tendríamos dinero, y me había estado fijando, viendo lo rápido que se iba.

Pensé en el tarro de vidrio que me habían regalado por Navidad, en el que había metido los dulces que había estado almacenando. La idea era coger uno al día hasta que quedara completamente vacío, algo que solía ocurrir a mediados de febrero. Al final, tenía que alargar los dedos para coger los últimos sugus y piruletas.

Hizo un ruido gracioso, como una tos húmeda.

—No llegaremos a eso —dijo—. Encontraré algo.

POESÍA

2016

NO DEBERÍA HABER SILENCIO

Pillé algún tipo de virus la noche del George and Dragon. No, no el virus de la poesía, sabelotodo, ese ya lo tenía.

La tarde del viernes me encontraba fatal. Sabía que tenía mal aspecto porque Melodie, cuya esfera de intereses empieza y termina en la propia Melodie, dijo: «Loveday no tiene buen aspecto hoy». No suelo enfermar a menudo, pero cuando lo hago, me pongo malísima. Estuve tentada de echarle la culpa al haber vuelto a casa caminando con la bicicleta, pero era marzo, así que no es que helase exactamente, ni que cayera una lluvia torrencial. Además, había leído en uno de los cientos de libros de ciencia que llegan a la tienda, y que acabo leyéndolos solo a medias, que pasar frío y pillar un resfriado no tienen por qué estar necesariamente relacionados, así que decidí dejar en paz a Rob, aunque la próxima vez que lo viera le diría exactamente la clase de putada que me había hecho al pincharme la rueda.

Archie me dejó salir antes el sábado. Dormí durante todo el domingo y buena parte del lunes, que es mi día libre, pensando que el martes ya estaría bien, pero me encontraba aún peor.

Prácticamente me arrastré hasta el bolso para sacar el teléfono y llamar a Archie. Se ofreció a venir a recogerme y a llevarme a su casa y cuidar de mí. Me jode cuando hace cosas así. Él cree que no podría vivir en un estudio, pero yo soy feliz aquí. Duermo. Leo. Escribo, un poco. Veo la tele y recaliento la comida que compro en el Tesco que hay en el túnel del metro. Está riquísima, muchas gracias.

Pensé en ir al médico el miércoles por la mañana, pero sabía lo que me diría: me dolía la garganta, me zumbaban los oídos, tenía fiebre y tosía una flema de muy mal aspecto. Sabía cuál sería el veredicto y lo acerté. Archie se dejó caer por casa el miércoles por la noche. Y fue un milagro que lo hiciera, porque estaba soñando con una casa que estaba siendo demolida, contemplando cómo las tejas del tejado caían al mar, y los golpes en la puerta me despertaron. O tal vez causaron la demolición en el sueño. Quién sabe. En cualquier caso, conseguí levantarme y abrir la puerta. Me traía comida en una olla. No me di cuenta de lo mal que estaba hasta que casi rompí a llorar al verle la cara, aquella cara de «yo llevaba bigote antes de que se pusiera de moda» enorme, redonda. Sonreía de oreja a oreja, pero su mirada parecía preocupada.

—Tienes un aspecto atroz, querida —dijo.

Puso la olla en el fuego y abrió la bolsa de cuero de Gladstone que llevaba a todas partes desde que lo conocía. Sacó una barra de pan y un delantal a rayas azul marino y blanco y se lo puso; apenas se ató la parte posterior. Abrió la ventana. Hacía un frío horrible pero no me quejé. Llevaba respirando el mismo aire desde el sábado e incluso yo me había dado cuenta de que estaba muy viciado.

—Creo que me encuentro un poco mejor —dije, y era verdad. Había estado despierta en la cama un rato aquella mañana e incluso había pensado en levantarme y darme una ducha, pero me había vuelto a dormir antes de poder hacer algo al respecto.

—Te he traído un poco de sopa de pollo —dijo—. Ve a darte una ducha mientras la calienta. Calienta el agua tanto como puedas soportarla. Es bueno para el pecho.

—Estaba a punto de hacerlo —dije.

Iba a decirle que se fuera, porque nadie le había invitado y porque estaba incumpliendo al menos quince leyes laborales en lo que a relaciones entre jefes y empleados se refería, pero, para ser justos, es el único amigo que tengo, aunque también sea mi jefe, y no me había molestado en cargar el teléfono. Y, en cualquier caso, pensar en su sopa de pollo ya hacía que me sintiera mejor o, cuando menos, me tranquilizaba un poco.

No se te ocurra pensar que como judías frías de lata, porque no es así, pero en la cocina soy muy básica: como pasta con alguna salsa y tostadas con queso. Archie dice que aprendió a cocinar esa sopa de pollo en la marina mercante en los años setenta, que le enseñó un cocinero suizo. Me encantaría comer sopa todos los días, el resto de mi vida. Por un lado, tiene un pollo entero, y, por otro, un montón de cosas que mete en la olla: arroz, zanahorias, guisantes, jerez, tomillo, chirivía. El resultado final es alucinante.

Cuando salí de la ducha, había dos platos en mi pequeña mesa, había fregado los platos sucios del fregadero y había aireado el sofá para que no pareciera un nido de vagabundos.

—Gracias, Archie —dije.

—Come —dijo—. Sopa de pollo para mi gallinita.

Después fregó el resto de los platos mientras charlaba. Yo me senté en el sofá a escucharle, aunque a ratos desconectaba. Oí el nombre de Melodie, y el de Rob, y centré mi atención en lo que decía: aparentemente había «algo» entre ellos. Esperaba que Rob tratara a Melodie mejor de lo que me había tratado a mí. Ella es un poco más descarada que yo, al menos lo parece, y esperaba que él hubiese aprendido algo de lo que había pasado entre nosotros para intentar controlarse un poco más. El hecho de que me hubiese pinchado la rueda no era un buen augurio. Pero mi cerebro estaba demasiado cansado para pensar con claridad.

Y Archie había cambiado de tema. Me estaba contando cómo había vendido los tropecientos volúmenes de las *Obras Completas de Shakespeare* que llevaban acumulando polvo desde que entré a trabajar en la librería. Solo que no estaban todos. *Romeo y Julieta* faltaba, y me moría por hacer un comentario ingenioso sobre el tema, pero mi ingenio estaba en horas bajas por culpa de aquella maldita enfermedad, y me limité a agitar un pañuelo blanco metafórico en señal de derrota. Antes de que pudiera preguntarle si le había confesado al cliente que faltaba un volumen, estaba diciendo que Ben había traído «un par de cajas, en su mayoría, basura», pero en las

que quizá podía haber algo que «valiera la pena». Lo que Archie quería decir era: «Yo no pienso molestarte, pero quizá podrías echarles un vistazo». Me gustaba Ben. No solía hablar mucho, pero cuando traía cajas, las dejaba en el suelo con cuidado, y, dentro, los libros habían sido apilados de forma que sufriesen lo mínimo en el traslado.

—Hoy ha venido Nathan Avebury —dijo Archie cuando empezó a secar los platos; me cabreé con mi estómago por dar un vuelco al oír su nombre—. Me pidió que te recordara que la próxima vez pagarás la entrada.

No dije nada, pero me pareció divertido. Cretino presuntuoso.

Volví al trabajo el sábado. Llegué a media mañana y la tienda estaba llena. Sue, Kate e Izzy, del club de lectura, estaban sentadas a la mesa con Archie. A veces le llevaban un pastel para agradecerle que las dejase utilizar la tienda. Técnicamente, el pastel debería ser para mí, pero si intentas pasar desapercibida, no puede molestarte que la gente no sepa que existes.

—Ah, mi pequeña granuja ha vuelto —dijo Archie, y se lanzó a abrazarme.

—Hey —dije, y traté de apartarme.

No fui lo suficientemente rápida para evitar lo inevitable:

—¿Pequeña granuja? —preguntó Kate, mirándome con una media sonrisa.

La risa de Archie me siguió mientras me alejaba. No tenía por qué escuchar lo que iba a contar, me lo sabía de memoria.

—Cuando la conocí tenía quince años. Vino de excursión con el instituto, desde Ripon, y pensó que podía llevarse *Posesión* sin que me diera cuenta. Estaba fuera, fumando mi pipa, cuando salió y la pillé. Le dije que podía acompañarme en aquel momento a comisaría o trabajar para mí esa tarde. La estaba vigilando —pausa para las risas—, y le dije que podía volver y trabajar, por dinero y libros, si quería. Y ahora —hizo una especie de reverencia—, ¡tachán! Aquí la tenéis, limpia como una patena. Ese, amigos, es el poder de la literatura.

Más risas y un murmullo de aprobación que sabía que no iba a impedir que las integrantes del club de lectura vigilasen sus bolsos la próxima vez que me vieran. Me puse a trabajar entre los mapas y los libros de poesía, avergonzada.

Había veces en que escuchaba la historia y nada me apetecía más que interrumpirle y dar mi versión: sí, había ido de excursión, había sido una excursión sin demasiado sentido, totalmente libre, y no es que me apeteciese especialmente, pero la alternativa era quedarse en el instituto con los que estaban castigados, algo que me apetecía aún menos.

Había ido a York, con la intención de comprar más libros, pero mi monedero había desaparecido del bolso en el autobús. Una de las chicas que solían pasar de mí se había sentado a mi lado, un momento, y me había preguntado algo sobre los deberes. Su amiga se había deslizado en el asiento trasero y presumiblemente me

había quitado el dinero. Cuando lo descubrí, estaba a la vez furiosa y aliviada, porque no me habían quitado nada más. Tener hambre es una cosa. Que te humillen ritualmente a diario compartiendo los trozos más solitarios de tu diario es otra muy distinta.

Por entonces estaba obsesionada con *Posesión*. No había ningún ejemplar en la biblioteca del instituto y no podía sacarlo de la biblioteca pública porque había lista de espera. Podía vivir sin el resto de las cosas que quería comprarme —que me hiciese con un nuevo jersey no iba a volverme de repente la chica más popular de sexto—, pero necesitaba un ejemplar de ese libro. Lo único que me quedó, después de que desapareciera mi monedero, fue la libra que llevaba en el bolsillo. El libro costaba dos. Dejé mi libra en la mesa al salir. Y con eso no estoy diciendo que lo que hice estuviera bien, solo que había atenuantes. Archie nunca lo menciona. Para ser justos, Archie tampoco menciona que, cuando me puse a trabajar, me trajo té y un sándwich de atún, y que yo hice un *Oliver Twist* completo al preguntarle, después de comerme el mío, si se iba a terminar el suyo. No es que estuviese muriéndome de hambre. Es que no había almorzado porque no tenía dinero.

Las cajas de libros que me había dejado para que les echara un vistazo eran más altas que yo. Ben había traído algunas y otras las había dejado en la puerta.

La mayor parte de los libros que había en las cajas eran basura, e irían directos a reciclar. No le contamos a la gente que nos deshacemos de los libros de esa manera; cuando ellos quieren deshacerse de los libros, no los tiran a la basura, y no querían saber que nosotros sí lo hacemos. Pero piénsalo. En 2003 se publicaron cinco millones de ejemplares en rústica de *El Código Da Vinci*. ¿Cuántos necesita el mundo quince años después? Mucho menos de cinco millones. Lo mismo ocurre con casi todos los libros que han sido populares: ¿*Quién se ha comido mi queso?*, *Come, reza, ama*, cualquier libro de vampiros. Habría un exceso eterno de ciertas cosas si alguien no las sacara de circulación cuando tiene la oportunidad. Y ahí es donde entro yo. Deberías darme las gracias. Y sí, te rompe un poco el corazón, incluso cuando se trata de James Patterson.

Sin embargo, hubo un libro que llamó mi atención entre los best sellers, en parte porque era un poco distinto al resto, y también porque lo habíamos tenido en casa. Había sido de mi padre cuando era niño; y era realmente raro que un niño de los setenta lo tuviese. Es una colección de rimas para niños llamada *Mamá Oca o las viejas canciones de cuna*, de Kate Greenaway, con ilustraciones estilo década de 1880 y todo tipo de referencias a enaguas y tejedoras. Pero había sido tan importante para él que lo había metido en la única maleta de cosas que había traído de casa de sus padres en Cornualles después de su muerte.

Lo cogí. Las fotografías que había visto de mi padre durante su infancia habían hecho que me lo imaginara como el clásico niño travieso que trepa a los árboles y está siempre sucio. Me encantaba imaginármelo leyendo en voz alta «Little Miss Muffet». Y, al momento siguiente, quería echarme a llorar.

Supongo que aún estaba en ese punto en el que «no todo es tan bueno» y aún te llega. Pensaba en la idea de que no había nadie a quien pudiera preguntar cómo había acabado mi padre teniendo una copia de aquel libro. ¿Quién se lo había comprado? ¿Por qué lo había guardado? Comprobé y vi que era una reedición estadounidense de 1978 de un original de 1881. Se me ocurrió que podían haberlo comprado adultos a los que les gustase Kate Greenaway, o personas mayores para quienes era un recuerdo infantil y querían enseñárselo a sus nietos. Pero no había una razón clara para que mi padre lo tuviera, porque, que yo supiera, no tenía familiares estadounidenses que hubieran podido regalárselo.

Cuando tu familia explota (¿implosiona?) son las cosas importantes las que recuerdas, al principio, por un tiempo, las que duelen, el impacto de una bofetada, pero luego se desvanecen, con bastante rapidez, porque tienes que acostumbrarte, y la manera de hacerlo es, básicamente, no pensando en ello. Son las pequeñas cosas como esta las que se quedan contigo para siempre.

Pasé las páginas con cuidado; no iban a romperse, pero parecían frágiles, casi desmontables, parecían a punto de desprenderse y quedármeme entre los dedos, como pétalos arrancados de una margarita. Supongo que es el hecho de que estos pequeños recuerdos te asaltan de forma inesperada cuando te topas con algo que te hace pensar en ellos, y es por eso que no puedes protegerte, y te atrapan, y te astillan el corazón.

No sé si Archie se dio cuenta de que estaba pasándolo francamente mal con aquel libro en concreto sentada a la barra del desayuno. Siempre me ha sorprendido lo que puede llegar a deducir viendo la nuca de una persona: le basta con observar de qué forma se mueve alguien por un pasillo para predecir con un noventa por ciento de precisión si va a comprar o, en caso de hacerlo, si va a tratar de regatear. Dice que aprendió a leer el lenguaje corporal después de pasar un tiempo «con algunos estafadores» en el Londres de los setenta.

Sea como fuere, se acercó.

—Chocolate caliente —dijo. Cuando salgo a por algo de la cafetería de al lado, me lo sirven en vasos de cartón para llevar. Cuando lo hace Archie, sale de allí con la mejor porcelana—. Date un respiro, Loveday. No quiero verte en la próxima media hora.

Aunque, en principio, aquello me molestó por: a) suponer que me apetecía un chocolate caliente, y b) obligarme a tomar un descanso como si supiera mejor que yo lo que necesitaba, fui y me senté en la silla que hay delante de la salida de emergencia y contemplé cómo se derretían los grumos de cacao que flotaban en la leche. Saqué algunos y removí los que quedaban para que el calor se extendiera y acabaran derritiéndose. Estaba sola, obviamente. No lo habría hecho de haber estado acompañada. Me bebí el chocolate, me lavé las manos y eché un vistazo a *Mamá Oca*.

Busqué «Ranita Saltadora» y deslicé mi dedo por la página. «Soy la pequeña Ranita Saltadora, y solita estoy cuando nadie conmigo se queda.» Estaba suspendida

en el aire, con los ojos cerrados, y los lacitos de su vestido parecían volar. Había una mancha en la parte inferior de la página, una huella dactilar. Mi madre siempre le estaba diciendo a mi padre que tratase de no dejar sus sucias huellas por todas partes. «Vale, entonces encárgate tú de revisar el aceite del coche», contestaba, antes de que cualquier cosa que se dijese se convirtiese en el inicio de un combate en el que cada uno trataba de ofender más y más rápido al otro.

La huella de aquel libro tenía que ser una coincidencia. No se me había ocurrido pensar dónde podría haber estado el libro de mi padre durante los últimos veinte años porque es peligroso tratar de hacer encajar todo en la historia que estás intentando contar. (Volví a acordarme del poema de Nathan.) No tienes más que pensar en *Emma* de Jane Austen para ver a dónde puede llevarte, porque en esa novela ella cree que todo lo que sucede, sucede por algo, y trata de cuadrarlo todo en su cabeza, y luego pasa lo que pasa. Bueno, al final ella es feliz y come perdices y todo eso, pero solo después del equivalente del siglo XIX a que te metan la cabeza dentro del váter. Y nuestro libro —mío y de mi padre— todavía tenía sobrecubierta, aunque tuviese mal aspecto, y era en ella donde había escrito su nombre, y yo había escrito luego el mío debajo, en el interior de la solapa delantera.

Recuerdo que, siendo niña, me encantaba el ejemplar de mi padre de aquel libro. Pude leerlo, con facilidad, desde que era bien pequeña. Hay como unas dieciséis palabras por página y me gustaba deletrear las que no conocía —taburete, pestillo, cochino—, y preguntar a mamá o a papá qué significaban. Y, oh, los dibujos. Nadie era demasiado guapo, ni estaba lo suficientemente feliz. Las chicas estaban esqueléticas y parecía que los perros fuesen a morderte —«no sé cómo no tienes pesadillas con esto», solía decir mi madre—, y no importaba lo a menudo que me lo llevaba a mi habitación, porque siempre acababa en la estantería del piso de abajo. Mi padre decía que mi madre era una blanda. «Y nosotros no somos unos blandos, ¿verdad, pequeña?», me preguntaba, y yo sacudía la cabeza, solemnemente, porque sabía, por otras cosas que le había escuchado decir, que ser un blando estaba mal. Él acabaría leyendo el libro conmigo entre gruñidos y exageraciones. «Somos chicos jubilosos y también ruidosos», y yo me reíría.

Me pregunté si podría quedarme el libro, porque sabía que podía hacerlo si quería, pero al final decidí que no. Cuando lo tuve en la mano fue como volver a nuestra pequeña casa, a las rodillas de mi padre, a las risas de mi madre, a mis carcajadas, a la voz de mi padre, que no solo me llegaba a través de los oídos sino que podía sentir en su pecho, haciendo vibrar mi caja torácica. Y, aunque era bonito, también era insoportable, y prefería no sentirlo.

No sé si fue porque había estado más aislada de lo normal por culpa del resfriado, o por lo que sentí al hojear el libro, pero el caso es que deseaba volver a una noche poética. Llevaba tiempo sin salir de mi propia cabeza, y los libros que había estado leyendo —*El corazón de las tinieblas*, *El color púrpura*— no habían hecho más que meterme en las cabezas de otros. Así que no me puse a discutir conmigo misma sobre

si debía ir o no: iría. Si hubiera sido un deshollinador andante, habría silbado mientras cerraba la tienda aquella noche. Era la primera vez que me sentía yo misma en años, pese al encontronazo con Mamá Oca y sus divertidos y amargados súbditos.

Rob volvió a acompañarme, sin que yo le hubiera invitado, a la noche poética: al salir de la cafetería, como por arte de magia, en el momento justo en el que yo cerraba la puerta trasera y me subía a la bicicleta. No había vuelto a verle desde mi reincorporación tras el resfriado, ni siquiera había pensado en él, así que me sobresalté al encontrármelo, y él se echó a reír, lo que me molestó, así que en lugar de ignorarlo, le dije:

—No deberías haberme pinchado la rueda, Rob. Fue algo realmente cruel.

—No sé de qué hablas, Loveday —dijo. Demasiado rápido.

—Los dos sabemos lo que haces, Rob —dije. Le miré a la cara, algo que no hago a menudo con nadie. Esos ojos marrones. Él parpadeó antes—. ¿Te cuidas lo suficiente?

Resopló.

—No voy a empezar a perder la cabeza con la gente, si eso es lo que quieres decir.

Sentí frío, aunque era una tarde cálida, y empecé a caminar.

—No digo que lo hagas —dije—. Me refería a... —Tiré la toalla. No sé ser amable.

Él permaneció en silencio un rato, y luego dijo:

—Estoy bien. Tuve un... episodio... después de Navidad, pero ya estoy mejor. Tengo ayuda y sé cuándo pedirla.

—Estupendo —dije—. ¿Y qué hay de lo tuyo con Melodie?

—No es nada serio —dijo; me di cuenta de que podía interpretar mi pregunta como que me importaba (todo esto es tan condenadamente complicado), así que dije —: No me gusta que metas flores por la puerta.

—Vale —dijo.

Estuve a punto de preguntar si era un «vale, no volveré a hacerlo» o un «vale, pero me trae sin cuidado, pienso seguir haciéndolo». O incluso un «voy a dejar lo de las flores y voy a hacer otra cosa, que tampoco va a gustarte, porque que te guste o no te guste no es importante».

Caminamos en silencio.

Eran casi las siete y media cuando llegamos al George and Dragon; estaba encadenando mi bici cuando Nathan salió por la puerta.

—¿Ya estás mejor, Loveday?

—Solo era un resfriado —dije.

Nathan asintió, sonrió. Tiene una sonrisa bonita, y parece saberlo, quizá por eso la usa más de la cuenta. No pude evitar sonreír. Rob también se había detenido. Le miró a él y luego a mí.

—¿Qué es eso a lo que vas, Loveday? —preguntó.

«Mira por dónde», pensé. «Dos hombres peleándose por ser mi plan de esta noche. Uno de ellos tiene serios problemas de salud mental y da conferencias sobre el primer Renacimiento, y el otro lleva corbata. Quién lo hubiera dicho.»

—Es una velada poética —dije—. Melodie viene a veces.

—Te he guardado sitio —dijo Nathan.

Me miró, luego miró a Rob, y pareció divertido. Supongo que cayó en la cuenta de que mi lenguaje corporal estaba diciéndole a Rob que no era bienvenido. Que era mucho más de lo que Rob sería capaz de ver, obviamente. Fue eso, o bien que encontró una oportunidad de presumir. Extendió la mano para estrechar la de Rob.

—Nathan Avebury —dijo—. ¿Tú también te quedas?

Luego posó su otra mano, con mucha delicadeza, en mi hombro e hizo que me preguntara si los hombres iban a clases de modales o algo así. Fue un movimiento de genio.

Rob dio un paso atrás y negó con la cabeza.

—No toques mi bicicleta —le advertí.

Nathan y yo subimos los escalones y entramos en el pub. Rob no se movió. Se había quedado mirando la moneda de chocolate que Nathan había deslizado en su mano.

—Gracias —le dije a Nathan cuando estuvimos en el bar—. No tenías por qué hacerlo.

—Lo sé —dijo, y luego—: Mi hermana es muy guapa también, y sé lo molesto que es. Llevo años viéndolo. Me gusta echar una mano cuando puedo.

Creo que he debido de imaginar el *también*. Nathan pidió una pinta de Guinness y un gimlet. Cuando el camarero sirvió las bebidas, le di a Nathan un billete de cinco y dije:

—Esto es por el mío, gracias.

Él dijo:

—¿Por qué no invitas tú cuando acabe la primera parte? Así estaremos en paz.

Nathan volvió a quedar cuarto, y pensé que era una pena. También pensé en mis poemas, y en lo que pasaría con ellos si los recitara allí. La señorita Buckley solía hablarnos de la tradición oral —sin usar muchas palabras (¡jajá!)—, y lo que decía era: «Recordad, en los viejos tiempos, antes de que la gente supiera leer y escribir, se contaban historias unos a otros y las recordaban. Si escribes una historia, debes leérsela a alguien para ver cómo suena». Nunca lo he olvidado; por eso me susurraba los deberes de inglés, por lo bajini, si la biblioteca estaba en silencio.

Las palabras suenan distintas cuando se pronuncian. Una vez, un profesor leyó algo que yo había escrito en clase. Era una descripción del mar y la forma en que siempre es igual pero en realidad nunca lo es. Escuchar mis palabras en voz alta hizo que me sintiera orgullosa y, a la vez, desprotegida. Me encantaban las obras de teatro hasta que el hecho de que te mirasen empezó a tener otras implicaciones, los susurros y rumores intencionados. Incluyendo mi soberbia actuación, aclamada por la crítica

(por mis padres), como Blousey Brown en *Bugsy Malone*. Pero interpretar algo que ha escrito otro es seguro y fácil. Lo complicado es leer algo que has escrito tú: tus propias palabras pueden destriparte a medida que las dices.

Mi poema favorito aquella noche, después del de Nathan, fue uno sobre lo complicado que es elegir vino en el supermercado.

Melodie se sentó con nosotros durante el descanso.

—Archie me ha dicho que aún estás enferma, Loveday, pero aquí estás, con el apuesto Nathan.

Estuve tentada de preguntarle por qué no estaba ella con Rob, pero no me gusta cotillear.

Creo que yo intentaba huir de Melodie cuando Nathan salió conmigo. O quizá fue por lo que habíamos hablado de Rob y la rueda. En cualquier caso, la bici estaba bien, y estuvimos un rato en la acera, charlando, mientras el resto de los amantes de la poesía se tomaban otra copa, y las parejas hablaban de a dónde iban a parar sus noches.

—Llevo un rato preguntándome de dónde vienes —dijo—. Pareces de Yorkshire, pero no exactamente de York.

Me tomé al pie de la letra la pregunta, aunque sabía que se refería a otra cosa.

—Vivo a unos veinte minutos de la tienda —dije—. En una urbanización nueva. No está mal.

Nathan sonrió, con dulzura, como si supiera que estaba tratando de esquivar la pregunta, como si estuviera coqueteando.

—¿Y de dónde eres?

—Ripon —dije, lo que no era mentira.

—Yo crecí en Bridlington —dijo Nathan.

Intenté pensar en algo que decir sobre Bridlington. Nunca había estado.

—Está en la costa, ¿verdad?

Aquella sonrisa, otra vez.

—Sí. Echo de menos estar junto al mar. De verdad que lo echo de menos. Incluso tratándose como se trata del Mar del Norte. —Su voz sonó alegre—. Cuando éramos pequeños solíamos ir a Cornualles. Mis padres tenían un amigo que vivía allí. Fue entonces cuando descubrí que realmente podías jugar en el mar.

No quería hablar de Cornualles.

—Deberías haber quedado en un puesto mejor esta noche —dije.

—Lo sé —dijo, y su sonrisa cambió, pasó de la dulzura a la chulería. Si yo fuera una de esas personas que van dando toques por ahí, le habría dado un codazo y le habría dicho: «No te hagas el imbécil».

—¿Siempre estás tan seguro de ti mismo?

Me miró y su cara volvió a cambiar de la versión que todos esperaban ver a la que acababa de ver hacía un momento, cuando parecía que no había nadie alrededor de nosotros.

—No todo el mundo presta atención, como tú —dijo—, y como llevo tiempo por aquí, soy casi parte del decorado. La gente conoce mis trucos. —No lo dijo como lo habría dicho Rob, riéndose de sí mismo; se limitó a constatar un hecho.

Nos mirábamos el uno al otro. No podíamos dejar de hacerlo. Nos mirábamos fijamente. Y yo no miro fijamente.

—Bueno, voy a ir tirando a casa —dije. Fue un frío alivio poder dejar de mirarle.

—Me ha encantado verte, Loveday —dijo.

Me puso la mano en el hombro y me besó en la mejilla con dulzura. No fue apasionado, pero resultó bastante sexy. Si estuviera en el mercado, a la busca de un novio, me habría gustado. Quitó el candado de la bicicleta.

—¿Dónde me has puesto la moneda de chocolate? —dije.

Se rio.

—Solo la uso cuando acabo de conocer a alguien —respondió—. Perdería la gracia. Solo hago una excepción con los menores de diez años.

La noche del martes siguiente, el club de lectura se puso de lo más pasional. Habían leído *After You'd Gone*, de Maggie O'Farrell, y no es que discutiesen sobre el libro, solo estaban diciendo si les había gustado (y eran cinco contra dos a favor, seis contra dos si me contaban). Ella, la divorciada, tenía un amante. Los demás estaban escandalizados, y celosos. El asunto era problemático, especialmente teniendo en cuenta que el divorcio no se había formalizado aún.

Izzy derramó una copa de vino tinto sobre la alfombra. Todos se disculparon por ello. Les dije que no importaba y, cuando se marcharon, fui a la tienda de la esquina que quedaba a un par de manzanas y compré dos paquetes de sal, uno para cubrir la mancha y el otro para guardarlo en la trastienda para la próxima vez.

—Buenos días, Loveday —dijo Archie, cuando llegué a la librería hacia las once de la mañana siguiente.

A continuación salió pitando a la calle. Tenía la pipa preparada. No tardé en darme cuenta de a qué venía tanta prisa. Le había dejado una nota pidiéndole que aspirara la sal cuando llegara, pero no lo había hecho, por supuesto. Cuando regresó de fumar y de darse un paseo por el barrio (compró una botella de oporto y una bolsa de peras chinas), me aseguró no haber visto la nota. La había pegado con cinta adhesiva a la caja, y había sacado la aspiradora, y sin duda tenía que haber pasado por delante para colgar su abrigo, pero Archie es Archie.

Así que allí estaba la pila de sal, bajo la mesa, aunque también un poco por todas partes, porque había estado yendo de un lado a otro y la había esparcido por toda la tienda, y cuando me puse a limpiarla estaba bastante cabreada. Para cuando llegó la hora del almuerzo y me comí mis cereales y mi plátano, no había hecho una sola cosa relacionada con los libros, excepto mostrarle a un cliente dónde estaba la sección de cocina y tratar de no echarme a llorar (¡jajá!, ¡broma de Archie!) durante su

monólogo sin pausa sobre los males del trigo. O quizá era el azúcar. Vale, no le estaba escuchando.

Después del almuerzo le dije a Archie que no se le ocurriera molestarme, y me fui a la barra del desayuno a echar un vistazo a un puñado de libros. Él hizo una reverencia, sonrió y, una hora más tarde, me trajo té y un donut de mermelada. Los donuts son el enemigo natural del libro, porque aunque no manches las páginas con mermelada, terminarás dejando rastros de azúcar por todas partes, pero aprecí aquella especie de disculpa.

Después del donut, eché un vistazo a dos cajas de partituras; no había nada fuera de lo normal, pero todo estaba bien conservado. Un montón de gente nos pide partituras y a mí me gusta venderlas. Creo que me gusta pensar en casas con pianos; parecen la clase de sitios en los que nada puede ir mal. Ordenarlas me alegró un poco, de todos modos. Estaba pensando en hacerme un tatuaje musical, pero no podía pensar en la apertura de ninguna pieza con la que quisiera vivir para siempre. Con las primeras frases de los libros es distinto. No me arrepiento de ninguna de las que llevo tatuadas, ni siquiera de las de *Jane Eyre* y *The Railway Children* que tengo en los omoplatos, aunque dolieron como demonios. La primera (*Ana Karénina*) parece previsible, hoy. Pero cuando tenía diecisiete años y acababa de descubrir la literatura rusa, sentí que Tolstói hablaba de mí cuando escribió: «Todas las familias felices se parecen unas a otras; cada familia desdichada lo es a su manera». Llevo la frase tatuada en la cadera. La letra es delicada y fina. Y sí, se irá deformando a medida que lo haga mi piel, pero me trae sin cuidado.

Mientras ordenaba, recité algunos de mis poemas, en mi cabeza. Aquellas noches de poesía me hacían pensar en ellos de una manera diferente, como cosas que debían recitarse en vez de escribirse y reescribirse en una página hasta que mi cuidadosa escritura y el mimo en cada sílaba los había dejado rígidos como tablas. Una noche de domingo en la que había estado pensando en Nathan, los saqué todos, poemas que llevaba escribiendo desde mi adolescencia tardía hasta entonces, y los leí en voz alta. Algunos eran horribles. Pero los más recientes no estaban tan mal. Empecé a escribir uno nuevo y, antes de darme cuenta, era más de medianoche y todavía no me había comido mi pasta con atún recalentada en el microondas. Casi le envié un mensaje a Nathan para decirle hola, pero era demasiado tarde y, en cualquier caso, no es que fuera su novia ni nada. Seguro que tendría una novia, que se llamaría Trixie o McKenna, que se pondría aceite esencial en vez de perfume y que tendría un tipo de no-trabajo como el de mago, algo como hacer sombreros o vestirse de princesa en fiestas para niños.

Esa es la razón por la que intento irme a dormir antes de medianoche. Me pongo de mala hostia y estúpida si no lo hago.

Me salté la siguiente noche de poesía. No es que estuviera legalmente obligada a ir. Cada vez que pensaba en el primer poema que le oí recitar a Nathan, y aunque pudiera contar una historia diferente sobre mí —aunque este punto es discutible,

porque no es que hable mucho de mí—, me ponía nerviosa y no me gustaba.

Vi a Nathan el miércoles siguiente cuando vino a la tienda. Me di cuenta de que no sabía dónde vivía, pero había empezado a suponer que vivía fuera de la ciudad, tal vez en algún lugar entre York y Birdlington, porque solía pasarse el mismo día en que se celebraba la velada poética, lo que sugería que no estaba exactamente a la vuelta de la esquina. Siempre pensaba en preguntárselo cuando lo veía, pero acabábamos hablando de otras cosas: poesía y York, Archie y la magia. Y si le preguntaba dónde vivía, nos pondríamos un poco más autobiográficos de lo que deseaba.

El abrigo de verano de Nathan es de tela y de color caqui y huele a lo que olería si hubiera estado a la intemperie o hubiera pasado el invierno sobre una bala de heno. Me gusta ese olor. Y el abrigo no está mal, aunque me gusta más el de piel. Hoy se ha pasado por la tienda y ha estado hablando con Archie unos veinte minutos. Han empezado hablando de York, luego han pasado a la política, el calentamiento global, el teatro y el fútbol. Me gusta escucharlos. No pasa a menudo que Archie tenga algo parecido a una conversación: lo suyo son las actuaciones con público, un público formado por una o dos personas. Así es como ha acabado la cosa:

ARCHIE: Bueno, querido, apuesto a que no has venido hasta aquí para hablar con el viejo Archie.

NATHAN: Siempre es un placer verte.

ARCHIE: No seas pelota. Tienes a Loveday ahí detrás, descartando algunos libros, en la barra del desayuno.

NATHAN: Gracias.

Que Archie diera por hecho que Nathan había venido a verme me hizo sentir ligeramente halagada, pero a la vez me molestó un poco, y en cualquier caso no estaba haciendo descartes, sino juntando las secciones de biografía y autobiografía, porque la gente no suele diferenciarlas; solo buscan «ese libro sobre David Beckham/Michael Caine/chismes de “Coronation Street”». Quería ganar espacio juntándolas para poder colocar las primeras ediciones de las biografías de actores de los años setenta que había encontrado en el par de cajas que Ben acababa de traer. Oí a Nathan dirigirse al lugar en el que creía que estaba, detenerse, esperar. Decidí que si volvía junto a Archie para decirle que no me había encontrado y preguntarle dónde podría estar, no volvería a ir a una de aquellas noches de poesía. No soy una cría rebelde que no está donde esperas encontrarla y no puedo perder el tiempo con gente sin iniciativa. Contuve el aliento.

Debió de quedarse quieto durante un minuto, y luego volví a oír sus pasos —la tienda es también un museo de crujiertes listones de madera—, que vinieron directos hacia mí.

—Hola, Chica de Ripon —dijo—. He visto los libros en la mesa y he pensado

que estarías haciéndoles sitio. Espero que vengas a la noche de poesía hoy.
Fui.

EN LOS AUTOBUSES

*Interpretado por Nathan Avebury en el George and Dragon
York, abril de 2016*

Solo he perdido una cosa en un autobús.
Bueno, bajándome de él.
Fue un libro.
Lo sé, soy una persona horrible.
Desde entonces me fijo en las cosas que se pierden en los autobuses.
Creo que buena parte de la culpa la tienen los bolsillos.
Las cosas se caen y acaban en un rincón, entre los asientos, en el suelo, sin que haya habido el suficiente ruido para ser consciente de la pérdida.
Monedas de una libra.
Apuesto a que si pones bocabajo todos los autobuses de York y los sacudes tendrás suficiente calderilla para pagar el sueldo de una enfermera.
Billetes de autobús.
Por supuesto.
Supongo que podrían encontrar el camino a casa si alguien se molestara en mirar al propietario.
Me pregunto si lo harán.
Entradas de cine.
El plan perfecto para una primera cita se esfuma.
Llaves de casa.
Espero que te lleves bien con los vecinos y que tengas unas de repuesto.
Y luego están las cosas más grandes, que en un momento de pánico o de desaliento o de «casi me paso de parada» olvidas.
Hoy, una bolsa de grandes almacenes con dos pijamas de satén dentro, grises, talla 42.
Perderlos puede haberle arruinado a alguien la noche.
O quizá solo la ha cambiado.

Cambiar y arruinar no son la misma cosa.
Sin el pijama, alguien puede haber dormido
entre una sábana de algodón y la piel de su amante.
La próxima vez que pierdas algo, quizá solo es que
justo entonces empieza una nueva aventura.

HISTORIA

2013

LIGERAMENTE TORCIDO

Vi a Rob por segunda vez tres semanas después de que me dejase la lista de libros, y el pelo le había crecido tanto que no dejaba de apartarse el flequillo. Le tendí el catálogo de una exposición que había encontrado con algunos más de los libros de su lista. Mientras echaba un vistazo a los títulos, le miré a la cara. Él miraba los títulos y luego a mí, tenía los ojos muy abiertos, le brillaban.

—Qué rápida —dijo—, gracias. —Y sonrió.

Devolvió la vista a los libros. No pensé que le gustara. Puede que un poco. No es que acostumbre a gustar, soy más la clase de chica «lo tomas o lo dejas». Pero a mí me gustó que le gustasen los libros. Me gustó mucho. Todavía era lo suficientemente joven para creer-esperar que amar los libros equivalía a participar de una decencia fundamental. Los bibliotecarios siempre han sido buenos conmigo.

—Hay algo más —dije—, pero no estaba en tu lista.

Había encontrado un diario de viaje autopublicado de la década de 1890. Lo recordé porque la autora se llamaba Florence y me había divertido la idea de que hubiese escrito precisamente el diario de un viaje a Florencia (al que había llamado *La Italia de Florence*), y me había llevado a preguntarme si no existiría algún tipo de determinismo en la gente que se llama como ciertos sitios que les obligase a interesarse por ellos.

La prosa de Florence Bicknell era pura floritura, y no estaba constreñida por nada parecido a algo tan útil como capítulos o temas. Me di cuenta, después de que pasara de una galería de arte a una ruina romana y siguiera con un paseo por el campo para acabar en otra galería de arte, que lo más probable es que hubiese escrito sobre todo lo que iba viendo a medida que lo iba viendo. Si tenía un lema, el lema era «más es más», y lo había anotado todo, desde lo que llevaba puesto hasta lo que le había parecido determinada camarera o tal guía. Obviamente, se enorgullecía todo el tiempo de estar Interesada, con mayúsculas. En cualquier caso, me pasé prácticamente una semana buscando lo que al final encontré. No es que fuese un libro muy largo, pero la calidad de impresión era pobre, y el estilo convertía su lectura en una pequeña tortura, un poco como Joyce.

Había marcado la página con un trozo de papel, y otro par de sitios en los que aparecían cosas que podían resultar interesantes.

—¿Algo más? —preguntó Rob, y sonrió frotándose las manos como hacen los personajes de los cómics cuando tienen hambre.

Luego recordé que estaba inmerso en el doctorado y que yo había dejado de estudiar y que no había conocido la existencia de la Ingeniería Renacentista hasta hacía tres semanas. Yo era lo suficientemente lista para haber podido probar suerte en

la universidad; de hecho, los profesores, Annabel y los trabajadores sociales habían estado hablando de ello. Pero ir a la universidad quería decir permanecer tres años más en el sistema, y tener que renunciar a la vida real, una en la que fuese por completo autosuficiente. Además, aunque tuviese un título, lo más probable es que quisiese trabajar en una librería.

Miré a Rob y me di cuenta de que cuanto más alargara yo mi silencio, más creería él que había encontrado algo realmente espectacular, como un cuaderno perdido de Brunelleschi con una carta de Leonardo da Vinci en su interior, como si fuéramos personajes de *Posesión*. Le tendí el libro y dije, apresuradamente:

—Probablemente no sea nada. No estaba en tu lista. En realidad no sé nada de él. Es un libro autopublicado, debió de tener una tirada muy corta, pero he pensado que, como tiene descripciones bastante detalladas y la autora fue a algunas conferencias sobre arquitectura florentina, quizá...

Rob no había perdido el tiempo y estaba ya hojeando las páginas que había marcado. Me miró y sonrió.

—¿Te has planteado dedicarte a la investigación? —preguntó—. Podrías enseñarle un par de cosas a la gente con la que trabajo.

—Loveday ya tiene un trabajo, y no está pensando en irse a ninguna parte. —La voz de Archie nos llegó desde detrás de una estantería. Había dicho que iba a ordenar un poco, pero como no estaba haciendo ningún ruido di por hecho que se estaba echando una siesta.

Rob se rio, con aquella risa como de duende que tenía, un poco nervioso.

—No voy a robártela, Archie —dijo. Y luego, dirigiéndose a mí—: Gracias. De verdad. Esto es... Gracias.

—Tienes media hora antes de que cerremos —dije—, por si quieres echarles un vistazo para ver si alguno te sirve.

—Vale.

Se sentó a la mesa y yo volví a la barra del desayuno y ordené lo que había encontrado esa tarde. Había una primera edición del *Ulises* y un ejemplar firmado de *Hijos de la medianoche* que subir a la web, una caja de libros del montón y otras tres de las que me ocuparía a la mañana siguiente. Actualicé la web y puse la caja de libros del montón a los pies de las escaleras. Cuando volví al mostrador, Rob estaba de pie junto a la mesa, hablando con Archie. Ambos se volvieron cuando me acerqué.

—... de mucha ayuda —estaba diciendo Rob.

Tenía en la mano el diario de viaje. Archie, feliz como una perdiz, acababa de sumar cuarenta y cinco libras a la cuenta de Rob en la caja, cuenta que ascendía a un total de sesenta. Archie creía firmemente en las fuerzas del mercado. Solía decir que por más que hubiese un libro que pareciese que nadie quería, tenía que subirlo, porque si algún día quien andaba buscándolo lo encontraba, no iba a importarle lo que le pidieras por él. Pese a ello, tomé nota mentalmente de decirle que no timara a la gente y de que dejase de hablar de mí en tercera persona y de meterme en

conversaciones en las que no estaba presente pese a estar a tres pasos de distancia.

—Rob acaba de decirme que has hecho un excelente trabajo, Loveday.

—Gracias —dije.

Rob le estaba dando más de sesenta libras. Negué con la cabeza en dirección a Archie. Sabía lo que iba a decirme: «La oferta y la demanda dictan el precio». Y tenía razón en cierto sentido: si tienes un restaurante, debes cobrar más si sirves platos que se salen de lo habitual. Pero no subirías el precio a unas croquetas de pescado en función de lo hambriento que estuviese el cliente.

—¿Y si tomamos una copa? —propuso Rob.

Di por hecho que estaba hablando con Archie, que tiene la habilidad de hacerte sentir que eres su mejor amigo, alguien especial, de ahí que todo el mundo quiera salir con él. Al principio pensé que fingía, pero al final me di cuenta de que es así. Le gusta la gente, y la gente se da cuenta, de la misma manera que todos se dan cuenta de que a mí me traen sin cuidado.

Probablemente llevaba un año trabajando en la librería cuando advertí que Archie estaba preocupado por mí. Creo que fue cuando le dije que iba a perder el autobús, y él me pidió que revisara las primeras ediciones que había en la vitrina de detrás del mostrador; tan absorta estaba que me olvidé de la hora, y él insistió en llevarme a casa, aunque no quedaba ni por casualidad cerca de la suya, y cuando bajé del coche, me dijo: «Te aprecio mucho, Loveday. Y quiero que lo sepas». Lo dijo muy serio y tranquilo, lo que me hizo sentir a salvo, como lo está aquello que guardamos entre las páginas de una enciclopedia.

Pero Rob estaba hablando conmigo y no con Archie. Y mientras pensaba cómo decirle «no» sin sonar demasiado brusca, dijo:

—Me gustaría saber más de estos libros y cómo se te ha ocurrido pensar en ellos.

Y como eso era justo lo que me apetecía contar, dije que sí.

—Adelante, pues —dijo Archie—. Y no hagas nada que yo no haría.

Me reí porque no había nada en el mundo que Archie no pudiese llegar a hacer, al menos una vez. Fui a por mi abrigo y él me siguió hasta la parte de atrás y me dio los tres billetes de veinte que Rob acababa de darle:

—Te los has ganado.

—La verdad es que sí —dije, y sonreí, porque apreciaba el gesto, y también tener dinero en el bolsillo; podría pagarme lo que tomáramos y ahorrar lo que me sobrara.

Cuando regresé a la tienda para reunirme con Rob, este me dijo:

—No quiero hacerte perder mucho tiempo si tienes planes, pero ¿y si comemos algo?

Se le veía muy nervioso, no dejaba de apartarse el flequillo de los ojos, así que sonreí y dije que me encantaría. Dos desayunos no te mantienen en pie más allá de las seis de la tarde y no quería beber con el estómago vacío.

Fuimos a un italiano y los dos pedimos albóndigas, que estaban calientes, picantes y gratinadas con parmesano. Nos las sirvió una camarera que parecía tener

un montón de cosas mejores que hacer esa tarde.

Rob fue quien rompió el hielo:

—Cuéntame algo de ti, Loveday.

Intenté no parecer esquivia.

—Trabajo en una librería, como supongo que ya has observado —le dije, y sonreí, y él también sonrió, y tenía espaguetis entre los dientes—. Empecé con media jornada a los quince. Me gusta mucho, casi siempre. Y ahora cuéntame tú.

—Cuando tenía quince años —empezó—, me moría de ganas de tener un trabajo, pero mi hermano y yo vivíamos con mi abuela y era muy estricta con los deberes. Me hubiera encantado trabajar en una librería.

—¿Vivías con tu abuela? —le pregunté; podría haberme mordido la lengua, porque odio cotillear.

Pero él parecía encantado de poder contármelo. Y aunque yo había tenido un comienzo horrible en la vida, dicho suavemente, el suyo tampoco parecía haber sido estupendo. A su hermano y a él los había criado su abuela porque sus padres habían muerto en los bombardeos de Mánchester cuando tenía siete años. Su abuela había muerto cuando él tenía diecinueve; ya no se hablaba con su hermano. Dijo que había estado «enfermo» más tiempo de la cuenta. No le pregunté a qué se refería; podía contarme más si quería, pero esperaba que no lo hiciera. Había tenido trabajos de media jornada y también nocturnos mientras estudiaba el bachillerato y en la universidad, y uno de ellos había consistido en reorganizar los libros de la biblioteca de la universidad, lo que describió como sus inicios «furtivos» como investigador. Me reí y le hablé del día en el que Archie me pilló leyendo a Annie Proulx cuando se suponía que debía estar ordenando, y en vez de reñirme, me dejó tranquila.

Rob había logrado que le dieran subvenciones y se las apañó para poder seguir estudiando; aun así, había tardado seis años en conseguir el primer título. Me sentí mal por el dinero que Archie acababa de sacarle y traté de pagar la cena de los dos, pero él se negó. Al final la pagamos a medias; a pesar de lo que había ganado con los libros no quería que me invitara.

Eran más de las diez cuando salimos y, aunque no dejé que me acompañara a casa, le prometí ir a cenar a la suya el sábado. Introdujo él mismo su dirección en mi teléfono, me preguntó si me gustaba el pescado (sí, siempre que no tenga cabeza) e intentó besarme; lo vi venir tan claramente que supe eludirlo a tiempo sin parecer que lo estaba rechazando. Me gusta pensar en esas cosas.

Sabía que si iba el sábado a su casa aquello sería considerado una cita. No sabía si iba a quedarme a pasar la noche, pero me llevé un cepillo de dientes por si acaso, y también una botella de vino blanco que Archie me trajo cuando le conté que cenaríamos pescado. El piso de Rob era pequeño y parecía demasiado ordenado: los bolígrafos que tenía en la mesa eran de la misma marca y estaban alineados de una manera que claramente no era accidental, y sus estanterías estaban más ordenadas que las de la tienda. Me hizo muchas preguntas —odio que ese sea el requisito oficial

para echar un polvo— y yo le hablé de la tienda casi todo el tiempo, y le pregunté por su vida universitaria. Siempre había pensado en la universidad como algo inaccesible en términos prácticos: el coste, la deuda, la sociabilidad forzada. Nunca había pensado que podías acabar eligiendo una pequeña parte del mundo —de entre todas las posibilidades, sitios, épocas, historias— y dedicarte a profundizar en ella hasta el último de tus días. Me gustaba oír a hablar a Rob de ello.

Me quedé. Estuvo bien. No me detuve a tallar nuestras iniciales en el tronco de un árbol de camino a casa a la mañana siguiente, pero no me sorprendió cuando vino a la tienda el lunes y acabamos yendo al cine esa misma semana. Volvió a invitarme a cenar el sábado, y fui, pero las preguntas empezaron a ser excesivas, y cuando a la mañana siguiente fui a ponerme mis merceditas, me di cuenta de que no solo estaban alineadas formando un ángulo perfecto respecto a la pared más cercana, sino también limpias. En mi mente se formó un enorme letrero en el que podía leerse: SALIDA DE EMERGENCIA, y una flecha señalando esa dirección.

—¿Qué es esto? —dije cuando vi los zapatos limpios.

No creo que estuvieran tan limpios ni siquiera el día en que los compré. Se encogió de hombros.

—Me he despertado pronto.

Me reí.

—¿Y ya has acabado tu doctorado y no tenías nada mejor que hacer que limpiarme los zapatos? No es que no lo aprecie...

De repente me miró muy serio.

—¿Tienes tiempo para hablar? —me preguntó.

Quise decirle que no, pero es que acababa de limpiarme los zapatos. Como sabía que debía irme pronto, pensé que sería mejor tener la charla en ese momento, ya que podría largarme en cuanto acabara.

—Claro —dije.

Nos sentamos. Él me miró y yo pensé: «Vaya, así deben ir las cosas cuando una mujer le dice a un hombre que puede que las pastillas anticonceptivas no hayan hecho su trabajo.»

—¿Recuerdas que te dije que había estado enfermo, en nuestra primera cita?

—Sí.

Habría resultado grosero decirle que aquello no había sido exactamente una cita.

—Bueno, es una especie de... Es una enfermedad mental. La cosa nunca mejoró, el que mejoró fui yo tratando de controlarla.

—Vaya.

—Estoy obsesionado con el control. No me gusta tener la sensación de que lo he perdido.

Me di cuenta de que tenía las manos en las rodillas y que su posición era perfecta, de que un lado podría haber sido el espejo del otro: la disposición de los dedos, las palmas en el mismo lugar exacto de cada rótula. Yo estaba sentada a su lado, con un

codo en el respaldo del sofá, una pierna doblada debajo de mí y la otra colgando. Me pregunté si debía moverme y adoptar una postura más simétrica. Le recordé comiendo espaguetis, y cómo dejó la cuchara y el tenedor perfectamente alineados en el plato cuando acabó.

—Así que controlo todo aquello que puedo controlar.

Me miró y asentí. Podía entenderlo. Asegurarte de que las personas que quieren encontrarte no puedan hacerlo es un ejercicio de control, después de todo.

—Como tu piso —dije.

—Sí —dijo, y sonrió; lo hizo tan agradecido que me sentí mal por la forma en que me había sentido cuando había visto mis zapatos perfectamente alineados y limpios—. Sé que está demasiado ordenado, pero es la mejor forma que tengo de llevarlo. Lo siento. Debería haberme dado cuenta de lo raro que te parecería que te limpiara los zapatos.

—Está bien —dije.

Sabía que yo nunca, jamás, sería capaz de hablar de mí misma de la forma en que lo estaba haciendo él, así que escuché.

Rob me habló de la medicación, de la terapia, de su red de apoyo. Habló de lo difícil que era admitir que cuanto más productivo, más emocionado y más brillante resultabas, más enfermo estabas. Le costó mucho explicar que, aunque tomara antipsicóticos, no se convertía en un psicótico en cuanto dejaba de tomarlos.

Le escuché. Lo sentí por él. Dejaba de hablar y luego volvía a hacerlo, hacía pausas, respiraba hondo. Me puse triste, me hizo sentir incómoda, y pensé que si alguna vez yo le hablaba a alguien de mí, mi aspecto sería el mismo que tenía Rob en aquel momento: asustada, decidida, pálida. Pensé que en un momento de su vida se había perdido, como yo, y que, como a mí, los libros le habían rescatado. Si yo hubiera pertenecido a una especie de tribu, estaba claro que Rob también formaría parte de ella. Aunque él me lo estaba contando. Y yo nunca le diría nada a nadie, a menos que no tuviera otro remedio. De mi historia no se hablaba, era un secreto.

Cuando tartamudeó las últimas palabras, le dije:

—Gracias por contármelo, Rob. —Y lo dije en serio.

Él asintió.

—¿Todavía quieres que quedemos el jueves? —preguntó.

Teníamos previsto ir al museo, a una charla sobre arquitectura.

—Por supuesto —dije.

No quería decir exactamente: «Por supuesto que quiero volver a quedar contigo». Fue más un «por supuesto que nada de lo que has dicho ha cambiado lo que pienso de ti, porque nunca juzgaría a alguien por su salud mental». Ahora me doy cuenta de que me tomó la palabra demasiado al pie de la letra.

CRIMEN

1999

EL TIEMPO AQUÍ NO TIENE SENTIDO

Mi padre no encontró trabajo. Para cuando llegó el verano, había empezado a comer gratis en el colegio. No me importaba. No era la única. Sí me importó, sin embargo, cuando llegó mi medio cumpleaños, el uno de julio.

Cualquiera que haya nacido entre Navidad y Año Nuevo te dirá que es como si no tuviera cumpleaños. Recibes regalos de última hora y la gente que va a tu fiesta, si es que puede ir alguien, lo hace sin disimular que preferiría estar en su casa, en el sofá, viendo dibujos en la tele y comiendo cereales directamente de la caja. Cuando tenía siete años, empezamos a celebrar mi medio cumpleaños. Fue idea de mi madre. Como aún teníamos clases, no había nadie de vacaciones, y coincidía con el comienzo de esas semanas agotadoras llenas de días dedicados al deporte y a pequeñas excursiones, cuando las vacaciones están a la vista y todos estamos emocionados y contentos. Así, al menos, lo recuerdo. Seguía recibiendo un regalo en Año Nuevo, pero el uno de julio era el día en el que lo pasaba en grande.

El año antes de que todo empezara a ir mal, cuando tenía ocho años y medio, me organizaron una fiesta en la playa. Hacía calor, y no había mucho viento, lo que era raro en Whitby; la quietud del aire hacía que el mundo pareciera otro. Recuerdo el olor a mar y a protector solar, y que mamá iba de niño en niño embadurnando la nariz, la frente, las orejas. Hubo un concurso de castillos de arena y otro de paseos a caballito, y hasta un teatro de títeres. Éramos doce y mi madre había preparado un pequeño kit de picnic para cada uno de nosotros, envuelto en enormes servilletas de topos rojos. La gente sonreía y nos hacía fotos al vernos pasar, y yo me sentí la reina del mundo. Había sido en una semana en la que mi padre estaba en casa y fue él quien se encargó de hacer las fotos. Después, un día, mirándolas, negó con la cabeza y dijo:

—Te diré una cosa, pequeña, tu madre tiene clase. Si alguna vez se da cuenta de que es demasiado buena para mí, me habré metido en un buen lío.

Ese año fue distinto. Tuve regalos, por supuesto. Un Furby (Emma tenía uno y a todos nos encantaba, pese a que algunas niñas de clase, las que habían empezado a usar brillo de labios, decían que los Furbies eran para bebés) y los primeros tres libros de *Harry Potter*. Había leído los ejemplares prestados de la biblioteca, no tenía los míos, y me moría por volver a leerlos. Entre ellos había un recibo de la librería, era el pedido de *El prisionero de Azkaban*, que salía una semana después de mi medio cumpleaños. Me encantaron mis regalos, pero no hubo fiesta. Solo pude invitar a Emma y a Matilda a tomar el té. Puede que hubiese una barbacoa, de la que mi padre, que llevaba un sombrero de papel que nos hizo gracia, se hacía cargo, pero no era una fiesta. Se parecía más a cualquier tarde de vacaciones de verano. Luego llovió y

tuvimos que meterlo todo dentro. La casa parecía más pequeña ahora que mi padre estaba allí todo el tiempo.

Se suponía que mi pastel era una especie de cabaña de cuento de hadas, cubierta de golosinas, pero mi madre se había hecho daño en la muñeca al caerse por las escaleras, y mi padre había tenido que ayudarla a hacerlo, y yo, tan quisquillosa como era, no podía evitar ver todo lo que había salido mal: el techo era inestable y el glaseado no llegaba a las esquinas. Papá había encontrado bengalas y las puso en la chimenea y las encendió y fue divertido hasta que una de ellas se cayó e hizo un agujero en la alfombra.

Esa noche oí a mis padres discutir otra vez.

Sabía por qué discutían. Mientras preparaban la barbacoa, mamá le había dicho a papá que había visto en el escaparate de la agencia de trabajo temporal que uno de los hoteles necesitaba a alguien de apoyo ese verano. Papá dejó de avivar el carbón y la miró.

—¿Apoyo? —le preguntó.

—Limpiar y servir, supongo —dijo mi madre.

—Ya hablaremos de eso más tarde.

Ella suspiró y, cuando se alejó de él, tenía los ojos empañados.

Antes de que papá perdiera su trabajo, nunca oía a mis padres después de irme a la cama por la noche. Pero dos cosas habían cambiado en el «mundo postrabajo perdido». La primera era que sus voces sonaban diferente. Solían hablar de forma tranquila, mantener conversaciones, emitir un suave rumor como el del sonido del mar, en el que solo desentonaba la única y más habitual palabrota. Ahora elevaban la voz, y a los gritos le seguía un «shhhh» y mi madre pronunciando mi nombre, y el volumen bajaba, pero no tardaba en volver a subir. Y no había forma de ignorarlo. Mamá decía que papá se había vuelto irascible desde que había dejado de fumar. Él decía que era su maldita vida la que le sacaba de sus casillas.

La segunda cosa que cambió fue descubrir que la manera en que mis padres habían hablado y las cosas que se habían dicho el día anterior te permitían saber cómo iba a ser el día siguiente. Si se habían reconciliado, la mañana sería tranquila, jugaríamos después de tomar el té y tal vez me comprarían un helado. La vida volvería a parecer la de siempre, la de antes de que papá perdiera su trabajo, o algo así. Sin embargo, si se habían peleado y no se habían reconciliado, el día siguiente sería muy distinto: habría un exceso de cariño dirigido a mí por parte de mi madre, y un silencio como una niebla marina por parte de mi padre, imposible de ignorar, capaz de llenar nuestra pequeña casa.

Una vez le dije a mi madre que parecía «pachucha», que era una palabra que solía usar algunas veces, generalmente en los días en los que empezaba a dolerme la garganta o los oídos, pero todavía no estaba del todo enferma. Ella sonrió y me dijo que estaba un poco cansada, luego fue a la sala de estar, donde papá echaba un vistazo a las páginas de clasificados del periódico gratuito, y dijo intencionadamente:

—Tu hija dice que parezco pachucha.

Un segundo después oí el estruendo de su puño golpeando la mesa. Se levantó y, de camino a la puerta, tiró al suelo las fotografías enmarcadas que había en la parte superior de la estantería. Mamá se hizo un corte en un dedo recogiendo los pedazos.

Eso fue, huelga decirlo, el día posterior a un conflicto no resuelto. Las cosas habían vuelto a ponerse feas aquella noche. Creo que me mandaron pronto a la cama porque la discusión no podía esperar. Nunca más me atreví a decirle a mi madre que parecía estar pachucha.

A veces miraba la foto de la boda que colgaba de la pared de la sala de estar y me preguntaba lo diferentes que parecían ahora. No era una fotografía profesional, y mi madre no llevaba un vestido de novia, sino un traje azul pálido y un sombrero de paja. Sostenía un ramo de rosas blancas y miraba a mi padre, que estaba de pie junto a ella con un traje azul marino, y los dos se reían mientras se miraban y les llovía confeti. Una vez, cuando era pequeña, le pregunté a mamá de qué se reían. Ella me dijo que las risas eran explosiones de felicidad, que eran tan felices que no podían soportarlo, que de alguna manera tenía que salir toda esa felicidad. Cuando le pregunté dónde estaba yo, ella señaló su barriga en la foto y me dijo:

—Estabas ahí, L. J. Acurrucada, durmiendo, como un pequeño ratón.

Se habían mudado a Whitby porque el amigo de papá, Jim, aquel en cuya boda se habían conocido, les había permitido quedarse en su casa cuando él y su mujer se mudaron a los cuarteles del ejército en Wiltshire. Mis padres habían vivido allí durante un año hasta que la casa, mi primer hogar, se vendió.

Yo era tan hermosa como un melocotón, según mi madre, y una enana divertida a la que le gustaba la bronca, según mi padre. Para cuando tuvieron que dejar la casa, mamá ya se había enamorado de Whitby, y papá había empezado a trabajar en las plataformas petrolíferas, y podía ir y venir de Leeds para coger el vuelo con bastante facilidad, así que buscaron otra casa de alquiler y allí nos quedamos. Un flechazo en una boda, un par de citas, un embarazo no deseado, el suficiente amor para que pensarán que valía la pena intentarlo, y allí estaba yo, L. J., la Chica de Whitby.

Tumbada en la oscuridad, la noche después de mi supuesta fiesta de cumpleaños, no pude evitar escuchar, aunque hacerlo me puso nerviosa, y fue como si hubiera subido a una atracción de feria a la que no debería haber subido, pero de la que ya no me podía bajar. En una ocasión me ocurrió algo parecido, cuando fuimos al parque de atracciones por el cumpleaños de Matilda. Hasta hacía no demasiado había sido la experiencia más horrible de mi corta vida. Me mareé y me asusté, y el hecho de que Matilda y Emma, con las que compartía cubículo, chillasen y se riesen a uno y otro lado, había empeorado las cosas. En cuanto la atracción paró, quisieron volver a subir. Yo las había esperado junto a la madre de Matilda la segunda vez, y las miraba, y parecían felices, dando vueltas y vueltas, sin mí.

—Yo estoy contigo —había dicho la madre de Matilda—. No podrías pagarme lo suficiente para que me suba a una de esas cosas.

Pero no me había hecho sentir mejor, viéndolas.

Mi padre había sido el primero en levantar la voz. Ese era el patrón habitual.

—No vas a cocinar y a limpiar para extraños.

—Cocino y limpio para ti —dijo ella—, y esperar en la puerta del colegio no es la mejor manera de usar el tiempo en este momento.

—Porque no estoy ganando nada, ¿quieres decir?

—Sí —dijo con un suspiro—, eso es exactamente lo que quiero decir. Pero no va con segundas. Solo estoy señalando un hecho, Pat.

Se mantuvo un minuto en silencio. Y al cabo dijo:

—Llegamos a un acuerdo cuando nació L. J. Dijiste que querías cuidarla, no ser otra cosa que madre, durante diez años, que era lo más importante...

—Sí, eso fue lo que dije. —La voz de mi madre sonaba más tranquila que la de mi padre, y también más tranquila que cuando había dicho aquello de limpiar y cocinar para otros—. Pero míranos. ¿Qué daño iba a hacernos? Si trabajo tres meses este verano, podríamos llegar sin dificultades hasta Navidad, si nos andamos con cuidado. Y en Año Nuevo cumplirá los diez. Y tú estarás con ella. No es que vaya a quedarse con un extraño.

—Oh, mujer de poca fe —mi padre parecía molesto—, ni siquiera tú crees que pueda conseguir un trabajo antes de Navidad.

—No es eso lo que estoy diciendo. Lo que digo es ¿qué hay de malo? Pero, si no te gusta la idea, me buscaré un trabajo normal. A tiempo completo. El *call center* está contratando a gente y pagan bien. Tú puedes quedarte en casa. Cuando dije aquello me refería a que uno de nosotros la cuidara, a que no lo hiciera una canguro. Entonces creía que era importante, y aún lo creo. Tú ganabas lo suficiente para que yo me quedara en casa, y yo quería estar con ella. No conviertas esto en... No lo hagas.

—¿Crees que tienes más posibilidades de encontrar un trabajo que yo?

—No he dicho eso.

Una pausa, luego la voz de mi padre en un tono que a mí me hubieran afectado:

—Tendrías que conducir hasta el *call center*. Acabarías agotada. Y yo no tendría coche en todo el día.

—No estoy diciendo que tenga todas las respuestas.

—Si consideras que está bien que no tenga el coche en todo el día, estás diciendo que no hay posibilidades de que consiga trabajo.

—Sabes que no es así. Por el amor de Dios, Pat. —No parecía enfadada, parecía cansada.

Se hizo el silencio entonces, e intenté quedarme dormida, pero el sueño no llegó tan rápido como hubiera querido. En la mesita de noche, el Furby roncaba.

—Acordamos —dijo mi padre con suavidad, por lo que tuve que levantar la cabeza de la almohada para tener disponibles las dos orejas y así oír mejor— que estarías diez años. Le prometí a tu madre que cuidaría de ti.

Mi madre, un suspiro en las escaleras.

—Eso no tiene nada que ver. Y lo sabes.

—¿Por qué?

Mi padre volvió a alzar la voz. Así era entonces: de repente se enfadaba, incluso conmigo. De ahí que empezase a pensármelo dos veces antes de hablar. La semana anterior había traído a casa una carta del colegio de una excursión a York. La había doblado hasta convertirla en un pedazo de papel diminuto, y me la había metido en el bolsillo, y luego lo había tirado a la papelera, porque temía que diera pie a otra discusión sobre el dinero. No me importaba. Si no ibas a la excursión, te quedabas en el colegio como un día normal, solo que sin clases. Podía ofrecermé a ayudar en la biblioteca. Me gustaba la idea.

—Cuando le dijiste eso a mi madre, te referías a que me cuidarías, a que me protegerías. No a que fuésemos a hacernos ricos. Y eso era todo lo que ella quería oír, al final.

Recordé cuando la madre de mi madre se estaba muriendo. Había sido el verano en el que conseguí mi primer uniforme escolar. Llevaba enferma desde que alcanzaba a recordar. Cuando terminó el funeral, mi madre lloró mucho y dijo «bendito alivio» muchas veces. Ella empezó a llorar entonces, pero el rumor de su llanto era distinto al de aquellos días, ligeramente más suave. Oí a mi padre hablar en voz baja; seguramente eran palabras de consuelo. Me imaginé que la estaba abrazando.

Y casi estaba dormida cuando mi madre volvió a hablar. Me pareció que decía «somos un edipo», pero cuando lo pensé más tarde me di cuenta de que la palabra que había empleado era en realidad «equipo», que era algo de lo que había oído hablar en las noticias.

—Y tienes que dejarme hacer todo lo posible —dijo mi padre.

—Y tú tienes que dejarte ayudar —dijo mi madre.

Mi padre volvió a alzar la voz, y dijo algo que no entendí.

—Ahora me malinterpretas intencionadamente —dijo ella; y entonces fue su voz la que se elevó, frustrada—: Eres tu peor enemigo.

—Eso es, júzgame. Seguro que ayuda.

Supe, por su tono, que podía pasar cualquier cosa.

Y no pasó nada bueno.

Podrías pensar, porque es algo significativo, que recordaría ese momento como el primero en el que empecé a sospechar que mi padre pegaba a mi madre. Pero yo no. Cuando pienso en ese momento, recuerdo, sobre todo, la sensación de cautela, de hacerme pequeña. Después de aquello, recuerdo que nuestra familia cayó en un pozo que dependía de los estados de ánimo de mi padre, motivados por las posibilidades de encontrar trabajo.

Las cosas mejoraron brevemente cuando ese agosto consiguió trabajo en una obra. «No estoy orgulloso», decía; cuando volvía a casa y traía *fish and chips* para todos, y el comedor se llenaba de su olor penetrante y ardiente, y aspirábamos

profundamente, de la misma manera que aspiraríamos el aire limpio al salir del coche después de un largo viaje. Pero el trabajo no duró; no creo que fuese culpa suya, desde el principio sabíamos que era algo a corto plazo, y no tardamos en volver a tomar tostadas con Marmite y Philadelphia a la hora del té, aunque mi madre ya no tenía el valor de fingir que era una sorpresa.

Leí *The Railway Children* y me impresionó que a los niños solo se les permitiera tomar mermelada o mantequilla, nunca las dos cosas. La versión de la pobreza de Bobbie, en la que sirvientes y benefactores le enviaban a uno cestas de comida, no tenía nada que ver con la mía.

Pero no hubo un momento concreto en el que me diera cuenta de que la golpeaba. Me dedicaba a dejar pasar los días y a hundirme mientras tanto, y aunque luego, cuando me interrogaron, dije que había llegado a pensar que mi padre pegaba a mi madre, no podía recordar cuándo empezó, ni hablar de ninguna de las veces en que lo había hecho, ni de los sitios en los que había pasado. Yo no estaba en casa cuando mi madre se cayó por las escaleras y se hizo daño en la muñeca. Sí, parece un poco sospechoso si lo piensas ahora, pero cuando tienes nueve años es razonable suponer que tus padres dicen la verdad.

Me hicieron muchas preguntas en el colegio después de ver el ojo morado de mi madre, y la señorita Buckley quiso que me quedara con ella en clase durante el recreo, me dio una galleta y me preguntó si había algo que me disgustara. Sabía que estaba mal hablar de dinero, así que dije que no. Cuando me invitaban a tomar el té en casa de Matilda o Emma, sus madres me abrazaban y me despedían con un susurro que siempre incluía algo parecido a «puedes quedarte a dormir cuando quieras, dile a tu madre que siempre serás bienvenida aquí». Yo sonreía y daba las gracias, pero todavía estaba bien en casa. Lo cierto es que no recuerdo haber querido escaparme. Supongo que —y sé que voy a sonar como una víctima de violencia doméstica cualquiera— cuando las cosas iban bien era difícil creer que volverían a ponerse feas.

Y sí, creo que, a pesar de todo lo que pasó después, mis padres eran buenas personas y se quisieron y me quisieron y querían protegerme de lo peor de ellos mismos. Así que, pese a que no podían dejar de dañarse, hicieron todo lo posible por no hacerme daño a mí, y no importa lo mal que acabaran saliendo las cosas, porque les agradezco que lo intentaran.

Esta, por cierto, es la versión oficial de lo que pasó. Funciona, me sirve. Gracias a ella duermo por la noche. Supongo que Nathan diría que es mi historia.

POESÍA

2016 PASAR PÁGINAS

Mordí el anzuelo una vez más. Cuando llegué a casa del club de lectura el martes siguiente, miré el teléfono y tenía un mensaje de texto de Nathan:

¿Te guardo sitio mañana por la noche?

Cretino engreído. Casi caigo en la tentación de ignorarlo, pero no iba a tirar piedras contra mi propio tejado. Y pensé que uno de esos días podía preguntarle qué le había llevado a escribir aquella historia sobre la reinención de uno mismo. Era una idea rara. No sabía si me gustaba.

Qué más daba. Cogí aire y escribí:

Claro, si puedes. ¿Y me apuntas en la lista?

Esperé, y al poco me contestó: «¡Hecho!». No me puse a analizar qué habría querido decir con aquellos signos de exclamación porque tenía cosas mejores que hacer.

Pasé buena parte del miércoles preguntándome si debía leer o no mi poema. No es que estuviera obligada a hacerlo —Nathan es el único que sabe de esa lista, y nadie más que él iba a enterarse si finalmente no lo hacía— y tampoco es que me gustara exponerme de esa manera. No había vuelto a pisar un escenario desde *Bugsy Malone*, y todo lo que vino después me apartó de los focos. Pero aquellos miércoles me recordaba a mí misma que la poesía es algo vivo, y no dejaba de preguntarme cómo sería leer mis poemas delante de toda esa gente, compartirlos, ver hasta dónde podían llegar. No me malinterpretes, soy consciente de que el mundo no necesita más aspirantes a poeta. Pero podía ser interesante.

Nathan me puso en tercer lugar. Estaba tan preocupada por su poema que no se me ocurrió pensar en el mío. Cada vez que subía al escenario decía algo que me hacía pensar. La idea de que la gente pudiera querer relajarse en una relación, y no presumir, u ocultarse, era algo que me daba vueltas y vueltas en la cabeza, y me preguntaba en qué sentido lo había dicho y si podía ser cierto.

Escogí un poema tonto, pensé que al público le gustaría. Por entonces ya sabía que la gente se ríe con las rimas. Y que detectarlas o anticiparlas les hace sentir inteligentes.

Cuando subí al escenario, tenía el corazón en la boca y el alma por los suelos.

Quedé sexta de nueve. Misión cumplida, que habría dicho Archie. Pero no me había gustado. Sentía que todos me miraban, me juzgaban, y que mi voz sonaba débil, el lamento lejano de una gaviota. Me mostré insegura en todo momento, quedé

fatal, y los que me votaron lo hicieron por compasión, estoy segura. Había estado en las otras noches de poesía y había pensado que los que salían a recitar no eran muy buenos: que estaban compensando algo, que se sentían solos, que querían pensar que eran poetas porque era mejor que aceptar lo que verdaderamente eran. Después de subir a aquel escenario les tenía mucho más respeto. Y cinco de ellos habían sido mejores que yo. Era justo. Disfrútalo, Loveday, te lo has ganado.

Asistí a la última ronda preguntándome si debía esforzarme más o tirar la toalla. Me gustan las estanterías y las sombras. Pero no quiero ser cobarde.

Nathan me acompañó a casa. De camino, me dijo:

—Me gustó que tu poema fuese circular, que terminase donde había empezado.

Y yo dije:

—Me alegro de que te hayas dado cuenta. El tuyo también me ha gustado. —Era cierto, en los dos casos. No estaba coqueteando.

Le pregunté si quería subir.

Sí, se quedó. Que la mayor parte de la gente no me guste no me convierte en una monja, ¿sabes? Tener un poco de criterio no hace daño. Quiero pensar que, después de Rob, me había vuelto muy exigente.

EL FLIRTEO

Interpretado por Nathan Averbury en el George and Dragon

York, abril de 2016

Se supone que debería gustarme el flirteo, lo emocionante,
pero, personalmente,

cuando empieza a gustarme es cuando el flirteo se acaba.

Me gusta cuando nadie tiene que bajar a por cruasanes

para el desayuno, o fingir que estaban

en la nevera, porque solo tenemos tostadas, o Weetabix.

Me gusta que mi ropa interior no combine y que mis axilas sean peludas.

Me gusta poder usar mi vieja camiseta de los Hootie and The

Blowfish sin miedo a que

nadie me llame a un taxi.

Me gustan las cosas que dicen: relájate. Hemos llegado

a un lugar en el que ambos podemos descansar.

No me malinterpreten: no me disgusta estar un poco nervioso, ni sentir

mariposas en el estómago. Puede que no disfrute de la *chaise longue*, pero eso

no me convierte en carne de mecedora.

Sentiré algo parecido al alivio cuando compruebes que los

[dedos de mis pies tienen
formas extrañas, y que eso solo basta para cerrar tan decisivo acuerdo.
Así que, ¿no podríamos saltarnos el flirteo, y relajarnos?

ASÍ SON LOS LIBROS

*Interpretado por Loveday Cardew en el George and Dragon
York, abril de 2016*

Me gustan los libros porque no les importa
si tus bragas combinan con tu sujetador,
si te has lavado el pelo.
Me gustan los libros porque no invaden tu espacio.
Se quedan en un estante.
No se te ponen delante.
Me gustan los libros porque les trae sin cuidado
Lo que te pasa por la cabeza
A quién has abandonado.
Me gusta un libro y no importa una mierda
Cuando llegas al final lo que de él piensas.
A los libros no les importa si tuviste fiesta de graduación
Lo que ves en televisión
Los libros no te juzgan por llevar *tattoos*
Tampoco si tienes pocos amigos.
Me gustan los libros porque todo les da igual.

Admito (y, en cierto modo, me gusta poder hacerlo) que pasé los días siguientes en una especie de burbuja de felicidad. La noche que pasé con Nathan fue —no sobredimensionemos— bastante buena, en lo que al sexo se refiere, aunque lo más importante es que se comportó como una persona normal. Por la mañana le olía el aliento y tenía un aspecto idiota cuando se había medio quitado los pantalones, y, no sé, era agradable. Más que agradable. Básicamente, era tan bueno como su poema. No parecía tener mariposas en el estómago y los dedos pequeños de sus pies eran realmente extraños, parecían duplicados. No duraría —no tenía claro si habría algo más después de aquella noche—, pero me sentía como si me hubiese llevado el gato al agua.

Archie me preguntó si estaba «tan de buen humor por culpa del señor Avebury», lo que me molestó porque (a) no veo por qué las mujeres aún en el siglo XXI deben ponerse de buen humor porque se han acostado con un hombre, como si no fuésemos capaces de ser felices sin más, como si necesitásemos una polla para eso, y (b) tenía

razón. Le saqué la lengua y le compré un bollo de crema en la tienda de al lado, aunque su médico diga que no debería comerlos. (Bueno, no es que no deba comer bollos de crema en concreto, es que no debe comer mierda que le joda las arterias. Aunque, por supuesto, no hace caso. Dice que ha sido grandullón toda su vida y que saldrá de ella en un ataúd considerablemente grande.)

Nathan empezó a pasar por las noches para verme. No todas las noches; no siempre le dejaba que se quedara. Me pidió que fuese a su casa —vivía en Malton, una ciudad de mercado situada entre York y el mar—, pero le dije que todavía no. No quería meterme en algo de lo que no pudiese salir. Malton era uno de esos sitios que está a media hora en autobús de cualquier parte, aunque se tardaba una hora en llegar desde York. Está bien si te dedicas a la magia de cerca, porque casi ninguna de tus actuaciones empieza a las nueve de la mañana. Tendría que salir de casa de Nathan a las siete para llegar a tiempo al trabajo, lo que, francamente, es un poco más de lo que estoy dispuesta a hacer por amor. Tampoco es que fuera amor. Definitivamente era más de lo que estaba dispuesta a hacer por un poco de sexo. Eso sin contar todo el rollo de estar dispuesta a jugarte tu independencia y de que siempre debes asegurarte de tener una vía de escape. Además, si su casa era como su corbata —cuyo equivalente en la decoración de un hogar serían cabezas de jabalí en las paredes y sofás enormes—, había llegado a la conclusión de que prefería disfrutar un poco antes de que empezara a alejarme de él. Nadie quiere que su novio viva entre las páginas de una primera edición de *El retrato de Dorian Gray*. Y él no era mi novio, precisamente.

Cuando venía, me hacía trucos de magia, y yo intentaba descubrirle. Y algunas veces lo conseguía. Hacía cosas con monedas, y variaciones de trucos de cartas básicos, y cuando le descubría, me explicaba los detalles. Nunca bromeó sobre tener que matarme después de contarme su secreto, y eso decía mucho de él. Creo que me gustaba porque básicamente era elegante, bajo toda aquella chulería.

Dos semanas después me invitó a ir con él a una fiesta infantil donde iba a actuar. No había pensado en que fuese un verdadero trabajo, pero resultó que cobraba doscientas cincuenta libras por una fiesta y cuatrocientas si había más de veinte niños. Yo tardaba más de una semana en ganar eso, y nadie me aplaudía ni me daba el pastel sobrante para que me lo llevara a casa. Pensé que iría porque..., bueno, ¿por qué no? Él me había visto trabajar.

Empecé temprano aquella mañana porque iba a tomarme la tarde libre. Archie me había dicho que podía tomarme todo el día si quería, pero las cajas de libros sin clasificar habían vuelto a amontonarse debajo de la barra del desayuno y quería quitármelas de encima antes de que llegara el verano. Cuando los estudiantes dejaban sus habitaciones y hacían limpieza, siempre nos entraban un montón de libros. Aquella mañana ni siquiera había podido abrir la puerta de la de cajas que había apiladas en la entrada. Archie no acepta libros de texto, pero compra otras cosas, y a veces no mira ni las cajas, y sabía que tendría que ir pensando en hacer sitio para más

poesía, traducciones de clásicos rusos y comedias del montón más o menos de casi cualquier cosa. No estoy estereotipando. Habría todo tipo de cosas. Pero aquel era mi décimo verano en la librería y empezaba a hacerme una idea de qué podía esperar.

De forma un tanto estúpida, pensé que me dedicaría a eso porque normalmente no estoy en la librería los miércoles por la mañana, así que sería, de alguna manera, invisible, para poder «ir adelantando», como solía decir mi madre. La primera hora fue tranquila, al menos en lo que se refiere a clientes, pero cuando no hay clientes con los que hablar, Archie habla conmigo.

—¿Has pensado en tomarte unas vacaciones, Loveday? —preguntó.

—¿Por qué? —La última vez que Archie me había preguntado si tenía pensado tomarme unas vacaciones lo había hecho para asegurarse de que me encargaría de la tienda durante el mes siguiente porque le habían ofrecido un pequeño papel en una película de espías ambientada en Viena. Cuando regresó, estaba hecha polvo.

—Bueno, no hay nada malo en hacer planes —dijo Archie. Y luego—: ¿Adónde vas de vacaciones normalmente? ¿Adónde irías?

—Cornualles —dije, y después—: La verdad es que no me gustan las vacaciones.

—Eso es porque no has encontrado el lugar adecuado aún —dijo Archie—. Es como los cócteles. O los juegos de cartas.

—Vale, deja de hablar un momento —dije—. Voy a tener que retroceder tres letras en el alfabeto.

Estuvo callado unos cinco segundos y luego preguntó:

—Si pudieras ir a cualquier parte, ¿adónde irías?

—No lo sé —respondí—, no tengo pasaporte.

—Yo tengo muchos —dijo Archie con un guiño—. Nunca se sabe cuándo vas a tener que salir corriendo.

Me apoyé en mis talones y me eché a reír.

—¿Te refieres a cuando la mafia de librerías de segunda mano te persiga porque finalmente ha descubierto que fuiste tú quien robó la primera página de las *Obras completas de Shakespeare*, asesinando accidentalmente a Lord Mountbatten?

Archie también se estaba riendo, pero luego pareció que iba a echarse a llorar. Se puso de pie.

—Lo siento, Loveday.

—¿Por qué?

—Por todo. Por nada. No importa. —Me pregunté si no estaría de resaca; la resaca le ponía sensiblón. Por lo general le traía sin cuidado interrumpirme. Quizá había sido muy brusca. No había sido mi intención.

Se alejó. No sabía lo que estaba pasando, pero no quería que se quedara así. Respiré hondo.

—Archie —dije—, iría a Whitby. Si tuviera vacaciones. —No me di cuenta hasta después de decirlo que era cierto.

Todavía estaba preguntándome de qué se lamentaba Archie y qué pasaría si

volviera a Whitby, cuando llegó Melodie.

—Loveday —dijo. Siempre me divierte oír cómo dice mi nombre porque no hay forma de que pueda jugar con él. Casi todos los nombres que pronuncia los alarga, como en una especie de flirteo. Dice «Archeeeee», «Naaaay-than»; incluso se las arregla para doblar la «r» de Rob. Pero no puede hacer nada con «Loveday». Aquel día intentó alargar la primera «o», pero solo consiguió parecer (aún más) chiflada de lo que estaba, y se dio cuenta.

—Melodie —dije—. Hola. —Estuve tentada de alargar un poco la «i» final, pero no lo hice. Puedo ser muchas cosas, pero no soy mezquina. Sé lo ruin que puede llegar a ser el mundo, y si tengo un objetivo en la vida, aparte de mantener la cabeza baja, es no permitir que esa mezquindad aumente.

—¿Irás hoy a la noche de poesía con tu chico guapo, Nathan?

—Todavía no lo sé —dije—. No lo he decidido aún.

Sí que lo había decidido, pero no iba a decírselo a ella. Le había estado dando vueltas a un poema, pensando en la mejor manera de interpretarlo. Nathan me había ayudado a practicar. Me lo sabía de memoria. No me gusta quedar mal y mi primer intento fue un horror absoluto. Todavía no sabía si iba a acabar gustándome interpretar, pero sí creía que estaba preparada para hacerlo, al menos me daría la oportunidad de someterme a un juicio justo.

—Yo sí voy a ir —dijo—, con mi chico, Rob.

—Oh, vaya —dije. Parecía enfadada, aunque llevaba un bombín y no podía verle bien los ojos, así que en realidad no sé si lo estaba.

Luego pensé que quería que me interesara por su vida amorosa, y no lo estaba haciendo, más allá del hecho de que le estuviera agradecida (un poco, al menos) por el hecho de que no había vuelto a encontrarme rosas en el buzón. Tal vez se había enterado de que había estado persiguiéndome y creía que era culpa mía, sabiendo como sabía de mis cualidades para ignorar a la gente que no me cae bien sin que me importe lo más mínimo.

Luego pensé en cómo sería Rob con ella, y en que, si Melodie me hubiera caído mejor, le habría advertido. Probablemente lo hubiera hecho.

—¿Os lleváis bien tú y Rob?

—Es inteligente —dijo con una sonrisa— y tiene unos ojos muy bonitos.

—Lo sé —dije, y luego hice una pausa, pensando cuidadosamente en cómo decirlo—. Pero, Melodie, está siendo... ¿Él es amable contigo? Porque...

Levantó una mano.

—No voy a ponerme a discutir sobre mi amor contigo —dijo—. Nos vemos luego.

Se fue. Y cuando dobló la esquina me pregunté si no debería ir tras ella. Pero ¿qué le diría? ¿«A veces tu novio sale de la cafetería justo cuando yo salgo de la tienda»? ¿«Rob a veces me sigue hasta casa»? Parece fácil de decir. Pero iba a sentarle como un tiro.

Me escabullí tras la barra del desayuno antes de que Archie pudiera empezar con su rollo de Yo Ya Comía Boquerón Antes De Que Se Pusiera De Moda y su Nada Como Comer Langosta En La Playa, sus dos temas de conversación favoritos después de que hubiera pasado un fin de semana en algún lugar de Devon.

Había una caja de libros de cocina esperándome. Bueno, había muchas cajas esperándome, pero la de los libros de cocina era la caja más grande que había, y también la que menos libros tenía dentro. La había pateado aquella mañana cuando la aparté del paso junto a las otras donaciones. Archie no me deja poner un cartel en la puerta que rece algo parecido a NO SOMOS UNA ORGANIZACIÓN BENÉFICA. NO NOS INUNDEN DE BASURA BIBLIÓFILA, porque dice que no servirá de nada. Y lo más probable es que tenga razón.

Vacíé la caja y los puse en pilas por autor. Algunos eran buenos. No eran tesoros, pero había libros de la década de los noventa de autores que aún eran conocidos, por lo que alguien querría comprarlos.

La cocina del propietario de aquellos libros había sido sin duda más ambiciosa que práctica, a juzgar por lo que encontré. Había pocas señales de uso: ni páginas pegadas ni pedazos de papel marcando recetas habituales, tampoco había notas al margen en las cantidades de la repostería. Debieron de comprarlos para decorar la cocina de algún listillo. Pensé que podía apilarlos en la mesa central y escribir algo parecido a: ACABAN DE LLEGAR, LLÉVATE UNO, AÚN ESTÁN CALIENTES. Archie también prefiere que hagamos cosas así, no es que le preocupe el dinero. No se gana la vida con la librería; ni siquiera tiene un sueldo, solo paga el alquiler, las facturas y a mí, y llega a todo, casi siempre.

Pero sabía que le haría feliz vender una docena de libros de cocina a ocho libras, o dos docenas a quince libras. Empecé a llevarlos a la mesa central y los apilé en una columna escalonada, para que parecieran interesantes desde cualquier ángulo. Cuando los coloqué, me fijé en signos de desgaste que se me podían haber pasado por alto. Archie regatea, pero yo no, así que si le fijo un precio, me mantengo firme.

Me di cuenta de que *Curso de Cocina Completo de Delia* no estaba en muy buen estado. Conservaba la sobrecubierta, ese fue el detalle que me hizo dar por hecho que estaba bien, como el resto de los libros de la caja. Pero antes incluso de abrirlo me fijé en que era distinto a los demás. Este lo habían usado. Tenía carácter. Y no solo eso, sino que tenía un carácter fácilmente reconocible. Un carácter que yo reconocía.

La sobrecubierta estaba rasgada por delante, para empezar. La rasgadura formaba una línea irregular desde la parte superior izquierda hasta la mitad derecha, como el gráfico de una empresa en plena caída libre, y lo habían reparado de cualquier manera, con pequeños pedazos de celo cruzando el papel roto y una larga franja en la parte superior. Cuando lo cogí, volví a sentir la misma sensación de la otra vez, la que tuve con los clásicos de Penguin y Kate Greenaway. Supuse que no eran más que coincidencias, porque ¿qué probabilidades había de que aquellos libros acabasen en mis manos?

Pero en aquel momento el pasado se plantó frente a mí, decidido a tiráseme a la yugular. E hice todo lo posible por no dejar caer el libro y echar a correr, como haría si el libro estallase en llamas.

Cerré los ojos, respiré hondo y me dije que estaba siendo ridícula.

No podía ser el nuestro. No podía ser.

Cuando volví a abrir los ojos, me dije que todo lo que estaba viendo era uno de los libros de cocina de mayor éxito de todos los tiempos, que por supuesto mi madre tenía, porque había uno en casi todos los hogares del país. Lo hojeé y recordé que había un pastel de chocolate que nos encantaba, y que mi madre se reía cuando intentábamos hacerlo, y a veces hasta fingía maldecir a su manera («oh, mecachis en la mar»), porque cada vez que lo sacábamos del molde siempre se nos rompía. Nunca consiguió hacerlo bien. Tan pronto como tuve la edad suficiente para leer la receta, apunté que Delia decía que se rompería, pero ella quería que fuese aún mejor cada vez: «Esta vez quería que fuese perfecto, L. J.».

Luego estaba la pizza que preparábamos los fines de semana, solo que sin aceitunas y sin anchoas. Es raro, pero para mí, aún hoy, el sabor de aquella pizza es el verdadero sabor de la pizza, y me traen sin cuidado las auténticas pizzas hechas en hornos de leña y ese tipo de cosas. Al propietario de ese libro le habían gustado las mismas cosas que a nosotras; las esquinas de aquellas páginas estaban pegadas con lo que parecía puré de tomate.

A medida que hojeaba el libro, casi podía volver a saborear el mar de Whitby, porque dejábamos la puerta de la cocina abierta para que se fuera el calor, y además del aire fresco, entraba el olor de la playa. Al propietario de aquel libro le habían gustado las mismas cosas que a nosotras. El libro se abría con facilidad en las páginas dedicadas a los *scones*, las chuletas de cerdo con salvia y manzana, los *brownies* y la tarta de jengibre.

Busqué la tarta de merengue de limón, porque recordé lo mucho que me gustaba ayudar a hacerla. Había mucho que «hacer»: primero la masa, luego el relleno, y al final el merengue, y cuando nos la comíamos, generalmente en una ocasión especial, no me podía creer que fuese tan maravillosa. El cumpleaños de Archie estaba al caer. No había nada que pudiera regalarle porque tenía todo lo que quería, a excepción de cosas que eran tan caras que yo no podía comprar, como cigarrillos ridículamente caros y vino de nombre impronunciable. Pero si le hacía algo, sabría que le aprecio sin tener que decírselo. Odio decir cosas. Por eso me gusta la poesía, creo. Las palabras justas. No puedes discutir con un poema. Y está mal interrumpirlo.

Fue fácil encontrar la página en la que aparecía la receta de la tarta de merengue de limón porque estaba marcada con una postal. Era una postal de Whitby: una fotografía de los acantilados, tomada desde el lugar en el que solíamos sentarnos en la playa los cálidos días de verano. A mí siempre me parecía que los acantilados tenían mejor aspecto cuando llovía y el cielo estaba gris. Porque de alguna manera brillaban y al mismo tiempo eran siniestros. Por un momento sentí que los tenía al lado. Miré

la postal y podría jurar que me dio un vuelco el corazón, frase que, por otro lado, siempre me había parecido un tanto estúpida. Pese a ello, lo sentí moverse en mi pecho, detenerse un segundo para volver a ponerse en marcha después, y seguir haciendo lo que hacía siempre.

Di la vuelta a la postal.

Tres palabras: «Ojalá estuvieras aquí». Las habían escrito en tinta negra que se había vuelto azul marino justo donde se había hecho menos fuerza con el bolígrafo. Alrededor de las palabras había dibujado un difuso corazón.

Si antes me había dado un vuelco el corazón, entonces acababa de detenerse.

O tal vez había caído muerto.

Simplemente había dejado de estar allí. Tampoco había ni rastro de aire en mis pulmones. Mis ojos aún funcionaban, pero lo único que veían era cómo mis manos temblaban.

Era la letra de mi madre.

Era redonda, como ella, toda curvas, la mayoría de las letras tan anchas como altas. La reconocería entre mil. En las postales de cumpleaños solía dibujar un corazón alrededor de mi nombre, y escribía «papá» y «mamá». No estoy diciendo que tenga el copyright de ese tipo de florituras, solo que si lo sumaba todo: la postal, la letra, el libro...

Era su libro. Nuestro libro.

Solo para asegurarme —mis pulmones habían vuelto a coger aire, aunque con mayor intensidad, de manera que a duras penas oía lo que pasaba en la tienda, solo podía oírme respirar—, fui a la primera página y empecé a hojearlo en serio.

Nuestra cocina era pequeña y cuando mamá y yo horneábamos pasteles, dejábamos el libro sobre la mesa, colocábamos los ingredientes alrededor e, inevitablemente, algo le acababa cayendo encima; papá solía bromear diciendo que si le gustaba lo que habíamos hecho y le apetecía un poco más, siempre podría lamer la página de las recetas. Así que habíamos ido dejando en el libro huellas de todo lo que habíamos hecho. Y aquellas huellas estaban allí, ante mí, en aquel momento.

—Mi madre tiene ese libro —dijo Nathan, detrás de mí. Me sobresalté y estuve a punto de caerme del taburete—. Eh, cuidado.

Me rodeó la cintura con las manos y las dejó allí, se puso detrás de mí, su nariz en mi pelo, sus labios junto a mi nuca. Nathan es un poco sobón, pero no de los que agobian. Se limita a ponerte las manos encima y a dejarlas allí. No te acaricia, ni te pellizca, ni te revuelve el pelo. Y me gusta que no lo haga. Porque no soy un chihuahua.

—La mía también —dije. Mi voz sonaba extraña, como si se hubiera convertido en una especie de tos al salir de mi boca.

Estaba atando todos los cabos sin darme cuenta, porque ni siquiera era consciente de que hubiera cabos que pudiese atar. Los clásicos Penguin. Kate Greenaway. Y ahora aquello. No podía ser una coincidencia, pero si no era una coincidencia, ¿qué

era?

Respiraba con dificultad. Noté que Nathan se daba cuenta. Ciñó sus manos a mi cintura con más fuerza.

—Oye, Chica de Ripon —dijo—, necesitas un timbre o algo así, para que la gente no te dé estos sustos cuando entra sin avisar.

No se me ocurría nada que decir. Tenía miedo de abrir la boca y soltarlo todo, y que todo lo que tanto me había costado alejar de mí volviera a buscarme.

—¿Estás lista? —me preguntó.

Llevaba el atuendo completo de mago: levita, zapatos de puntera muy estrecha, pantalones de vestir negros y gruesos calcetines de color rosa y verde debajo; no eran visibles a menos que él quisiera que lo fueran, pero despedían un destello de color cuando se ponía en cuclillas o se estiraba y, supuse, servían para distraer a la gente, a la manera en que también lo hacían sus Doc Martens. Llevaba un maletín de cuero. La noche antes me había mostrado todo lo que contenía y los trucos que haría. Aunque sabía que eran trucos, aún no tenía ni idea de cómo los hacía. Era frustrante pero también un poco sexy. La noche había estado bien.

Mi madre le metía postales a mi padre en la bolsa cuando se iba a trabajar a la plataforma petrolífera. Yo hacía dibujos o le escribía cartas, y las dos metíamos nuestras misivas en la bolsa, entre la ropa que olía a frío, a trabajo duro, y nos reíamos pensando en la sorpresa que iba a llevarse cuando las descubriera. Aunque no iba a sorprenderle, le habría sorprendido más que no le hubiéramos puesto nada, pero nunca se me ocurrió pensar en ello. Cuando volvía a casa, enganchaba las postales en la nevera, pero no decía nada de las cartas que le había escrito, tampoco las volví a ver hasta que vaciamos la casa.

De nuevo miré el libro, la letra de mi madre en la postal. Mi cuerpo parecía lleno de alquitrán. La sola idea de moverme me daba ganas de llorar, y no quería llorar. La idea de ir a una fiesta y ver a Nathan sacar monedas de chocolate de detrás de las orejas de un puñado de niños hizo que el alquitrán se solidificara.

Y, de repente, me asusté.

¿Quién podía saber algo de mí? ¿Quién podía estar observándome? Era demasiada casualidad que un libro de mi madre acabara en mis manos —manos que habían heredado sus uñas— sin que nadie hubiera intercedido para que algo así ocurriera, ¿no? Había dado por hecho que todo aquello se había perdido cuando la cosa empezó a ir mal. Tenía miedo de moverme, e incluso de mirar alrededor, como un personaje de Edgar Allan Poe. No sabía qué podía pasar, pero estaba segura de que sería algo malo. Durante todos aquellos años estaba convencida de haber escapado de mi pasado. Pero solo era cuestión de tiempo que mi pasado me encontrara.

Me di la vuelta para mirar a Nathan.

—No puedo ir. Lo siento.

—¿Qué pasa?

—Es solo que... No puedo. Tengo mucho que hacer hoy. —Miré las cajas amontonadas en el suelo, y las que me esperaban en el banco.

—Loveday —dijo—, nos dimos la mano.

Y era cierto. Nos habíamos dado la mano aquel fin de semana.

Habíamos estado charlando en la cama. Era tarde, seguíamos despiertos, bebiendo vino, y Nathan me había hablado de su infancia y de los veranos en Cornualles, en casa de un amigo de su madre, y yo le había escuchado pensando en mis propios recuerdos del mar de Cornualles y en las cosas que me había contado mi padre. Cuando Nathan me preguntó qué recordaba de mis vacaciones de niña, le besé y le dije que por qué no continuábamos en la cama. Como ya he dicho, no es que fuese exactamente virgen cuando conocí a Nathan, pero nuestra relación estaba siendo la más larga que yo había tenido hasta entonces, y estaba descubriendo en qué consistía, y cómo era aquello de empezar a conocer a alguien de verdad. Los libros tratan más el enamoramiento y el deseo, los primeros besos y las primeras noches que pasas con alguien. Así que no era consciente de que podía haber algo mejor, aún más dulce, que aquello, el llegar a conocer mejor a la otra persona, empezar a familiarizarte con ella.

No, no estaba enamorada. Solo estaba disfrutando de la intimidad.

A la mañana siguiente, Nathan se despertó antes. Yo estaba durmiendo bocabajo. La noche había sido calurosa: el edredón yacía en el suelo. Me despertó un beso en la nuca. En otro momento me habría asustado, pero en aquel instante me limité a estirarme y a quedarme donde estaba. Nathan se apartó, y recorrió con el dedo las palabras que había en mi espalda, primero un omoplato y luego el otro.

—Me gustan tus tatuajes —dijo. Su voz era tan cálida como la mañana. No había una sola marca en su piel, pálida, como el queso Edam cuando retiras el envoltorio.

—Tú no tienes ninguno —dije.

—No —dijo—. Me da miedo que me duela y acabe con la mitad de algo tatuado. Y tampoco sabría decidir qué es lo que quiero tatuarme.

—Mmmm. —No iba a meterme en la clásica discusión de «podrías seguir así el resto de tu vida». Porque lo mismo podría decirse de tener un bebé, y no lo haces.

—¿Por qué estos? —preguntó.

Mi piel dejó de hormiguear y se enfrió. Esa conversación podía llevarme a cualquier lugar. Y no quería acabar allí. Aunque, una parte de mí, un susurro llegado desde la zona posterior de mi cerebro, donde lo ocultaba todo, se preguntaba, ¿por qué no se lo cuento? Cuéntaselo todo, me decía. La ignoré, obviamente, porque nada bueno saldría de esa confesión. Con Nathan me estaba tomando unas vacaciones de mí misma. Tenía que disfrutarlo mientras durara.

—Esto es lo que haremos —le dije—: Si me dices a qué libros pertenecen, te diré por qué me los hice.

—Trato hecho —dijo, y me besó el omoplato izquierdo. Me estremecí. Luego

leyó—: «Para empezar, no eran niños del ferrocarril». Voy a jugármela y a decir que esta es de *The Railway Children*. ¿Necesitas que te diga el autor?

Me incorporé, apoyándome en los codos para poder hablar con mayor facilidad. Él siguió recorriendo mi espina dorsal con sus dedos. Yo tenía la sensación de que mi piel iba al encuentro de la suya. Arquee mi espalda un poco. Él separó sus manos un poco más y empezó a acariciarme los costados. Aquel domingo por la mañana no iba a apresurarme en llegar a ninguna parte.

—No —respondí—. Basta con el libro. Es porque me gusta que su padre vuelva al final. —Si oyó que mi voz se quebraba, fingió lo contrario. Sus manos estaban planas sobre mi espalda en aquel momento, masajeándola. Le dije que mi padre había muerto. Para que no le extrañara que se me quebrara la voz—. Nesbit —dije—. Pensaba que eras culto.

Dirigió su atención a mi otro omoplato, primero le dio un beso y luego trazó las letras.

—«Aquel día no hubo manera de dar un paseo.» Tengo la sensación de que debería conocerlo. ¿Puedes darme una pista?

Pensé en Jane Eyre, en lo atrapada que se sentía, en mi madre, que no podía salir a dar un paseo. Pensé en los clásicos Penguin en la estantería de nuestra casa, en Whitby. No me gustaba aquel juego, ojalá no lo hubiera comenzado. Me recordé a mí misma que el principio y el final son dos sitios diferentes, y que en la vida real puedes alcanzar tu propio final, pase lo que pase. Sí, ya había pensado en ello antes de escuchar el poema de Nathan. Quizá por eso me lo había hecho tatuar.

—No hay pistas.

Nathan se rio.

—Daba por hecho que las habría. ¿Por qué todas las letras son distintas?

—Oh —dije—, porque dejo que los tatuadores elijan la tipografía. Lo único que me importa son las palabras.

Me di la vuelta y me quedé bocarriba, con las manos cruzadas en la nuca. Nathan se había duchado antes de despertarme y su piel aún estaba un poco húmeda. Había usado mi gel de baño, así que olía a pomelo, a algo fuerte con un matiz dulce. La toalla que se había anudado alrededor de la cintura se le había soltado. No es que estuviese cachas, pero tampoco era flacucho, tenía el ancho perfecto de pecho, con algo de pelo en el centro. Puse la planta del pie contra su esternón y sus manos me rodearon el tobillo y empezaron a acariciarme la pierna. Sabía que no tenía ni idea del origen de los tatuajes de mi clavícula. El del lado izquierdo era: «El libro era grueso y negro y estaba cubierto de polvo», de *Posesión*. Me encantaba ese libro porque demostraba que el amor era complicado, que incluso cuando no se desarrollaba según lo planeado, podía ser real. Además, era terriblemente poético. El hecho de que estuviera ambientado parcialmente en Whitby me consolaba y a la vez me dolía. Que es lo que todo buen libro debería hacer. En el costado derecho de mi clavícula podía leerse: «La primavera se había acabado». Era la primera frase de *La colina de*

Watership. Probablemente era demasiado pequeña cuando la leí, por entonces vivía en casa de Elspeth Phipps, y me había dado miedo, pero también me había enseñado que las cosas podían cambiar. La releí cuando tenía dieciocho años, y me hice el tatuaje en honor a la niña que había sido, y que había pasado, asustada, las páginas de aquella historia, a pesar de que tenía muchísimo miedo.

Nathan estaba ahora observando mi muslo derecho.

—«Algunas cosas empiezan antes que otras.» —leyó—. ¿Nietzsche?

Me reí.

—Cretino engreído —dije—. Qué profundo.

Y luego empezó a recorrer las palabras de mis caderas.

—«Todas las familias felices se parecen unas a otras; cada familia desdichada lo es a su manera»... Todo el mundo conoce esta —dijo.

—¿Incluido tú?

—¿Quién está siendo engreída ahora? —Se rio—. *Ana Karénina*, de León Tolstói.

Saqué mis manos de detrás de la cabeza y aplaudí.

—Creo que esa habla por sí sola.

Ahora que tenía las manos libres, extendí una hacia su cara, le atraje hacia mí y le besé. Besarle era algo que siempre me apetecía por aquel entonces. Además, no me apetecía tener que explicar por qué había elegido la primera frase de *El paciente inglés*, que estaba escrita en mi otra cadera. «Se yergue en el jardín en el que ha estado trabajando y mira a lo lejos.» No sabía si Nathan iba a entender que me consolara una novela que iba sobre personas escondidas. No quería que supiera que la idea de mirar a lo lejos era algo que no me atrevería a hacer nunca.

Afortunadamente, los besos se intensificaron. Media hora después, sobre la cama, disfrutábamos del sol que entraba por la ventana y calentaba nuestra piel.

—Creo que nos entendemos, Loveday —dijo Nathan con una sonrisa.

Asentí.

Luego se puso serio y yo me puse en guardia.

—Aunque no hablas mucho de ti —añadió—. Todo lo que sé es que trabajas en una librería. Que eres de Ripon. Que tu padre murió. Que no ves a tu madre y que has leído siete libros. O, cuando menos, las primeras frases de todos ellos.

Me reí. Nathan me hacía reír cuando me tomaba el pelo. A veces, Archie me tomaba el pelo, pero lo hacía con un sentido, se reía del estado de mi apartamento o de lo mal que tenía el pelo, y pasaba de él.

—Eso es todo lo que necesitas saber —dije—. De verdad, es todo. —Y si nos poníamos reduccionistas, eso era todo. Siempre que sustituyeses «Ripon» por «Whitby», claro.

Me miró, respiró hondo y pensé: «Ahora me pondrá condiciones», y no me equivocaba. Solo que era únicamente una condición, y me gustó.

Dijo:

—No me importa que no quieras contarme nada. Solo quiero asegurarme de que lo que nos contamos es la verdad.

—Vale —dije, y me sentí como cuando era niña, en la playa, en uno de aquellos momentos en que apenas había nadie y podía hacer una de mis horribles volteretas sin que nadie me viera—. ¿Alguna otra cosa que prometer?

—No —dijo. Y me tendió la mano, y yo se la estreché.

Qué raro es dar la mano a alguien cuando estás desnuda, y él también está desnudo. Digamos que el contexto no es del todo apropiado. Aunque él debía estar acostumbrado a ese tipo de cosas. Fingía todo el tiempo que llevaba un sombrero que no llevaba.

—Nos dimos la mano —repitió entonces—. Dime la verdad.

Miré el libro de recetas de Delia y luego le miré a él, sus ojos del azul del mar, y dije:

—Ha pasado algo que me ha puesto... nerviosa. No es nada malo. Es solo que no me apetece ir a ningún sitio. No puedo sonreír y conocer gente nueva. Necesito tiempo para pensar sobre... esa cosa.

Él asintió.

—¿He sido yo? ¿Te he molestado? —preguntó.

—No, no eres el centro del mundo.

Se rio, pero sin demasiado aspaviento.

—¿Me hablarás de ello?

—Aún no lo sé —dije. A eso podríamos llamarlo técnicamente una mentira blanca.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No creo.

La tienda estaba tranquila. Archie estaba de pie justo en la puerta, saludando a todo aquel que pasaba, como si acabara de ganar el Oscar al Mejor Personaje, en la categoría Dueños de Librerías.

—¿Estarás bien aquí? ¿O vas a tomarte la tarde libre igualmente?

—Estaré bien —dije—. Creo que me quedo a trabajar. La verdad es que tengo mucho que hacer.

El trabajo de la librería es interminable, y me encanta que lo sea; es el círculo de la vida del libro. Hay gente que viene a buscarlos, otros que traen los que ya no van a necesitar porque ya han extraído de ellos todo lo que querían, pero estos pueden tener otra vida. Y yo estoy ahí, haciendo funcionar el sistema, como un san Pedro de los libros o un..., oh, no sé. Ovejas, cabras, trigo, paja. Elige la metáfora bíblica que prefieras para expresar cuando uno se deshace de lo que ya no sirve.

—Está bien —dijo. Me besó, como si fuera en serio, y luego se fue. Llegó a la puerta y regresó—. ¿Me llamarás? —preguntó.

—Sí —dije—. Y ahora, largo, deja de hacerme preguntas.

Él se rio e hizo aquella cosa del sombrero imaginario. Había empezado a resultarme entrañable. Me costaba admitirlo, pero me moría de ganas de pasar tiempo con él. Me encantaba la idea de pasar la noche juntos, solo leyendo. Cuando venía a buscarme a la tienda al final del día, traía consigo su propia luz. Sé que suena ridículo. Cuando Nathan se marchó, vi entrar en la cafetería a Rob. Levantó la mano. Fingí no verle. Tener flequillo es genial en casos así. De repente, el bombín de Melodie me pareció de lo más útil. Me pregunté si Rob había traído el libro de cocina, si él, de alguna manera, lo sabía. Decía que me había oído hablar en sueños. La gente entra y sale de la librería y los libros que esperan a que los ordene están en el suelo o en el banco. Pero lo que no sabía era cómo había conseguido el libro de cocina de mi madre. Y si Rob hubiera querido asustarme, habría metido una rata muerta en el buzón.

Estaba sentada de espaldas a la tienda, que seguía en calma, y no veía a nadie en el espejo, por lo que no podía haber nadie, pero me sentía observada. Y no me gustaba sentirme observada.

Almorcé temprano, me llevé el libro de Delia Smith y me senté en la silla que hay delante de la escalera de incendios un rato. Miré la postal, me concentré en la fotografía y traté de convencerme de que el texto de la parte de atrás no lo había escrito mi madre, que aquella letra no era la suya. Pero cuando le di la vuelta, supe que me equivocaba y que solo había una persona que podía haber escrito aquel mensaje. Las palabras, las letras, la tinta y el corazón constituían una prueba forense irrefutable, y lo sabía. Bueno, más bien una prueba circunstancial, pero abrumadora de todas formas.

Puse la postal en la estantería junto a la silla y empecé a hojear el libro otra vez, y lo hice con calma, dejando de fingir que no era nuestro.

Me sobresalté cuando Archie entró en la trastienda.

—¿Todo bien, Loveday? —me preguntó al verme la cara. Supongo que podría haber estado llorando. La perspectiva de poner orden en los estantes y hablar con los clientes me daba aún más ganas de echarme a llorar. Además, era una de las tardes de Melodie, y no me apetecía oírla hablar de Rob. Solo quería irme a casa.

—En realidad, no. No me encuentro muy bien —le dije. Pensé en usar el dolor de la regla como excusa, pero Archie se merecía algo mejor, y, en cualquier caso, no me apetecía que se pusiera a hablar de cuando había sido el ginecólogo de Madonna o algo por el estilo. Respiré hondo—. Este libro —dije—, creo que es mi ejemplar. El de mi madre, quiero decir. Y ha hecho que la extrañe mucho.

—Oh, Loveday —dijo, y se levantó, en silencio, y me miró.

—No sé dónde está —comenté. Luego oímos el tintineo de la campanilla que había sobre la puerta y a alguien llamando a Archie; entonces me puse en pie y dije —: ¿Te importa si me voy a casa?

—Por supuesto que no. Hablaremos de esto en otro momento, Loveday.

No fui a la noche de poesía. Nathan me envió un mensaje de texto, más tarde, para preguntarme si quería ir al cine ese fin de semana. Sin preguntas, sin problemas. Y lo más probable es que estés pensando que es demasiado bueno para ser verdad.

HISTORIA

2013

AQUÍ ESTÁ LA COMIDA

Supongo que entonces me gustaba que Rob no fuese perfecto, a pesar de todo el rollo en plan señor Rochester que se traía entre manos. Creo que fue por eso que volví a salir con él, después de que me limpiara los zapatos. Lo sé, lo sé. Pero cuando sabes lo imperfecta que eres y te topas con alguien aún más defectuoso que tú, resulta a la vez esperanzador y reconfortante. Es esperanzador porque te permite pensar —asume tu responsabilidad, Loveday—, me permitió pensar que, si quisiera, podría hacer más. Podría sacarme un título, para empezar. Podía tener un futuro, pese a mi pasado. Y me reconfortó pensar que no estaba sola, que de haber pertenecido a una tribu, Rob estaría en la misma que yo, de una manera en la que, siendo sincera, Nathan nunca lo estará. Puede que no tome un montón de pastillas cada día, como Rob, pero sé que nunca voy a ganar ningún premio a persona, no sé, sana. Así que estaban esas cosas, y luego el hecho de que hablaba de libros todo el rato y que cuando empezó a leer el diario de Florence, decía mucho las palabras «riqueza» y «textura» y hablaba de su doctorado y, bueno, supongo que me mantuvo en una nube durante un tiempo. Había dejado de ser una mera dependienta. Estaba ayudándole en una importante investigación. Me estremezco solo de pensarlo ahora.

En primer lugar, yo, de entre todas las personas, debería saber que no hay nada mejor, más importante, que un libro, y trabajar con Archie de alguna manera me había salvado, así que no tenía sentido pensar que no importaba. En segundo lugar, no tiene nada de malo trabajar en una tienda. Y, estadísticamente, dado el tipo de vida que he tenido, es un logro importante; debería estar, en el mejor de los casos, desempleada, y en el peor, bebiendo vino peleón directamente de la botella o chutándome en una estación de tren con la gente apretando el paso al verme por miedo a que los atracase. O en la cárcel, claro. No soy estúpida; sé que Archie y sus libros me rescataron. Así que me avergüenza pensar que Rob, con sus interminables rollos sobre que Da Vinci no era más que el árbol más alto del bosque y no un genio de otro tiempo, una atracción de feria, fuese a hacerme mejor persona.

Supongo que quería pensar que era importante. Probablemente había llegado a ese punto en el que quieres creer que tu vida no se limita a ir dejando pasar los días, sino que empiezas a plantearte cosas, y no pensar que llevas más de cuarenta años esperando a que se publiquen las listas de las lecturas del instituto para tener a punto los paquetitos de los estudiantes que vendrán a buscar sus padres. (Dios prohíba a los chicos de dieciséis años hacer su propio trabajo sucio.) Al menos Rob me ayudó a ver mi potencial.

Es tentador pensar que si salió mal fue por culpa del nuevo tatuaje, pero lo cierto es que nunca fue bien, y la maldad fue revelándose poco a poco. Lo que pasó con el

tatuaje es que fue la primera vez en que saltó a la vista.

Había leído *Los pequeños hombres libres* tres meses antes, y aún pensaba en este libro. Así que decidí tatuarme su primera frase en mi muslo derecho.

Se tarda casi una hora en que te tatúen una frase, por si te interesa, y sí, duele, porque la aguja entra y sale de tu piel como un minúsculo taladro. Es un dolor que tú has escogido, por supuesto, lo que lo convierte en un tipo de dolor diferente, pero en ningún caso apasionante, diga lo que diga E. L. James. Duele menos si te lo haces en un sitio con carne, y lo bueno de que sea una frase es que puedes notar cómo avanza; imagino que con los tatuajes a color no hay forma de saber cuánto tiempo vas a pasarte allí, ni si tendrás que volver. Tomo paracetamol antes, y mientras me los hacen, cuento hasta mil y vuelvo a cero, lentamente, en mi cabeza. El enrojecimiento tarda unos días en desaparecer.

Rob fue el primero en verlos todos, y no dijo nada de ellos. Observaba cómo me vestía por la mañana y le pillé leyendo alguna palabra suelta, alguna frase, como quien lee el titular de un periódico, pero nada más.

Llegué tarde a nuestra cita el sábado siguiente.

Pensé que había salido con tiempo, pero perdí el autobús y el siguiente tardó veinte minutos en llegar. Luego nos encontramos con un atasco en la carretera de circunvalación. Rob me había dicho que iba a hacer su *ossobuco* especial, que debía marinarse durante dos días y cocerse durante un tercero, así que supuse que no había forma de que pudiera echarse a perder. Llegué media hora más tarde de lo previsto. No le envié ningún mensaje de texto porque, bueno, porque no se me ocurrió. No tengo experiencia en esto de las citas, y supongo que pensé que Rob daría por hecho que el autobús se había retrasado, sabiendo que venía en él; solíamos bromear sobre el transporte público. Aquella debía de ser nuestra sexta cita. El tiempo suficiente para hacer bromas recurrentes, tener una conversación en la que confesar nuestros problemas mentales y, aparentemente, una falsa sensación de seguridad.

—Lo siento, llego tarde —dije cuando abrió la puerta. Empecé a explicarle lo del autobús, pero él me cortó con un gesto de asentimiento que en absoluto significaba: «Acepto tu disculpa».

—Bueno, no creo que esté todo perdido, aunque el *risotto alla Milanese* sí lo está —dijo, y se volvió, y yo lo seguí adentro.

Me quité las botas en la puerta; eran unas Doc Martens metalizadas, casi se caían a pedazos de los años de uso, pero las había limpiado antes de salir de casa. Las alineé en ángulo recto con la pared, las puntas tocando el zócalo.

Rob había puesto la mesa y había encendido unas velas. Estaba claro que se había esforzado lo suyo, así que volví a disculparme, y entonces me di cuenta de que había olvidado el vino, que me lo había dejado en la encimera, en mi cocina, dentro de la bolsa en la que pensaba llevármelo. Había dicho que yo me ocuparía del vino. Rob se encogió de hombros y dijo que no importaba, pero no era cierto. Suspiró, y empezó a dar vueltas por la cocina, buscando una botella de vino, y yo pensé: «No necesito

esto».

—Rob, lo siento, he llegado tarde, y, lo siento, me he dejado el vino. ¿Quieres que me vaya? Si he fastidiado la noche, podríamos intentar no fastidiar nada más. —No lo dije para joderle, solo lo preguntaba porque a mí no me importaba cenar una pizza en casa y leer. No me gusta tratar con gente que no dice lo que piensa, y Rob lo sabía.

Creo que pilló lo de que no estaba intentando joderle, porque se acercó, me dio un beso y dijo:

—Lo siento, Loveday, es solo que lo tenía todo planeado.

Parecía nervioso. Cuando pienso en aquel momento, me doy cuenta de que no parecía el Rob de siempre, el Rob de siempre no habría reaccionado así. Ni siquiera porque el *risotto alla Milanese* se hubiera echado a perder por culpa de que mi autobús se había quedado atrapado en un atasco.

No se me ocurrió pensar que no estaba bien. Di por hecho que se estaba dando por vencido. Que estaba, metafóricamente, tirando la toalla.

—Lo entiendo —dije. Y estuve a punto de añadir: «Nadie te había pedido que lo hicieras», pero no lo hice porque no habría estado bien, y de todas formas no creía que nadie hubiese encendido una vela por mí nunca sin que fuese mi cumpleaños.

La noche pareció recuperarse. El *ossobuco* estaba riquísimo y Rob se dio cuenta de que me gustaba. Empezó a contarme su historia, que no creo que te interese ahora mismo. A mí tampoco me interesaba. Algo que había descubierto al salir con Rob es que cuando trabajas en una librería y no quieres hablar de tu pasado, tus temas de conversación son:

1. Libros que has leído y te han gustado y por qué.
2. Libros que has leído y no te han gustado y por qué.
3. Libros que quieres leer pero aún no has podido y por qué.
4. Libros que has decidido no leer y por qué.
5. Los clientes.
6. Archie.
7. (Melodie)

No iba a impedir que me contara lo que quisiera sobre el *ossobuco*, porque una nunca sabe lo suficiente sobre cocina italiana, y, después de todo, a la larga, lo que me estaba contando se fundiría con la idea de haber degustado un plato increíble. Cuando dejó de hablar del *ossobuco*, empezó a hablar de su investigación y de escribir.

—He estado trabajando por las noches —dijo, y las palabras parecían dar saltos de emoción—. Ya casi he llegado al quid de la cuestión, lo sé. Supondrá un gran avance.

Nos acostamos. Había dado por hecho que lo haríamos. Me había depilado y había retirado el vendaje de mi nuevo tatuaje; aún estaba un poco tierno, pero el enrojecimiento había disminuido y podían leerse las palabras.

Rob lo descubrió al posar la mano sobre mi muslo, se detuvo y me preguntó:

—¿Qué es esto? ¿Te autolesionas?

—No. Es mi nuevo tatuaje —respondí.

—Yo diría que eso es autolesionarte —dijo.

Encendió la luz. Siempre lo habíamos hecho a oscuras. También lo había hecho a oscuras el día en que perdí mi virginidad. Hasta entonces mis relaciones no habían durado lo suficiente para sentirme cómoda con el sexo a plena luz del día, con el sexo matutino, con el sexo de los domingos, esos en los que te pasas todo el día en la cama, el tipo de sexo que según el cine y la televisión es el más normal del mundo. Me hizo rodar en dirección a la luz, en realidad me empujó, y echó un vistazo.

—No puedo leerlo —dijo.

—«Algunas cosas empiezan antes que otras.» —dije—. Es la primera frase de *Los pequeños hombres libres*.

—Guau.

—Me gusta. Está lleno de mujeres fuertes, para empezar, y lo bueno de Pratchett es que...

—Oh, así que ahora resulta que tienes un doctorado en Pratchett, ¿eh? —El tono de su voz era cien por cien burlón.

Hasta ahí podíamos llegar. Me levanté de la cama, intentó detenerme pero no con la suficiente rapidez, y empecé a vestirme.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Tú eres el que casi tienes un doctorado, así que tú dirás —le espeté.

Se levantó y salió de la habitación. Aún llevaba puestos los calzoncillos. Me vestí tan rápido como pude y volví a la sala de estar.

Pensé que podía estar poniendo la tetera al fuego o algo así; soy de las que prefieren pensar que los adultos pueden mantener una conversación, incluso después de que uno de ellos haya sufrido una pataleta infantil por culpa de un tatuaje, y si él me hubiera ofrecido un té o una disculpa, la habría aceptado. Pero se limitó a quedarse de pie, apoyado en el marco de la puerta, con una sonrisa que más tarde llegaría a conocer muy bien. Su boca era bonita en reposo, pero la estiraba en formas horribles. Parecía surgir antes que él en la librería, como la sonrisa del gato de Cheshire. Me gusta pensar que aquella fue la primera vez que la vi, porque no quiero creer que perdí más tiempo de la cuenta por su culpa.

—¿Te vas? —me preguntó.

—Iba a preguntarte de qué demonios va todo esto —dije—, pero ya no sé.

—Me ha parecido que podrías haberme contado que ibas a hacerte un tatuaje —dijo.

—¿Por qué? —repliqué, y me reí, porque entonces aún no tenía ni idea de cómo era en realidad—. ¿Se supone que debo pedirte permiso?

Por la cara que puso, caí en la cuenta de que eso era exactamente lo que le hubiera gustado que hiciera. No lo dijo, claro. Lo que dijo fue:

—No, solo he pensado que podrías habérmelo dicho. Doy por hecho que es lo normal cuando sales con alguien.

—Ya habíamos hablado de tatuajes —dije.

Fue la noche en que salimos a cenar después de que me hablara de su investigación. Me había dicho que él nunca había sentido la necesidad de hacerse uno y me había preguntado cómo los elegía. Yo le había dicho que eran cosas que significan algo para mí. No le había explicado lo demás, que era una forma de recordarme a mí misma que las primeras líneas no definían las últimas páginas en la vida real de la manera en que lo hacían en los libros. Aquello habría sido darle más información de la que merecía, y no era asunto suyo. Si lo hubiera pensado antes, no habría estado en ese momento en un apartamento de las afueras de York con el sujetador en el bolsillo, pensando en la hora que iba a pasar en el autobús de vuelta a casa con los borrachos.

—¿Y recuerdas lo que dije? —me preguntó.

—Sí.

De repente me puse a temblar. Era como ser interrogada por la policía o por un abogado; parecían lo suficientemente civilizados y amables como los que más, pero una parte de ti sabía que si metías la pata, podrías complicarle la vida a alguien más de la cuenta. En aquel caso, con Rob, ese alguien era yo. Le brillaban los ojos. Cogí el bolso.

—Dije —continuó Rob, fingiendo tranquilidad— que no me gustaban los tatuajes.

Me tragué el «oh, por el amor de Dios, no tengo tiempo para esto», que me moría de ganas de soltar, y en su lugar, dije:

—Claro, por eso no tienes ninguno. Porque es cosa tuya. Lo que yo haga es cosa mía.

Él puso cara de «si eso es lo que crees, tú misma» y yo fui hacia la puerta. Pensé que intentaría detenerme, pero no lo hizo. Salí al pasillo y entonces entendí por qué me había dejado ir tan fácil.

—¿Dónde están mis botas, Rob? —pregunté dándome la vuelta.

Aquella sonrisa otra vez.

—No sé, Loveday.

—Oh, venga ya, joder, ¿cuántos años tienes, doce? Dame mis botas.

Y su cara pasó de una aparente sorpresa a la oscuridad total, y me pegó.

Bueno, en realidad me abofeteó, me cruzó la cara con la mano; trastabillé, pero no me caí, y cuando recuperé el equilibrio, me ardía la mejilla. Mi instinto me pedía que se la devolviera —ya había cerrado la mano en un puño— y echara a correr. Pero no me atreví. Me quedé paralizada. Era la primera vez que alguien me levantaba la mano. Me dolió en más de un sentido.

Le miré. Supongo que esperaba una disculpa apresurada; en mi mundo, la violencia es un destello al que sigue, instantáneamente, el arrepentimiento. Pero dijo:

—Vuelve a la cama, no volveremos a hablar del tema.

—Que te jodan —le solté. Archie dice que me vuelvo anglosajona bajo presión.

Rob se encogió de hombros, se dio la vuelta y regresó a la habitación. Creo que pensó que no tendría más remedio que seguirle. Aparentemente, me conocía tan poco como le conocía yo a él.

Salí del apartamento, sin mis botas. Llevaba puestos los calcetines y sabía que el autobús no tardaría en venir. Pero en el camino hasta la parada y luego hasta casa, me hice tres heridas en los pies, y me sentí sucia. Cuando llegué a casa, pasada la una de la madrugada, me di una ducha y puse los pies en remojo en agua con sal, porque seguía notándolos sucios. Me llevé una toalla fría a la cara.

El día siguiente lo pasé acostada. Medio esperaba que Rob se presentara, y si lo hacía, no pensaba dejarle entrar. No le había dado mi dirección, pero le había dicho que vivía justo encima de un nuevo Tesco, y había un único lugar en York que encajaba con aquella descripción, así que podía encontrarme con facilidad. Me había dicho que sabía dónde era.

Estaba más que enfadada. Me había pegado, y no pareció que le importara haberlo hecho; el problema era que no me había dejado marca. Si decidía ir a la policía, no tendría pruebas.

Pensé en ir a la policía. Le di un montón de vueltas. No me hacía ilusiones de que Rob fuese acusado de nada, era el clásico mi palabra contra la suya, y todos sabemos cómo acaba eso, pero tampoco quería que pensara que no me había molestado. Y luego pensé en que podía estar enfermo, y me sentí culpable. Decía que las cosas se ponían raras cuando no tomaba su medicación. Pensé que se estaba refiriendo a visión doble o algo por el estilo, pero quizá se estaba refiriendo a lo que había ocurrido aquella noche. Y a eso era a lo que le daba vueltas. ¿A qué se había referido, entonces? ¿A que tenía que tomar una pastilla para evitar pegar a alguien? Me dolía la cabeza, de una manera que no tenía nada que ver con la bofetada.

Pensé en contárselo a Archie, pero aquello habría desatado otro tipo de drama, y no estaba preparada para enfrentarme a él. Aunque me hubiera gustado ver la cara de Rob al abrir la puerta de la tienda y encontrarse con Archie, y también me hubiera gustado ver las miradas que le habrían lanzado los jugadores de bridge, los amantes de los libros y los restauradores de York.

Ese domingo pensé en mi madre más que en ninguna otra persona, y también en el daño que debió hacerle mi padre. No estoy hablando de lo que duele que te traicione la persona a la que amas. Me refiero al puro y simple dolor físico, a ser golpeada, magullada, a que te rompan algo, una parte de ti que debería mantenerse a salvo. Siendo sincera, Rob no me había dado más que siendo sinceros una bofetada, una bofetada de niña pequeña, desagradable por la clase de poder que le otorgaba. No era un tipo fuerte, más bien todo lo contrario; de hecho, toda la fuerza que tenía se la debía a los voluminosos libros que había bajado de estantes altos. Y la bofetada aún me dolía. Sí, aún. Supongo que en parte por el shock del golpe, aunque después del

golpe cada terminación nerviosa de mi cuerpo se había despertado y, de alguna manera, aullaba. Y a aquello le había seguido la humillación. No sé por qué estaba tan avergonzada. Me sentía culpable, como si hubiera sido yo la agresora.

Mi padre había sido un tipo grande, todo músculo. Una vez me sujetó del brazo cuando creyó que iba a cruzar la calle sin mirar y, sí, fue un acto reflejo, porque había temido perderme, pero no creo que usase más fuerza de la debida. Estaba a mi lado; en serio, todo lo que hizo fue extender la mano y agarrarme. Me quedó un moretón horrible, y mi madre se rio y bromeó sobre mantenerlo alejado de los servicios sociales. Eso, obviamente, fue mucho antes de que llegaran los servicios sociales.

Así que cuando papá hizo lo que hizo, cuando la pegó con rabia y con fuerza, debió de hacerle mucho daño. Por supuesto, lo sabía, siempre lo había sabido. Pero ahora que lo había experimentado en carne propia sentía una suerte de lástima retrospectiva hacia mi madre. No perdón, sino lástima.

Ese domingo me senté en mi apartamento, con una bolsa de guisantes congelados en la cara y *Un buen partido*, de Vikram Seth, en las rodillas, y aunque se suponía que debía leer, seguí pensando en mi madre, dolorida, y en mi padre, haciéndole daño, y nada era tan sencillo como me habría gustado que fuera. Y decidí que las relaciones no eran para mí. No volvería a quedarme a pasar la noche en el apartamento de nadie en mucho tiempo, sin importar lo mucho que a ese alguien le gustasen mis métodos de investigación.

Rob vino a la librería el martes. Ya no tenía una sola marca en la cara y los rasguños de mis pies estaban casi curados. Archie no notó nada, lo que me sorprendió, porque estaba más nerviosa de lo que me habría gustado estar, y no podía creer que no se me notara.

Rob me trajo flores. Las olí antes de verlas. Era un ramo de lirios. Su perfume llegaba a todas partes; me entraron ganas de llorar. Pero no quería llorar. No iba a hacer nada que pudiera hacerle pensar que me importaba una mierda, porque no me importaba en absoluto, a menos que estuviéramos hablando de por qué idiotas como él pensaban que lo que hacían estaba bien.

—Loveday —dijo. Al menos no estaba sonriendo. Me tendió las flores.

—No las quiero, gracias —dije. Traté de no sonar borde, sino de constatar un hecho. Cualquiera que fuese el mensaje que quería transmitir con las flores, no quería que mi apartamento oliese como una novela de Angela Carter durante las siguientes tres semanas.

—No seas así —me dijo—. Estoy intentando pedirte perdón.

Había pensado que acabaría pasándose por la librería y le había dado muchas vueltas a lo que le diría si lo hacía. Y las posibles reacciones iban de furiosas discusiones a conversaciones amables sobre lo que era aceptable y lo que no, pasando por preguntarle si estaba tomando la medicación adecuada.

Al mirarle, me di cuenta de que no había decidido qué línea iba a seguir. Me decidí por la que menos tenía que decir. No hubo sorpresas en ese sentido, Loveday.

Rob me tendió las flores. Parecía arrepentido, pero no tenía ni idea. Había golpeado a la chica equivocada.

Di un paso atrás.

—Acepto tus disculpas, pero lo que hiciste no estuvo nada bien —dije—, y no quiero flores, gracias.

Miró las flores, luego a mí.

—Eso no estás siendo muy amable, Loveday.

—No empecemos a hablar de cosas no amables —dije, respiré hondo y me alejé un paso más.

—Al menos tómate un café conmigo —dijo—. Puedo esperar aquí al lado hasta que termines.

—No —dije yo—. De verdad. No me apetece hablar contigo.

Él suspiró. Sus suspiros eran tan horribles como su sonrisa. Me quedé allí, preguntándome por qué me molestaba en hacerlo.

—¿De verdad que vas a tirarlo todo por la borda por un ridículo error? —dijo.

Me puse en pie y lo miré. Ahí lo tienes, me dije, con sus flores y lo que a buen seguro considera una pose interesante. Lo más probable es que esté avergonzado. Si me tomara un café con él, seguramente me lo diría. Pero no había ningún «todo» que echar a perder —apenas habíamos empezado a salir—, y en cuanto a considerar aquello un «ridículo error», sinceramente, solo la manera como lo dijo ya era vomitiva.

—Sí —dije, y me preparé para soltar uno de los discursos que había medio preparado—. Voy a echarlo todo por la borda porque, como acabo de decirte, lo que hiciste no estuvo bien. No fue un «ridículo error». Asume que tienes un problema. —Intenté que mi voz sonase amable—. Quizá deberías hablar con alguien sobre lo que pasó.

No me estaba escuchando.

—Te tenía por alguien más inteligente, Loveday. Te dije que no estaba bien. Esperaba un poco de comprensión por tu parte.

—Para ser justos —dije, y realmente estaba intentando serlo—, si hubieras tenido la gripe, o una costilla rota, y me hubieras dado una bofetada, también habríamos tenido esta conversación.

Nos miramos el uno al otro durante un minuto y luego me volví y abrí una puerta en la que podía leerse PRIVADO, entré y, por primera vez en mucho tiempo, me pregunté dónde podría estar mi madre.

Cuando salí de la tienda aquella noche, las flores estaban en la acera, junto a la puerta. Iba a tirarlas en la papelera que hay junto a la cafetería, pero estaba llena, así que las dejé al lado. Pensé en pedirle que me devolviera las botas, pero decidí no hacerlo. Las cosas ya se habían complicado lo suficiente y no valía la pena.

Rob desapareció un tiempo; me dijo que pensaba irse a Italia y di por hecho que era allí donde estaba. Cuando volvió, empezó a dejarse caer de vez en cuando, a

meter flores en el buzón y a pincharme las ruedas, aunque solo lo había hecho una vez. En los tres años que habían pasado desde la bofetada, a veces había estado semanas y meses sin verlo, y cuando él regresaba, siempre parecía más triste de lo normal.

Tal vez la irrupción de Nathan le había hecho empeorar.
Odio admitirlo, pero le tenía miedo.

CRIMEN

1999

NO HAY LIBRO SIN VALOR

Supongo que los servicios sociales decidían sus visitas cuidadosamente, aunque por entonces no pensaba en ello. Estábamos a mediados de octubre. Cumpliría diez años en cuanto llegara el año siguiente. No me gustaba mi nueva profesora y pasaba mucho tiempo en la biblioteca. Ya no íbamos a la librería.

Mi padre estaba en la oficina de empleo. Mi madre, en la cocina. Aquellos días no hacía otra cosa que cocinar; el precio de la mantequilla era, aparentemente, «criminal». Todo lo que decía era: «No creo en la margarina», como si estuviera hablando de levitación yóguica o de fantasmas. Pero, fuese cual fuese el caso, aquel día estaba haciendo un pastel. No sé si era porque las vacaciones estaban cerca o porque quería tener contento a papá cuando llegara de la oficina de empleo. Yo iba a ir a casa de Matilda después e iba a quedarme a dormir y estaba demasiado emocionada para ayudarla en nada. Aunque cuando llamaron a la puerta fui a abrir. Había dos mujeres al otro lado, una era alta, la otra, bajita, las dos llevaban pantalones y cazadoras. La bajita estaba un poco roja, como si acabara de subir una especie de montaña.

—Hola —dijo la mujer alta—. ¿Está mamá en casa?

Dado que la cocina estaba muy cerca de la puerta de entrada, mi madre ya se había asomado para ver quién era. Mi padre le había dejado, por segunda vez, un ojo morado hacía unas semanas, y desde entonces no salía mucho a la calle, me mandaba a comprar a la tienda y hacía que las madres de mis amigas me recogieran en el colegio, y luego yo me iba a sus casas y allí venía a buscarme mi padre.

—Hola —dijo.

Salió y se puso a mi lado; posó una mano en mi hombro un momento y mantuvo la otra, cubierta de harina, detrás.

Las mujeres dijeron sus nombres y comprobaron el de mi madre; luego le preguntaron si podían entrar. Les oí decir que eran de los servicios sociales. No parecía que fuesen a ser amables, aunque me miraban y sonreían, como si fuera el primer día de colegio y quisieran ser mis amigas. Fue espeluznante.

Me alegró que mi madre me enviara al piso de arriba. Pasé de intentar escucharlas. Había descubierto *Sweet Valley High* en la biblioteca del colegio y estaba leyendo más que nunca. Pero oí a mi madre alzar la voz en una frase complicada e incomprensible que contenía mi nombre y las palabras «por completo segura» y «no tienen derecho». Al poco, la puerta de la calle se cerró. Me asomé a la ventana. Cuando llegaron al final del camino de entrada, las dos mujeres se volvieron y miraron la casa; me vieron y me saludaron.

Mi madre me llamó. Bajé. Parecía que había estado llorando. Me dijo que no

íbamos a decirle a papá que aquellas mujeres habían venido.

—Es un poco como cuando vienen los políticos —dijo—. Ya sabes lo mucho que le cabrea.

Lo sabía. Mi padre había sido una fugaz estrella de las noticias de la televisión local cuando el candidato conservador había llamado a nuestra puerta en el periodo previo a las elecciones con un equipo de filmación a costas. Le había preguntado si pensaba votarle. «Por supuesto —dijo mi padre, y el candidato sonrió, pero se apresuró al hacerlo, porque lo siguiente que dijo mi padre fue—: En cuanto el infierno se congele. Salga de mi jardín». Su boca siguió moviéndose un rato, pero todo lo que se oía era un pitido. A aquello lo seguía un primer plano de su puño cerrado.

—Vale —dije.

No le mencioné su lema «los secretos están mal», porque había aprendido que las reglas cambiaban en la medida en que lo hacía el mundo, así que me adaptaba a todo lo que hiciese la vida más sencilla.

—Y otra cosa —añadió—. Tus amigas, L. J. Y sus madres. Ten... Ten cuidado con lo que les dices. —Hablaba lentamente, como si sus palabras estuviesen haciendo equilibrios sobre las piedras que cruzan un río—. Todas las familias son diferentes y, a veces, gente cuya familia es distinta a la tuya cree que sabe cosas de ti, pero no las sabe. —Me miró y me acarició el pelo—. La gente cree una cosa que no es. Como papá y yo discutimos, hay quien cree que somos infelices o... o que nos hacemos daño. —Asentí, porque acababa de describir exactamente lo que yo pensaba—. Así que debemos andarnos con cuidado para que nadie piense de nuestra familia algo que no es. Si cualquiera de tus profesores o de las otras madres te pregunta si todo va bien en casa, quiero que les digas que todo va estupendamente, pero que papá aún está buscando trabajo, ¿vale?

Asentí, aunque me hubiese gustado negar con la cabeza. Me preguntaba qué le habrían dicho las mujeres de las cazadoras para que me estuviera hablando así. Sé que era una niña y que a veces no lo entendía todo, aunque creyera que sí. Pero también sabía, desde lo más profundo de mi ser, que lo que estaba diciendo no estaba bien. Creo que ella también lo sabía, porque tenía los ojos tristes y no se atrevía a mirarme a la cara.

—¿Lo entiendes? —Me puso la mano en la cabeza y no dejó de mirarme el pelo mientras me lo acariciaba.

—Sí —dije—, pero...

—Pues ya está, L. J. —me interrumpió, y no lo hizo enfadada, pero tampoco amablemente, y cuando le cogí la mano, se zafó y se fue.

Hice lo que me pedía, aunque no pude evitar echarme a llorar en casa de Matilda aquella misma noche. Su madre se acercó a la habitación para ver qué pasaba. Me abrazó y me dijo que todo iría bien. Su jersey me raspaba la cara, y me acordé de mi madre, de lo suave que era, y sollocé aún más fuerte.

Nuestra vida se calmó un tiempo. Mis padres dejaron de hablar y dejaron de discutir y de gritarse. Yo pasaba muchas horas en mi habitación, clasificando mis conchas y volviendo a leer *The Railway Children*.

Luego mi padre probó suerte como conductor de montacargas. Refunfuñó por tener que asistir a un curso, pero cuando llegaba a casa nos contaba un montón de cosas. Consiguió un par de semanas de prueba en un almacén. Dijo que quizá podría volver a fumar, y cuando mi madre le miró furiosa se rio y la llamó *dow*, que es, dijo, como llaman en cónico a las viejas gruñonas. Mamá dijo que ella «no era vieja», y se sonrieron el uno al otro como antes.

Al final consiguió un trabajo a tiempo completo en el almacén y se habló de regalos de Navidad y de que aún quedaba algo de vida en aquel perro viejo. Yo esperaba que significara que iban a regalarme un cachorro. Lo habría llamado Bobbie si lo hubiesen hecho. Mi madre siguió cocinando y se rieron mucho, se reían por las noches, cuando me iba a la cama. Era como si la casa suspirara, por fin, tranquila.

Comimos *fish and chips* en la playa, aunque era noviembre y hacía mucho frío. Estábamos solos, nosotros, y un par de tipos paseando perros, y el cielo era del color de una camisa del colegio que hubieran lavado junto al vestido negro de mamá. Cuando llegamos a casa encendimos la calefacción y jugamos al Scrabble. Gané. Y no se dejaron ganar.

Creo que aquel sábado fue el último día en el que fuimos felices.

La tarde siguiente, a última hora, iba a ir a casa de Emma a tomar el té y a ver *Toy Story*. Pero el momento de irme estaba tardando mucho en llegar. Papá estaba viendo una película bélica y yo quería verla con él, solo porque me apetecía estar sentada a su lado, y me gustaba cuando me contaba cosas de historia. Mamá y yo habíamos hecho pastelitos; había salido un momento a la tienda, dijo que no tardaría mucho.

La película no era interesante, o mi padre no estaba hablando tanto como de costumbre, o quizá, después de meses en casa, ya no era tan apasionante pasar una tarde de domingo con él. Me levanté y fui a la estantería de libros. No habíamos vuelto a ir a la librería aún, y tampoco había ido a la biblioteca esa semana. Miré el montón de libros y todos me parecieron muy infantiles, y los que no, los había releído tantas veces que no me apetecía volver a hacerlo. *Los siete secretos* había perdido su encanto, y lo mismo pasaba con *El capitán calzoncillos*.

Llegaron los anuncios y papá centró su atención en mí.

—Quizá deberías probar con uno de los de tu madre —dijo, y, poniéndose en pie, me alcanzó *Jane Eyre* de la estantería de arriba; era el que le quedaba más cerca, aunque podría haber cogido cualquier otro—. Hay un montón de palabras aquí, pequeña. Mejor tú que yo —dijo pasando las páginas.

Luego se detuvo. Volvió atrás y sacó un billete de diez libras. Siguió pasando páginas y encontró otro. Miró el dinero que tenía en la mano, no se movió un ápice.

Luego me miró y sonrió sin que su sonrisa pareciese una sonrisa.

—Vaya, vaya —dijo—, así que hay oro en la colina.

Me dio el dinero y dejó el libro en el suelo; sacó otro de la estantería. Lo hojeó. Encontró un billete de veinte libras, uno de cinco, otro de diez. Luego *Madame Bovary* se unió a *Jane Eyre* en el suelo. Y así siguió la cosa, pasando de un libro a otro, y yo acumulando cada vez más dinero en mis manos. Nunca había visto tanto dinero junto.

Cuando la estantería estuvo vacía, papá me miró.

—Vaya —dijo—, a eso lo llamo yo un buen puñado de *arghans*.

Asentí. Me gustaba que usase expresiones en corno, pero en aquel momento me dejó fría que lo hiciera. Yo había contado el dinero. Allí había más de trescientas libras, que era más dinero del que jamás había visto, y parecía una suma demasiado grande para guardarla en una pequeña estantería de nuestra sala de estar. Se había hablado mucho de dinero cuando papá no trabajaba; habíamos rescatado monedas de bolsos y de bolsillos de abrigos una noche de domingo, cuando mis padres habían estado haciendo planes; listas de sumas en la parte posterior de los sobres. El hecho de encontrar todos aquellos billetes —¡cientos de libras!— debía ser una buena noticia, pero sabía que no lo era.

Papá miraba los libros, el dinero, a mí.

—¿Sabías que esto estaba aquí? —me preguntó.

—No —dije.

Más tarde me pregunté si no debería haber dicho que sí. Durante mucho tiempo pensé que hacerlo podría haber influido en el resultado. Si hubiera dicho que lo sabía, aquel dinero oculto habría sido un juego, un secreto inofensivo, nada más. Pero dije que no, porque era verdad, y yo creía que siempre tenía que decir la verdad, era lo que me habían enseñado. Había estado pensando mucho en las mujeres de las cazadoras, y cada vez que lo hacía tenía la sensación de que no habían venido por nada bueno, como si estuviera leyendo una historia de fantasmas. Hasta que habían llamado a nuestra puerta, había creído que la verdad era una cosa fija, sencilla, un muro del puerto en lugar de una marea.

Oímos la puerta abrirse y cerrarse.

—¡Nata! —gritó mi madre—. He tenido que ir a dos sitios. He pensado que nos merecíamos un premio. —Hizo la clase de ruidos que hacía siempre que entraba en la cocina y dejaba una bolsa en la encimera y colgaba su abrigo tras la puerta—. Qué tranquilo está todo —dijo antes de doblar la esquina y encontrarnos junto a la estantería, con los libros en el suelo y el dinero aún en mi mano—. Oh.

Sus ojos fueron directos al dinero. Papá y yo la estábamos mirando. Tenía la boca abierta.

—Había un montón de dinero escondido aquí —dijo mi padre—. Nos ha sorprendido. No sabemos qué pensar ¿verdad, Loveday?

Yo me quedé muda. Solo me llamaban por mi nombre cuando había ocurrido algo

malo o cuando íbamos al médico. Mis padres solían llamarme L. J., que es el diminutivo de Loveday Jenna, y mi padre llamaba a mi madre S. J., el diminutivo de Sarah-Jane, a menos que estuviese enfadado con ella. Así que, sin tener en cuenta aquella sensación de historia de fantasmas, la cosa se estaba poniendo seria.

Negué con la cabeza, miré a mi madre, esperando que dijese algo —porque seguro que tenía una buena razón— que lo devolviese todo a la normalidad.

Pero se sentó delante de nosotros, en el sofá. Se miró las manos.

—Ahora no, Pat... —dijo suspirando—. Hablemos más tarde.

—No —dijo mi padre—. Vamos a hablar ahora. —Su voz sonaba tranquila, pero daba más miedo que cuando gritaba.

—Espera hasta que se vaya —dijo mi madre; estaba casi susurrando, mirándose las manos, inmóvil.

—No la uses como excusa.

Los dedos de mi padre tamborileaban en su pierna, un tac-tac-tac de dedos y tejanos. Estaba más asustada que cuando discutían.

—Ella también quiere saberlo. Quiere saber por qué ha estado comiendo guisos en los que apenas había carne y yendo por ahí con camisetas que le quedaban pequeñas cuando tenías el dinero suficiente para que la vida nos resultase mucho más sencilla.

—¿Ahora quién la está utilizando? —replicó mi madre.

Me tendió la mano. Intenté moverme, pero mi padre me había rodeado la cintura con el brazo y no iba a poder librarme fácilmente. No pude ponerme en pie. No creo que se diera cuenta de que me estaba sujetando.

—Quiero ir arriba —dije.

—Ya la has oído —dijo mi madre.

Incrementó la presión en mi cintura, y luego me dejó ir. Fui hasta las escaleras, aunque por un momento dudé de si debía abandonar la habitación. Pensé en ayudar a mi padre a atarse las botas del trabajo, poner el dedo en el nudo y comprobar que no me salía si apartaba el dedo antes de tiempo.

No me quitaban ojo mientras subía las escaleras poco a poco.

—No me hagas quedar como el malo.

Cuando me fui, la voz de mi padre empezó a alzarse. Normalmente habría hecho algo para asegurarse de que no podía oírles. Mi padre me había dado su reproductor de CD portátil cuando dejó de trabajar en la plataforma porque me dijo que ya no iba a necesitarlo y me compró *Now That's What I Call Music 43* cuando consiguió el trabajo en el almacén. Podría haberme puesto los auriculares.

Pero quise escucharlos. Quería saber de dónde había sacado ella el dinero y para qué lo guardaba. No sabía cuánto costaba una fiesta de cumpleaños, pero sabía que no podía costar trescientas libras.

El suspiro de mi madre subió por las escaleras y llegó hasta mi puerta, que había dejado abierta.

—He estado trabajando, Pat. Solo un poco, de vez en cuando. Desde que empezó el colegio.

—¿Haciendo qué?

—Planchando, sobre todo. Amanda Carter, de la Asociación de Padres, tiene una empresa. Me vio planchando los trajes de *Bugsy Malone* y me dijo que si alguna vez buscaba trabajo, la avisara. Pensé que nos merecíamos unas buenas Navidades. Eso es todo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Quería que fuese una sorpresa.

En el piso de arriba respiré aliviada. Eso era todo. Había una explicación. En los últimos meses había descubierto que la Navidad era una de esas cosas que cuestan dinero, lo mismo que las excursiones del colegio, las entradas para el cine, la mantequilla, las hamburguesas, ir a la peluquería y los zapatos nuevos. Me habían comprado unos zapatos nuevos cuando empezó el curso. Cuando se los enseñé a papá, me dijo que los suyos se mantenían en pie gracias a los cordones y el abrillantador.

Se había hecho el silencio en el piso de abajo. Me pregunté si se estarían besando.

Entonces oí a mi padre decir en voz baja:

—No te he visto planchar.

—Lo he estado haciendo en su casa.

—¿Cuándo?

Las pausas entre lo que decía uno y lo que decía el otro eran demasiado largas. Era como si estuvieran jugando al ajedrez, pensando cada movimiento antes de hacerlo.

—Algunas mañanas.

—¿Qué mañanas?

—Algunas. No es nada fijo...

Mi padre la interrumpió:

—¿Crees que acabo de caerme del nido? Puede que me cueste encontrar trabajo, pero no soy estúpido.

Había levantado la voz. Eché mano de los auriculares, pero no me iban a impedir escucharlos.

Mi madre contraatacó:

—Las mañanas en que te he dicho que estaba en reuniones de la Asociación de Padres o cuando sé que no estás en casa. Voy a casa de Amanda y planchamos durante un par de horas, me paga, vuelvo a casa, y no te digo nada. ¿Vale? He mentado sobre dónde estaba y he escondido el dinero. No voy a dejar que me interrogues, Pat. No voy a dejar que me conviertas en la mala por intentar...

Escuché un ruido raro. Me llevó un minuto o dos darme cuenta de que era mi padre. Estaba llorando. Luego oí:

—¿Intentar qué?

—No importa.

—Yo creo que sí. ¿Intentar qué?

—¿Necesitas saberlo?

Los peones se movían rápido, como si estuvieran llegando al final de la partida. Clic, clic, clic, has perdido.

—¿Es tu fondo de reserva para una huida?

—Llámalo como quieras.

—Así que todo lo que hemos hablado...

—Ni se te ocurra —la voz de mi madre de repente parecía llena de furia— llevar esto al terreno moral, Pat. Nadie plancha porque quiere con una costilla rota. Quería asegurarme de poder escapar si la cosa iba a peor.

—¿Escapar?

—Lo habría hecho si pensara que Loveday corre algún peligro.

Las palabras de mi madre sonaron calmadas. Mi padre sollozó, y su sollozo me atravesó como el viento de invierno en el muelle.

—Nunca le haría daño.

—Tampoco creías que podías hacerme daño a mí.

Sus voces se suavizaron y de repente me di cuenta de que estaba de pie junto a la puerta, escuchando, en lugar de estar sentada en la cama. No recordaba haberme movido.

—Sabes que no quería...

Mi padre se detuvo en mitad de la frase. Imaginé a mi madre alzando la mano, como un policía de tráfico en un libro ilustrado. Era lo que hacía conmigo cuando estaba hablando con alguien y yo intentaba interrumpirla.

—No vamos a hablar de eso ahora —dijo ella en voz baja.

Casi me relajé, pero mi padre no tardó en volver a alzar la voz:

—Bueno, de eso va todo esto, ¿no, Sarah-Jane? De lo que tú quieres.

Miré más allá de la puerta de mi cuarto, hacia las escaleras.

—Solo quiero estar a salvo —dijo mi madre—, y que Loveday lo esté también. Eso es todo.

Mamá estaba sentada en el suelo, con las manos extendidas frente a ella, las palmas hacia arriba y la cabeza baja. Pude oír cómo lloraba. No creo que la palabra *desesperación* formase parte de mi vocabulario, pero cuando ahora pienso en ella, pienso en ese sonido y veo a mi madre sentada en el suelo, llorando, y a mi padre poniéndose el abrigo. Cuando él se volvió hacia ella para dirigirse al sofá y coger el dinero, ella se apartó bruscamente de su camino, con miedo.

—¡Por el amor de Dios! —No gritó, pero hubiera querido hacerlo—. No voy a hacerte daño. —Se quedó quieto durante al menos un minuto, y pude ver sus hombros alzarse y caer, lo que hacía que su chaqueta de cuero negra se moviera y captara la luz. Cuando volví a escuchar su voz, era más silenciosa, pero no sonaba calmada: era un bulldog fingiendo que no quería morder—: Voy a comprar cuarenta

Marlboros y a tomarme una pinta —dijo.

La puerta se cerró de un portazo tras él. Bajé las escaleras.

Normalmente mi madre se habría inventado una excusa, me habría dicho que estaba cansada o que él no había dicho nada de aquello en serio, pero aquella vez me miró y dijo:

—Oh, Loveday, lo siento mucho.

—Deberíamos comernos los *scones* —dije—. Están más ricos cuando aún están calientes.

Eso era lo que ella siempre decía de los *scones*. Creo que fue la única cosa que se me ocurrió: el único as en la manga de una niña de casi diez años. No podía salir corriendo detrás de papá porque no sabía dónde compraba los cigarrillos ni dónde se tomaba las pintas y, en cualquier caso, mi madre tampoco me lo hubiera permitido. No sabía qué decirle sobre el dinero. No quería preguntarle por qué creía que no estábamos seguras allí. Pero sabía que los *scones* estaban más ricos cuando aún estaban calientes.

—Sí —dijo mamá, y se le quebró la voz—. La nata está en mi bolso.

No se movió. Fui a la cocina y cogí tres platos de cerámica, uno era para papá, por si al final llegaba a tiempo. No sabía cuánto se tardaba en tomar una pinta. Llevé los platos al comedor y los puse en la mesa, luego regresé a por la nata y los *scones*, los cuchillos y la mermelada. Mamá se levantó y colocó los libros en la estantería, aunque me di cuenta de que no los colocaba en el orden correcto. Pensé en la carta de la excursión del colegio que no les había enseñado.

Cuando puse la mesa, me dijo:

—Empecemos ya, papá puede tardar en volver. —Y me dio un abrazo que yo no le devolví.

No sabía qué pensar. O quizá sea más apropiado decir que aquello fue el principio de una época de no saber qué pensar; y sigo igual. Es decir, desde entonces he pensado mucho, un montón de cosas, sobre mi madre y mi padre, pero no he llegado a ninguna conclusión. Ojalá pudiera hacerlo.

POESÍA

2016
NADIE TIENE LA LLAVE

Intentar descubrir de qué manera ha llegado un libro a la librería es una locura, pero que lo fuera no iba a detenerme. Whitby y York no estaban tan lejos, pero el *Curso de cocina ilustrado* de Delia Smith había tardado quince años en llegar, así que lo primero que deberías preguntarte es qué ha pasado en ese tiempo. Bueno, al menos yo debía hacerlo. Intenté evitarlo. Pero no pude.

Compré un molde para pasteles y un bol para la mezcla e hice los *brownies* que solía hacer con mamá. Si los metes en el microondas, quedan empalagosos. Si se te ocurre ponerles helado de vainilla encima cuando aún están calientes y te los comes en el sofá con tu novio, resulta que el recuerdo que va unido a su sabor es tan fuerte que no puedes evitar llorar como un bebé estúpido, y ni siquiera puedes fingir que tu llanto tiene algo que ver con lo que sea que estéis viendo por la tele, porque lo que estáis viendo es un documental sobre René Descartes.

Nathan me rodeó con un brazo y me dijo:

—¿Qué necesitas, Loveday?

—Nada —dije—. No es nada.

—Pues a mí me parece que es algo. —Sonó tan preocupado que aún lloré con más fuerza.

Luego dije:

—Los *brownies* me recuerdan a mi madre. La echo de menos.

Me abrazó y me dio un beso en la frente.

—¿Dónde está? —preguntó.

Y he aquí el problema de hablar con la gente. Preguntan cosas y antes de que te des cuenta estás a punto de contárselo todo.

—Voy a lavarme la cara —dije.

Esto es todo lo que sabía, de los libros. Después de la muerte de mi padre, la casa se quedó vacía y pasó a su propietario. No recuerdo si me preguntaron si quería volver, pero nunca lo hice. Pasó más de un año antes de que acabara en casa de Annabel. Cuando volví a casa del colegio un día, un par de semanas después de mudarme, me la encontré en la puerta.

—Han llegado tus cosas —dijo. Supongo que quiso interceptarme en la calle para que no entrara en shock. Las cajas estaban apiladas a los pies de las escaleras. Lo había apartado todo para dejarles sitio—. No las he subido —dijo— por si querías echarles un vistazo antes. Si hay cosas que no quieres en tu habitación, podemos dejarlas en el garaje.

Abrí la primera caja, y estuve a punto de echarme a llorar solo de ver lo que había dentro —mi joyero repleto de conchas, el Furby, un par de cómics—, y estaba harta

de llorar.

—No quiero nada —dije, y subí las escaleras.

Casi ocho meses después, en mi medio cumpleaños (que pasó desapercibido, por supuesto), me pasé el día revisando las cajas. Annabel era la única persona que conocía que aparcaba su coche en el garaje —el resto lo dejaban en la calle—, pero aquel día abrió la puerta para que tuviera luz y sacó su Fiat Panda para que tuviera un poco de espacio. Por entonces, el duelo ya no era una hoguera incontrolable, sino una llama constante, que no se apagaba pero que podía dominarse.

Creo que trataba de encontrar una manera de pensar en mi madre; quería encontrar una llave que por fin hiciese clic en la cerradura y todo tuviese sentido. Pero lo que me habría hecho perdonarla estaba escrito en su cuerpo, o almacenado en su corazón, y todo lo que encontré en aquellas cajas era la evidencia de la vida de una familia feliz. Allí estaban los platos de cerámica que habíamos hecho y en los que habíamos dejado nuestras huellas. Fui yo la que insistí en que todos hiciéramos uno, y mi padre se sentó entre los niños y las madres, que no hacían más que hablar, y se pintó la mano de azul y me dejó que la estampara sobre un plato llano. En la caja también había fotografías sueltas, nosotros en la playa o amontonados en el sofá en Navidad, y tarjetas de cumpleaños, certificados de esto y aquello, mantas, bolsitas de lavanda que olían a polvo. No había nada que me ayudara a perdonarla. Lo único que allí había era nuestra vieja felicidad y ante mí tenía un puñado de nuevas miserias a las que debía enfrentarme sola —mi primera regla, mis bajas defensas ante los que se metían conmigo en el colegio, el vivir en una casa extraña con una mujer amable que no tenía por qué ser amable conmigo, la pena— que no iban a permitir un perdón que no merecía. Lo intenté ese fin de semana. Pero ella me falló.

No encontré ninguno de los libros de mi madre en el garaje. Hice mi propia hipótesis. Quizá le había pedido a la trabajadora social que los recogiera en la fase en la que aún se la consideraba inocente mientras no se demostrase lo contrario. Recuerdo que llevaba su propia ropa cuando fui a verla. Y antes del incidente de la postal de Whitby de hacía cinco días, di por hecho que los libros se habrían perdido, o que quien se había encargado de vaciar la casa se había deshecho de ellos, pero ese no parecía ser el caso.

Así que digamos que, y solo es una hipótesis, alguien se había ocupado de ellos por ella, y a ella le habían preocupado lo suficiente para, pese a todo el infierno por el que estaba pasando, pedirle a alguien que se los guardara. Supuse que debió de pensar que iba a tener tiempo para leerlos. No quiso las fotografías. Me las quiso dejar todas a mí o quizá es que no se atrevía a mirarnos y constatar lo felices que habíamos sido.

Durante años dejé de pensar en las caras de mis padres, y no me llevé a York las fotografías que tenía en casa de Annabel. Cuando pienso en ellos ahora, recuerdo que a mi padre no le gustaba que pasáramos tiempo con nadie que no fuera él cuando estaba en casa, y me pregunto si debía sonarme raro o si lo veía como una señal de

amor, pero, en cualquier caso, mostraba —y odio admitirlo— la parte de él que le había complicado la vida a mi madre. Empecé a preguntarme entonces si alguna vez habían sido realmente felices.

Alguien se había ocupado de los libros por ella. Y los libros habían acabado en sus manos finalmente, o no lo habían hecho. He aquí el quid de la cuestión. Si habían acabado en sus manos finalmente, ¿por qué iba a dárselos entonces a una empresa que se dedicaba a vaciar casas? Y, más en concreto, si había sido capaz de recuperarlos, ¿por qué no había intentado recuperar el resto de las cosas que había dejado atrás, como, por ejemplo, por mencionar solo una cosa, a su propia hija? La última vez que la vi, en una visita a prisión organizada cuando tenía catorce años, me prometió que vendría a buscarme. Me lo gritó, casi como una amenaza, mientras me alejaba: «Iré a buscarte, L. J., tanto si quieres como si no».

Pero si había recuperado los libros ella misma, no lo había hecho del todo bien. Puede que yo me hubiese escondido, pero había dejado un rastro de migas de pan. Ella podría haberme encontrado cuando hubiera querido. Y había prometido que lo haría, aunque no sabía cuándo.

No quería que perdiera a los dos padres, había dicho en una de esas cartas llena hasta los márgenes con una letra que yo leía y cubría de lágrimas hasta que empecé a dejar de abrirlas, un mes después de esa última visita, cuando decidí, con la sensación de poder y autonomía que una niña de catorce años podía llegar a tener, que estaba harta de mi familia rota y horrible, y que estaría mejor sola.

En la última carta que abrí; había escrito que entendía que no quisiera verla ahora, pero que quizá algún día, cuando las cosas se calmaran, entendería por qué habíamos llegado hasta donde habíamos llegado. Decía que ojalá ella hubiese hecho las cosas de otra manera. Yo vivía en un hogar adoptivo y tenía una habitación propia, pero me sentía terriblemente sola. Nunca me había sentido así de sola antes. Siempre había podido acurrucarme en la cama de mis padres cuando había tenido una pesadilla o las mañanas de los fines de semana, bien cubierta como un guijarro bajo la suave marea alta del verano.

Mamá no podía haber recuperado los libros, porque si lo hubiera hecho, habría venido a por mí. Tal vez la persona que se los guardaba había perdido el contacto con ella, o se había mudado, o había muerto, y mientras vaciaban la casa nadie se había preguntado de quién eran aquellos libros. Eso tenía sentido. Aunque, si ese era el caso, ¿no habrían llegado juntos? No habría llegado una semana una caja con libros de bolsillo, tres semanas después un viejo libro de mi padre, y luego, dos meses más tarde, el de Delia Smith. Y de entre todas las librerías de segunda mano del mundo, y de entre todas las organizaciones benéficas, ¿por qué habían acabado en la mía?

Le pregunté a Archie quién había traído los libros de cocina, pero no se acordaba, por supuesto. Dijo que le parecía que había sido alguien con un abrigo azul, o que los habían dejado en los escalones de la entrada. ¡Oh, era de gran ayuda! Le grité. Pareció dolido. Sabía que no tenía que pagar mi frustración con él. Por eso no tenía

que pensar en el pasado. Bueno, una de las muchas razones. Le pregunté a Ben también. Se encogió de hombros y dijo: «Para mí no son más que cajas de libros, querida».

Estupendo.

Estaba de tan mal humor que casi no fui a la noche de poesía ese miércoles. Pero iba a venir la hermana de Nathan y puede que no supiese mucho sobre relaciones, pero tenía claro que no debía meter la pata con su hermana.

Así que hice lo que solía hacer, y que no había hecho en años. Me senté en la silla junto a la escalera de incendios y cerré los ojos e imaginé una esfera donde debería estar mi corazón. El dial debía medir mi dolor. Podría ir de 1 a 10, y tenía que ser por completo sincera sobre lo que sentía. Aquel día lo coloqué en el 6. Respiré hondo e imaginé que el dial se desplazaba, hacia abajo, desde el 6, volví a coger aire; hasta el 5, más aire; 4, más aire; 3, más aire. Me detuve en el 3; nunca pasaba de ahí. Jamás creí poder llegar al cero. Y sí, sé que no es la mejor manera de enfrentarme a las cosas, pero si podía ayudarme con las siguientes dos horas, era todo lo que necesitaba.

No conocía a la hermana de Nathan. Sabía que tenía una hermana, y un padre y una madre, que seguían vivos y llevaban casados más de treinta y cinco años, y todavía se cogían la mano cuando veían la tele por la noche, jugaban al backgammon y resolvían crucigramas de lo más complicados después de cenar. Vale, me lo he inventado todo después de lo de «más de treinta y cinco años», pero podrías decir, después de conocer a Nathan, que proviene de la clase de familia feliz sobre la que nadie jamás escribiría un libro porque no le ha pasado nada nunca, más allá de que han celebrado picnics y bodas y que en su familia han tenido bebés risueños de pelo rizado y ojos azules.

La hermana de Nathan tiene veintiocho años, así que es dos años más joven que él. Cuando me preguntó por mi familia le dije que Archie era mi familia, lo que no deja de ser verdad, si consideras que tu familia es la gente que recuerda el día de tu cumpleaños y que se preocupa por ti cuando estás enferma. No me miró como se miraría a una huérfana o algo así, lo que estuvo bien, pero tampoco hizo que dejara de hablar de su hermana. Parecía buena gente, pero no tenía previsto conocerla. No es que me importara especialmente hacerlo, pero lo que me pasa con lo de conocer a gente nueva es que te preguntan un montón de cosas y no tengo muchas opciones con las que responder.

Porque o bien eres sincero, lo cual resultaría un poco fuerte, en mi caso, para una conversación del estilo «encantada de conocerte», o bien mientes. Las mentiras no importan mucho si no vas a volver a ver a alguien, pero si piensas hacerlo, debes ser una buena mentirosa, y yo no lo soy, o te pillarán, lo que te llevará a mantener la conversación que habías intentado evitar desde el principio, solo que con música siniestra de fondo.

Si se me diera mejor lo social, y fuese un poco charlatana, podría contraatacar con

un «ah, hablemos de ti», como he visto hacer a otros, pero lo cierto es que la mayor parte de la gente no me gusta, y se nota si intento ir de lista.

Y todavía estaba en shock por lo del libro de cocina, claro, lo que no ayudaba nada a mis capacidades sociales. ¿Tú no estarías asustado? Si estuvieras en mi lugar... Oh, qué más da, nunca vas a estar en mi lugar. He aquí lo que aquel libro quería decir. Si no había llegado a la tienda de forma accidental después de que alguien vaciara una casa, provenía de alguien que estaba intentando decirme algo parecido a «sé de qué has estado huyendo los últimos dieciséis años. ¿Y adivina qué, Loveday? No es un secreto. Te vas a dar cuenta muy pronto». Me preguntaba si el que había enviado los libros tenía buenas intenciones, aunque me decía que alguien con buenas intenciones se habría limitado a venir a la tienda, presentarse y contarme de qué iba todo aquello.

Aunque también podría ser que hubieran acabado allí de casualidad... Bueno, no, no podía ser. ¿Acaso iban a acabar allí de casualidad los clásicos Penguin —en los que mi madre había guardado su fondo de reserva para una huida—, el libro de Kate Greenaway y el de Delia con la postal dentro? Definitivamente, tenía toda la pinta de que alguien lo había hecho de manera intencionada. Era como si alguien me estuviera observando. Como niña fuera de lo normal, no era un sentimiento con el que no estuviese familiarizada, pero tampoco es algo a lo que puedas acostumbrarte.

Cuando entré en el bar, Nathan vino y me abrazó, y aunque en principio no me gustan las muestras de afecto en público —no son más que representaciones, después de todo—, le devolví el abrazo. Es más cariñoso que yo y hace que me sienta bien, y eso que cuando aún no había encontrado aquel libro en la acera me habría arrancado los ojos y me los habría comido antes que ir a una noche de poesía, y ya no hablemos de subir al escenario a leer. No, no me malinterpretes, no digo que haya sido cosa del «poder del amor» —porque nadie ha dicho la palabra que empieza por «a» y, además, no significa nada para mí ni cambia nada en absoluto—, sino que él me abrió la puerta, muy amablemente, y yo entré.

Me miró a la cara y me dijo:

—Loveday. —Negó con la cabeza—. Noto algo. Desde que has entrado por la puerta. —Se llevó una mano al pecho—. Verte me hace...

Yo sentía lo mismo, pero no podía decirlo. No tenía ni idea de qué decir. Le puse la mano en la mejilla y le besé. Solo fue un beso, pero él sonrió.

—Ven, te voy a presentar a mi hermana —dijo.

—Oh, vale —dije.

No se había retrasado entonces. Nathan me había dicho que era peluquera. El domingo anterior me había vuelto a teñir el pelo, borgoña, así que tenía buen aspecto para conocer a una peluquera.

Claro, era guapísima, tal y como me había dicho. Sus ojos eran azules, de un azul en calma, como los de su hermano, pero su boca era más grande y tenía la clase de sonrisa que tiene la gente que acaba de encontrar la primera edición de algo que

estaba buscando, pero a la mitad del precio que esperaba pagar. Llevaba el pelo corto y como escalado, y de todo tipo de colores alucinantes, rubios, rojos, duraznos, mezclados, de manera que la luz hacía que brillaran de una forma especial. Sin duda no se lo había hecho en casa, en el fregadero, como yo.

—Tú debes de ser Loveday —me dijo—. ¡Qué envidia de nombre! Es tan raro. Yo soy Vanessa.

Puso cara de «lo siento, pero es así», en referencia a que tenía la clase de nombre que nadie le iba a pedir que repitiera de lo sencillo que era.

—Hola —dije.

—Nathan y Ness —dijo él, y los dos rieron; luego añadió—: Así nos llamaban cuando éramos niños, y yo volvía loca a Vanessa. Tan loca...

Vanessa puso los ojos en blanco.

—Tan loca que cuando era una quinceañera le pedí a la gente que me llamara Van, lo que a mi hermano aún le parece divertido. Pero ahora va a pedirnos a las dos una copa y yo voy a contarte cosas de cuando era adolescente, y se va a enterar.

—¿Un gimlet? —preguntó Nathan, y yo asentí. Miró a su hermana—: Tú un gintónico, con un cubito y dos rodajas de limón y la condición de que no le deje servir la ginebra de golpe, ¿verdad?

—Exacto —dijo Vanessa—. Y tampoco se te ocurra dejarles que lo pongan en un tarro de mermelada.

Cuando él se fue, ella me sonrió otra vez y yo empecé a asustarme. Por un momento me sentí como podría haberme sentido si Kitty y Scarlett, las chicas más populares de mi instituto, que además eran gemelas, en vez de pasar de mí o de meterse conmigo, como solían hacer, hubiesen puesto una silla más en su mesa y me hubiesen invitado a sentarme y a darles consejos sobre los chicos. No era nada yo.

Pero luego me di cuenta de que la guapísima y maravillosa Vanessa —con aquel pelo alucinante y un collar del que colgaba un diminuto corazón de oro que costaba más que el alquiler de una semana— llevaba un sujetador malo. Las costuras, que se veían a través de la blusa, hacían que se le curvara hacia abajo. Así que podía haberse empleado a fondo en resultar encantadora, pero sus tetas me fruncían el ceño en aquel momento. Y eso hizo que me sintiera mejor. No porque fuese a juzgarla, sino porque a la falta de perfección sí puedo hacerle frente. Nathan iba a tener que echarme una mano en eso, ahora que lo pensaba, porque estaba empezando a parecer demasiado bueno para ser verdad.

—¿Trabajas en una librería? —me preguntó Vanessa—. A mí me encantaría. Pero me pasaría el día leyendo y me echarían en una semana.

—¿Dónde trabajas tú? —le pregunté. No me importaba en absoluto, yo misma me corto el pelo, me hago una cola cada seis semanas, y corto la parte de abajo, pero si tuviera un hermano, querría saberlo todo de su novia y no quería que empezara a preguntarme.

—Oh, viaje —dijo.

—Lo siento —dije—. Creí que eras peluquera.

Vanessa se rio.

—Lo soy, pero trabajo para clientes privados, voy adonde estén.

—Claro.

En realidad no lo tenía nada claro. Yo pensaba que las peluqueras trabajaban en un sitio y que no se movían de ese sitio a menos que se dedicasen a ir a casas de señoras mayores a lavarles el pelo y a arreglárselo, pero era evidente que eso no era, a menos que yo la hubiese prejuzgado increíblemente mal. Ya sabemos que no soy buena juzgando a la gente, pero en aquel caso lo tenía más o menos claro.

Agitó la mano, como queriendo decir «no es para tanto».

—Soy experta en color, y suelen contratarme para películas o así.

Maldito Nathan, pensé. Si Vanessa es peluquera, el príncipe Carlos es granjero. Me toqué el pelo. De repente, me moría por cubrímelo.

—Yo me lo tiño y me lo corto sola —dije—. Siempre lo he hecho. Bueno, cuando era niña me lo cortaba mi madre.

Me miró el pelo, como si no se hubiera fijado antes, aunque yo sabía que lo había hecho.

—Rosa borgoña, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí —dije.

Me preparé para que me diera una especie de charla sobre teñirse en casa y de qué manera las aficionadas como yo podíamos mejorar nuestros resultados. Pero todo lo que dijo fue:

—Buena elección. Te pega. Porque tu color natural es un castaño oscuro, ¿verdad? ¿Y se te pone rojizo al sol?

—Sí —dije otra vez. Estaba bastante impresionada, y no quería que me engañara para volver a hablar de mi madre, así que contraataqué—: ¿Cómo puedes saberlo?

—Por tu piel —dijo, como si eso fuera una respuesta, y luego—: Me encantaría tener una piel tan buena como la tuya.

No tenía ni idea de qué responder a eso. Melodie suelta a menudo una cita espantosa, que empieza con un «baila como si nadie te estuviera mirando, bla, bla, bla», y termina con un «ama como si nunca te hubieran hecho daño», y viendo a Vanessa, y luego a Nathan cuando regresó con la bebida, me dije eso es lo que sois, chicos. Dos cachorros jugando al sol. Vuestras vidas son tan sencillas.

Nathan nos tendió las copas y se fue otra vez para hablar con la gente que iba a leer sus poemas. Las dos le vimos marcharse. No iba a actuar esa noche: decía que merecía una noche libre.

Vanessa comentó:

—Me enorgullezco tanto de él cuando le veo ahora. Cuando pienso en lo que le pasó en el colegio. ¿Te lo ha contado?

—Lo ha mencionado —dije con cuidado.

No era técnicamente una mentira: probablemente lo había hecho, de alguna forma

indirecta. Habíamos hablado, por supuesto, pero sobre todo habíamos hablado de lo que nos pasaba por la cabeza en aquel momento, de poesía y de libros y de magia y de York y, bueno, habíamos hablado. Me gusta el presente (casi todo), lo he construido con tanto cuidado como he construido mi pequeña biblioteca en casa, e intento no moverme de él.

Miró su copa, miró a Nathan, me miró.

—Se metían con él en el colegio. Tanto que mis padres se plantearon sacarlo del sistema. Fue entonces cuando empezó con la magia. Se convirtió en una especie de obsesión para él. Daba un poco de miedo, al principio. Casi no hablaba. Se pasaba días enteros, los fines de semana, barajando cartas.

Me había intentado enseñar a barajar cartas, a pasarme las cartas de una mano a otra, a hacer abanicos con ellas. No pillé el truco. Me había dicho que era cuestión de tiempo. No me había dicho cuánto, o de dónde iba a sacarlo.

—Está intentando enseñarme —dije.

Me sentí un poco mal: había supuesto que la única razón por la que acabas haciendo magia es porque tienes un viejo tío encantador que te lleva a ver magos y te regala juegos de magia que incluyen sombreros de copa de plástico. Nathan lo había tenido más difícil de lo que parecía. Pero otra vez estamos en lo mismo, nadie habla de ello, pero no es cómo te caes sino cuánta gente hay para recogerte y limpiarte las rodillas con alcohol y dejar que te tumbes en el sofá y te bebas un chocolate caliente y leas hasta que te encuentres mejor.

—Cuando veo a mi hermano ahora, me siento muy orgullosa.

«Ah —pensé—, ahí está la advertencia. Fóllate a mi hermano, si quieres, pero no le jodas la vida, porque ya ha pasado por suficientes cosas horribles, y hay que protegerle para que nada malo vuelva a pasarle.»

Supe entonces, sentada ante Vanessa, que lo mío con Nathan no iba a durar. Bueno, en realidad siempre lo había sabido. Para empezar, tenía la sensación de estar engañándole, fingiendo ser alguien que podía tener una relación normal. Últimamente, me había estado engañando a mí misma. Sabía que estábamos condenados, pero lo estaba ignorando. Soy buena ignorando cosas. Al menos, durante el día. No por las noches. Por las noches tenía pesadillas. Como aquella en la que estoy delante de la iglesia, en Whitby, contemplando cómo sube la marea. La iglesia, detrás de mí, está ardiendo. Si salto, sé que me ahogaré. Si me quedo, arderé. Y lo que hago es quedarme quieta, esperando a ver qué ocurre primero, y llamo a gritos a mi madre, pero ella no aparece.

Nathan y yo éramos muy distintos. En su mundo, los problemas incluían escuadrones de rescate, y las soluciones eran conejos blancos y una educación en casa. Lo imaginé, desgarrado y con unas pintas horribles, en una ventana con vistas a la bahía, con una baraja de cartas en la mano, practicando sus trucos una y otra vez, mientras de vez en cuando su madre le servía una taza de té acompañada de un pedazo de tarta de limón casera.

Subió al escenario y aplaudió dando cinco palmadas contundentes.

POESÍA

2016

ENCONTRADO

Archie siempre finge que le trae sin cuidado su cumpleaños, pero es peor que un niño mimado. Con un mes de antelación va por ahí diciéndoles a sus amigos, los amigos para los que la librería y la cafetería de al lado son una especie de extensión de su casa, que este año también «invitará a unas copas» para «despedir el año» y que no será «nada especial». Algunos clientes selectos incluidos.

Luego va un día a correos con su maletín repleto de sobres color crema, y dentro de cada sobre, invitaciones fotocopiadas, aunque la dirección de los sobres la escribe a mano, y cada nombre es una obra de arte tipográfica. Una razón más para adorar a Archie: le interesa aún menos internet que a mí. No teníamos ni correo electrónico cuando pusimos en marcha la web de la tienda.

El primer año me creí lo de «nada especial» y llegué media hora tarde y con la ropa que había llevado puesta durante el día. Archie vive en una casa enorme y vieja en Bishophill, y, cuando llegué, me crucé en la puerta con tres hombres con corbatas negras y una mujer vestida como una bailarina de cancan. Otra mujer vestida de gala fue la que me abrió la puerta. Le brillaban los zapatos. Me di cuenta entonces de que había metido la pata. Para ser justos, lo más probable es que aquella mujer se hubiera pasado, pero aun así desentonaba menos que yo.

Archie contrata un servicio de catering y se pone uno de sus espantosos chalecos bordados —una vez le dije que parecía un Oscar Wilde gordo y se rio a carcajadas y dijo que no sabía con quién de los dos me estaba metiendo—, también se sirve mucho vino, y hay tanta comida que la sensación es que no vas a dejar de comer en toda la noche, pero en realidad no comes casi nada y cuando llegas a casa tienes que prepararte unas tostadas porque te estás muriendo de hambre. El primer año me quedé en la cocina; el segundo, me pegué a Archie. Ahora ya conocía a algunos de sus amigos, así que no era raro que acabara topándome con alguien con quien podía tener una conversación aceptable, que es la misma todos los años, por lo que aún me resulta más cómodo. Normalmente empieza con «me encantaría trabajar en una librería», o bien «¿no es Archie todo un personaje?». Ese tipo de cosas. Si todo lo demás falla, siempre le puedes preguntar a quien sea que te encuentres cómo conoció a Archie. Nunca es algo corriente, del estilo: «En una librería». Normalmente es más en plan «compartimos celda cuando nos juzgó un consejo de guerra» o «cuando nos conocimos los dos nos dedicábamos a sabotear a cazadores»... Y luego está la biblioteca de Archie, que es increíble, y siempre puedo esconderme allí si lo necesito.

A partir del primer año, empecé a comprarme ropa nueva para la fiesta. Nada demasiado imponente —no me visto bien ni mal, me visto y punto—, pero sí algo nuevo, para que pareciera que estaba haciendo un esfuerzo. Nadie se dio cuenta. Por

más que intento cambiar, siempre acabo comprándome un vestido negro, y aunque me gustan mis tatuajes, no los muestro más de lo necesario, porque entonces cualquier idiota que haya bebido dos copas de más cree que es una buena idea empezar a preguntarme por ellos. Y cuando me refiero a «preguntar por ellos», quiero decir que empiezan a hablar de los tatuajes que tienen o tendrían si no les aterrorizara hacérselos, o a preguntarme si no me importa que la gente me juzgue, lo que significa que ellos mismos me están juzgando pero creen que no lo hacen al preguntarme por ello.

Aquella vez, sin embargo, había visto algo que me había gustado tanto que me había desviado de la norma. Iba de camino a la calle principal a mi hora de comer cuando vi un vestido en el escaparate de una tienda de segunda mano. Era de un color ciruela oscuro con un corpiño de terciopelo y mangas vaporosas, y me dije: «Sí». Era lo más parecido al deseo de poseer algo que había sentido lejos de una librería. Pagué veinte libras por él, pero por la etiqueta deduje que nuevo me habría costado doscientas.

Lo llevé a la librería. La tarde era tranquila. La fiesta era al día siguiente. Archie y yo estábamos trabajando codo con codo, para variar. Estaba ordenando libros en el suelo y luego pasándoselos por estanterías, y antes de pararme a pensarlo, le hice la pregunta que había querido hacerle, supongo, desde que lo conocí:

—Archie, ¿cómo lo haces?

—¿Hacer qué, mi pequeña granuja? —Me miró desde arriba. Yo me senté sobre mis talones.

—Mañana por la noche —dije—. Estarás completamente relajado. Como si estuvieras aquí. Podrás hablar con cualquiera. Es como si te deslizaras sobre las cosas.

Se puso las manos en la parte baja de la espalda e hizo una mueca de dolor cuando se estiró.

—Mis días de deslices se han acabado —dijo.

—Ya sabes a qué me refiero.

Se sentó en la silla más cercana, y me di cuenta de que acababa de darle una excusa para que dejara de hacer lo que estaba haciendo, así que me levanté y empecé a hacerme cargo de su parte. Podía escuchar y trabajar.

—Sé tú misma —dijo.

Oh, genial, pensé. Llevo siendo yo misma todos estos años y mira dónde he acabado. Sociabilidad de Oscar y ni un solo amigo.

—Si yo hiciera una fiesta, mi apartamento se quedaría grande —dije— y tu casa cada año se queda pequeña.

—¿Y estás diciendo que eso mide lo que valemos? —preguntó.

—Por supuesto que no —respondí.

Estuvo callado durante tanto rato que pensé que había empezado a echarse una siesta, pero al cabo habló:

—Una vez ayudé a John Gielgud a construir un horno de pan en su jardín. A mitad del segundo día, me dijo: «Archie, viejo amigo, esto no es algo que puedas hacer en dos minutos». Date tiempo.

—¿Tiempo? —dije. Se me desinfló la voz de decepción. Quería una respuesta mejor que aquella.

—Y sé valiente, Loveday. Haz las preguntas que quieras. Busca a la gente de la que quieres rodearte. Puede que no sea tan difícil como crees.

Y luego se echó a dormir. Pensé en lo que había dicho. Nunca sería valiente. Y luego recordé que había subido al escenario a leer mis poemas, y que tenía lo que podría llamarse una relación, y que hacía un año no hubiera podido siquiera imaginar ni una cosa ni la otra. Por usar una de las frases de Archie, no eres tan tonta como pareces, Loveday.

Nathan también iba a la fiesta, pero no íbamos juntos, nos encontraríamos allí, porque yo iba a casa a cambiarme y a recoger la tarta de merengue de limón, que había hecho durante mi mañana libre. Que fuese mi novio no nos obligaba a ir juntos a todas partes. Archie le había pedido que hiciese algunos trucos de magia para romper el hielo al principio de la fiesta. Se había ofrecido a pagarle, pero Nathan no había querido oír hablar de dinero.

No pensé en cómo iba a llegar a casa de Archie con la tarta hasta que no estuve en la calle, delante de mi bicicleta, con el vestido recogido. No había forma de que mi frágil creación pastelera sobreviviera al viaje, porque no cabía en la cesta. Tuve que coger el autobús y, llegué tarde. Pese a todo, como mi madre solía decir, o quizá aún diga, alguien tiene que llegar el último.

La casa es tan sólida como el propio Archie, está hecha de piedra. Creo que es georgiana: tiene grandes ventanas de guillotina, grandes habitaciones cuadradas de techos altos y una escalera que hace curva. Básicamente es una casa solariega en pequeña escala. Para llegar a la puerta de entrada, que es enorme, tienes que subir cuatro escalones y, una vez allí, deseas haberte puesto tu mejor vestido. Aunque el ambiente dentro es acogedor. Huele a tabaco de pipa y a pan, y hay un montón de abrigo y sombreros junto a la puerta, y el periódico de ayer en la mesa de la cocina.

Fui directa a por Archie, que contemplaba un objeto extraño que acababa de desenvolver. Cuando me vio entrar, dejó a la gente con la que estaba, se acercó, me dio un beso en la mejilla y me estrechó con fuerza el hombro.

—Estás guapísima —me dijo al oído.

Me gustó verle y me gustó el apretón; me hizo sentir bienvenida. Todo lo que sentía era gente mirándome. Se me había ocurrido pensar que la persona que había llevado a la tienda los libros de mi madre podía encontrarse entre los invitados. Tenía que saber dónde trabajaba. Y si lo sabía, seguro que conocía a Archie. Y si conocía a Archie, ¿no era más que probable que le hubiese invitado a la fiesta? Respiré hondo.

—¿Qué es eso? —pregunté, quitándole de las manos aquel objeto extraño.

—Un cortador de cigarrillos —dijo, como si aquello fuese algo.

No hizo ningún aspaviento ni me presentó a nadie; se limitó a quedarse a mi lado, rodeándome el hombro con su brazo. Le di la caja en la que había metido la tarta de merengue de limón. Cuando se dio cuenta de que era casera, pensé que iba a echarse a llorar.

—Mi pequeña granuja —dijo. Miró alrededor de la cocina, que se estaba llenando de aquella especie de ruido feliz—. ¿Sabes?, hay algo adorable en cada una de las personas que hay aquí esta noche. En todo el mundo.

Me reí, y miré alrededor buscando a alguien que reconociera, para ponerle a prueba.

—¿Incluso en Melodie?

—Confianza. Autoestima. Excelente gusto para los sombreros.

—¿Victor, el de la cafetería?

—Paciencia. Pantorrillas bien formadas. Excepcionalmente bueno en lógica. ¿Sabías que ha ganado más de cinco mil libras en competiciones de sudoku?

—No —dije. ¿Cómo iba a saberlo, mientras me servía el café, o el té, o un par de magdalenas de plátano? Vi otra cara familiar, aunque volví la cara antes de que pudiera verme él a mí—. ¿Rob?

Archie chasqueó la lengua.

—Casi no le invito, para serte sincero. Algo no huele bien en ese chico, pero al viejo Archie le gusta equivocarse siendo demasiado bueno. En cualquier caso: la tenacidad.

—No estoy segura de que la tenacidad sea adorable —dije. Y luego—: ¿Y yo?

Se rio.

—¿Bromeas, Loveday?

—No —dije. Y era verdad. Trabajo duro, pero sé que soy complicada, y no estoy del todo segura cómo fue que conseguí el trabajo, ni por qué lo he mantenido durante tanto tiempo, en este mundo tan cruel.

Archie volvió a estrecharme el hombro.

—Eres lista, no te metes en nada, y pareces creer realmente que eres invisible. Y eres bonita, si te gustan las chicas pálidas e interesantes. No es de extrañar que nuestro querido mago esté embobado.

No me había parado a pensar en lo que podía decir, pero cuando lo dijo, me dejó boquiabierta. Por suerte, no tuve que responder, porque me rescataron un puñado de invitados recién llegados que traían un enorme peluche y gritaban algo relacionado con la cantidad de tiempo que había pasado desde Borneo. Archie rugió de risa cuando los vio. Antes de soltarme y dirigirse hacia ellos, me dio un beso en la coronilla y me dijo:

—¿Quieres un consejo? Busca lo adorable, Loveday.

Fui a por una copa. Había montado un bar en el comedor. Tenía un gimlet en la mano y no recordaba haberlo pedido. Fui a echar un vistazo por la ventana, dando la espalda a la sala, deseando ser realmente invisible.

Después de la noche de poesía de la semana anterior, Nathan, Vanessa y yo nos habíamos tomado un par de copas más, y luego nos habíamos metido en el Mini Cooper de ella. Nathan había querido ir en el asiento de atrás, lo que nos pareció muy divertido entonces, pero no debió de serlo tanto, debió de ser cosa del alcohol. Aunque, ahora que lo pienso, Vanessa se había pasado al agua después de su primer gintónico, así que quizá no fueron solo los gimlets.

Me dejó en casa y luego llevó a su hermano. Yo no le había pedido que subiera, y él no dio por hecho que podía hacerlo, y es una de las cosas de él que me encantan y a la vez me ponen de los nervios, porque cuando estás pensando en dejar a alguien o intentando que ese alguien deje de gustarte, querrías que te fastidiara de vez en cuando para que fuese más fácil. No quería que me abofeteara, obviamente, pero que fuera un poco desconsiderado no me hubiese importado.

Desde la velada poética había estado pensando mucho sobre la manera en que había entrado en mi vida. Bueno, asume tu responsabilidad, Loveday, la manera en que le dejaste entrar tú. Supongo que me había ido engatusando, si no, no habría llegado tan lejos. La primera noche que pasamos juntos, bajó a Tesco y se compró un cepillo de dientes y lo dejó en mi baño. No era más que un detalle. Claro que quería lavarse los dientes. No habría estado bien tirar el cepillo a la basura. ¿Y qué me dices de comprar gachas de avena porque me había dicho que era lo que tomaba para desayunar? No puedo culpar a nadie de eso. Él me invita a más cafés de los que le invito yo, pero es porque yo estoy trabajando y él está de visita y trata de ser amable, pero podría haberle dado el dinero, o pedirle que no lo hiciera, pero no lo hice.

Y dejé que de una noche a la semana pasáramos a dos o tres. Le había contado que mi padre estaba muerto y que echaba de menos a mi madre. Había conocido a su hermana. Pero más allá de todo eso, estaba la manera en que nos mirábamos el uno al otro. Cómo nos sentíamos.

Si no me andaba con cuidado podía llegar a pillarme mucho. Podía llegar a adorarlo. Era algo que no pensaba admitir, ni a mí misma, ni a él. Archie podía tener el tipo de vida en el que adorar a alguien, o adorar algo de alguien, está bien, pero yo no. Corría peligro de olvidar que lo que tenía con Nathan iba a acabar de alguna manera, y no precisamente con él construyendo una casa para nuestros hijos los fines de semana. Tendríamos que hablar.

Nunca había roto con nadie, a menos que cuentes la vez en que volví a casa en calcetines, a medianoche, como manera extremadamente completa de dejarle claro a alguien que lo vuestro se ha acabado. ¿Estaba mal romper con alguien en una fiesta? Estaba demasiado ocupada durante la adolescencia para aprender las reglas al respecto, aunque sé que toda esa mierda se aprende entonces. El caso es que sabía que iba a tener que hacerlo, y que no veía por qué debía posponerlo. Aquella noche

bien podría ser la noche.

Me puse a buscar a Nathan. Estaba en el que yo considero mi rincón de la biblioteca. Le había dicho que podría encontrarme allí cuando terminara de romper el hielo con sus trucos de relojes y sus monedas de chocolate. Es una estancia alargada y estrecha, que probablemente formó parte de otra más amplia en otro tiempo; es un poco más grande que un pasillo, pero que no fuese nada del otro mundo no había impedido a Archie llenarla de libros, del suelo al techo, a ambos lados. Hay un chesterfield para dos, con una mesa y una lámpara delante, al otro extremo de la puerta; si la lámpara no está encendida, casi podría decirse que eres invisible, lo que no está nada mal si es así como te sientes, pero que no sirve de nada si lo que quieres es leer. La noche era cálida, así que casi todo el mundo estaba en el patio. Archie lo llama terraza, y cuando yo lo llamo patio, siempre me corrige, aunque no tengo clara la diferencia.

Nathan había llegado antes que yo. Casi me senté encima de él. Había encontrado el sofá. Aunque sabía lo que tenía que decirle y que no iba a gustarle, me reí al descubrirle allí. Él también se rio, luego me hizo callar y me pidió que me sentara a su lado.

—Me estoy escondiendo —dijo—. Todo el mundo quiere saber cómo hago lo de la cebolla. Y solo puedes contarlo un número determinado de veces, si no, tienes la obligación de acabar con ellos antes de que envejezcan.

—¿Y el número es cero? —le pregunté, y me dio un pequeño empujón.

Luego me miró bien y me tocó el vestido.

—Estás increíble —dijo.

—Solo es un vestido —dije.

—No he dicho que el vestido sea increíble —repuso—. Eres tú. El vestido es solo... el marco.

No dije nada, porque ¿cómo respondes a eso? El escote del vestido era ligeramente más ancho y más bajo que cualquier otro que usara habitualmente, así que me había puesto el collar con forma de lágrima que mi padre me había comprado una Navidad; mi madre había dicho que era demasiado joven para las joyas de adultos, y tenía razón, por eso lo había guardado y había empezado a usarlo hacía poco. Lo había recuperado cuando Archie me dijo que debía ser valiente.

Parecía que Nathan lo estaba mirando, y yo había empezado a preguntarme qué podía responderle («¿no sé de qué está hecho?», «¿es un regalo de mi padre?», «¿lo compré en una tienda de segunda mano?»), cuando me di cuenta de que en realidad estaba intentando leer uno de mis tatuajes, uno de los que tenía en la clavícula, que era visible gracias a mi vestido.

Posó un dedo en él.

—«El libro era grueso y negro y estaba cubierto de polvo.» —dijo—. Aún no me he rendido, sigo dándole vueltas.

Me apoyé en él. Me besó la cabeza.

Se oía el murmullo de la gente, y, de vez en cuando, la voz de Archie se alzaba por encima de las demás, decía algo para que todo el mundo lo escuchara y se oían las risas de todos. Pero el lugar en el que estábamos permanecía en silencio. Me encantaba. Estar en un lugar tranquilo, lejos del alboroto, era como permanecer en la oscuridad de la que nadie nunca hablaba los días de verano.

Nathan me rodeó la cintura con los brazos y yo recosté mi cabeza en su pecho. De repente, estaba cansada. No quería hablar con nadie; no quería reírme con gente con la que nunca iba a llevarme bien, ni dejar que el alcohol me lo permitiera. Suspiré. Puede que aquella no fuese la noche adecuada para decirle a Nathan que, cuando pensaba en el futuro, no me veía siendo su novia.

Volvió a besar la parte superior de mi cabeza.

—He estado pensando —dijo— que deberíamos irnos de vacaciones.

—¿Qué? —Aquello no era bueno. Me puse en pie, le miré fijamente, preguntándome qué podía haber dicho o hecho para que pensara que aquello podía parecerme una buena idea.

—Supongo que eso es un no —dijo. Había puesto su voz de tipo engreído. Vale, pensé. Soy capaz de reconocer los tonos de autodefensa con facilidad.

—¿Qué te ha llevado a pensar que...? —empecé a decir.

Él se rio, pero no se estaba riendo en realidad.

—Bueno —dijo—, supongo que todo el tiempo que pasamos juntos, lo mucho que hablamos, el sexo, la forma en que me miras cuando entro en la tienda. Y que me dejas leer mis poemas contigo, y tú me lees los tuyos, que saliste con mi hermana una noche. Que a veces me mandas mensajes en los que hay más de cuatro palabras y que contestas a casi el cuarenta por ciento de los que yo te envío. Lo he sumado todo y se me ha ocurrido pensar que quizá..., no sé..., podríamos pasar una semana juntos, en alguna parte.

Pensé en decirle que sus matemáticas no eran del todo exactas, pero no lo hice. He aquí otra de las cosas que me gustan de Nathan: que te da tiempo para pensar.

—Ni siquiera he estado en tu casa —dije.

—No iba a proponerte unas vacaciones en mi casa —replicó.

—Quiero decir... —empecé, pero me detuve. Ya sabía lo que quería decir.

—Quería que vinieras a casa cuando estuvieras preparada. Y he pensado que el irnos de vacaciones podría ayudarte a...

—¿A qué? —Ira, furia, llámalo como quieras, porque acababan de desatárseme todos los demonios. Me moría de ganas de saber qué clase de ayuda creía que necesitaba.

—Confiar en mí —concluyó en voz baja.

Abrí la boca y volví a cerrarla. Noté cómo mi cuerpo se destensaba y el de Nathan también; tiró de mí hacia él. Volvió a hablar, aún en voz baja, antes de que se me ocurriera de qué forma responderle. La sensación era la de que sus palabras, en lugar de salir despedidas de su boca, caían de ella, y se topaban primero con mi pelo, y

luego se deslizaban por los costados de mi cabeza, hasta llegar a mis oídos:

—No soy estúpido, Loveday. Sé que te pasa algo, y sé que no tiene nada que ver conmigo. Solo había pensado que... Pero no quiero presionarte. Lo siento. Puedo esperar.

Sabía qué debía decir a continuación. No exactamente cómo, pero sí qué. Había una colección de frases disponibles. «No creo que esto nuestro vaya a funcionar...», «he estado pensando y...», «eres muy amable, pero...», «me lo he pasado bien, pero...», «no he perdido del todo la cabeza, así que...», «no es un buen momento para empezar una relación, y...», «eres encantador, pero...», «creo que estoy mejor sola, así que...», «no eres tú, soy yo...» (Debería tatuarme esa última. En la frente.)

No dije nada de eso. Lo que dije fue:

—Gracias.

Ese era el problema con Nathan. Cuando estaba con él, sentía que todo era posible. Me sentía una chica normal, y nada me parecía insuperable, y ser feliz, ser muy feliz, se convertía, de repente, en algo más que probable. No podía quitármelo de la cabeza, pero a la vez me preguntaba si cuanto más tardase en decírselo, más dolería. No es que nos fuésemos a ir de vacaciones, pero podría fingir que no pasaba nada otra semana más.

Cuando llegase el día —suponiendo que no se hartase él de mí primero, que era, en cierto modo, lo que esperaba—, no se acabaría el mundo. Puede que él estuviese un poco mal unos días, pero cuando alzase la vista y mirase por la ventana, vería una caravana y a todos sus amigos alrededor, que habrían traído una barbacoa y cervezas, y alguien estaría asando salchichas orgánicas y otro tocando la guitarra, y una chica con los pómulos muy finos y buen culo cogería una flor y se la pondría a Nathan detrás de la oreja, y él sonreiría, un poco triste, y todos sabrían que todo iría bien.

—No sé qué ves en mí —dije—. ¿Qué ves en mí?

—Loveday Jenna Cardew —dijo—. ¿Bromeas?

(Nos habíamos dicho el segundo nombre. El suyo era, lamentablemente, Andrew.)

—No —dije. Acusada de bromear dos veces en una sola noche. Parecía un poco injusto: yo, que nunca hablo de mí misma si puedo evitarlo—. Siento curiosidad.

Se quedó en silencio un momento.

—Bueno —dijo—, no creo que pueda describirlo en una sola palabra. Podría decirse que cuando estoy contigo, soy yo de verdad. No siento que tenga que fingir ni alardear de nada. Siento que puedo confiar en ti. Existo por ti. Tú me das sentido.

—Guau —dije.

Nada mejor que aquello, un cumplido descaradamente perfecto, para hacerme sentir pequeña e inadecuada, fuera de lugar y, a la vez, desear no haber abierto el pico.

Me besó, y lo hizo francamente bien, y yo le dejé hacerlo, porque no sabía qué decir. Y porque me encanta besar a Nathan. Sabía que no iba a haber muchos besos

más como aquel, así que tenía que aprovecharlo hasta el final. Luego dijo:

—Estoy destrozado.

—¿De tanta magia? —pregunté.

Se rio, pero al momento respondió, en voz baja:

—Antes me daban ataques de pánico. Y a veces todavía tengo la sensación de que pueden volver a darme, especialmente en sitios como este. Y tengo como que luchar contra ellos.

Le cogí las manos.

—Yo también he tenido. Son horribles.

Recordé el asiento trasero del coche de una asistente social, cuando me llevaron a ver a mi madre, y cómo se me encogía el estómago y se me aceleraba la respiración, cómo se detenía el tiempo y era incapaz de abrir los ojos. Cómo, más tarde, la mera mención de una visita a mi madre me provocaba la misma respuesta. Tenía casi quince años. Annabel me defendió: mi asistente social dijo que fingía, pero ella, mi madre adoptiva, sabía que no. Aprendí a controlar los ataques con la respiración lenta e imaginando aquel dial de control en mi mente, o quizá fue que todos dejaron de mencionar a mi madre, y cuando dije que no quería volver a verla, me tomaron en serio.

Los ataques regresaron cuando tenía diecisiete. La trabajadora social me dijo que mi madre había salido de la cárcel. El ataque de pánico fue tan brutal que tuvieron que llamar a una ambulancia. Después, le hice prometer a Annabel que nadie trataría de que fuera a ver a mi madre y que no aparecería por casa. Annabel lo prometió. Me dijo que mi madre no sabía dónde vivíamos, lo que por supuesto era cierto, aunque nunca había pensado en el hecho de que mi nombre estaba escrito con su letra en las cartas que me enviaba, pero la dirección no. La dirección la escribía alguna otra persona. Así que estaba a salvo de mi madre. Y a pesar de que por las noches, y cuando iba al colegio y volvía a casa, y las tardes interminables de sábado, intentaba convencerme de que no estaría mal volver a verla, no lo conseguí. No fui capaz de dar el paso. Estaba demasiado asustada por si..., bueno, por si algo cambiaba. Tenía mi propia versión de lo que había ocurrido. Me la había confeccionado yo misma. Perdonar a mi madre lo cambiaría todo. Lo volvería todo más complicado. Sería como destruir lo único que tenía. Y a continuación tendría que reescribir mi historia, repensarlo todo; tendría que borrar me y crear un nuevo yo, y eso ya lo había hecho antes, y sabía lo que dolía. Mejor quedarme como estaba; porque es mejor quedarse en un lugar del que conoces los límites.

Obviamente, Nathan no tenía por qué saber nada de aquello. Así que iba a ser mejor que siguiera hablando.

—¿Cuándo?

Le oí suspirar.

—Hace unos años. Hice un espectáculo de magia en un pub, no era gran cosa, duró una semana, pero tuvo buenas críticas, y me preguntaron si quería hacer una

gira, como telonero de un cómico. Así que pasé de actuar para veinticinco personas en un bar a hacerlo para setecientas en un teatro. Era un sueño hecho realidad. De verdad. Es lo que todo aquel que actúa en un pub desea. Un cazatalentos, un representante, alguien con algún tipo de influencia que de repente te ve un día y te cambia la vida porque cuando le preguntan dice tu nombre en lugar del de cualquier otro. Y... —Negó con la cabeza—. No pude hacerlo. Miedo escénico. Mis manos se volvieron torpes. No daba pie con bola. Una noche tuve un ataque en toda regla en el escenario. Me quedé mirando al público y no sabía cómo empezar ni por dónde. Cerré los ojos y fui incapaz de abrirlos. Estaba en blanco. Ni siquiera podría haber dicho mi nombre. Y durante todo el tiempo había estado respirando tan aceleradamente que incluso sudaba por el esfuerzo. Tuvo que venir a sacarme de la mano uno de los miembros del equipo.

—Debió de ser horrible —dije. Y de veras lo creía. Recordé lo que me había dicho Archie la primera vez que Nathan vino a la tienda, sobre que una vez fue «una joven promesa».

—Me centré en la magia de cerca porque tu público se reduce a cinco o seis personas.

—Tiene sentido —dije. Hazte un mundo a medida. Después de todo, Nathan y yo teníamos más en común de lo que creía.

Nos quedamos en silencio un minuto o dos y luego él empezó a moverse.

—Hay comida en la cocina —dijo—. ¿Qué te parece si voy y preparo para los dos un pequeño picnic? No tardaré, Chica de Ripon.

—Aquí te espero —dije—, siempre y cuando traigas queso. —No hubiera estado bien romper con alguien en una fiesta.

Nathan se levantó del sofá y yo le vi marcharse, preguntándome si debería enfocar la luz hacia donde estaba y ponerme a leer, pero diciéndome que podía, simplemente, esperarle sentada. Alcé los pies.

—Oh, lo siento. —Oí que decía Nathan al salir de la habitación.

—No te preocupes —dijo alguien.

La voz me resultó familiar, y su dueño parecía estar dirigiéndose hacia donde me encontraba. Tardé un segundo en resituarme.

Oh, Dios. Era Rob.

—Loveday —dijo.

—Hola, Rob —dije—. No tenía ni idea de que venías hasta que te he visto en la cocina.

—Bueno, soy amigo de Archie. También era amigo tuyo, pero parece que ya no tienes tiempo para mí.

—No seas idiota, Rob.

Me traía sin cuidado. Puede resultar tentador tratar de excusarle por su bipolaridad, pero lo más probable es que si se comporta de la manera en que lo hace es porque es un imbécil. Tratar a Rob como trataría a cualquiera que me hubiera

abofeteado me parece mucho más apropiado que hacerlo como si fuese especial.

—Hazme sitio —dijo. Tenía las sandalias en el suelo, pero las piernas en el sofá, y estaba ocupando todo el espacio.

—No pienso hacértelo, si no te importa —dije. Él estaba de pie delante de mí. Pensé que miraba mi vestido, pero me equivocaba.

—¿Un recuerdo de Whitby? —preguntó, mirando mi collar.

—No sé —dije, demasiado tarde, demasiado rápido.

Y luego puso un dedo sobre mi hombro, cerca de la base de mi garganta, en la última de las palabras allí escritas. Resistí el impulso de abofetearlo. Estaba asustada. No quería estarlo, pero lo estaba.

—*Posesión* —dijo—. «El libro era grueso y negro y estaba cubierto de polvo.» Ese collar es la única joya que te he visto ponerte. Y *Posesión* tiene mucho que ver con Whitby. Hay quien podría pensar que es un sitio importante para ti.

—Claro —dije. Una parte de mí tenía miedo, pero la otra cayó en la cuenta de que, para Rob, hacer conexiones era un ejercicio académico, nada más. Podía tranquilizarme. Podía intentarlo, cuando menos.

—Me pregunto cuántos tatuajes tienes ahora. —Estaba medio sonriendo. Quería poner mis pies bajo mi trasero, encogerme, pero no quería parecer incómoda y, de todos modos, si hacía espacio en el sofá, él lo consideraría una invitación a sentarse; lo vería como una victoria.

—Rob —dije—, estoy esperando a alguien.

Vi cómo su mano se cerraba en un puño. No creí que lo hubiese hecho de forma consciente, pero sí me pregunté si tenía su enfermedad bajo control, si se estaba tomando la medicación. No podía preguntárselo.

—Melodie y tú hacéis buena pareja —comenté. Pensé que era un buen tema de conversación. Cualquier cosa con tal de no hablar de mí.

—No es mi tipo —dijo.

Reprimí la pregunta que le habría hecho cualquiera, porque pensé que era lo que habría querido que ocurriera. Si le preguntaba por qué no, él diría: «Porque mi tipo eres tú». Y si le preguntaba: «Entonces por qué sales con ella», él me soltaría, estaba más que claro: «Si te preocupas quiere decir que aún te importo». Sabía que Rob no había venido a por todas. Solo quería anotar algunos puntos.

—Yo tampoco creo que sea tu tipo —le dije, por darle un poco de juego.

—O quizá es que yo no soy tu tipo. Parece que los prefieres...

Estuve tentada de completar la frase. ¿Más sexys? ¿No académicos? ¿Menos raros? ¿Menos abofeteadores?

—Poetas.

Me encogí de hombros. «No le sigas», me dije.

—Bueno, está bien que hayamos pasado página —repuse—. Quiero que seas feliz. —Y era verdad. Siempre que no tuviera nada que ver conmigo. Y que ocurriera muy lejos de Sin Palabras.

Supuse que Nathan no podía tardar. Pero entonces recordé que iba vestido de mago y que lo más probable era que todo el mundo le parara y le pidiera que le hiciese un truco o dos y que, aunque no me había olvidado, no iba a ser grosero con nadie.

Y entonces la expresión de Rob cambió.

Sonrió, pero no era una sonrisa rara; si estuviera en un libro, habría llegado al final de un capítulo, y se mencionarían sus caninos. Me di cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

—Supongo que es más duro para alguien como tú —dijo—, con tu pasado.

—¿A qué te refieres?

En cuanto lo dije, me di cuenta de que casi estaba gritando, y que aquello era una forma de decirme a mí misma: «Para. Él es quien bromea ahora, en la fiesta de las bromas de Archie. Está tratando de hacer un tanto, y tú se lo estás poniendo en bandeja».

Pero resultó que no tenía por qué preocuparme. Lo sabía todo.

—Me refiero a que lo sé todo sobre ti, Loveday. No he dormido bien últimamente y una noche me encontré pensando en ti. Reuní lo que sabía, que no era mucho, y me di cuenta de que parecía que estuvieses intentando guardar un secreto, pero los motores de búsqueda son maravillosos. Escribes Cardew y Whitby y ahí lo tienes todo.

—Rob —dije, pero no supe cómo continuar, aunque tampoco importó, porque él siguió hablando.

—Ahora entiendo por qué estás un poco fuera de lugar. Lo que debes haber pasado, por culpa de tus padres. Bueno, por culpa de tu madre, para ser exactos. Y lo de la casa de acogida. Eso puede joder a cualquiera. ¿Sabías que las chicas de tu clase tienen más tendencia a —levantó los dedos y marcó comillas, una lista de la compra de fracasos a la espera— los embarazos imprevistos, drogarse y acabar en la cárcel?

Estaba temblando, no sé si de miedo o de rabia, o de las dos cosas, y de lo jodido que era que me hubiesen descubierto. Le solté:

—¿Sabes que las chicas de mi clase también acaban, a menudo, saliendo con tipos violentos? —Pero las palabras se las lleva el viento, antes de lo que debería, en ciertos casos. No sé si Rob llegó a escucharme. El caso es que acabamos mirándonos.

Se me ocurrió de repente que podría haber sido él.

—Los libros —dije—. ¿Fuiste tú?

De pronto fue como si estuviera dentro de una pesadilla, no podía moverme, no habría podido ni aunque aquello hubiese estallado en llamas, pero mi mente no dejaba de dar vueltas, y le daba vueltas a la misma idea. ¿Y si Rob se hubiera encargado de los libros? Habría desechado la idea en cualquier otro momento, pero ahora sabía que conocía mi historia. Y además, ¿hacerme llegar aquellos libros no era una extensión natural de lo que le hacía esconder mis botas, meter flores en el buzón, o, ya que nos ponemos, acosarme en el rincón más oscuro de una fiesta en el

momento exacto en el que mi novio me deja sola para ir en busca de algo de comida?

¿Podían ser los libros cosa suya? Si sabía quién era, sabía quién era mi madre, y no le hubiera resultado complicado encontrarla. Parte de la razón por la que nunca me había atrevido a buscarla era porque sabía que acabaría encontrándola. Podía haberla buscado en Facebook o en la guía de teléfonos. Todo lo que Rob habría tenido que hacer era fingir que era un exnovio arrepentido o un profesor universitario que andaba buscando trabajo, mi madre lo hubiera recibido con los brazos abiertos, y le hubiese proporcionado todo lo que hubiese necesitado. ¿Cómo había sido tan estúpida? Sabía que Rob era frío y manipulador; sabía que podría guardarme rencor. Había fingido que nada de lo que hacía me importaba lo más mínimo, ni sus historias con las rosas ni su rollo de dejarse caer de vez en cuando por allí, así que había buscado una forma más cruel de llamar mi atención. Se me helaron las manos, se me puso la piel de gallina.

Escuchamos un ruido, que no tenía nada que ver con la fiesta, y que sonó cercano.

—¿Lo sabe tu novio? —me preguntó en un medio susurro que era más aterrador que un grito.

—No —dije—. No lo sabe.

—Bueno, entonces supongo que la única pregunta que me queda por hacerte es si piensas contárselo tú o si esperas que lo haga yo. A nadie le gustan los mentirosos, Loveday. Ni siquiera alguien dispuesto a aceptar un pasado como el tuyo entenderá que lleves meses mintiéndole.

Y sin esperar mi respuesta, cogió su sonrisa y (supuse) su erección y se fue por donde había venido.

CRIMEN

1999

REFRACTADA

Las luces parpadeantes lanzaban destellos a la noche estrellada. Al menos había dos coches patrulla, y una ambulancia en la puerta de casa cuando la madre de Emma me trajo de vuelta aquella noche. Nos detuvimos en la carretera, a contemplar el espectáculo.

Estaba oscuro, aunque no era tarde. Como era domingo y al día siguiente teníamos colegio, las madres habían acordado que volvería alrededor de las ocho, a lo que mi madre había añadido la condición de que me iría directa a la cama en cuanto llegase. Por eso me preocupaba no llegar a tiempo.

No podía imaginar qué había pasado. Las luces eran demasiado brillantes, le hacían daño a mi vista e iluminaban las caras de los vecinos, de una forma que les hacía parecer fantasmas. La parte delantera de la ambulancia quedaba de cara a nosotras, por lo que no había manera de ver el interior. Todavía me imagino a mi madre, sentada en los escalones, cubierta con una manta, llorando, triste, a la manera en que aparece la gente en televisión. Y tengo que recordarme a mí misma que estamos hablando de lo que imagino, no de lo que pasó en realidad.

La realidad podía haber sido peor. Ella podría haber estado gritando. Podría haber habido sangre en su cara, en su pelo, en sus manos. Sangre de mi padre, su propia sangre. Podría haber estado tranquila. Podría haber estado sonriendo. No sé qué versión de mi madre querría haber encontrado en los escalones de aquella ambulancia. Después de aquello, la vi de muchas maneras, y ninguna me recordó a mi madre, a lo que «ella» había sido: la boca pastosa de la medicación, a punto de enloquecer, lúcida pero a la vez frenética, llena de amor y remordimiento. Todas eran distintas. Ninguna era la madre con la que había horneado pasteles, la madre que reía y me hacía creer que yo era lo único que realmente le importaba.

Debía de haber un cordón policial, o algo así, o quizá la madre de Emma se detuvo ante la visión de lo inesperado. En cualquier caso, teníamos a un policía delante, oí a la madre de Emma pronunciar el nombre de mis padres y darle el número de mi casa. Y luego su mano se tensó, alrededor de la mía, y sufrió una especie de espasmo, y dijo:

—Sí, por supuesto, esperaré.

Y ahí terminó mi vida normal.

Una mujer policía se nos acercó al poco y habló con la madre de Emma en un medio susurro, aprisa, y todo lo que pude oír fue el siseo de las eses. Un segundo más tarde, echábamos a andar por la carretera, y la señora Medland me dijo, divertida, y el viento se llevaba las palabras, aunque no había viento:

—Volvemos a casa, cariño, y la señora policía vendrá a vernos más tarde.

—No tengo pijama —le dije.

—No te preocupes por eso —dijo la madre de Emma, y rompió a llorar.

Así que fui yo quien la llevó a su casa y llamé a la puerta, pero fue a ella a quien miró su marido cuando la abrió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Y la miró a ella y luego a mí y después otra vez a ella. El aspecto de su mirada, duro, serio, hacía que olvidaras que tenía las uñas de un pie pintadas de rosa, y las del otro de amarillo, porque nos había dejado a Emma y a mí que se las pintáramos.

Ella lloró con más fuerza aún.

—No lo sé, no sé exactamente... —dijo, y recuerdo haber pensado: «Qué ridículo llorar, y llorar sin saber siquiera por qué lloras».

Supuse que la policía le había dado una razón para hacerlo; nunca supe qué le dijeron exactamente. Echando la vista atrás, sospecho que sabía que alguien había muerto, o se estaba muriendo. Probablemente pensó que era mi madre. Bueno, seguro. Si sumas dos y dos te da cuatro, casi siempre.

Los detalles me fueron llegando como llegaban los pedazos de pan mojados en leche que servían a los convalecientes victorianos. Poco a poco. Amablemente, con cariño. Como si importara.

Al final acabaron diciéndome que mi padre había muerto. La tarea la compartieron la mujer policía, la señora Medland y una asistente social. Emma estaba en el colegio. Supongo que fue al día siguiente. Estaba triste porque no me dejaban ir al colegio y tampoco podía volver a casa. La madre de Emma me sujetaba la mano. Lo llamaron «papi». Yo nunca le había llamado «papi», siempre había sido «papá», mi papá, así que al principio no lo entendí. La sensación era la de que estaba intentando comer con el tenedor y el cuchillo en la mano que no tocaba.

Creo que asentí.

—¿Dónde está mamá? —pregunté.

—Nos estamos ocupando de ella —dijo la policía—. No puede volver a casa hasta que no lo arreglemos todo. Pero está bien, no te preocupes. Nadie le ha hecho daño.

Pensé en el dinero, los cigarrillos, la pinta. Quizá se hubiese metido en otra pelea, como la que le había costado el trabajo en la petrolera.

—¿Le ha pegado alguien? —pregunté. Mi padre estaba muerto a la manera en que están muertos los personajes de los libros: aquello me entristecía, pero a la vez no lo hacía porque no podía creérmelo. No era consciente de que no podía cerrar ningún libro y volver al mundo real, porque el mundo real había desaparecido.

—¿Por qué lo preguntas, Loveday? —dijo la asistente social. Me hablaba a mí, pero miraba a la policía—. ¿Quién crees que ha podido pegarle a tu padre?

—No lo sé —contesté. Necesitaba tanto a mi madre que me dolía; de hecho, era como si el dolor me estuviera devorando—. ¿Cuándo podré volver a casa?

Hay un montón de cosas de esa época que no recuerdo, fue como si me hubiera ido a dormir el día después de que sucediera y hubiese despertado al año siguiente cuando estaba ya en casa de mi madre adoptiva, Annabel. Lo que recuerdo se parece a esos momentos en la noche, en que acabas de despertar de una pesadilla, o eres consciente de que has pillado la gripe, cuando pierdes de vista la realidad durante un minuto o dos y cualquier vestigio de sueño en tu mente se vuelve hiperrealista.

Recuerdo que una de las asistentes sociales vino a casa de Emma. Era la delgada. Llevaba un perfume fuerte que olía como a jazmín. Aún hoy el olor a jazmín me devuelve a aquella casa, al sonido de la televisión emborronando la conversación que los adultos mantenían en la puerta, a la señora Medland diciendo: «El tiempo que haga falta». Cuando lo recuerdo siento una punzada de esperanza, porque lo que creía era que hablaban de quedarme allí hasta que pudiera volver a casa con mamá. En retrospectiva, me doy cuenta de que hablaban de quedarme allí hasta que encontrarán un lugar para mí en el sistema.

Recuerdo que me llevaron a ver a mi madre cuando estaba en prisión preventiva. Me dio miedo: tenía mal aspecto, olía distinto y lloraba. Tenía la cara hinchada, por culpa de la medicación, de las lágrimas o de las dos cosas. Cuando me vio, extendió los brazos y cuando no me fui directa a ellos, se rodeó la cabeza con las manos y susurró un largo «no».

Recuerdo cuando la tía Janey venía de visita; recuerdo su acento de Cornualles y el canturreo de su voz. Que viniera me parecía una fiesta, un paréntesis en mi horrible día a día, en el que no hacía otra cosa que echar de menos a mis padres, y hablando con gente que parecía estar preguntándose todo el rato si lo que decía tenía alguna importancia. Le enseñé Whitby; miraba los escaparates de las tiendas más chic y contaba pasos conmigo, y juntas tomábamos el té de las cinco y se chupaba los dedos cuando comía algún pastelito y decía que iba a engordar pero que no le importaba. Cuando volvimos a ver a la asistente social alta, en casa de Emma, oí otra de aquellas conversaciones entre adultos que no entendí hasta mucho más tarde; la tía Janey lloraba, y decía: «Creo que no puedo hacerlo», mientras la asistente social intentaba calmarla. Ahora me doy cuenta de que vino para ver si podía quedarse conmigo. Y claramente la respuesta era no. No la culpo. Es decir, claro que la culpo. Tenía diez años. No tenía a nadie. No había matado a nadie. ¿Qué más daba que mi padre y ella no hubieran hablado casi nada desde que dejó el instituto y se alistó en el ejército? ¿Acaso importaba que yo le recordara a papá, o a mi madre, o lo que demonios fuese que le dijera a la asistente social? ¿Y qué me dices del hecho de que nadie planea tener que hacerse cargo, de repente, de una niña de diez años? Yo tampoco podría elegir nada a partir de entonces.

No recuerdo ningún funeral. Me enteré después de que le enterraron en Cornualles. No fui. Y no sé por qué no fui. No recuerdo que nadie me preguntara si quería ir. No sé qué habría contestado. Ahora hubiera dicho: está muerto, ¿qué más da?

Recuerdo mi primera noche en la casa de acogida temporal. Me llevaron a un cuarto con literas y la niña pequeña que dormía en la litera de arriba se metió en mi cama en mitad de la noche. Yo me quedé quieta mientras ella trataba de abrazarme; al final pilló el mensaje y volvió a subir por la escalera, y lloriqueó hasta que se hizo de día.

Recuerdo estar en mi cuarto, en casa de Annabel, la primera vez, y la recuerdo a ella diciéndome, con toda la calma del mundo y muy amablemente, que había acordado con las asistentas sociales que estaría sola en aquel hogar de acogida todo el tiempo que tuviera que quedarme. La habitación era más grande que mi propia habitación en casa, lo que me pareció mal. Había una cama, un escritorio debajo de lo que parecía una ventana de doble hoja pretendidamente georgiana, un tablón con chinchetas alineadas en la parte superior, una alfombra azul en el suelo, y olor a pared recién pintada. Las paredes, por cierto, eran de un verde pálido. Annabel me dijo que no podía comer en la habitación, pero, aparte de eso, podía hacer lo que me apeteciese en ella, y que no me molestaría, siempre y cuando bajase a comer cuando tocase. Supongo que pensé que, con el tiempo, me volvería más sociable, vería la tele con ella y le hablaría de mis padres.

Cuando miro atrás, me doy cuenta de con qué cuidado la escogieron. Estaba sola —su marido había muerto—, así que no había forma de que pudiera relacionar su estructura familiar con la mía. Había tenido tres niños, y todos se habían ido de casa ya. Debía de tener alrededor de cincuenta años cuando llegué. Llevaba años haciendo de madre adoptiva, temporal cuando sus hijos eran pequeños, y ocupándose de casos cada vez más complicados a medida que pasaba el tiempo. La asistente social me lo contó todo cuando nos dirigíamos allí, y por la manera en que lo hacía, la sensación era la de que debía sentirme como si acabara de tocarme la lotería. Supongo —sospecho— que así fue. No tuve que vérmelas con ningún otro niño. Annabel era paciente, y amable, pero yo nunca lo fui con ella. Se dedicaba a transcribir cosas para una agencia; se pasaba las noches tecleando, y yo la oía desde el piso de arriba. Cuando llegaba a casa del colegio siempre estaba allí, y se ofrecía a prepararme una taza de té, y me preguntaba qué tal el día, y yo casi siempre la ignoraba, o me sentaba en silencio y la escuchaba si no se me ocurría nada que decir. Casi nunca se me ocurría nada que decir. Escuchábamos la radio y nos tomábamos el té, y luego yo hacía los deberes, y cuando me llamaba para cenar, bajaba y cenábamos juntas. Después de cenar yo fregaba los platos y volvía a mi habitación.

En los ocho meses que había pasado en Elspeth había descubierto las maneras en las que podía manifestar lo mucho que estaba sufriendo. Podía suspender todas las asignaturas. Podía enfadarme con todo y con todo el mundo. Podía quemar el sofá, podía dejar de fregar, podía engordar y engordar, o podía quedarme en los huesos. Solo tenía clara una cosa: no podía volver a ser la L. J. de antes, que participaba en las obras de teatro del colegio, a la que quería todo el mundo. Fui directa a casa de Annabel poco después de dictarse la sentencia. Mi nombre no había aparecido en

ningún periódico y habían inventado para mí una historia que era lo suficientemente próxima a lo real para resultar creíble y asegurarme un «nuevo comienzo». «Un nuevo comienzo» es la frase en clave que utilizan las asistentes sociales para referirse al hecho de que «tu vida está jodida pero al menos podrás escapar del qué dirán». Si alguien me preguntaba, todo lo que tenía que decir era que mi madre no estaba bien y que mi padre había muerto y que por eso estaba con Annabel. Lo que ocurría era que yo me aseguraba de que nadie me preguntara nunca nada, iba y venía sola del colegio, y también iba sola a la biblioteca. Se metieron conmigo en el colegio — cómo no iban a hacerlo, era nueva y además tenía pinta de chucho abandonado, y me lanzaba a morder en cuanto me jaleaban un poco—, pero no llegaron a hundirme. Bueno, supongo que los rehuí bien. Me encerraba en clase durante el patio del comedor, y leía y escribía poemas y envidiaba a todo el mundo que no era como yo, y especialmente a aquellos que estaban en el club de teatro.

Y mientras luchaba por integrarme durante esos primeros meses, mi madre también luchaba. Me contaron lo que pasó, con mucho tiento, para que todo lo que dijese resultase adecuado para una niña de diez años. Lo hicieron Elspeth Phipps y aquella asistente social delgada, cuyo nombre era Shanice. Durante el resto del curso escolar, y antes de volver a mudarme, me asomé a los detalles, en un tecnicolor envidiable: «Mi padre dice que han encerrado a tu madre y han tirado la llave al mar». Eso era lo que decían los niños más crueles, en cambio Matilda y Emma eran mucho más suaves. Cuando me mudé a casa de Annabel y fui a un nuevo colegio, la información dejó de proporcionármela cualquiera que se acercara a mí durante la hora del almuerzo. Lo hacían los ordenadores de la biblioteca. Fue así como descubrí todo lo que quería saber, sin tener que mirar la cara de nadie preocupado en exceso por mí. Lo cierto es que ya nadie se preocupaba por mí, excepto las personas a las que pagaban por hacerlo, y esa no era la clase de atención que yo quería.

POESÍA

2016 NO ES MÁGICA

Quedé con Nathan en el George and the Dragon la noche siguiente a la fiesta de Archie. Me fui en cuanto Rob salió de la biblioteca, y le envié un mensaje a Nathan en el que decía que me encontraba un poco mal y que me iba a casa. Cerré con llave la puerta de mi apartamento cuando estuve dentro, me quité el vestido, me metí en la cama en ropa interior y lloré hasta que el vecino golpeó la pared, aburrido. Luego me metí en la ducha y grité de dolor. Por tener que perder a Nathan. Por echar de menos a mi madre. Por no tener a nadie que me alcanzara una toalla y me abrazara en aquel momento, sin importarle si se mojaba. Porque Rob se había acercado a mí, en casa de mi amigo —en su biblioteca, que siempre había sido un lugar seguro—, y había apretado donde dolía para intentar que cayera. Ni siquiera podía pensar en la posibilidad de que hubiera encontrado a mi madre, de que hubiera hablado con ella, de que le hubiera pedido aquellos libros. Si lo hubiese hecho, le habría dado esperanzas.

Volví a meterme en la cama y pensé en escribir una carta a Nathan. En vez de eso, le envié un mensaje de texto para quedar la noche siguiente.

Por supuesto, estaba preocupado por mí.

—Estás pálida —me dijo después de darme un beso, de sentarse y de colocar una copa delante de mí—. Te he pedido lo de siempre, aunque quizá quieras algo más suave. ¿Te estás tomando algo?

—Estoy cansada —dije—. No he dormido muy bien.

—No debería haber tardado tanto —se disculpó Nathan—. Cuando volví, habías desaparecido. Tardé un poco más de la cuenta, pero te encontrabas perfectamente cuando fui a buscar comida.

Mentir es siempre una mala idea. Incluso a las del estilo «no me encontraba bien» les salen colmillos y amenazan con destruirte. Así que decidí cambiar de tema, me fui directa al verdadero motivo de aquella cita:

—Tenemos que hablar.

—Vaya, sí que estás mal. —Y se rio; luego se fijó en lo seria que estaba y dejó de reírse—. ¿Qué?

—No puedo hacerlo. Me refiero a lo nuestro.

Había trazado un plan, pero no importa los planes que traces porque tener a Nathan cerca no me deja pensar en otra cosa que en él. El plan era mantener la calma y dar una explicación simple y considerada de por qué no estaba preparada para una relación, una relación que no quería, y que tenía que dejar cuanto antes. Nathan debía empezar a considerar en serio —aunque le apenase— abandonar su condición de novio de Loveday. El plan no había tenido en cuenta que iba a tener que sentarme con

él y contemplar su encantadora cara mientras lo ejecutaba. Oh, cómo deseaba poder quererle, y que amarme a mí fuese factible.

—¿Qué? —repitió.

No es que no me hubiera escuchado. Es que no podía creérselo. Así que al menos no tuve que repetírselo. Mi voz no estaba por la labor.

—Lo siento —dije.

Cogí mi copa. No había suficiente ginebra. Cuando la devolví a la mesa, la coloqué en el centro del posavasos. Me tomé mi tiempo. No quería levantar la vista. Nathan no estaba emitiendo ningún sonido.

Cuando por fin alcé la vista, vi que había permanecido inmóvil, y que lo único que se movía en su cara eran las pestañas, y, más allá, la parte interna de su clavícula, visible por la camiseta de cuello de pico que llevaba. Respiraba agitadamente.

—Loveday.

Parecía a punto de echarse a llorar y a la vez había algo duro en su voz: determinación o ira. Me merecía su enfado. De hecho, yo misma estaba enfadada conmigo por llevarnos a aquel callejón sin salida. Y con Rob, porque también tenía parte de culpa.

—Lo siento —repetí.

Intenté parecer decidida, pero no creo que funcionara.

—Loveday —dijo Nathan. Me tocó la mano y yo la aparté, como si alcanzarme fuera un crimen—. No entiendo qué he hecho mal.

—Lo sé. —Casi me mareé de la vergüenza por verlo así.

—¿Que lo sabes? —Parecía desconcertado, como si alguien hubiera irrumpido en su casa mientras él estaba fuera y hubiera reorganizado todos los muebles. Estaba llorando, pero no se le quebraba la voz—. ¿Eso es todo?

—No se me dan bien las relaciones —respondí, y lo hice más tranquila de lo que jamás pensé que estaría—. Creí haberte advertido.

—No creo que lo hicieras —repuso—. No eres de muchas palabras, de todos modos.

—Exacto —dije—. No soy de muchas palabras. Ya sabes.

Se pasó la mano por la cabeza, una, dos veces. Yo también lo había hecho, en alguna ocasión. Me hormigueó la mano con el recuerdo de su pelo corto y en punta.

—¿Es por lo que te dije?

—¿Qué?

No tenía ni idea de a qué se refería. Las conversaciones que no van sobre libros son horribles. La otra gente nunca sabe qué se supone que están diciendo. Quería otra copa, pero pensé que no hubiese estado bien levantarme e ir a por ella en aquel momento.

—En la fiesta —dijo—. Te hablé de la parte no brillante de mi carrera, luego fui a buscar comida y, cuando volví, habías desaparecido.

—No —dije—. No fue eso. —Le toqué la mano, la parte superior, solo un

segundo, pero él no la retiró—. ¿Sabes cuando la gente dice eso de «no eres tú, soy yo»? Bien, pues en este caso soy yo.

—¿No crees que me corresponde a mí juzgar si eso es cierto?

Le miré. Sus ojos, ay, esos ojos, y su frente, y su boca. Sus dientes. ¿Sabes todo eso que dicen los libros sobre querer beberse a alguien, devorarlo, consumirlo? Eso era exactamente lo que quería hacer. Quería que Nathan formara parte de mí. Que se me metiera dentro. No de la manera en que estás pensando. Bueno, también. Mi cuerpo se había acostumbrado al sexo, y no le iba a sentar nada bien tener que renunciar a él.

¿Y sabes cuando todo el mundo habla de corazón roto y tú no tienes ni idea de a qué se refieren? Pues acababa de entender de qué iba. El mío estaba partido, un trazo en zigzag lo partía en dos, y mientras lo miraba, como se mira un dibujo extremadamente realista, notaba cada milímetro del corte que acababa de practicarle. Que fuese yo la que sujetaba el bisturí no hacía más que empeorar las cosas.

No sabía qué decir. ¿Por dónde empezar? ¿«Hay algo que no te he dicho»? Sabía —al menos una pequeña parte de mí sabía— que Nathan lo entendería. Pero esa no era la cuestión. La cuestión era que descubrirlo lo cambiaría todo.

—Pensé que eras feliz —dijo en voz baja.

—Nathan...

No podíamos tener esa conversación. No podíamos. Pero si dejaba que pasase el momento, luego sería peor. Y antes de pensar que estaba cediendo a los chantajes de un matón, recuerda esto. No estaba cediendo ante Rob; podría haberle contado toda la historia a Nathan si hubiera querido. Pero lo que había hecho Rob la otra noche me recordó que era imposible que yo tuviera una relación con alguien. Había demasiados obstáculos. El principal, el siguiente: una vez hubiera expuesto mi pasado, pues solo había mentido por omisión, nunca más volvería a estar segura de que Nathan me quisiera de verdad. Podía ser todo compasión, a partir de entonces, o que temiera hacerme más daño si era sincero alguna vez. La estúpida historia de mis padres siempre estaría allí, y sería como vivir en un bosque, los árboles harían que la intensidad de la luz cambiase todo el rato.

Lo había pasado bien con Nathan. Pero aquello no podía durar. Rob me lo había recordado. Me jodía que lo hubiera hecho, pero acostumbra a joderme todo el tiempo, así que iba a tener que vivir con ello. Si no me hubiera liado con Rob, nada de esto estaría pasando. Una persona normal no tendría nada que ocultar. Rob no hubiera podido descubrir nada.

Me puse en pie, dije:

—Lo siento. —Y me fui.

No lo suficientemente rápido, porque a mi espalda escuché, mientras me iba, que Nathan decía:

—Te quiero.

Fingí que no lo había oído, pero él se dio cuenta de que sí. Supongo que aquel

debía de ser el momento en Nathanlandia en que me volvía y rompía a llorar y se lo contaba todo, y él me acariciaba el pelo y me... ¿Ves? Ese es el problema. No sé lo que pasaría a continuación. No se me ocurre cómo podría acabar.

Así que seguí caminando, caminé hasta casa, y si me hubiera encontrado a Rob por el camino, se habría enterado de lo que es dar una buena bofetada.

Esto es lo que sé.

Alrededor de las seis en punto de aquella tarde —mientras Emma y yo estábamos eligiendo el pintaúñas con que pintarle las uñas de los pies a su padre— mi madre marcó el 999 y dijo, entre sollozos: «Creo que he matado a mi marido».

Mi padre murió de un traumatismo craneoencefálico. Lo que lo mató fue un golpe en la cabeza, un golpe contra el suelo de piedra, según dictaminó el forense que hizo la autopsia. Por supuesto, él no habría acabado en el suelo si mi madre no le hubiese golpeado en la sien con una tapa de hierro fundido. Se le declaró muerto allí mismo, en casa, en el suelo de la cocina.

Mi madre había tratado de resucitarlo. Tuvieron que quitársela de encima.

Había un cigarrillo en el suelo, junto a él, y una de sus manos aún sujetaba una caja de cerillas. Al parecer, estaba encendiendo un cigarrillo cuando ella le golpeó.

A ella la arrestaron allí mismo. Luchó por quedarse con él; le arañó la cara al agente de la policía que intentó contenerla, hasta hacerle sangrar.

Fue puesta en libertad bajo fianza y enviada a un hospital para una evaluación psiquiátrica.

Se negó a decir nada en su defensa. Se declaró culpable de homicidio. No hubo un juicio, solo una audiencia en la que se leyó la sentencia.

Le cayeron doce años. Salió en seis.

Cuando nos busqué en Google, en la biblioteca del colegio, me sorprendió la enorme cobertura que se le dio al caso. Me negué a hablar de los detalles con Annabel o Shanice, y cuando cumplí los doce, llevaba casi un año sin haber oído hablar de mis padres, y los echaba de menos. Se había escrito mucho sobre nosotros. Encontré artículos de periódicos nacionales e imágenes de la televisión local, blogs y artículos de opinión. Yo creía que nuestras vidas se habían ido a la mierda; Google creía que nuestro caso era un buen ejemplo de la lacra del siglo XXI. Los suplementos dominicales entrevistaban a supervivientes de violencia doméstica y hablaban con expertos. Se les pedía a adultos de aspecto extraño, que en otra época habían sido niños y se habían encontrado en una situación parecida a la mía, que especularan sobre qué estaríamos pensando mi madre y yo. Se hicieron programas de televisión. La mujer del hombre al que mi padre había pegado en la petrolera vendió su historia. Defendió a mi madre. Parece ser que cuando mi padre dijo: «Tendrías que ver al otro tío», no bromeaba.

Mucha gente salió en defensa de mi madre, hablaban de ella como de una especie

de guerrera, o de alguien que había hecho algo importante, cuando todo lo que había hecho, según me parecía a mí, era intentar defenderse. Vale, yo no estaba allí cuando pasó, como tampoco lo estaban todas aquellas personas que opinaban sobre nuestra vida (es decir, todo el mundo) y eso no les impedía opinar: ¿me había alejado mi madre de casa aquella noche para matarle? Era evidente que no. Porque cuando planeas un asesinato, haces algo más que propinarle un golpe a tu marido con la tapa de una olla de hierro fundido y esperar a que caiga al suelo y el golpe sea tan fuerte que lo mate. Y, por supuesto, estaba todo eso del dinero que encontramos en los libros, pero nadie sabía nada de ello porque yo no se lo había contado a nadie y no hay nada en ninguno de los informes que sugiera que mi madre hubiera hecho algo parecido alguna vez.

Los detalles en la prensa me proporcionaron el dibujo que mi imaginación podía colorear. No dejaba de reconstruir lo que podía haber pasado, sin darme cuenta de que lo estaba haciendo. Era como si todo el tiempo se estuviera proyectando una película en mi mente. La veía llorar y le veía a él tratando de consolarla, ella se tranquilizaba y le decía que lo único que le daba miedo era que pudiera hacerme daño a mí, y entonces él se enfadaba. Se enfadaba mucho. Le preguntaba cómo había permitido, si tanto me quería, que pasase por la serie de privaciones por las que habíamos pasado, teniendo todo aquel dinero allí escondido. Ella entraba en la cocina y él la seguía, y entonces ella se volvía y él la pegaba y ella le devolvía el golpe. Las escenas tenían distintas bandas sonoras, distintos ritmos, como si no fueran más que ejercicios de una escuela de cine. A veces, cuando ella le pegaba, la escena era en blanco y negro, báltica, casi hermosa, cuando caía a cámara lenta al suelo. O era granulosa, un primer plano de ella llorando, y luego un primer plano de mi padre llorando, y el golpe como un accidente. Había una versión en la que ella no tenía la culpa de nada, en la que todo había sido un acto de autodefensa, y en la que ella lloraba todo el rato, encogida en el suelo, pero yo había querido demasiado a mi padre para admitir que podía haber sido así. En algún momento —y no puedo decir cuándo— escogí una versión. En la versión que me cuento a mí misma, ambos estaban enfadados. Él la golpeó primero. Ella se metió en la cocina. Y tal vez estaba saliendo, tenía el abrigo en la mano, y estaba junto a la puerta. Él la había seguido, disculpándose, sollozando, como ocurría siempre. Y ella se habría ablandado. Y él habría dicho algo, algo horrible, y luego se habría vuelto para encender un cigarrillo. Y ella, que ya había aguantado demasiado, se había dicho que ya tenía suficiente. Había cogido la tapa de la olla y, asustada y herida, le habría golpeado.

Me ponía mala leer lo que se había escrito sobre nuestra familia. No éramos un ejemplo, ni un caso de estudio, ni el signo de los tiempos. Éramos nosotros.

Sin embargo, lo que realmente me sorprendió no fueron los artículos ni la manipulación interminable, la distorsión y la magnificación de nuestra triste historia. Lo que me sorprendió fue que, aunque pensábamos que nuestra vida solo nos importaba a nosotros tres, resultó evidente que estábamos rodeados de personas

preocupadas que no tuvieron el valor ni el buen juicio de detener lo que estaba pasando. Mi profesora había llamado a los servicios sociales porque me había vuelto «introvertida». Los informes del centro de trabajo de mi padre decían que, bajo presión, podía volverse agresivo. Cuando examinaron a mi madre, encontraron restos de hematomas y signos de dientes rotos y de costillas rotas, lo que convirtió a mi padre en un monstruo y a mi madre en una víctima. Un informe presentado en el tribunal aseguraba que mi madre sufría de ansiedad y estaba deprimida, pero que era consciente de lo que hacía, lo que la convertía a ella en el monstruo y a mi padre en una desventurada víctima inocente.

Ella no dijo nada. No se defendió. No abrió la boca. No soy experta en nada, pero me dio por pensar que aquello pondría en duda su salud mental.

El caso es que lo reconstruí todo. Lo imaginé. Intenté perdonar, pero no podía perdonar a uno sin culpar al otro. Lo único que quería, en realidad, era que me devolvieran mi mundo, aquel en el que mi padre se iba en helicóptero a trabajar y yo me quedaba con mi madre y recogíamos conchas y piedras en la playa.

La semana después de dejarlo con Nathan fue horrible. No podía dormir, ni concentrarme, ni hacer nada vagamente cuerdo. Rob tuvo la decencia de no acercarse a mí, lo que me impidió echárselo en cara. Le vi una vez, cuando vino a buscar a Melodie, pero no hizo por verme. Tenía la impresión de que ella también lo estaba evitando, pero quizá eran imaginaciones mías. El caso es que había dejado de traer libros, porque supongo que ya había jugado aquella carta. O quizá mi madre no había acabado de fiarse de él, y solo le había dejado que se llevara una caja o dos. Ojalá pudiera preguntarle de dónde los había sacado, pero no me atrevía ni a mirarle a la cara.

Odio admitirlo, pero echaba de menos a Nathan. Lo echaba mucho, mucho de menos. Tenía esa tristeza de mirada perdida, de la que no te deja dormir ni comer. Sabía que era ridículo, pero no podía evitarlo. Y odio la comparación, pero la única cosa que había sentido comparable a aquello era el dolor por la muerte de mi padre y la pérdida de mi madre. No era tan horrible, por supuesto, pero sí lo suficiente. Puesto que nada más en mi vida había cambiado, fui consciente de la de tiempo que pasaba con Nathan, y de lo que me había acostumbrado a verle en el trabajo, en casa.

Decidí no ir a la noche de poesía aquel miércoles, claro, pero aquello no era nada, solo habían sido dos horas a la semana. Estaba todo lo demás. Cuando venía a buscarme al trabajo y volvía para cenar y quedarse a pasar la noche. La manera en que hacía sencillo el hablar de cualquier cosa durante horas, y que pareciera que estábamos construyendo un mundo entero. Escucharle leer poesía, su voz entre dulce y quebrada, dándole vida a cada palabra. Cuando se dejaba caer por la librería y me traía café y le oía cómo se reía con Archie. Sus estúpidas monedas de chocolate. Hasta cuando me desvestía y me miraba los tatuajes, le recordaba intentando adivinar

de dónde provenían todas aquellas primeras frases, y por qué las había elegido. Todo parecía una pérdida, un error, y aunque intentaba airearme yendo en bicicleta cuando no estaba trabajando, y limpiando y reordenando cuando estaba en el trabajo, no podía dormir y no podía pensar, a menos que pensara en Nathan y en los libros de mi madre y en el maldito Rob y en el hecho de que mi vida está tan jodida que tengo tantas oportunidades de tener una relación normal como de que aparezca un ejemplar de *Pericles* firmado por Shakespeare. Es decir, ninguna, a menos que haya inventado el viaje en el tiempo, además del diez por ciento de la lengua inglesa. Había visto lo que podía ser una relación. Otra historia. Algo que resulta encantador para un poema pero que es una mierda, un imposible, en la vida real.

¿Te parezco enfadada? Me pregunto por qué lo estoy.

Al día siguiente me levanté a las cinco de la mañana, intentando no pensar en lo que podía haber pasado en la noche de poesía, me vestí y llegué al trabajo a las seis, porque para qué iba a quedarme tumbada en la cama mirando el techo si podía poner orden en la sección de salud. A las cuatro de la tarde, el cansancio acumulado hizo que me derrumbara. Al cabo, noté la mano de Archie en mi brazo y le oí decir mi nombre.

—Loveday —dijo—, despierta. Casi cierro contigo dentro.

Eran las seis en punto. Me había quedado dormida en la sección de mapas. Esas dos horas fueron el primer sueño tranquilo que tenía en semanas.

Tardé un poco en recuperarme. Y, cuando lo hice, casi deseé no haberlo hecho. Tenía el brazo dormido, me dolía el cuello y las piernas rígidas. Y el dolor físico no era nada comparado con todo lo demás.

—Me estaba yendo —dijo Archie—, pero, si quieres, te espero.

—Ve, tranquilo —dije, y me puse en pie—. Estoy bien.

—No creo que lo estés. —Me pasó el brazo por encima del hombro y me dio un abrazo así, como de lado. Le dejé dármele. Luego dijo—: Tómate un descanso, Loveday. Vete a alguna parte. Piensa en lo que sea que tengas que pensar.

—No sé, Archie.

Pero claro que lo sabía. No acostumbro a ir de vacaciones. Una vez fui a un festival literario, y no me gustó mucho. Había demasiada gente y estaba equivocada: puede que todos leamos libros, pero no hablamos sobre lo mismo cuando estamos haciendo cola para que nos firme un libro el autor ni pedimos la misma sidra en el bar. He ahorrado durante todo el tiempo que he estado trabajando, porque sé que Archie no vivirá para siempre y no tengo claro que alguien más quiera darme una oportunidad en el futuro. Las vacaciones siempre me han parecido una pérdida de tiempo. Especialmente cuando no hay ningún sitio al que quieras ir. A donde quiera que vayas, allí estarás, o como demonios sea ese estúpido dicho.

—Yo sí lo sé —dijo Archie—. Necesitas un poco de perspectiva. Si se te ocurre venir por aquí la semana que viene, te mandaré a paseo.

Me reí. Me dolía la garganta.

—Lo digo en serio —dijo, y añadió—: Te puedo prestar una tienda de campaña, si quieres. Date un poco de tiempo.

—No estoy segura de necesitar tiempo —dije—, ni una tienda de campaña.

—Te la presta un amigo —dijo, y se volvió para mirarme de frente, y puso sus manos en mis hombros—. Necesitas tiempo. Tiempo para pensar en lo que quieres. Lo de menos es si aceptas o no mi tienda de campaña.

A veces tengo la sensación de que Archie cree que soy una muerta de hambre porque no vivo en una casa georgiana rodeada de jardines.

—Las tiendas de campaña no tienen baño —dije—, y las vacas podrían comerse mis cosas o acabar pisoteándolas.

—Hay baños compartidos en los campings —dijo Archie—, y lo de las vacas podría pasarte en cualquier parte.

Asentí, aunque no estoy segura de por qué. Archie tiene la capacidad de hacerte creer que todo lo que dice es posible, incluso que de repente las vacas tomen las calles de la ciudad.

—No sé en qué consisten las vacaciones. Además, no sé adónde podría ir.

—Ve a Whitby. Dijiste que te gustaría ir. Disfruta.

Había sido un lugar maravilloso en el que crecer: había gaviotas, una playa, sitios en los que esconderse, cuevas; cuando se llenaba de turistas en verano te sentías afortunada de que fuera tu hogar. Archie me miraba como si fuera a echarse a llorar, como si el que me tomara unos días de vacaciones fuese un asunto de vida o muerte, así que asentí y salimos.

Cuando llegué al día siguiente, descubrí que Archie no había perdido el tiempo. Optó por malinterpretar mi asentimiento, que había significado «consideraré tu sugerencia, pero lo más probable es que no vaya a ningún sitio», como bien sabía. En su versión, mi asentimiento se había convertido en una especie de guiño que decía: «Por favor, llama a tu amigo, el que tiene un camping a las afueras de Whitby, y reserva una caravana, deja a Melodie —¡Melodie!— a cargo de la tienda esa mañana, y cuando Loveday aparezca, súbela a un coche, llévala a la casa, espérala mientras mete algunas cosas en una mochila, y llévala a Whitby, quiera ir o no, pasando por un supermercado pijo para aprovisionarla de todo un poco, sin preguntarle qué quiere ni si le gusta lo que sea que compres».

Lo extraño y encantador del asunto es que tenía razón en lo de que necesitaba un descanso, y también sobre Whitby.

No había vuelto desde que había dejado la casa de acogida temporal. Acabé el curso, y luego me mudé a casa de Annabel en Ripon el primer verano que pasé sin mis padres, y me preparé para empezar en un nuevo colegio, donde nadie sabría quién era.

Durante mucho tiempo, ni siquiera me había planteado regresar a Whitby: no quería volver a ver a cierta gente y, en cualquier caso, cuando estás en una casa de acogida no te planteas hacer excursiones a ninguna parte. Vives en un frágil

equilibrio, y temes que se rompa. Annabel y yo habíamos llegado a un pacto, y el pacto consistía en dejarnos en paz mutuamente. Estuve de acuerdo con la mayoría de las cosas que me sugirió hacer y lo bueno es que no sugería cosas con demasiada frecuencia. Me encerré en mí misma porque era la única manera en que podía soportar todo aquello. Ella llegó a pensar que saldría de mi caparazón, tarde o temprano. No tenía tele en mi habitación y supongo que creyó que acabaría sintiéndome tentada de bajar a verla con ella, para ser como todos los demás, o, al menos, saber de qué hablaba todo el mundo.

Había dado por hecho, claro, que yo hablaba con otras niñas en el colegio, que todo el mundo hablaba conmigo, pero descubrió que no era así después de quedar con algunos padres. Yo me quedaba en mi habitación y leía. Ella esperó, con el brazo tendido, lista, estoy segura, para darme el apoyo emocional que necesitaba, el apoyo del que hablaban los trabajadores sociales y los psiquiatras, todo el mundo. Mientras esperó, hizo comidas de lo más nutritivas, y fue justa y escrupulosa con mis pagas y con mis horarios, cuando decidió prescindir de las broncas.

Todos los veranos me preguntaba si quería ir a algún sitio de vacaciones y yo le decía que no. Se ofreció a llevarme a Cornualles y mi respuesta fue un portazo. Cuando se ofreció a llevarme a Whitby, le dije que no tenía corazón; me pareció que se burlaba de mí. Cuando vivía en Whitby, no había un solo día en el que no viera el mar, y no había vuelto a verlo en todos aquellos años, aunque a menudo soñaba con verlo. Hice excursiones con el colegio, fui a Londres, a algún lugar en Gales, y esas fueron todas las vacaciones que tomé. Me hice mi primer tatuaje en aquel viaje a Londres, gracias a una autorización brillantemente falsificada por una de mis compañeras. Me escapé con dos chicas del Madame Tussaud para ir al Soho. Me hice el *Ana Karénina*, y las otras dos lo cancelaron al ver lo que iba a hacer con su piel la pistola de tinta. Una pensaba hacerse unas letras chinas y la otra el logo de los Kaiser Chiefs. Por suerte, los profesores no se dieron cuenta de que nos habíamos escapado, o lo fingieron, y yo no se lo conté a Annabel. Tampoco intenté ocultarlo. Ella no dijo nada al respecto. Así que todo bien.

El viaje no fue largo, en parte por cómo conduce Archie. Hay quien podría decir que estaba enfadada. De hecho, era mi intención parecerlo. Pero no tenía importancia, porque Archie no dejó de hablar durante la hora que duró el trayecto, por lo que, aunque hubiera querido, no habría podido abrir el pico. Empezó a hablar (ni idea de por qué) del sabor a polvo del aire de Berlín la noche en la que cayó el muro, de ahí pasó al número de miembros de la familia real que aún duermen con ositos de peluche, y acabó hablándome de Clara, la chica que trabajaba en la librería cuando yo entré y que una mañana de sábado cogió todo lo que había en la caja y se largó.

—No me habría importado —me dijo—. Si me lo hubiera pedido, le habría dado todo el dinero. Me duele que lo robara. —Hizo una pausa y luego añadió, como si respondiera a una pregunta—: Nos conocimos dando un paseo por la Gran Muralla, ¿sabes?

—Oh, ya, claro —dije, imaginando que soltaba una versión ligeramente malhumorada de «me trae sin cuidado lo que sea que estés diciendo». Archie ni siquiera se inmutó.

Y luego empezó a hablar de mí. Y yo deseé saltar del coche en marcha. Podía doler, pero no tanto como aquello.

—Recuerdo cuando entraste por primera vez en la tienda —dijo—. Pensé que eras una adolescente del montón. Pero en cuanto te vi tocar los libros me di cuenta de lo mucho que te importaban. Parecía como si no pudieras creértelo, querida, parecías sentirte afortunada por el mero hecho de que te dejaran curiosear en mis desvencijados dominios. Fuiste de los clásicos Penguin a Historia, y pasaste casi media hora hojeando un manual de insignias militares. Recuerdo haber pensado: «Vaya, vaya, vaya, Archie, ahí tienes a una verdadera bibliófila».

Me volví y me puse a mirar por la ventanilla, en lugar de mirar al frente. Empezaba a reconocer el terreno. Los páramos no cambian, pero se aprecian mejor desde un todoterreno. La visión de la abadía, apenas un esqueleto en el horizonte, me resultaba más familiar que el reflejo de mi cara en el espejo. El mar de fondo, con el color de un par de vaqueros recién lavados, despertó todos mis recuerdos.

Archie me presentó a Jackson, el propietario del camping. Supuestamente se habían conocido en un bar de Kentucky. Luego se fue. Rechazó mi invitación a comer. Parecía que estaba deseando irse. Creo que se había dado cuenta de que no había sido una buena idea dejar a Melodie a cargo de la tienda, y quería volver cuanto antes para evaluar los daños de haberla dejado al frente de lo que podía, sin duda, haber convertido en su campo de juegos.

—Bueno, mi pequeña granuja —dijo—. Volveré en una semana. —Posó una mano en mi hombro. Dejé que lo hiciera.

—Gracias —dije. Y lo sentía de verdad. Solo con ver el mar alcancé a saber cuánto necesitaba estar en cualquier otro lugar, a salvo del eco de la presencia de Nathan y de los libros de mis padres.

Archie no era muy amigo de las ráfagas de viento y, de hecho, una estuvo a punto de hacerle volar el sombrero por la ventana del coche mientras se alejaba. Estaba cansada. Muy cansada. La sensación era la de que todo el sueño que había perdido desde que dejé Whitby hacía quince años había estado esperándome allí y había llegado el momento de recuperarlo.

La caravana era uno de esos bungalows fijos. Probablemente era más grande que mi apartamento, pero estaba repleto de cojines granate con borlas doradas que ni siquiera me molesté en apartar. Cerré las cortinas y me metí en la cama. Eran las dos del mediodía, pero qué más daba. Estuve durmiendo hasta las nueve. Cuando desperté, me moría de hambre y agradecí a Archie el queso y las aceitunas. Cuando coloqué la compra, vi que no había comprado de todo sin sentido. Había comprado cosas que no tenía que cocinar. Pan, queso, embutidos, cereales, plátanos, leche. No sabía si había intentado ponérmelo todo más fácil o si quería asegurarse de que no

incendiaba el lugar.

VIAJAR

2016

AGITANDO LA MEMORIA

Durante los primeros días todo fue bien. Fui a la ciudad y comí helados en el muelle. Bajé a la playa y me medí en las enormes piedras del rompeolas, donde papá solía fotografiarme. Adivina qué. Soy más alta que a los diez. Mientras estuve allí me pareció oír la risa de mi madre. Casi había olvidado lo mucho que se reía. En mi mente se había convertido en una persona triste, asustada, acorralada, incapaz. Pensé en pedirle a alguien que me hiciese una foto en los escalones, pero tenía suficiente con estar allí. ¿Y a quién iba a enseñarle la foto? (Esa es una pregunta retórica.)

Fui a la abadía y contemplé a los turistas, que miraban los arcos del edificio hechos con huesos de ballena. No recordaba una época en la que aquello hubiera sido una novedad para mí. Siempre había estado allí. Me di una vuelta por las tiendas. Algunas de ellas no habían cambiado. Todavía vendían postales y piedras y cuentas de azabache y adornos góticos.

Me toqué el collar y me pregunté qué sentía al volver a casa. Había dado por hecho que sentiría algo. Pero no sabía qué pensar. No estaba emocionada, ni triste, tampoco me había puesto nostálgica. Solo era yo, Loveday. Era como estar atrapada. Porque no había cambiado nada. Volver a Whitby no había obrado la magia esperada, seguía sin tener respuestas.

Pero me gustaba volver a estar cerca del mar. El agua era del azul de las huellas dactilares entintadas. Me sentía muy pequeña a su lado, y era agradable sentirse así de pequeña. Hacía más sencillo pensar en Nathan, durante un minuto o dos. Pero no podía estar enamorada, porque estar enamorada era estúpido. Mis padres habían estado enamorados, y mira cómo habían acabado. Y no, no creo que todos los hombres sean como mi padre (o Rob) ni que todas las mujeres sean como mi madre (o yo). Pero soy lo suficientemente inteligente para ver que cualquiera que se fije en mí va a ser alguien o muy raro o muy muy agradable y amable y paciente. No me gusta lo raro y como yo no soy amable, ni agradable ni paciente, tarde o temprano acabaré estrellándome y ardiendo. No es cinismo. Es lógica.

La librería a la que solía ir con mi madre seguía abierta. Me obligué a entrar. Seguían teniendo las mismas estanterías de madera, altas en la sección principal y más pequeñas en la infantil que había en la parte trasera. Compré *Drácula*, porque no lo había leído, y tuve una conversación un tanto incómoda con la librera, que era la misma librera de siempre, solo que más vieja, y que decía que yo «le sonaba de alguna parte». En vez de fingirme divertida y fruncir el ceño y sonreír, dije «no» y me escabullí de una manera en que sería mucho menos fácil de olvidar. Ojalá le hubiera preguntado cómo era trabajar toda tu vida en una librería. Parecía feliz.

A medida que fueron pasando los días, me volví más valiente, si era valor lo que

hacía falta para regresar a los sitios a los que iba de niña. Supongo que si pude hacerlo fue porque pensé que no me dolería tanto regresar como me había dolido imaginar aquellos sitios durante todos aquellos años. Quizá necesitaba enfrentarme a ello.

Caminé hasta la casa en la que crecí, y la contemplé desde fuera. Había una bicicleta de niño junto a la puerta y un Citroën nuevo en el camino de entrada. No solía haber un camino de entrada, solo un sendero y un pequeño jardín maltrecho.

Levanté la vista hacia la que había sido la ventana de la habitación de mis padres e imaginé a mi madre allí, mirando hacia fuera, viéndome ir sola al colegio, que, por otro lado, se veía desde casa, imaginándome independiente. Bueno, en ese sentido, cuidado con lo que sueñas, L. J. Esperaba emocionarme, tarde o temprano, pero no lo hice. Me daba pena y estaba triste, pero no lo estaba más por el hecho de estar allí. Solo era una casa, después de todo.

Al cabo del rato salió una mujer con un bebé en brazos. «¿Puedo ayudarte?», gritó. Se protegía los ojos del sol de media tarde con la mano, y no podía ver si lo decía en serio, pero lo parecía. Estuve a punto de decir: «Crecí en esta casa», pero me detuve justo a tiempo. Porque podía saber lo que allí había pasado o no. Si lo sabía, me habría servido un té por compasión y se habría fijado en mí para descubrir qué estaba mirando, qué recordaba, lista para formar parte del drama; si no lo sabía, no iba a ser yo quien se lo dijera, y eso haría que responder a preguntas tan sencillas como «¿en qué época viviste aquí?» o «¿por qué te fuiste?» fuesen muy difíciles de responder.

Sonreí y negué con la cabeza, y me fui. Debería haber hecho eso mismo con Nathan, antes de que mi corazón y el suyo estallaran en mil pedazos. Me dolía por los dos. No hacía más que darle vueltas al hecho de que si se lo hubiese contado todo, se lo habría tomado bien. Pero habría cambiado nuestro mundo y nunca, nunca sabría con certeza si me quería, o si se sentía culpable por lo que me había pasado. Escribir un final nuevo está muy bien en abstracto. Pero hay algunos giros argumentales de los que simplemente no te recuperas.

Dormí y leí, e intenté no pensar en Nathan. Y el último día hice lo que había estado pensando, y evitando, hacer desde que había llegado. Fui a la iglesia.

Me tomé un té y un pedazo de pastel de chocolate en un plato y una taza que no iban a juego fingiéndome Vera Lynn en una cafetería cercana. Había tarta de jengibre en el menú y pensé en pedirla, pero sabía que no sería tan buena como la que mamá y yo solíamos hacer cuando papá regresaba a casa. Y luego fui a la iglesia parroquial de Saint Mary, en el acantilado. Subí los ciento noventa y nueve escalones. Los fui contando mientras subía. Si hubiera estado con mamá, ella los habría ido contando conmigo. Si hubiera ido con mi padre, él se habría adelantado, subiendo de tres en tres, y yo habría perdido la cuenta mientras me apresuraba para alcanzarlo y habríamos acabado los dos riéndonos, sin aliento, al llegar arriba. Si hubiéramos estado juntos, mi madre y yo habríamos ido contando cada escalón mientras los

subíamos, y mi padre habría ido a nuestro lado, o por detrás, diciendo números al azar para despistarnos. Yo me habría reído, pero mi madre se habría burlado de él y le habría dicho: «Patrick, no estás ayudando. Por eso te va a tocar a ti comprar los helados».

Subí los escalones poco a poco, recordando, saboreando el océano en el aire.

Aunque habían pasado quince años, la iglesia seguía siendo la misma. Desde fuera parecía muy tradicional, una construcción de piedra con una torre cuadrada con ventanas altas de vidrios de colores en las paredes. El cementerio está repleto de lápidas de aspecto gótico, que parecen sacadas de un cómic hasta que recuerdas que son de verdad. Me detuve en el monumento a la familia Marwood y miré los nombres. Recuerdo haber hablado con mi madre de Marmaduke; sabía que las familias a veces se enterraban juntas y quise saber si es que en aquel caso habían enterrado al gato con ellos, porque había leído un libro en el que había un gato llamado Marmaduke, pero no sabía que había personas que podían llamarse así. Mi madre me lo había explicado. Si le había parecido divertido, no se notó. Le eché un vistazo a las fechas: Marmaduke no había vivido demasiado, ni siquiera si hubiera sido un gato, pues había nacido en septiembre de 1871 y había muerto en enero de 1872. Y quedó claro después de que mi madre me señalara la palabra *hijo* de que no era un gato, y a mí me había extrañado, pero ella se apresuró a explicarme, con delicadeza, que a veces las personas morían antes de crecer, especialmente en los viejos tiempos, en la época en la que aún la medicina no era muy buena.

No sé por qué me sorprendió ver que los Marwoods y Marmaduke aún estaban allí, porque no es que los huesos de un bebé puedan mudarse fácilmente. Pero estuve un rato delante del monumento, leí los nombres, y luego seguí mi camino, alcancé el porche de la iglesia, sonreí a las señoras de la tienda, que estaba repleta de panfletos y postales, dejé caer una libra en la cajita de donaciones y entré en la iglesia.

La de Saint Mary es la única iglesia a la que fui siendo una niña. Tiene bancos de madera, contruidos formando extraños ángulos entre sí, por lo que no puedes ver a nadie más que al sacerdote si tu banco está en el ángulo correcto. Sé es que es raro, pero a mí llegó a parecerme normal. Cuando veo otras iglesias en televisión, con sus ordenadas hileras de bancos, y todo ese espacio entre ellas, no entiendo nada.

Siempre me gustó lo imperfecta que era aquella iglesia, me gustaban los nombres que había escritos en los costados de los bancos: había bancos para las criadas, para los mayordomos y para los visitantes. En el momento en que se construyó la iglesia, sabías cuál era tu sitio y no te movías de él. Sé que se supone que el mundo es mejor ahora, pero, siendo sinceros, ¿no está bien saber cuál es tu sitio, sea este el del banco de los más devotos feligreses o el de «recién llegados»? Aunque, supongo, no es divertido ser un recién llegado, pero eso es lo que era en aquel momento.

En cualquier caso, me senté en el banco en el que solía sentarme con mis padres.

No íbamos con frecuencia, pero siempre lo hacíamos el domingo que más cerca quedaba de su aniversario de boda, porque había sido en la iglesia donde se habían conocido y donde se habían casado.

Papá me había enseñado el banco en el que había grabado un corazón y, dentro, una P y una S-J, el día en que habían jurado sus votos.

«Me hice un corte en el dedo —me dijo— y tu madre estuvo chupándolo durante toda la ceremonia para que dejara de sangrar.» Y ella se había reído y yo me había reído y él se había reído también, aunque yo nunca había pillado el chiste, pero eso no impedía que ellos se cogieran de la mano al salir.

Muchos de mis recuerdos son felices.

El banco estaba debajo de una vidriera de colores, en la que había un santo de pelo rizado con una espada y una capa. Cuando brillaba el sol, la luz caía sobre mí en pedazos azules y rojos. Mis padres se casaron el verano antes de que yo naciera, así que a menudo hacía buen tiempo cuando hacíamos viajes para celebrar el aniversario. Aquella era la iglesia que salía en la foto de su boda que teníamos en casa, en la que ambos se reían.

Como Marmaduke, sus iniciales seguían en aquel banco. Pasé la mano por encima y sentí parte de lo que había esperado sentir en la casa. Sus iniciales estaban grabadas en la pintura marrón pálido del banco y había otras tallas a su alrededor. PR ama a JL, KEM está por SAS. Me pregunté cuántas de aquellas parejas seguían juntas, y si eran felices.

Todas mis pérdidas volvieron y se sentaron junto a mí, en aquel banco. Yo no había matado a nadie, pero tenía la sensación de ser la que más había perdido.

Siempre intentaba apartar aquellos pensamientos. Si nadie se preocupa por ti, no tiene mucho sentido pensar en lo que no tienes, lo que no has visto o lo que no has hecho. Una vez estás en el sistema, pagan a alguien para que cuide de ti, lo que es perfecto cuando se trata de prepararte el desayuno o comprarte unos zapatos nuevos, pero no cuando hablamos de sentimientos. Yo siempre podía hablar con mi madre; mi padre me amaba de una forma incondicional. Por muy buena que fuera, mi madre adoptiva no tenía nada que hacer. No podía compararse. Un consejero no iba a servir de nada. Y tampoco tenía sentido llorar por la sangre derramada.

Así que me mantuve siempre firme, pensando en el futuro, sin mirar atrás, pero sin mirar tampoco demasiado hacia delante, y me fue bien. No me había quedado embarazada, no estaba en la cárcel, y no era una yonqui. Aunque tampoco era del todo feliz. Pero, siendo sinceros, ¿quién lo es? ¿Acaso hay alguien verdaderamente feliz?

Aquella tarde, en el banco de la iglesia, jugué a los espíritus. Todos los fantasmas me visitaron, uno a uno. Lo hizo mi padre, con sus ojos amables, y sus manos enormes y rudas. Lo hizo mi madre, tan oronda y sonriente, el brazo de papá colgándole del hombro, y su pequeña mano sobre uno de sus gruesos muslos. Lo hizo la tía Janey, que había venido a pasar aquel día conmigo y se había dado cuenta de

que no podía cuidarme. Lo hizo la madre de mi madre, que había sido viuda desde que la conocía: una fuente de consuelo y pastillas para la tos, de las que solo nos gustaban a ella y a mí.

Y luego estaba el no poder evitar pensar en Nathan, y hacerlo desde el estómago, y oírle hablar, como hablaría un poeta, y ver sus esbeltas manos de mago, que se movían, y recordar su paciencia y su confianza, y la sensación de que, desde el principio, me había parecido demasiado bueno para ser verdad. Aquella semana en la que había recuperado el sueño, y había vuelto a comer con normalidad y había respirado el aire impregnado de sal del mar, me había calmado, pero no hizo que dejara de echarle de menos. Tuve que admitir que mi postura de «vale, estoy hecha polvo, pero aún puedo volver a ser de la de siempre» era pura pose. Yo quería estar con él. Pero no sabía cómo. No podía seguir así.

Y, por supuesto, pensar en Nathan quiere decir pensar en Rob, siempre mezquino y manipulador, y de repente caí en la cuenta de por qué me equivocaba. Fue como si el santo de pelo rizado tuviera la respuesta, como si se la hubiera sacado de la chistera que no tenía.

No era consciente hasta entonces de que podía elegir.

Rob no podía tomar decisiones por mí y dirigir mi vida. Él sabía lo que iba a hacer y yo lo había hecho, tan dulce y previsiblemente como la camarera de delantal blanco que trae té a la mesa. Pero si Rob pensaba contarle a Nathan todo lo que sabía de mí, no iba a perder nada si se lo contaba yo misma antes. Estaría en la misma posición. Nuestra relación seguiría jodida. Pero yo habría hecho lo correcto, al menos. Es lo que habría hecho el propio Nathan, porque Nathan no lo pensó dos veces antes de confiar en mí. Recuerdo haber deseado ser él cuando le veía dormir, profundamente, en mi cama.

Nathan me lo habría contado todo. Me había hablado de su miedo escénico y no tenía por qué haberlo hecho. Rob había jugado con mi miedo a que la gente descubriera quién era, y había dejado que me arruinara la vida. No creía que me quisiera. Solo quería sentir que tenía algo bajo control. Me recordó a los niños que, en el colegio, te robaban los libros para luego tirarlos por el váter, o tirarlos a un río, o prenderles fuego, o lo que fuese. No querían tus libros, lo único que querían era que nadie los tuviera.

Me senté en el banco. Estaba temblando. Me miré los dedos. También temblaban. Mis pies, en cambio, estaban plantados, sólidos, firmes, en el suelo, sobre los huesos enterrados. No había nadie más en la iglesia, y tampoco quedaban fantasmas. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. El lugar en el que mi padre había grabado sus iniciales y las de mi madre estaba frío cuando volví a tocarlo. Si no le contaba a Nathan mi historia, estaría dejando que Rob eligiera mi destino. A la mierda. Si Nathan y yo teníamos que romper, era cosa nuestra. Me puse en pie en cuanto lo vi claro: no era en Nathan en quien no confiaba. Era en mí.

Al salir, en la tienda, compré un corazón de piedra gris, atravesado por una línea

blanca, y me lo metí en el bolsillo. Bajando los escalones, perdí la cuenta y se me ocurrió volver a subir. No me importó.

Durante el tiempo que pasé en Whitby, además de leer, dormir, pasear y comer, le di vueltas al poema que pensaba escribir. Finalmente lo escribí la última noche. Estuve despierta hasta las tres, pensando y escribiendo, y a la mañana siguiente, cuando me desperté, tenía un plan. Recogí mis cosas y esperé a Archie y su circo ambulante, que llegó cuarenta y cinco minutos tarde.

Había pensado en contárselo todo a Archie, en el coche, de vuelta a casa, y dejar que me aconsejara, y disculparme por no habérselo contado antes. Y en cuanto lo vi, todo se aceleró y me lancé a abrazarle, le abracé fuerte. Tardó un momento en responder. Parecía sorprendido.

Metió mi mochila en el coche y arrancó. Estaba preguntándome por dónde empezar cuando me di cuenta de que no hablaba. Estaba callado. Lo cual era inaudito tratándose de Archie.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Nada —dijo. No le creí.

—No irás a cerrar la tienda, ¿verdad? —bromeé, porque es mi tercera peor pesadilla. La primera es que mi madre aparece. La segunda, que nunca vuelvo a verla. Sí, lo sé.

—No —dijo.

—Archie —dije—. Me estás asustando. ¿Qué ha pasado?

Suspiró y me miró antes de devolver la vista a la carretera.

—Le pedí a Melodie que trabajara el sábado —dijo—, y no apareció. Tampoco dio señales de vida el lunes. Pensé que vendría y se disculparía por no haberse molestado en llamarme siquiera. Pero no dijo ni pío, en toda la semana. Hasta que hoy...

Sabía lo que venía a continuación, o, al menos, por dónde irían los tiros. Debería haberme esforzado más por advertir a Melodie. Debería haberle hablado de lo que me había hecho Rob, en vez de limitarme a soltarle que tuviera cuidado, como si creyera que iba a aceptar algún consejo mío. Pensé en Rob en la fiesta de Archie, la ira y el júbilo malicioso. De alguna manera tendrían que haber salido.

Abrí la ventana. Necesitaba un poco de aire. Me estaba mareando.

—¿Sí?

—Ha venido. Tenía la cara hecha un asco. Toda magullada. Desde la frente hasta la boca. Tenía un ojo hinchado y cerrado. Había ido al hospital y le habían dicho que tenía el pómulo fracturado. Se había inventado una historia sobre cómo supuestamente había acabado así, pero llamé a Rob y le dije que no volviera a aparecer por la librería. Ella quiso ponerse a trabajar, pero yo decidí cerrar durante la mañana. —Archie negó con la cabeza, un movimiento lento y triste. Puse una mano sobre su brazo—. Casi no la reconocí, Loveday.

—Oh, Dios —dije.

—A ti nunca te hizo daño, ¿verdad? —preguntó Archie.

Pensé en Nathan, en que diría la verdad, sin pensárselo. No porque se sienta absurdamente protegido, sino porque se siente completo.

—Me dio una bofetada —dije—. Y me quitó las botas para que no pudiera irme. Me fui a casa en calcetines en mitad de la noche. Pensé en denunciarlo, pero no me dio con la suficiente fuerza para dejar marca. Se medica, pero no creo que se tome la medicación siempre. No sé lo bastante sobre el tema para saber si tiene algo que ver con lo que hace.

—Lo siento —dijo Archie.

—No lo sientas —dije.

Permanecimos en silencio el resto del viaje.

POESÍA

2016

SAL Y VIOLETAS

Melodie se acostumbró a venir a la tienda.

Intenté ser amable con ella. Casi no hablaba, lo cual era triste, pero también hacía más soportable su presencia. Llevaba el pelo de tal manera que le cubría media cara, para intentar ocultar los moretones, y se había cubierto el ojo bueno con maquillaje oscuro, para disimular el otro. Tenía el pómulos fracturado pero no dislocado, se curaría.

Una tarde en que la librería estaba tranquila le pregunté por qué le había pegado, y debería haberme mordido la lengua antes de haberlo hecho porque la respuesta era, obviamente: «Porque es un cabrón». Dijo algo parecido a que había tenido un mal día. Me pregunté si eso era lo que solía decir mi madre. La policía había interrogado a Melodie en el hospital y ella les había dicho que se había dado un golpe con una puerta, o lo que demonios fuese que se hubiera inventado para cubrir a Rob. Me había contado que trabajaba en negro cuando hacía de guía turística y que Rob lo sabía y que pensó que podía denunciarla si ella le denunciaba a él.

Aquella primera semana después de volver de Whitby, Archie llevaba a Melodie a casa por las noches, o bien yo la acompañaba caminando, sin subirme en la bici. Vivía en una casa enorme que compartía con otra gente cerca del centro, y siempre me invitaba a entrar, y yo siempre le decía no, gracias. Ninguna de las dos era buena compañía para la otra. Después de aquella tarde ella no volvió a decirme nada de lo que había pasado con Rob y yo tampoco le hablé de lo que me había pasado a mí con él. Pensé en hacerlo, pero solo habría conseguido sentirme mejor por no haberle dicho nada antes. La mayor parte del tiempo permanecimos en silencio. Por las noches, volvía a casa y seguía trabajando en mi poema. El plan que me había parecido de lo más sencillo y fácil de seguir cuando estaba sentada en el banco de la iglesia, en Whitby, ya no me lo parecía. Dudaba de mi capacidad para llevarlo a cabo.

Lloraba menos pero me dolía igual. Me pasaba todo el maldito tiempo pensando en Nathan. Cuando encontré un viejo libro sobre magia de cerca en una caja, lo aparté para él, y me di cuenta de que lo que me mantenía en pie no era la aceptación sino la esperanza. Y no sabía si eso era bueno o malo.

La Loveday de Whitby, sentada, con los ojos bien abiertos, en la quietud de la iglesia, había considerado que había llegado el momento de seguir adelante, de empezar de cero una nueva historia. La Loveday de cada día había empezado a pensar que lo único que había hecho era irse de vacaciones. Archie se iba de vacaciones un par de semanas cada año y, cuando volvía, tenía un montón de nuevas ideas. ¿La última? Montar un circo literario ambulante con payasos y devoradores de fuego y, claro, libros. (Yo: «¿En serio? ¿Libros y fuego, Archie?») La anterior,

comprar una camioneta de helados y convertirla en una librería y vender libros en zonas turísticas en verano (Yo: «Y vas a entristecer a por lo menos un centenar de niños que lo que querían es un helado. Lo siento, Archie, pero que tú y yo creamos que los libros son mejores que los helados no significa que todo el mundo lo crea, ni siquiera creo que seamos mayoría los que lo creemos».) Ya habrás pillado de qué va la cosa. Lo que en vacaciones tiene una pinta estupenda, a la vuelta se coloca en el límite entre lo no factible y lo ridículo.

Así que, aunque seguía trabajando el poema que había escrito en Whitby, no tenía claro qué iba a hacer con él. Una parte de mí, sí. Pero no era una buena parte de mí. No se podía confiar en ella, porque iba y venía a su antojo.

Nathan cumplió su palabra y se mantuvo alejado. Bueno, era lo que esperabas, ¿no? No vino a la tienda, o, si lo hizo, yo no estaba allí. Pero Melodie se habría chivado si lo hubiera visto.

Me llevé el libro de Delia Smith a casa, pero colgué la postal en el tablón de anuncios de cosas que encontrábamos en los libros. Supongo que era una forma de esconderlo a la vista de todo el mundo. Me hubiera resultado raro llevármela a casa. No tengo fotos, ni cartas, nada de mi vida anterior (solo quedo yo, desafortunadamente). Annabel me dijo que guardaría las cosas que no me llevé cuando me mudé. Y estoy segura de que las sigue guardando. No las necesito. Por eso escondí la letra de mi madre en el tablón, donde podría mirarla si quería, pero a salvo de acabar en mis manos una noche de insomnio.

Empecé a trabajar a las once de la mañana, como siempre, el miércoles siguiente. Melodie parecía más pálida que de costumbre. Los hematomas se le estaban poniendo amarillos y no podía disimularlos con el maquillaje. Pero su palidez no tenía nada que ver con las viejas heridas. Vino directa a mí en cuanto entré en la tienda, y me llevó hasta la parte de atrás.

—Loveday —me dijo—, Rob está aquí. En la cafetería. Me ha saludado con la mano cuando he pasado por delante.

—¿Estás segura? —le pregunté, porque ¿por qué ibas a decir algo útil cuando puedes decir algo estúpido?

Ella asintió. Pensé en decírselo a Archie, pero, al mirar a Melodie y ver su carita en forma de corazón asustada, me dije que estaba demasiado cabreada para dejarlo todo en manos de un viejo y calvo fumador de pipa. Si alguien tenía que patearle el culo a alguien, iba a ser yo. Le dije que no se moviera.

Rob seguía en la cafetería, sentado a una de las mesas de la ventana. Sonrió de aquella manera horrible en que sonreía cuando me vio que me acercaba. No sé por qué lo había llegado a considerar guapo.

—Vaya, hola, Loveday —dijo—. ¿Has visto a tu madre últimamente? He oído por ahí que una visita a prisión no es un mal plan para un domingo, si no tienes nada mejor que hacer.

—Cierra la puta boca —dije en un susurro— y largo de aquí. Y no se te ocurra

decir que es un país libre. Si no te levantas ahora mismo y te vas, llamo a la policía. Melodie y yo les contaremos lo que nos hiciste y luego veremos si eres tan machito como crees.

Se cruzó de brazos, se descruzó, dio un sorbo a su café. Pensé que lo más probable era que estuviese frío. Seguro que estaba más asustado de lo que parecía. Yo lo estaba. Todo lo que tenía que hacer era aguantar más que él.

Levantó la vista. Di un paso atrás, y medio más, y sus hombros se relajaron durante un segundo hasta que volví a abrir la boca.

—Supongo que descubriremos —alcé la voz, para que los que nos rodeaban pudieran oírme— que solo te gusta pegar a las mujeres. ¿Sabes que le rompiste el pómulo a Melodie? ¿Con qué le pegaste?

Por un segundo pareció que se asustaba. Por un instante me sentí poderosa —así de sencillo podía llegar a ser—, pero al momento siguiente me sentí fatal, porque ¿en qué sentido era distinta a mi padre si no hacía otra cosa que intimidarle? Y recordé a mi madre, que nunca había hecho nada mal, y pensé en Melodie, intentando dormir y despertándose a cada rato, por el dolor de la mejilla.

—¿Has pagado? —le dije—. Te acompaño afuera.

Rob levantó las manos, como si le estuviera apuntando en mitad de un atraco, en un gesto que decía «hagámoslo a tu manera», y se puso en pie. Había recuperado la compostura. Se puso en pie, recogió sus cosas y se acercó a mí, tratando de intimidarme; no me tocó, pero me miró a los ojos cuando dijo:

—Después de ti. Tú mandas.

Y sí, yo salí antes, porque había muy poco espacio y no podía dejar que pasara antes que yo, aunque me fastidió tener que hacer lo que había dicho. Cuando salimos, me volví. Melodie y Archie nos estaban mirando desde una de las ventanas de la librería. Asentí en su dirección: estoy bien. Los cuatro pasos que había dado hasta donde nos encontrábamos le habían servido a Rob para recomponerse, y ya fuera, bajo el frío otoñal, las manos en los bolsillos, me miraba como si fuera la cena.

—Eso ha sido muy sexy —dijo.

Había pensado preguntarle por mi madre. Más de una vez. Pero sabía que no me atrevería a hacerlo. Tampoco tenía manera de saber si me diría la verdad, para empezar. Y se me encogía el corazón solo de pensar en decir su nombre. Pero en aquel momento podría haberme arrodillado y suplicado por cualquier pista. Cogí aire y toqué el colgante que seguía pendiendo de mi cuello. Y decidí centrarme en lo que tenía entre manos. Soy buena en eso.

—Rob —dije—, tienes que buscar ayuda. Por favor. No sé lo que pasa, pero veo que no estás bien. Creo que hay una buena persona ahí dentro, en algún lugar. Ayúdala.

Por un momento pensé que iba a echarse a llorar. Nos miramos. Y él decidió echarlo todo a perder. Cambió de tema:

—¿Nos vemos luego en la noche de poesía?

—Sí —dije—, nos vemos. —Y tuve la satisfacción de observar cómo le cambiaba la cara. No se lo esperaba. Debió de pensar que aquella pregunta había sido un golpe maestro de la intimidación, o que había matado dos pájaros de un tiro: «No puedes obligarme a dejar de hacer algo» y «no olvides que sé que mientes a la gente que quieres».

Se fue, yo me quedé, comprometida por primera vez con el curso de los acontecimientos, como solo podría haber hecho una yo más fuerte, mejor, más valiente.

Me di cuenta entonces de que Archie había salido de la librería y se había puesto detrás de mí. Me puso una de sus enormes manos en el hombro. Estaba rígida y sudaba. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba temblando.

—Has sido muy valiente —dijo—. Pero no lo vuelvas a hacer, Loveday.

—Archie —dije—, ¿vendrás a la noche de poesía hoy?

Me costó convencer a Archie de que no quería que hiciera nada a Rob en el pub, que lo que quería era que escuchara mi poema. Me costó mucho más convencer a Melodie de que no viniera; de hecho, fracasé, porque fue ella quien dijo que «no podía dejar que la intimidara el resto de su vida», y pensó: «Bien dicho». La aparición de Rob en la cafetería nos había estremecido a todos.

Escribí a Nathan y le pedí que me pusiera en la lista de actuaciones. Resultó que borrar su número del teléfono no había servido de nada porque me lo sabía de memoria. Me respondió al instante, con un sencillo: «Hecho», y durante la hora de la comida me escabullí detrás de la puerta en la que ponía PRIVADO y me aseguré de que me sabía el poema de memoria. Quería poder mirar a Nathan a los ojos mientras lo decía; no quería equivocarme.

Archie cerró la tienda temprano y nos llevó a Melodie y a mí a cenar. Fuimos a un restaurante griego que había en la calle de al lado, quedaba a tres minutos andando. Nunca había estado.

—¡Archie! ¡Han pasado como cincuenta años desde el Incidente Odessa! —dijo el dueño.

A veces tengo la sensación de formar parte de una monstruosa instalación artística y que un día Archie me confesará que ni una sola de las cosas que me han pasado desde que entré en la librería por primera vez es real.

Comimos *moussaka* y ensalada. No creo que pidiéramos ni una cosa ni la otra, simplemente nos las sirvieron, y Archie habló sin parar de cuando empecé a trabajar para él. No le interrumpí. Hizo una especie de obra de teatro, en la que él mismo interpretaba todos los papeles; hacía de cliente, de sí mismo y de mí:

CLIENTE: Disculpa, ¿tienes algún libro sobre cultivar vides?

YO: Probablemente.

ARCHIE: Creo que lo que Loveday intenta decirle, señor, es que va a mostrarle ahora mismo dónde se encuentra el libro que busca.

La risa de Melodie alcanzó un volumen innecesariamente alto. Apenas me importó. Tenía parte de razón. Y lo que él no sabía es que, aunque él consideraba que había mejorado un montón al respecto desde entonces, todavía sigo pensando que la mayor parte de la gente es aborrecible. Así que yo gano.

No vi a Archie pagar, de la misma manera que no le había visto pedir. Sí le vi meter un cartón con comida para llevar en su bolsa Gladstone antes de irnos. Supuse que era *baklava*: no habíamos tenido tiempo para el postre. Me preguntó una o dos veces si estaba bien y dije que sí. No lo estaba. Le preguntó a Melodie y ella le contestó:

—Melodie sigue siendo Melodie.

Lo que resultó un tanto alentador ya que aquella era la primera vez que salía desde que había pasado lo de Rob.

Caminamos hasta el pub, y tardamos lo nuestro en llegar, porque primero Archie debía llenar la pipa, y luego teníamos que seguir su ritmo en absoluto apresurado — así era cuando fumaba— y escucharle mantener una larga charla con el vagabundo que duerme en uno de los portales que hay de camino y otra con una mujer que no encontraba la casa de su amiga. Llegamos finalmente poco antes de las ocho. Cuando empezamos a subir las escaleras, escuché el final del anuncio de cinco minutos de advertencia de Nathan.

La primera persona que vi al entrar fue a Vanessa. Se acercó a mí y me abrazó. No soy buena en dar abrazos inesperados, pero sonreí y le dije que me alegraba de verla, porque era verdad.

—Nathan está en la barra —dijo—. Te está pidiendo un gimlet.

—Gracias.

No se me ocurría qué decir, así que le presenté a Melodie. Me senté en la que pensé que era mi mesa habitual y escuché a Melodie divagar y a Vanessa admirar su modelito, que consistía en unas Doc Martens y un vestido de seda con una manga rasgada.

Nathan se dirigió a donde estábamos y a medida que se acercaba más ganas tenía yo de echar a correr, de llorar, de tocarle, de hablar sin pensar, de esconderme, de besarle y, en general, de comportarme como si Barbara Cartland acabara de poseerme. Por descontado, no hice ninguna de esas cosas, me limité a quedarme allí sentada como..., bueno, como lo habría hecho mi yo de siempre, en silencio, y sin ningún libro en el que refugiarme. Él colocó mi copa delante de mí, en la mesa, y me dio un beso en la mejilla, fue un beso dulce, junto a la oreja. Sus ojos —durante el segundo en el que me atreví a mirarlos— se hacían un millón de preguntas. Me incliné hacia él sin poder evitarlo.

—Te he puesto justo detrás de mí —dijo, y el sonido de su voz me sobrecogió—. ¿Va bien?

—Sí —dije. Sentí que se me cerraba la garganta. No estaba segura de poder

hacerlo.

Entonces llegó Rob. Al principio no lo vi, pero vi a Melodie detenerse en mitad de una frase y a Archie mirarme, mostrándose preparado para moverse, ya fuese para llegar a donde estaba yo o para tirar a Rob por las escaleras, no estaba segura de para qué. Asentí en su dirección: déjale pasar.

Nathan nos había visto mirarnos. Le vi caer en la cuenta de lo que estaba pasando. Me dolió conocerle tan bien, y al mismo tiempo me hizo entender que lo que estaba a punto de hacer valía la pena.

Dijo en un susurro, solo para que yo pudiera oírlo:

—Oh, Dios. ¿Ha sido Rob? ¿Rob le ha hecho eso a Melodie?

—Sí —respondí—. Y ella sabía que iba a venir. —Nathan me miró y yo le miré por primera vez a los ojos, algo que había estado evitando, y le dije—: Confía en mí.

—Lo haré si tú lo haces —dijo en voz baja, y pensé: «Touché». Me lo merecía. Luego miró su reloj—. ¿Empezamos? —preguntó. Se levantó antes de que pudiera contestarle, y en cuanto lo vi en el escenario dejé de estar nerviosa, lo cual era del todo inesperado. Dio tres fuertes palmadas y luego empezó a hablar y yo empecé a escuchar.

PEDIR LA LUNA

Interpretado por Nathan Avebury en el George and Dragon

York, octubre de 2016

No echo de menos las cosas que pensé que echaría de menos.

Sí, echo de menos acostarme contigo —quién no— y la idea de ti.

Echo de menos ser una de las dos personas que forman una pareja.

Echo de menos fregar dos de todo en tu cocina y comprar dos cafés en la cafetería que hay al lado del sitio en el que trabajas.

Eso, lo echo de menos.

Eso, podría haberlo sabido.

Hasta el momento parece una ruptura del montón.

Pero hay otras cosas que echo de menos.

Si te haces un tatuaje nuevo, no podré intentar adivinar de qué libro lo has sacado,

y nunca resolveré el misterio de las primeras frases.

Echo de menos tu mirada cuando lees,
y las sacudidas de tu cuerpo cuando duermes.
Echo de menos tu sarcasmo, tu ingenio.
Tu buen corazón
que tan bien intentas mantener a salvo.
Ojalá me dijeras qué hice mal para que te fueras
y de qué manera podría deshacerlo.
Ojalá me hablaras.
Ojalá pudiera seguir comprando dos cafés en la cafetería que hay al lado
del sitio en el que trabajas.

Hubo un momento después de que Nathan terminara en que sentí que todo el mundo me miraba. Él no me había quitado los ojos de encima y yo no había mirado a nadie excepto a él. Asentí porque no sabía qué expresión facial utilizar para decir: «Si cuando escuches lo que tengo que decirte aún sientes todo eso, hablaremos».

Mi corazón estaba listo, pero mis piernas habían olvidado cómo se hacía su trabajo cuando me puse en pie. Me tambaleé y Nathan me sujetó por el codo.

—¿Estás bien? —preguntó, y yo asentí otra vez, y él sonrió.

No tenía mucha estabilidad. No sabía qué hacer con mis manos. Querían anudarse la una con la otra, pero no quería parecer que estaba recitando algo en una asamblea. Así que puse mi mano derecha en la parte superior del micrófono y la izquierda la metí en el bolsillo de los vaqueros, donde encontró la piedra en forma de corazón que había comprado en la iglesia de Whitby, y que había llevado encima desde entonces, como un recordatorio de lo valiente que pensé que podría llegar a ser, aquella tarde.

Miré la cara magullada de Melodie, la cara solemne de Archie, la de Rob, sus ojos, que me medían, me decían «atrévete y verás», y luego miré a Nathan, y seguía mirándolo cuando empecé.

Podía ser valiente.

Dije las dos primeras palabras y noté mi voz débil.

Nathan se puso la mano en el estómago y me recordó: «Respira desde aquí». Paré, cogí aire, lo solté y empecé.

CONFESIÓN

*Interpretado por Loveday Cardew en el George and Dragon
York, octubre de 2016*

Mi madre mató a mi padre porque mi padre solía pegarla
y así es más o menos cómo empezó y acabó todo.
Esa es mi historia, hasta ahora.
No supe cómo contártela.
No se la he contado a nadie.
Nunca he sabido por dónde empezar
y no sé cómo escribir otro final.
Si te lo hubiera contado cuando nos conocimos, puede que no te hubiera gustado
o hubieras pensado que estoy herida y te hubieras asustado
o, al contrario, te hubiera gustado.

Quizá estés pensando que me hizo daño
nunca me lo hizo
yo pensaba que era brillante
y lo era, para una niña.
Puede que perdones a mi madre si crees que
me estaba protegiendo
te diré una cosa: ella estaba mucho más
rota que yo
costillas rotas, dientes rotos, ojos negros.
Cuando llegó la asistente social, fingió que no pasaba nada
se quedó con él hasta que no hubo con quien quedarse.

Dijo que fue un accidente
y creo que no miente.
La cosa estaba mal, pero no tan mal.
Solo fue una noche más.
Los tribunales, la policía, la casa de acogida
no era como ir de picnic, pero qué más daba.
Los perdí a los dos: primero a papá, después a mamá.
Me mudé a un sitio en el que nadie sabía mi
nombre
triste y enfadada, y esperé.
Fui a ver a mi madre en la cárcel, pero no podía soportarlo
decidí refugiarme en los libros.
Tuve un novio, era horrible.
El siguiente, fuiste tú.

Había un verso más, pero fui incapaz de decirlo. Era una especie de «ahora lo sabes»,
y pensé que podría decirlo apartando la mirada de Nathan por un segundo y mirando
a Rob, para que le quedase claro, pero fui incapaz de dejar de mirar a Nathan, y vi

cómo asentía cuando dije «fuiste tú» y me pareció que estaba llorando. Así que me quedé allí, sin moverme. No sabía qué otra cosa podía hacer. Era como si cayeran alfileres de todas partes.

Había pensado un montón en el poema, en subir al escenario y recitarlo, en si sería capaz de hacerlo. No había pensado en lo que ocurriría después. Supongo que era como saltar desde un acantilado: lo primero era obligar a tus pies a hacer lo contrario de lo que habrían hecho por instinto. Supongo que asumí que, una vez estuviese volando, no tendría por qué tomar ninguna otra decisión.

Lo que pasó fue que Archie se puso en pie y aplaudió y empezó a dar gritos como un loco, «¡brava!», como si estuviese en la maldita ópera.

Rob se estaba yendo, camino de las escaleras, así que misión cumplida en ese sentido.

Melodie estaba llorando. Melodie llora hasta cuando ve fotos de erizos en tazas de té que encuentra por internet, pero aquellas lágrimas eran diferentes. Y me sonrió.

Nathan estaba en pie. Asintió y se dirigió a mí. Pensé que si había elegido un poema para decírselo era porque era una manera de no hablar y no estaba preparada para una conversación. No en aquel momento.

Así que me escapé del pequeño escenario, me abrí camino entre el público y me metí en los lavabos y esperé. Tiré de la cadena, me lavé la cara y pensé en el mar. Había dado por hecho lo que pasaría a continuación, que era, por supuesto, que el espectáculo debía continuar. Y lo hizo. En uno o dos minutos alguien empezó a recitar el siguiente poema, y oí risas, aplausos, y pensé en lo extraño que era no tener secretos.

Se abrió la puerta. Vanessa.

—Hola —dijo.

—Hola —dije. Estaba preparada, pero no vino a darme un abrazo.

Solo dijo:

—Eso ha sido valiente.

—No lo sé.

—Yo sí —dijo—. Sé que no tengo derecho a decir algo así, pero estoy orgullosa de haberte conocido, Loveday. No puedo imaginar por lo que has pasado.

—Gracias.

—Nathan te está esperando. Dice que los poetas saben cuidar de sí mismos y que no tienes por qué hablar de ello si no quieres, pero quiere verte. Está abajo.

—Vale.

Estaba fuera, en la puerta. Me ofreció su brazo, como un caballero de los de antes, y yo lo acepté. Me sentí un poco como te sientes cuando sales a dar un paseo justo después de que haya llovido: todo parece diferente, mejor, hasta las calles y los edificios que ves cada día.

—¿Adónde quieres ir? —me preguntó. Sabía que si aquello fuera un cuento de hadas debería haber dicho «a tu casa», pero no estaba preparada. Y ahora que no tenía

secretos, quería enseñárselo todo.

—Me he dejado una cosa en la tienda —dije—, una cosa de mi madre. Quiero ir a buscarla. —De repente necesitaba la postal de Whitby. Quería tenerla en mis manos. Era como si aquella noche hubiera dado un paso hacia mi madre, como si estuviera más cerca de ella.

—Vale —dijo.

Paseamos en silencio, cogidos del brazo, con mi mano justo sobre su codo; seguíamos agarrados de aquella manera que parecía de otra época. Creía que sentiría más de lo que estaba sintiendo: una especie de enorme sensación de alivio, vértigo, ganas de llorar. Supongo que había leído demasiados libros. Solo me sentía cansada.

Cuando llegamos a la tienda, dijo:

—¿Qué te parece si voy a buscar algo de beber? Podemos vernos en tu casa. No tengo por qué quedarme a pasar la noche.

Había una licorería demasiado cara para mí justo en la esquina.

—Vale —dije. Dios, con él todo era tan fácil. Me pregunté si yo también me volvería una persona más sencilla ahora que no tenía que protegerme. Era demasiado pronto para saberlo—. No tardaré.

—Me impresionas —dijo—. Eres valiente. No solo por lo de esta noche. Por volver a Whitby así. Con todos esos recuerdos horribles. —Me besó en la frente y partió en dirección a la licorería.

Cerré la puerta tras de mí pero no encendí la luz; tenía suficiente con la claridad que entraba desde la calle para llegar al tablón. Le quité la chincheta a la postal y me di un tiempo para pensar en todo lo que había perdido. Sentí nostalgia, y rabia.

Doblé la postal, con la letra de mi madre hacia dentro y el paisaje de Whitby hacia fuera, y me la metí en el bolsillo, junto a la piedra con forma de corazón.

Y luego me di cuenta.

No había dicho nada de Whitby en el poema. Archie debió de contarle a Nathan que había estado allí de vacaciones, pero no tenía por qué saber que era importante para mí. Por lo que a Nathan respectaba, yo era una Chica de Ripon.

Ya no dudé de por qué estaba tan tranquilo. Lo sabía.

Todo encajó, de repente, y no en el buen sentido, sino en uno aterrador, en plan no, por favor, no me tiréis la mochila del autobús del colegio.

Pensé en cuando lo conocí. Fue a partir de entonces que empezaron a llegar los libros, primero los clásicos de Penguin, luego el libro de mi padre, luego el libro de cocina con la postal dentro.

Rob no había admitido tener nada que ver con los libros, y no era propio de él no dejar claro lo listo que podía llegar a ser.

Nathan siempre me había parecido demasiado bueno para ser verdad.

Había pasado los veranos en Cornualles.

Su familia los pasaba en casa de una amiga de su madre. Una amiga a la que había llamado Jane.

Vale, no es un nombre raro. Pero ¿y si la amiga de la madre de Nathan era la tía Janey? Si Janey se había hecho cargo de los libros de mi madre, en aquellos días horribles en los que se vació la casa...

Oí a alguien golpear la puerta y luego oí la voz de Nathan.

—¡Loveday!

Me escondí detrás de la estantería más cercana para que no pudiera verme. Intentó abrir la puerta, la sacudió, dio un paso atrás, miró a ambos lados de la calle y volvió a intentar abrir la puerta. Sacó su teléfono. Yo sabía que el mío estaba apagado, así que le vi esperar, mirando la pantalla.

Se fue. Sospeché que iría directo a mi casa. Le llevaría una hora ir y volver. Así que todo lo que tenía que hacer era esperar en la tienda cuarenta minutos, porque así le pillaría a mitad de camino, o en el pub. Él iría por el camino más corto, yo por el largo. Así de sencillo.

Mi cabeza me decía: «Bueno, Loveday, cuando algo parece demasiado bueno para ser verdad lo más probable es que no sea verdad». Mi corazón decía otra cosa.

No podía ser Nathan. No podía ser Nathan. No podía ser Nathan.

Una y otra vez mi corazón entonaba esa frase, como si de tanto repetirla pudiera ser verdad.

Nathan sabía más de mí de lo que yo le había contado. Cada vez que había aparecido una de aquellas cajas con los libros de mis padres, Nathan estaba cerca. Me senté en el suelo, de espaldas a la estantería, con las piernas estiradas frente a mí, de modo que las puntas de mis botas captaron la luz de la calle, y pensé en todo lo que podía recordar que hubiera dicho sin llegar a decirlo. Ahora entendía por qué estaba tan tranquilo aunque me negara a decirle nada. Ya lo sabía todo. Me pregunté por qué lo habría hecho. Y luego traté de pensar en un hombre de los que conocía que fuera o hubiera sido bueno con las mujeres. Mi padre no. Rob tampoco. Incluso Archie las utilizaba, se acostaba con ellas, las quería un tiempo y luego las dejaba.

Pensé en mi padre y en cómo mi madre solía hablar de él antes de que las cosas se fuesen a la mierda: «Al menos con papá siempre sabes lo que siente, Loveday». Creo que fue justo después de un cabreo por culpa del trabajo, de un trabajo que no había conseguido. Sus gritos me habían asustado. Entonces no entendí a qué se refería, pero ahora sí.

Eso era todo. Hasta aquí habíamos llegado. Volvía a estar soltera, como lo había estado hacía seis meses. Tenía un trabajo que me encantaba y un jefe que se preocupaba por mí y un apartamento que no estaba mal. Me gustaba estar sola, por lo menos tenía eso. Puede que les hubiera contado a un puñado de aspirantes a poetas mi más oscuro secreto, pero no era lo suficientemente estúpida para creer que a alguien le había importado lo más mínimo. Si exceptuábamos aquello, nada había cambiado.

Me había quitado a Rob de encima. Archie estaría más amable que de costumbre durante un tiempo. Melodie sería una pesadilla, porque intentaría sonsacarme cosas, y

estoy segura de que en cierto sentido le parecería hasta glamuroso el que mi familia hubiese sido noticia. Pero podía esperármelo.

Y Nathan podía irse al infierno.

Caí, como se cae en un abismo, en el lugar en el que guardaba lo que pensaba sobre mi madre, mi padre, y la cosa horrible que habían hecho con sus vidas y con la mía. Sacarlo a la luz no parecía haber servido de nada. No había crecido ni encogido. Si yo fuera la Cenicienta y no hubiera vuelto a casa después de medianoche, mi carruaje habría seguido siendo un carruaje. Aunque en mi historia jamás habría sido un carruaje corriente, sino una calabaza. Una calabaza enorme. ¿Suenan desolador? Bueno, si quieres, intercambiamos sitios y vemos qué te parece desde dentro.

Todavía estaba temblando. Y cuando me puse a pensar que solo tenía que esperar otros quince minutos para volver a casa y prepararme un plato de judías con tostadas, me dio un ataque de pánico.

No podía respirar y me dolía el pecho. Tenía las manos frías y notaba la garganta cerrada, como si aquello intentara estrangularme. Pensé en ponerme en pie, pero no veía la manera de hacerlo; no podía moverme, estaba clavada en el suelo, atrapada, sin energía, sin fuerza para mover ninguna de mis extremidades.

Habría gritado si hubiera podido hacerlo, pero era incapaz de mover la boca, y de todos modos nadie me habría escuchado.

En vez de eso, me puse a contar, conté hasta mil y luego hasta cero, poco a poco. Cuando acabé, seguía sin haberme tranquilizado, pero estaba lo suficientemente bien para salir por mi propio pie de allí e irme a casa. Quería pensar en Nathan y en mi madre, y en cuál iba a ser mi siguiente paso.

Alguien golpeó la puerta otra vez. Nathan había vuelto antes de lo esperado. No quería verle en aquellas condiciones, no estaba en absoluto preparada para lo que tenía que decirle, estaba asustada. Descubriría de dónde había sacado los libros y por qué había estado haciéndome aquello, y luego me enfrentaría a él a la manera en que me había enfrentado a Rob en la cafetería. Encogí las piernas y mis pies quedaron fuera de la luz, y cogí aire, como si aquello fuese a servir de algo. Hubo un golpe, otra sacudida, una pausa, silencio. Cerré los ojos. Proyecté una película de imágenes en mis párpados: el mar, la iglesia de Saint Mary. Intenté respirar hondo. Pensé en la postal que llevaba en el bolsillo, no necesité sacarla y mirarla. Podía verla en mi cabeza, con tanta claridad como aún podía ver la cara de mi madre.

Los libros arden despacio.

Especialmente los viejos.

Primero notas el humo. Las páginas están tan juntas, lo han estado durante tanto tiempo, que carecen del aire circundante para que ardan con rapidez. Y de todos modos la tienda siempre olía a humo, por culpa de Archie, que lleva tabaco de pipa en los bolsillos y fuma la suya al abrigo de la entrada de la tienda cuando llueve.

Tal vez fue por eso que no me di cuenta inmediatamente de que esa segunda persona en la puerta, la que estaba haciendo todo aquel ruido, no era Nathan. Era

alguien con un pañuelo empapado en alcohol en la mano, un pañuelo que metió en el buzón, dejando parte de él fuera, una parte que prendió con una cerilla e hizo arder al instante los libros y papeles que había en el escritorio que quedaba justo debajo.

No, no hay premio para quien adivine quién prendió la cerilla.

Cuando me di cuenta, horrorizada, de que el humo era real, que no era algo más que el perfume habitual, el fuego se había apoderado de la librería. No eran muchas las llamas, pero cuando salí de detrás de la estantería en la que me había escondido de Nathan, había casi una pared de humo. La pila de libros y papeles del escritorio estaba ardiendo y alguno de ellos había caído al suelo, bloqueando mi camino hacia la puerta.

Atravesé la librería aprisa en dirección a la parte trasera, donde estaba la salida de emergencia, pero no hubo forma de mover el maldito sillón.

Estaba oscuro y era como si el humo me persiguiera; de repente, la librería parecía un bosque rodeado por la niebla, impenetrable, repleto de brujas.

La silla estaba atascada en el espacio que ocupaba y no podía cambiarla. Corrí hacia la parte delantera de la tienda, porque recordé que había un extintor al lado del escritorio de Archie, pero no pude llegar a él por culpa de las llamas. Empecé a toser y no pude parar. Hasta el momento había habido silencio, pero ahora se oía algo crepitar: la mesa y las sillas ardían, pensé.

Volví a la parte trasera porque tenía que mover la condenada silla, quisiera moverse o no. Archie siempre lo conseguía cuando venían los inspectores de riesgos laborales, aunque recordé que la última vez había necesitado ayuda. Había bromeado asegurando que era como el sofá que estaba atrapado en las escaleras de no sé qué libro de Douglas Adams. Pese a todo, tendría que hacerlo. No iba a morir en un incendio sin haberle dicho un par de cosas a Nathan.

Cuando me volví, vi que el humo también se había colado detrás de mí en la trastienda, aunque allí no era tan denso como en la parte delantera. Las llamas ardían en el lugar en el que había estado el escritorio de Archie.

Me agaché, para estar cerca del suelo, y me pregunté si debería gatear o si eso me haría más vulnerable. Me habían empezado a llorar los ojos, me ardían, y todo lo que intentaba hacer era moverme, me movía, a tientas, ciega, mareada y desorientada, hacia la salida de emergencia.

Visualicé un mapa en mi cabeza, en el que mezclé lo que sabía con lo que sentía, y me pregunté qué era lo mejor que podía hacer a continuación si no conseguía llegar a la puerta. Pensé en la esquina del fondo. Poesía, teatro, mapas. Si me metía debajo del banco, ¿estaría poniéndome a salvo o cavando mi propia tumba?

El humo se estaba volviendo más espeso. El calor se acercaba, se movía más rápido que yo en la oscuridad. Pensé que había oído la alarma contra incendios, pero debí de confundirla con todo aquel crepitar y lo mucho que me pitaban los oídos. No

podía confiar en mis sentidos. Tenía la espalda y las pantorrillas cada vez más calientes; mi estómago, en cambio, estaba frío como el granito, y mi corazón, blanco como la sal. ¿Cuánto tiempo tenía antes de que el techo se me cayera encima? ¿Cuánto tiempo me quedaba? Quizá cayera antes por la inhalación de humo. Eran preguntas sobrias, calculadas, pensamientos a lo Stephen Hawking. Curiosidad.

Luego llegó el pánico.

Diez minutos antes hubiera dicho que no me importaba mucho vivir o morir. Ahora quería vivir. Para ver a Nathan, caminar por la playa, leer todos los libros que aún no había leído. Encontrar a mi madre. No necesariamente en ese orden.

De repente mi cuerpo quería hiperventilar y llorar y gritar y hacer la clase de cosas que no tienen ningún sentido que hagas cuando estás atrapado en un edificio en llamas. Y me costaba contenerme. Puede que no tuviera un gran plan de vida, pero estaba claro que morir en un incendio no formaba parte de él.

Me sobresaltó el sonido de un cristal al romperse; supuse que una de las ventanas había reventado. El fuego se avivó con el aire de la calle. Así que aquello podía ser el fin. Puede que no sea muy buena en física, pero sé que el fuego es más rápido que la gente, especialmente si esa gente en cuestión no puede abrir la maldita puerta.

Una ráfaga de ruido entró con el aire. Escuché sirenas que parecían estar muy lejos, y luego gritos, más cerca. Tardé un segundo o dos en darme cuenta de que lo que gritaban era mi nombre. Incluso el aire estaba caliente. Ver y escuchar dolía.

Pero ahí estaba, abriéndose camino, entre el humo, para encontrarme. Mi nombre. Archie, llamándome.

Me volví, aunque volverme significaba mirar a la cara al calor del fuego. Podía sentir las llamas secar mis lágrimas tan rápido como las provocaba el humo. La idea de Archie me convirtió en una niña pequeña, desesperada por que alguien la salve, y abrí la boca y grité, aunque apenas articulé sonido alguno y me tragué otra bocanada de humo. Entonces empecé a toser de verdad y creo que ese fue el sonido que Archie siguió, porque nunca había tosido así antes: fue como si aquella tos se abriera camino a hachazos hasta él. Me hincé de rodillas en el suelo.

Cuando me di cuenta, ya lo tenía encima. Parecía el Ángel de la Muerte, con su abrigo Crombie sobre la cabeza. Abrió los brazos y se agachó ante mí, y me puse de pie de tal manera que quedaba protegida por el abrigo, que traía consigo un soplo de aire fresco. Inhalé, demasiado, tosí y caí contra él.

Él me sujetó —el abrigo me cayó sobre la cabeza, no estaba fría, exactamente, pero al menos aún no ardía— y vi que daba media vuelta, pivotando alrededor de mí. Ahora el humo se acercaba a nosotros por un lado: las estanterías de ciencia ficción y novela gráfica habían empezado a arder. Nathan estaba detrás de Archie, también se cubría la cabeza con su abrigo de piel; Archie me pasó, como si fuera un paquete, a manos de Nathan. Luego dijo algo, a gritos, o lo intentó, porque tan pronto como abrió la boca, tragó una bocanada de humo y empezó a toser. Nathan se dio la vuelta como lo había hecho Archie, envolviéndome con el abrigo y, allí, frente a nosotros,

estaba la ventana rota, cuyos cristales habían caído en el aquel peculiar diván que había junto a ella, y el camino de vuelta a la vida.

Nathan me ayudó a cruzar la ventana rota, y Melodie y Vanessa, desde el otro lado, me tendieron la mano y me estabilizaron mientras pisaba el marco lleno de trozos de vidrio.

Luego se oyó un estruendo y un grito en la tienda. Archie. Nathan me soltó de golpe y caí sobre la acera. Escuché que las sirenas se acercaban y sentí el calor en mi espalda. El aire de octubre parecía demasiado frío en comparación.

No podía levantarme; no podía mover brazos ni piernas, de repente yo no era más que pulmones, corazón y boca, tratando de sacar de mí todo aquel humo y todo aquel miedo. Alguien me cogió por las axilas y me arrastró lejos, lejos del fuego.

Quería gritar el nombre de Archie, el de Nathan, pero de mi garganta no salía sonido alguno. Entonces pude ver el fuego devorar las estanterías, comiéndose vivos los libros, y la calle, llenándose de humo. Lloraba, y solo entonces, al aire libre, empecé a notar dónde me dolía: me dolían los ojos, la garganta, las yemas de los dedos, el lugar en el que se suponía habían estado mis pulmones. Tosí y tosí, y el aire me quemaba la nariz al respirar, y quería que las piernas me hicieran caso, para darme la vuelta y volver. Había gente hablando a mi alrededor, oí el nombre de Nathan, el de Archie, y vi que se estaba formando una pequeña multitud.

Había demasiadas cosas malas en el aire: tos, ceniza, gritos, el estrépito de, supuse, una estantería que caía, y las luces y las sirenas, que ahora eran ensordecedoras. Estaba pensando en el estruendo, y el grito, en qué podría haberlos motivado. Y en que Nathan era demasiado estúpido, demasiado bueno, para dejar a Archie allí. Pero entonces recordé que Nathan no era bueno en absoluto. Aun así, la idea de que se quedara atrapado allí dentro hizo que me diera un vuelco el corazón.

De repente surgieron dos formas de la ventana de la librería, una era alta y la otra era oronda como un faisán, y ambas se arquearon, tosiendo.

Lo siguiente que supe es que alguien, un alguien de cara amable pero que no iba a aceptar un no por respuesta, me agarraba del brazo, me guiaba hacia la parte trasera de una ambulancia y me ponía una máscara de oxígeno. Me temblaban las manos, las rodillas, que estaban ahora frías, sucias, desconocidas. El oxígeno hacía que me doliera más la garganta que el humo; lo que fuese que estuviera haciendo con mis pulmones no ayudaba en absoluto, aunque sabía que si trataba de quitarme la máscara, el sanitario me lo impediría. Además, dudaba que pudiera levantar las manos.

El sanitario estaba hablando, pero yo no podía oírle. Me tomó la tensión, me puso un medidor alrededor de la parte superior de mi brazo y noté cómo me lo apretaba y me lo soltaba, y también me puso una pinza en el dedo corazón de mi mano derecha, blanca como el hueso contra mi piel de hollín. Desde donde me encontraba vi un arco de agua, al que pronto se unió otro, en dirección a la ventana de la tienda.

Libros. Fuego. Agua. Cerré los ojos y, como si acabara de darles permiso, las

puertas de la ambulancia se cerraron y empezamos a alejarnos.

POESÍA

2016

OH, LA GENTE

Inhalar humo no te mata —si tienes suerte—, pero tampoco te hace más fuerte. Estaba débil. Me dolía respirar y me dolía llorar, pero no podía parar. Confinada en la cama de un hospital, no hice otra cosa que dormir, toser y sollozar durante los dos días siguientes.

La policía me interrogó y les hablé de Rob y de lo poco que sabía de su enfermedad. Parecía imposible que hubiera hecho lo que hizo. No podía dejar de pensar en ello. Ojalá él hubiese pensado que la tienda estaba vacía.

Melodie vino a verme. El moretón tenía peor aspecto; estaba más amarillento, y no se había molestado en ocultarlo con el maquillaje. Llevaba una camisa a rayas de hombre y unos vaqueros, y se cubría la cabeza con un pañuelo. Parecía una mujer de campo. Le dije que seguía teniendo peor aspecto que yo, pero no se rio.

Nathan me dijo que había vuelto al pub para ver si yo estaba allí, y que ella, Archie y Vanessa se habían unido a él para ir a buscarme a la librería. Cuando llegaron, el fuego ya estaba por todas partes. Melodie había llamado a emergencias, pero no hubo forma de evitar que Archie y Nathan montaran su propia misión de rescate.

—Harían lo que fuera por ti, Loveday —dijo Melodie.

Ella también fue valiente aquella noche. Le contó a la policía lo que pasó durante la velada poética —y yo pensando que los únicos que sabían mi historia eran un grupo de poetas que no se acordarían de nada en quince días—, y cuando le preguntaron por su ojo morado, les dijo que se lo había hecho Rob. En menos de lo que canta un gallo se presentaron en su casa, lo arrestaron por incendio intencionado y lo interrogaron. Todo indicaba que acabaría en prisión. Le conté a la policía que me estaba escondiendo, que las luces estaban apagadas, y que él podría haber creído que la tienda estaba vacía. Aun así, el hecho de haber usado un acelerador lo empeoró todo. Me aseguraron que se le sometería a una evaluación psiquiátrica completa y que eso sería determinante en su sentencia. Estaba enfadada con él, pero a la vez estaba triste. Lanzas una cerilla a un buzón y, de repente, toda tu vida se acaba.

No podía pensar mucho en la librería, de la misma manera en que no puedes poner tus dedos sobre una llama. Nuestra hermosa, vieja y peculiar casa, sin ser nuestra casa, era historia. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que lo que no hubiese destruido el fuego, lo habría destruido el agua. Melodie me dijo que no se habían producido daños estructurales y que los edificios aledaños estaban bien; teniendo en cuenta que un incendio es capaz de devorar todo un edificio, no había sido tan horrible. Pero si hablamos de una librería, obviamente, la cosa era distinta. Archie no me lo había dicho nunca, pero estaba convencida de que la librería era lo

más sólido que había tenido en su vida; había pasado allí más tiempo que en cualquier otro lugar, y aunque me había dicho que la única razón por la que estaba en York era que no podía ir a ningún otro lugar, nunca le creí. Había elegido la librería.

Cuando pregunté por Archie y Nathan, me dijeron que a Nathan le habían dado de alta la mañana después del incendio, que había pasado la noche en observación y listo, y que Archie estaba «estable», lo que interpreté como que él estaba en el mismo estado que yo: el de un accidente físico temporal y, con suerte, sin daños permanentes. Tenía quemaduras en los antebrazos y parecía que me habían lijado los pulmones primero y luego me los habían bañado en vinagre. Me dolían los ojos y me sangraba la nariz.

Me sentía débil y estúpida, y estaba enfadada. Estaba tumbada, dormitando y tratando de no pensar en Nathan. Intentaba pensar en la librería. Archie tenía un seguro y, aunque todo el *stock* habría quedado hecho un asco, podríamos empezar de nuevo. Comprar cosas nuevas o, conociendo a Archie, comprar cosas viejas; en nada estaríamos recorriendo los mercadillos de muebles de segunda mano y las tiendas de antigüedades en busca de librerías y una mesa, y un escritorio para reemplazar el que teníamos junto a la ventana, donde estaba la caja y donde guardábamos todos los papeles.

Decidí que intentaría convencerle para que hiciésemos estanterías a medida, que fuesen del suelo al techo, alrededor de toda la tienda, y que se ajustasen a las descuidadas paredes para aprovechar al máximo el espacio. Y que si quería rescatar estanterías viejas y tristes de las tiendas de segunda mano, podríamos llenar el área central con ellas, y los dos seríamos felices. Bueno, *feliz* no era la palabra. Una parte de mí pensaba que debíamos seguir adelante; la otra, prefería dar media vuelta, cerrar los ojos y no volver a pisar aquella calle nunca más.

Y estaba dando por hecho que Archie querría volver a empezar. Y puede que no quisiese. Podía decidir que había llegado el momento de volver a surcar los siete mares, o lo que demonios fuese. En ese caso tendría que hacer lo que hace todo el mundo cuando no tiene trabajo: ir a la oficina de desempleo, renovar mi currículum, en el que pondría algo así como «buenas notas, no se le da bien el juego en equipo, ha tenido un trabajo, que hizo muy bien, pero solo porque la dejaron en paz». Era eso o colgarme un cartel del cuello en el que pusiese DESEMPLEADA.

Tumbada en mi cama del hospital, una cama demasiado estrecha y demasiado alta, pensaría en ello un rato y luego me diría que no, que Archie no iba a darse por vencido y que no iba a abandonarme. Puede que hubiese otras alternativas. Podíamos abrir una *boutique* de libros, en la que admitiríamos cualquier libro y nos convertiríamos en un par de buenos anticuarios. O una especie de biblioteca de suscripción para académicos. O podíamos convertirnos en detectives de libros. A Archie le encantaría. Podríamos dedicarnos a encontrar libros raros y cobrarles una fortuna a nuestros clientes por ellos. Bueno, Archie no haría nada, se limitaría a fumar en su pipa y a contar historias que siempre empezarían con un «Loveday,

¿alguna vez te he contado la vez en que...?». Y yo fingiría escucharle, pero lo único que estaría escuchando sería el sonido de su voz, no las palabras, y continuaría trabajando, y ambos seríamos felices. Sí, podía proponerle que nos convirtiésemos en detectives de libros. Así no tendríamos que preocuparnos por reponer.

Aún no había dejado de soñar despierta con aquello cuando la enfermera que mejor me caía —no intentaba darme conversación y tenía las manos suaves— asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Tienes visita, ¿le dejo pasar?

—Sí —dije, porque estaba harta de dar vueltas en el carrusel de mi mente, y esperaba que fuese Archie.

Era Nathan.

Mi cabeza y mi corazón no se ponían de acuerdo sobre si debía o no decirle que se fuera. Lo sabía todo de mí y no me había dicho nada. Me había asustado con los libros que había traído a la librería. Nunca había estado de mi parte, pero me había hecho creer que sí. Y había entrado en un edificio en llamas a salvarme, y había vuelto para rescatar a Archie. El mundo había cambiado. Solo un poco. No sabía qué hacer, así que cerré los ojos. Quizá era él quien debía sacarme de dudas. Yo seguía estando muy cansada.

Sus botas chirriaron en el suelo cuando se acercó a la cama. Me tocó la mano. Abrí los ojos y le miré.

Yo solía ser la chica pálida, pero de repente Melodie y él me hacían la competencia.

—Loveday —dijo. Me besó en la frente. No lo detuve, pero tampoco reaccioné.

—Gracias —dije—, por sacarme de allí.

—Daba miedo. —Se sentó y se cubrió la cabeza con las manos—. La estantería que cayó casi le dio a Archie.

—Me lo han contado las enfermeras.

Él no dijo nada, continuó allí sentado, con la frente apoyada en las manos. Me fijé que tenía un vendaje en una de ellas. Lo toqué.

—¿Qué es esto? —dije.

Me senté y balanceé mis piernas a un lado de la cama. Colgaban, sí, porque, gracias a Dios, nadie en un hospital se mete o sale de la cama sin dar un salto del todo indigno. Estaba mareada, me sentía vulnerable.

—Oh, no es nada —dijo sin levantar la cabeza.

—No parece que no sea nada —dije.

—Es una quemadura, eso es todo.

—Entonces ¿no estás malherido?

—No. —Sonrió—. Estoy bien, Chica de Ripon. Tú, en cambio, me diste un buen susto.

No había sabido cómo empezar la conversación, pero acababa de darme la entrada.

—No me llames así —dije.

Él alzó la vista, con cara de no haber entendido nada.

—¿Qué?

Me reí, y la risa se convirtió en una tos. No podía creerme que tuviera tanta cara.

—Serás cabrón —dije, y tuve que parar para coger aire.

—¿Qué? —Seguía teniendo aquella cara de no entender nada. Ni siquiera era capaz de admitir que me había mentido.

—Lo sabes perfectamente —dije—. Sabías lo de Whitby. Nunca te dije que era de allí. Lo sabías. Me mentiste y trajiste los libros a la librería para que los encontrara. —Estuve a punto de soltarlo todo, el dolor, la rabia, cuando ocurrió algo que no esperaba.

Nathan me miró y sus ojos estaban llenos de rabia.

—Por el amor de Dios, Loveday —dijo; su voz sonó tranquila, pero estaba, oh, tan furioso—. ¿Tienes idea de todo por lo que he pasado? Yo. No tú. Solo por una vez. Y no me refiero al fuego. —Se puso en pie, la silla se cayó al suelo, caminó hacia la ventana, regresó, y se quedó lo suficientemente lejos de mí para que no pudiera tocarle—. Te quiero. Te he querido desde que vi el anuncio que pusiste en la ventana. He esperado y he soportado toda tu mierda...

—No tenías por qué hacerlo —dije. Estaba a punto de echarme a llorar. Quería tocarle, pero tenía miedo de que me rechazara.

—Claro que sí —dijo—, porque, porque te quería y sabía que había una razón. Y luego tu poema, Loveday, tu poema... —Estaba llorando, no se movía, solo estaba ahí, de pie, quieto, y las lágrimas se deslizaban por su mejilla—. Escuché tu poema y pensé: «Dios». No sé cómo debe ser pasar por lo que tú has pasado, no puedo imaginarlo, pero hacía que todo tuviera sentido. Y pensé: «Ahora podremos volver a empezar. Empezar de verdad». —La rabia desapareció tan súbitamente como había llegado.

Salté de la cama al suelo y di un paso hacia él, le tomé la mano. No me la estrechó, pero dejó que sus dedos se anudaran a los míos.

—Nathan —dije. Yo también estaba llorando.

Me miró, y me tomó la otra mano.

—Y luego desapareciste cuando fui a por el vino. El incendio. Pensé que habías muerto, Loveday. ¿Puedes imaginarte cómo me sentí? Te sacamos de ahí. Y ahora me acusas de..., ¿de qué, exactamente?

—Sabías lo de Whitby.

—No hasta... después —dijo. Suspiró, hundido, y se sentó.

—¿Después de qué?

—Después de que tú...

Estaba buscando la palabra correcta. No me importó. Esperé. Cogió aire, me miró a los ojos.

—Después de que me dejaras.

Ay. Bueno, probablemente había escogido la palabra correcta. Me tocaba pensar algo que decir, pero Nathan siguió hablando, con la mirada fija en sus manos:

—No podía encontrarle sentido, Loveday. Quiero decir, sabía cómo eras, pero estaba seguro de que me querías.

—Sí —dije. Salió antes de que pudiera detenerlo.

—Por eso fui a ver a Archie. Melodie me había dicho que estabas en Whitby. Lo llevé a almorzar, bebimos mucho y le conté lo que había pasado. Me prometió no decirte nada, y luego me habló de tus padres.

—Archie no sabe nada de mis padres —dije.

—Claro que sí —dijo Nathan—. Oh, Loveday. Te vio poner la libra sobre la mesa cuando te llevaste *Posesión*. Decidió darte una oportunidad. Tu madre adoptiva vino a verle.

—¿Qué? —exclamé. No era muy original, lo sé, pero Nathan acababa de sacar mi frágil mundo de su cubierta protectora y estaba jugando con él a patearlo como se patea un balón—. No lo entiendo.

Se puso de pie y se colocó junto a mí, y me besó la parte superior de la cabeza, besó mi pelo grasiento con olor a humo, y dijo:

—Lo sé. Vayamos a ver a Archie. Nos está esperando.

Tenía que ir en una silla de ruedas, con algo para sujetar el gotero que me mantenía hidratada hasta que mi garganta pudiera hacer frente a tanta agua como necesitaba. Archie estaba en el piso de arriba y yo todavía no me tenía en pie fácilmente. Las botas de Nathan chirriaron durante todo el trayecto en el linóleo del pasillo del hospital, y caminaba más rápido que el resto, por lo que tuvimos que esquivar a un montón de gente con bastones y muletas. El ritmo de sus pasos me tranquilizó. No dijo nada. No estoy segura de que ninguno de los dos pudiera decir algo. No soy exactamente prolija en el mejor de los casos, pero es que en aquel momento había un enorme espacio en blanco en el lugar en el que deberían estar mis pensamientos, y aunque sabía que debía tener preguntas que hacer, estar cabreada, no sé, querer decir cosas, aún no había ni rastro de ellas. Solo el sonido de sus botas y aquel beso en mi cuero cabelludo.

A Archie no le quedaba nada bien la cama de hospital. Sé que se dice que las personas parecen más pequeñas cuando están enfermas, pero Archie parecía demasiado grande. Había visto su habitación, deambulando por su casa buscando un baño vacío en una de sus fiestas. La habitación en sí era enorme, y su cama era lo suficientemente grande para al menos tres personas, y no, no pregunté por qué, y estaba repleta de cojines y todo tipo de almohadas, ¡un condenado paraíso! Parecía la cama de una casa de campo de un anuncio de revista. Definitivamente, una cama Archie, que nada tenía que ver con la cama diminuta del hospital, con sus barrotes y su colchón cubierto de plástico.

Cuando entramos, miraba por la ventana el cielo gris. Tenía puesto el suero, como yo, y parte de su cara y uno de sus brazos estaban vendados. Tenía los ojos rojos, y se

le veía un poco triste.

Cuando me vio, se le iluminó la cara. Supongo que la mía también.

—¡Loveday!

—Archie —dije—. ¿Cómo estás?

Era una de las pocas veces en mi vida adulta que realmente sentí que necesitaba abrazar a alguien. Pero entre la silla de ruedas y la altura de su cama y mi mareo y su brazo vendado y nuestros dos soportes de suero, habría sido complicado, así que decidí no hacerlo. Me limité a extender la mano para cogerle la suya. Él se la llevó a los labios.

—Gracias —dije.

—Si te hubiera perdido, nunca me lo habría perdonado.

Respiré hondo. Seguí haciéndolo, tratando de olvidar lo que dolía.

—¿Cómo estás? —volví a preguntarle, cuando me recuperé.

—Sobreviviré —me dijo.

—Gracias —repetí.

Luego pensé que iba a llorar, pero no lo hice, solo me senté, con tantas ganas de llorar y tantas preguntas que sabía que no sería capaz de articular palabra. A Archie le corrían lágrimas por las mejillas y se perdían en su papada, pero no me soltó la mano.

Después de lo que me parecieron años, retiró la mano, se sacó un pañuelo del bolsillo del pijama y se secó la cara.

—Señor Avebury —dijo—, ¿sería usted tan amable de traernos un poco de té? Luego hablaremos.

—Vuelvo en un minuto —dijo Nathan, y Archie volvió a mirarme. Su mirada me inquietaba.

—Lo sabías —dije. Tenía que empezar por alguna parte, tenía que hacer que Archie hablara, nunca había estado callado durante tanto tiempo, era desconcertante.

—Sí —respondió. Y luego—: Paciencia, Loveday. —Lo cual me pareció poca cosa viniendo de alguien que se aburre cuando llega a Defoe si está ordenando los clásicos.

—No tengo mucha paciencia —dije. Mi voz sonó más molesta de lo que pretendía.

Afortunadamente, Archie está acostumbrado a que, cuando hablo, siempre parezca más molesta de lo que realmente estoy, así que no se dio cuenta.

—Estuviste increíble —dijo—. Y menudo poema.

—Sí —dije.

La noche de poesía parecía de otra era, yo parecía otra persona. Que nos encontrásemos en el hospital y que la librería estuviese destruida me hacían pensar en que habíamos dado un paso en otra dirección, como hacia otra vida. Había sido un poco como cuando entré en la casa de acogida. Yo era yo, pero no lo era, porque mi entorno había cambiado y mi vida había tomado lo que un escritor de frases publicitarias llamaría «un giro inesperado». Y luego otro.

—Gracias por haber estado ahí. —Sabía que me estaba refiriendo a algo más que la velada poética.

—No me lo habría perdido —dijo Archie—. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias. —Luego Nathan regresó con tres té y tres de esos *muffins* que vienen en bolsas de plástico individuales. Miré a Archie—: ¿Y bien?

Archie suspiró.

—Por favor, Loveday, escúchame.

Empezó por el día en que tuve que traer el formulario de permiso para trabajar —tenía quince años— y lo traje firmado por Annabel. Ella había puesto, junto a su nombre, «madre adoptiva», entre comillas. Él me había preguntado si ella era mi madre adoptiva y yo le había respondido, de forma un tanto violenta, que ella no era mi madre. No lo recordaba, pero era la clase de cosa que habría dicho en esa época.

—Vino a verme la semana siguiente —dijo— y me gustó de inmediato. Vestía increíblemente bien y fue brusca conmigo. Quería protegerte. La llevé a comer. No iba a darse por vencida. Era una profesional, aunque parecía débil. Le dije que parecía una de esas mujeres agotadas que pintaba Modigliani. Ella dijo que no le gustaban los piropos.

Me reí. No pude evitarlo.

—Sí, así exactamente era Annabel —repuse, y luego me eché a llorar. Nathan tenía un pañuelo, y Archie también, pero yo saqué el que llevaba en el bolsillo de la bata.

—Me habló de «salvaguardar» y de «vulnerabilidad» y no me habría sorprendido si me hubiera pedido examinar mis dientes. Estuve tentado de decirle que si hubieras optado a un trabajo de fin de semana en Sainsbury's, el gerente probablemente no habría permitido una investigación tan exhaustiva. Al final le dije: «El viejo Archie no es estúpido, me doy cuenta de que tienes miedo de que se meta en líos. Pero no hay muchos líos en los que puedas meterte trabajando en una librería, y yo voy a cuidar de ella».

—¿Fue cuando empecé? —le pregunté.

Pensé en mí misma, subiendo al tren de Ripon a York todos los sábados por la mañana, imaginando que estaba temporalmente libre de la tristeza cotidiana de ser la niña cuya madre asesinó a su padre con la tapa de una olla. Archie podría no ser estúpido, pero yo sí.

—En efecto —dijo Archie—. Le prometí a Annabel que no te diría que había ido a verme y decidimos mantenernos en contacto. Ella vino a verme cuando tenías diecisiete años y tu madre iba a ser puesta en libertad y tú te negabas a verla. Ella se echó a llorar en mitad de la tienda y la llevé a tomar algo y fue entonces cuando me contó toda la historia. —Eché mano de su pañuelo.

—¿Estás bien? —le pregunté, porque soy la reina de las preguntas estúpidas.

—Sí —dijo—. Recuerdo que pensé en todo lo que debiste de pasar. Casi hablo contigo de ello, pero Annabel me había dicho que la tienda era una válvula de escape

para ti, así que guardé silencio. No fue fácil.

—Espero que tu formación como espía ayudara —le dije. Si no puedes enfrentarte a las cosas, coge un desvío.

—Por supuesto. —Y asintió.

No sabía qué pensar. Al principio estaba enfadada, porque sentía que él y Annabel me habían engañado. Luego me hundí, me desdibujé, porque algo en lo que siempre había creído había resultado ser mentira. Mi vida en Sin Palabras no era mía, porque no estaba al margen de mi pasado. Y, por lo tanto, no había estado exenta de piedad ni concesiones, al contrario de lo que yo siempre había creído.

Debería estar enfadada, y lo estaba, pero también estaba cansada, cansada de todo. Mi pasado, mi madre, el dolor y los tirones de extrañarla, como puntos de sutura que nunca cicatrizan. Había vuelto a llorar. Las lágrimas hacían que me picara la cara.

—¿Y qué hay de los libros? —pregunté—. ¿De quién fue la brillante idea? Porque me asusté de verdad.

Archie y Nathan se miraron el uno al otro, y luego me miraron a mí.

—¿Qué libros? —preguntó Archie. No es tan bueno como cree fingiendo. No sabía de qué estaba hablando. Nathan tampoco.

—Así que no fuiste tú —le dije a Nathan.

—¿Qué? —preguntó—. No. No sé de qué estás hablando, Loveday.

Miré a uno y a otro. La cara de Archie permanecía serena, descansaba después de un ataque de tos. Necesitaba un afeitado. Tenía un aspecto horrible.

Les hablé de los clásicos de Penguin, de Kate Greenaway, de Delia Smith y de la postal. De cómo había sospechado que Rob había encontrado a mi madre e intentaba fastidiarme, y de cómo luego había pensado que la tía Janey me había enviado a Nathan. Al decirlo en voz alta, me di cuenta de lo locas que parecían mis sospechas.

—¿Y cómo pensabas que te estaba haciendo llegar los libros? —quiso saber Nathan—. ¿Por arte de magia?

—Hum —dije, porque me di cuenta de que eso era más o menos lo que había pensado. Conan Doyle podría haberse divertido un poco conmigo—. La llegada de los libros coincidió con tu aparición.

—No funcionamos de ninguna manera en concreto —dijo Archie—. Pudo haberlos traído cualquiera. A veces los dejan en el escalón. No sé cómo es tu madre. Pero podría haber entrado en la tienda cuando tú no estabas.

—Bueno —dije. Odio cuando Archie tiene razón. Aunque no creía que la tuviera—. Mi madre no puede saber nada de mí. ¿Cómo iba a saber dónde trabajo? —pregunté. No tenía claro si quería que hubiese sido ella quien había dejado los libros o si quería que hubiese otra posible explicación.

—No tengo todas las respuestas, Loveday —dijo Archie, y cerró los ojos.

Nathan, que me había cogido de la mano y había estado en silencio durante todo ese rato, dijo:

—No sabía nada de esto hasta que te fuiste a Whitby. Te lo prometo.

No me gustaba la idea de que hubieran estado hablando de mí sin que yo lo supiera. Era como si volviera a tener diez años. Me sentí como te sientes —aunque es poco probable que tú, lector, tengas ni idea— cuando los asistentes sociales, los jueces y un montón de personas que no te conocen deciden lo que hay que hacer contigo, porque tus padres de repente no están disponibles. Me puso enferma.

Fue Archie quien habló:

—Me llenó de Viognier y me dijo que no aceptaría un no por respuesta. Había venido Melodie con el ojo morado. Estaba perdido.

—Me enviaste a Whitby —le dije. Aún no podía descartarle—. Y lo sabías.

—Dijiste que querías ir —se defendió Archie—. Si no lo hubieras hecho, no te lo habría sugerido. Parecías estar mejor. Un año antes no habrías ido ni de casualidad a una noche de poesía, y el señor Avebury, aquí presente, no habría tenido nada que hacer contigo. Me pareció que podías airearte, descansar un poco y tomarte un respiro. Sabría dónde estabas. Estarías a salvo y podría ir a buscarte si me necesitaras.

Todavía no me hacía a la idea de cuánto sabían de mí exactamente.

—No soy un maldito juguete —dije. Y fue lo más cerca que estuve de expresar cómo me sentía: como algo con lo que puedes jugar, que recoges y colocas.

—No —dijo Nathan—, eres alguien a quien queremos.

Reprimí todo lo que podía haberle contestado a eso, y algo en lo que no había pensado hasta el momento se abrió camino en la conversación.

—¿Dónde está mi madre ahora? ¿Lo sabes?

—Vive en Leeds —dijo Archie.

Leeds. Cerré los ojos. Era raro imaginar a mi madre en un sitio real, en una ciudad a la que había ido con Annabel, quien una vez me llevó allí a un mercadillo navideño. Estaba acostumbrada a pensar en ella en abstracto: «dentro» o «fuera», pero no en un sitio real, un sitio en el que podía salir a comprar leche o esperar al autobús.

—¿La has visto?

—No, pero Annabel sí. Está bien. Le encantaría verte.

Levanté una mano, me empezó a entrar pánico, Archie dejó de hablar.

—No —dije. No tenía que pensar en ello. Ni quería hacerlo.

Archie asintió, como si estuviera de acuerdo.

—Llegó una carta para ti, a la tienda, cuando estabas fuera. Había una dirección en el remite, así que supuse que era de tu madre. Estaba esperando el momento adecuado para dártela. Quizá después de tu actuación en la noche de poesía, si la cosa iba como pensaba. Pero los acontecimientos me lo impidieron.

Le sonreí, aunque me dolía la piel quemada del labio cuando lo hacía.

—Gracias, Archie. —Le cogí la mano con la que yo tenía libre, la otra seguía aferrada a Nathan. Miré su cara redonda, su bigote chamuscado, frente a los ojos azules de Nathan y aquella boca que nunca me cansaría de besar—. Gracias —repetí,

y luego tuve que soltarles las manos para enjugarme las lágrimas.

—La carta está en mi bolsa —dijo Archie—. Está debajo de la ventana. Creo que también hay un poco de *baklava*, y espero que alguien sea tan amable de pasármelo.

Cuando Nathan me llevó de vuelta a mi habitación, me metí en la cama y cerré los ojos. Lo hice porque no quería tener que hablar antes de poder pensar en todo lo que había pasado. No tenía intención de dormirme. Pero lo hice. Cuando desperté, era de noche y Nathan se había ido.

Miré el techo y pensé en mi vida, especialmente la que había llevado desde que dejé la casa de acogida, a los dieciocho. Había decidido abrirme camino sola: como mis padres habían desaparecido, yo era alguien a quien nadie quería. Y así lo hice.

Nuestro pasado es tan cambiante como nuestro futuro, venía a decir uno de los versos del primer poema que le había visto leer a Nathan. También incluía otro que animaba a tener la libertad de contar una historia diferente.

Pensé en Annabel, y en lugar de verla como alguien que había seguido con su vida a la manera en que yo lo había hecho, me di cuenta de lo mucho que había hecho por mí. Me había proporcionado un lugar seguro. Sus hijos mayores no fueron a verla mientras yo estuve allí. Ella iba a verlos de vez en cuando, cuando yo salía de excursión con el colegio; no fui consciente de todos los sacrificios que hizo por mí. A veces invitaba a amigas a cenar y otras iba al cine, pero nunca antes de que yo estuviera en sexto.

Pero como Annabel no era mi madre —porque ella no era la persona que yo había elegido para que cuidara de mí—, no vi ningún tipo de atención. Vi obligación. Era yo quien estaba sola. No se me ocurrió pensar que ella también podría estarlo. Fue solo entonces cuando me di cuenta de lo mucho que la había aislado, y lo mucho que le importaba, por la manera en que había ido a ver a Archie, a dar el visto bueno —me hubiera encantado ser una mosca en la pared y haber asistido a su encuentro—, y por haber acordado seguir en contacto. Yo la había borrado de mi vida, pero eso no quería decir que ella se hubiera ido.

Annabel seguía allí. Archie seguía allí. Y mi madre también, incluso sin estar.

Podía haberme enfadado, y parte de mí lo estaba. A nadie le gusta que le mientan, y yo odiaba la idea de que hubiera gente hablando de mí, conspirando a mis espaldas. Pero allí tumbada, mirando el techo, me pregunté qué otras opciones tenían. Estaremos de acuerdo en que no demasiadas. Me habían llevado de Whitby a Ripon, habían inventado una historia como coartada, me habían proporcionado un hogar seguro, y el resto era cosa mía. Me habían llevado a la fuente. Pero yo no pensaba beber.

No era cabezonería. No lo era. O, cuando menos, al principio no lo fue. Era solo tristeza, pérdidas, una detrás de otra, amontonándose en la mente de una niña de diez años que nada sabía del mundo más allá de su dulce hogar, donde sus padres habían

tratado de protegerla, aunque ni siquiera habían sabido cómo protegerse a sí mismos. Todo lo que podía hacer era crear silencio, porque ninguna de las voces que oía era una de las dos que quería oír. Nadie molesta a los niños cuando leen. Así que leí. Y cuando empecé a soltarme, me convertí en la chica que leía, que escribía, que prefería estar sola y que no solía hablar mucho. Yo era la adolescente asocial, la solitaria autosuficiente. Yo era la Chica de Ripon, que pasaba los días encerrada en su habitación. Y, en virtud de todo eso, acabé siendo la chica que no sabía cómo pedir ayuda a nadie.

La enfermera vino a ver cómo estaba. Eran cerca de las ocho. No era tarde para empezar una historia diferente. Saqué mi teléfono de la mesita de noche y lo encendí. Antes de que pudiera siquiera pensar en lo que estaba haciendo, marqué el número de la casa de Annabel, que seguía sabiéndome de memoria.

—¿Hola? —dijo. Su voz era dulce y cálida, como siempre.

—Soy Loveday —dije—. Te he echado de menos.

—Loveday —dijo casi sin aliento. Y luego—: ¿Va todo bien?

Por supuesto, pensé, creía que la estaba llamando porque me había metido en algún lío. Decidí ignorar su pregunta por el momento. Había cosas más importantes de las que hablar.

—Archie me lo ha contado todo —dije—. He llamado para darte las gracias, y pedirte perdón.

—No tienes que disculparte por nada —dijo Annabel.

Hablamos durante un rato. Yo me dediqué a hacerle preguntas y ella me habló de su familia, de Ripon, de que se había jubilado, había dejado el trabajo, pero también lo de ser madre de acogida, y se pasaba el día cuidando de sus plantas y haciendo de voluntaria. Era adorable. Y luego, claro, quiso saber cómo me iba a mí. Le dije que Archie y yo estábamos en el hospital.

—¿Quieres que vaya? —me preguntó—. Puedo ir mañana.

Y dije que sí.

Fue sencillo.

Todavía no sabía qué iba a hacer con mi madre. Pero algo haría, y por primera vez en mucho tiempo la recordé con cariño. «Nunca dejaré de quererte, L. J.», había escrito en una de las últimas cartas que había leído. La había roto. Pero yo tampoco había dejado de quererla. Y había una nueva carta esperándome, para cuando estuviera lista.

No era estúpida; sabía que estábamos muy lejos de un final al estilo Louisa May Alcott. Pero quizá no nos fuese tan mal. Cogí la arrugada postal de Whitby, que estaba en la mesita de noche, apoyada en la jarra de agua, y que todavía olía a humo. Mi madre amaba a su familia entonces. Y todavía me amaría ahora. Había tratado de venir a buscarme, pero algo la había detenido. Observé su letra en el sobre que había sacado de la bolsa de Archie. La abriría mañana. Entonces estaría lista.

En algún momento alrededor de las cinco de la mañana, me quedé dormida.

Las enfermeras me despertaron para que tomara mis analgésicos a las siete y luego volví a dormirme.

Lo siguiente que supe fue que la luz de media mañana llenaba la habitación y que Nathan estaba sentado en la silla de plástico de respaldo recto que había junto a mi cama. Se había arremangado la camisa, tenía los codos apoyados en los muslos, y la frente sobre las manos. Había una frase escrita en su antebrazo. Estaba lo suficientemente cerca para poder tocarlo si extendía la mano.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Me he hecho un tatuaje. —Me mostró el brazo. Leí: «La primavera estaba a punto de llegar»; las palabras estaban escritas en su piel con una letra encantadora. Me quedé sin habla. Era el final de la última frase de *La colina de Watership*.

Besé el dorso de su mano y conseguí articular:

—Gracias.

Él asintió.

—Encontré la de *Posesión* —dijo— y la de *El paciente inglés*.

—Gracias —repetí—. Eres increíble. —Lo decía en serio. Aún me alucinaban sus botas anudadas de forma distinta y, viéndolas, una jamás imaginaría todo lo que su dueño podía llegar a dar.

Me miró y sonrió, pero no fue una sonrisa de verdad, y luego siguió mirándome, como si en vez de una persona fuese una palabra escrita en un idioma extranjero y tratase de descubrir mi significado. Se puso en pie, volvió a sentarse, de repente, como si acabara de darse cuenta de que estaba de pie.

—Loveday —dijo—, he ido a ver a Archie. Hace un momento.

—Muy bien —dije—. Yo iré más tarde. He estado pensando en todo. Tengo suerte de tenerle.

Al momento, los ojos de Nathan se entornaron y empezó a llorar, negando con la cabeza.

—Loveday —dijo—, Archie... Archie está muerto.

—¿Qué? —No le había oído bien, estaba claro.

—Hace un momento. Hace... —Hizo un gesto con la mano, en dirección a algún lugar que quedaba a su espalda—. He ido a verlo, para poder contarte cómo se encontraba, y me hablaba de lo contento que se sentía de que todo hubiese salido a la luz y de lo orgulloso que estaba de ti, y al momento siguiente... —A Nathan le costaba hablar porque no podía dejar de llorar.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —Me levanté de la cama para estrecharle el hombro en lugar de limitarme a acariciar el dorso de su mano con la punta de mis dedos.

—Ha muerto —dijo Nathan.

Respiró profundamente y luego puso su mano buena sobre mi mano, cubriéndola. Tenía los nudillos enrojecidos y dos de las uñas estaban rotas, y todas, negras, en la parte inferior, allá donde el hollín había penetrado en su piel.

Todo se detuvo, por un segundo; incluso, lo juro, mi corazón.

—No —dije. Era como si alguien, en algún lugar, hubiera tomado una fotografía del peor día de Loveday (2) y el mundo se hubiera detenido cuando el obturador había hecho clic.

Luego llegó. Y entonces empezó a doler de verdad. Estaba de pie con la mano aún en el hombro de Nathan y él estaba llorando, y yo, yo me limitaba a escuchar, mientras el mundo a mi alrededor se rompía en mil pedazos. Quedarse atrapada en una librería en llamas no era nada comparado con aquello.

—Se le ha parado el corazón —explicó Nathan.

Levantó la vista y me miró. Empecé a oscilar, a mecerme, de forma totalmente inconsciente, y él apartó el brazo y me senté en su regazo. No se me ocurría nada que decir. Recosté mi mejilla contra su cabeza y..., bueno, no sé lo que hice. Era como si alguien se hubiera llevado el cielo, mi cielo.

Me rodeó la cintura con el brazo y sentí que la fuerza me abandonaba.

—Ha sufrido un infarto. Delante de mí. Le han hecho la..., eso que hacen, pero ha muerto de todas formas.

Abrí la boca y quise decir: «Deja de decir que está muerto». Pero no fui capaz de articular palabra. Me eché a llorar y, a pesar de que la sal hacía que me escociera la cara y el esfuerzo hacía que me doliera todo, el dolor físico no era nada comparado con la forma en que mis sentimientos estaban haciéndome pedazos, y fue mucho, mucho el rato que pasé llorando.

MEMORIA

2016

ELEGIR

Mi preciosa Loveday:

No me costó encontrarte. Annabel y yo nos hemos escrito muchas veces. Una de esas veces me contó que trabajabas en una librería de segunda mano. Otra, mencionó York. Era muy escrupulosa con tu protección —algo que me tranquilizaba más de lo que puedes imaginarte—, pero me bastó con analizar sus cartas para establecer la conexión entre una cosa y otra. Y, una vez hecha, no tenía más que ponerme a buscar.

Hay dieciocho librerías de segunda mano en York, así que decidí empezar por ahí. Si no te encontraba, siempre podía ampliar la búsqueda a Yorkshire. (Porque, claro, si vivías en York, podrías ir en autobús o en tren a trabajar. O podías tener un coche, aunque no me sonaba que Annabel me dijera que te habías sacado el carnet de conducir. Tengo mucho tiempo para pensar en todas esas cosas.)

Empecé a llamar a las librerías y preguntar por Loveday, pero después de llamar a las dos primeras me dije: «¿Y si descuelga ella?». No quería que nuestro primer contacto fuese una especie de shock. Pensé que debía ser algo agradable. Te lo debo. Así que decidí hacer pequeñas excursiones en tren a York en mis días libres, y echar un vistazo por allí. Tu librería fue la segunda a la que fui y, estando de pie en la puerta decidiendo si debía entrar o no, vi un cartel en el que se hablaba de un libro de poesía perdido en el que ponía ENTRA Y PREGUNTA POR LOVEDAY. De repente me entró el pánico. Fui a tomar una taza de té en la cafetería de al lado y, mientras miraba por la ventana y veía a la gente ir arriba y abajo por la calle, me pregunté qué debía hacer a continuación. Sabía que no podía sencillamente entrar, llamarte y abrazarte fuerte, aunque era eso lo que quería hacer.

Y luego estaban todas las cosas de las que teníamos que hablar. ¿Por dónde empezaríamos? ¿Cómo íbamos a sumergirnos en esa conversación cuando llevábamos tanto tiempo sin hablar? Y habías dejado bien claro que no querías hablar. Pero esperaba que hubiera pasado el suficiente tiempo para que pudiéramos intentarlo.

Entonces tracé un plan. Sabía que recordaría los libros que habíamos elegido juntas. Todavía los tenía, me los había guardado la asistente social y había leído los ejemplares de cada uno de ellos que había en la biblioteca de la cárcel. Pensé que podía ir a verte, que podía llegar justo cuando estuvieras saliendo, y llevarte los libros, y así tendríamos algo de qué hablar, algo sencillo, para empezar.

Llegué poco antes de que la tienda cerrara y esperé enfrente, un poco más abajo, en la parada del autobús. Llevaba los libros en una caja, y pesaba.

Saliste de la tienda y cerraste la puerta. Me limité a mirarte: estabas seria, ponías la misma cara que de pequeña cuando pintabas o leías, cuando te aprendías los diálogos de una obra de teatro o cuando pesabas los ingredientes de la tarta de jengibre. Fue maravilloso. Esos ojos tuyos, tan brillantes como las estrellas. La forma en que te movías, la forma en que te sacudías el pelo hacia atrás, todo era un recuerdo, y yo me había quedado paralizada, por la emoción y el placer de verte. Te metiste en el callejón y regresaste al cabo de unos minutos con una bicicleta. Intenté decir tu nombre, pero no fui capaz de articular palabra. Estaba llorando. Un hombre en la parada del autobús me ofreció un pañuelo. Ese tipo de cosas —el contacto inesperado— me asustan un poco, últimamente. Cuando me recuperé, te habías ido.

Así que dejé los libros en los escalones. No sabía si los reconocerías, pero me gustaba la idea de que los vieses y que tal vez nos recordaras juntas en la librería que había junto al puente.

La siguiente vez que fui, entré. No estabas, pero hablé con un hombre encantador con una camisa de color mostaza. Supuse que era el dueño. Dejé el libro junto a otros en una caja cuando no miraba.

Durante el mes siguiente tuve mucho trabajo, y poco dinero, así que tardé un tiempo en volver. Cuando lo hice, llevaba el libro de Delia Smith con una postal dentro. No sabía si sería capaz de hablar contigo o no. No podía dejar de pensar en ti, tan mayor, tan bonita, y no sabía cómo acercarme. Sabía que me habías odiado. Pensé que quizá aún me odiarías. Esperaba que los libros lo hiciesen más fácil todo. Los veía como mensajeros. Pero el día que llevé el libro de cocina, te vi por la ventana y supe que no era lo bastante valiente para tocarte el hombro o decir tu nombre, tal como haría alguien a quien vieras cada día. Decidí escribir una carta. Esta es. O, bueno, la versión número cien.

No voy a contártelo todo ahora, y no voy a intentar justificar nada. Solo espero decir lo suficiente para que tú dispongas de todo lo que siempre has necesitado saber, para que puedas decidir si aún hay lugar

para mí en tu vida o no.

He vuelto al mundo real, y no creo que mi vida cambie en un futuro. Trabajo en una panadería, y tengo un pequeño apartamento, y voy a un club de lectura, y si pudiera cambiar el pasado, lo haría. Pero no puedo. Todo lo que puedo hacer es decirte dónde estoy, y esperar, cruzando los dedos.

He escrito un montón de cartas estos años. A ti, por supuesto, y a Annabel. Desde la cárcel, al principio, escribí a la familia de tu padre, y Janey me contestó y me pidió que no volviera a hacerlo. Le hice caso, por supuesto. Fue muy educada, teniendo en cuenta las circunstancias. No sé en qué estaba pensando. Bueno, sí. Estaba pensando que deseaba que la gente me entendiera. Quería que me perdonaran. Pero sé que perdonar no es fácil.

Cuando empezaste a dejar de venir a verme, me rompiste el corazón, pero no me sorprendió. Me lo explicaron todo. Los derechos del niño. Los ataques de pánico, las pesadillas. Trauma. Tiempo. Paciencia. Tiré cosas, grité; me medicaron. Me los imaginé diciendo: «Vaya, se nota que tiene mala leche. En ese matrimonio estaban hechos el uno para el otro».

Me mandaron al psicólogo. Me consideraron, al menos en parte, una víctima de las circunstancias. Puedes leer libros sobre la violencia doméstica hasta que te salgan por las orejas, pero a menos que la hayas sufrido nunca vas a entender cómo puedes querer a alguien que te está haciendo daño. Lo quieres porque sabes que la mejor parte de él es la que te quiere, y la peor es la que te está haciendo daño, y sabes que ellos querían quererte todo el rato. Tu padre era un buen hombre, con un buen corazón y un carácter horrible. La gente me decía que estaba en fase de negación. Puede que lo estuviera. Yo quería hablar de ti, porque era lo que me importaba entonces, me dolía pensar en ti, todos los días. Pensar en tu padre era rodearme de un ruido ensordecedor, como el del mar cuando vivíamos tan cerca de él, pero pensar en ti era como despertarme por la mañana y descubrir que estaba en la calle y que granizaba. Me asustaba, me aterrorizaba, me dolía.

He pensado mucho en lo que podría haber pasado si él no hubiera encontrado el dinero ese día. He tenido mucho tiempo para pensar, y cuando me preguntaba por qué me estaba haciendo daño, era en eso en lo que pensaba. (¿Ibas directa a casa después del colegio? ¿Tenías a alguien que te acompañara? ¿Una amiga? ¿Te habías unido a algún club extraescolar? ¿Ibas a participar en alguna obra de teatro? Cuando empecé a escribirme con Annabel, me respondió algunas de esas preguntas, pero las respuestas no eran las que esperaba.)

Pienso que si tu padre hubiera encontrado trabajo, las cosas nos habrían ido mejor. No habrían sido perfectas, pero sí lo suficientemente buenas. Sabía que hacía mal pegándome. Él nunca te hubiera tocado, aunque me daba miedo que un día estuvieras en medio, y por eso creía que tenía que alejarte de allí. O quizá le habría dejado. Y habrías tenido una familia disfuncional corriente. Lo que daría ahora por que ese hubiera sido tu mundo.

Nunca quise hacerte daño. Pero lo hice. Que es lo que él solía decirme cuando me pegaba: no quería hacerlo. Eso no arregla nada. Pero le añade un matiz: el gris. Lo aleja del blanco o negro. Por eso cuando la policía me preguntó qué había pasado, y cuando el abogado y el fiscal me pidieron «mi versión», como si aquello fuese una especie de competición que ni tú ni tu padre habíais perdido aún, no dije nada. Me lo merecía. Aunque no era lo que tú, y ahora lo veo, te merecías.

Pensé que quizá querías verme cuando saliera de la cárcel, pero mi asistente social me puso sobre aviso. «Tiene ataques de pánico severos», me dijo. Los derechos del niño. Paciencia.

Yo no tenía paciencia. Estaba angustiada, y era vengativa, no contigo, sino conmigo misma. No podía dormir, no comía, me salté una sesión probatoria en el juzgado. Mi asistente social vino a verme. Me metió en su coche y me llevó al hospital. Pasé tres meses en como sea que llamen a los psiquiátricos ahora. Me recuperé un poco. Un terapeuta me ayudó a pensar en mi propia vida, la vida que iba a llevar lejos de ti hasta que tú estuvieras preparada para volver a formar parte de ella. Estaba demasiado cansada para luchar contra la idea de cómo me habría gustado hacerlo. ¿Por qué, si quería gritar, tenía que esperar? Nunca había querido hacerle daño a mi hija. No, me dijo el terapeuta, pero ¿es lo mismo no haber querido hacerle daño a no haberle hecho daño?

Me ayudaron a encontrar mi pequeño apartamento y recordé lo mucho que me gustaba hacer pasteles. Conseguí un trabajo a media jornada en una fábrica y luego otro en una panadería, donde finalmente me quedé. Volví a engordar. Daba de comer a los pájaros en el parque y me uní a un club de lectura y empecé a echar una mano en un jardín comunitario. Intenté buscarte por internet, pero o eras la única persona de veinte años que no tenía Facebook, o te habías cambiado el nombre.

Eres mi tesoro, Loveday, lo mejor que he hecho, y saber que he destruido todas las cosas que tan duro trabajé para darte —la confianza, la seguridad, el sentirte querida— me rompe el corazón cada día que hemos pasado separadas.

He trabajado duro. He esperado. Nunca he encontrado la paciencia, pero al final la paciencia me ha encontrado a mí.

Estoy aquí, pequeña, y te quiero.

Besos,

MAMÁ

POESÍA

2016

SANA TU CORAZÓN

El funeral de Archie fue una locura. Yo llevaba cinco días fuera del hospital. Hacía demasiado sol —fue el día más caluroso de octubre— y parecía que se hubiera instalado un circo malhumorado en el cementerio. Al menos eso pensé mientras esperábamos a que llegara el coche fúnebre, viendo aquí y allá zapatos plateados, levitas, un conejo con correa. Había un par de actores y tres personas lo suficientemente importantes para llevar guardaespaldas. Antes de nada también hubo una especie de registro de seguridad. Supongo que por el miembro de la familia real que vino. Aunque no estoy segura de si fue él quien llegó en helicóptero o si fue algún otro dignatario. Tampoco es que importara.

Se dieron un montón de besos y se lloró también muchísimo antes de que empezara el servicio, y temí que fuera horrible. Horrible en el sentido de «no la clase de cosa de Archie hubiese querido», pero sin poder evitar que fuese una triste, una terrible despedida.

Pero, por descontado, acabó siendo una producción de Archibald Brodie, y fue como un reloj. Parecía que Archie había pensado mucho en la clase de funeral que quería y lo había organizado todo. Todos recibimos instrucciones de su abogado en los días posteriores a su muerte. Nos llegaron en sobres de papel azul grueso, que contenía cartas escritas a máquina. Fue como recibir el papel que te va a tocar interpretar en la función.

Todo el mundo hizo lo que se le pidió ese día. Me reí y lloré porque todo era tan Archie: todo estaba tan bien pensado que nadie tenía que hacer nada que no hubiera hecho de todas formas. Se había pagado de antemano al director de la funeraria, a la empresa de catering y a las personas que se ocupaban de los caballos y los carruajes. La iglesia estaba llena de crisantemos, las flores más llamativas que existen, y olía a crisantemos, claro, y a incienso, olor que se parece muchísimo al del humo de pipa, en un momento en el que ninguno de nosotros podía evitar oler a humo de pipa. Había una instrucción común para todos nosotros: «Todos, sin excepción, deben ir a mi casa, después del funeral, a comer y a beber y a ser felices mientras puedan». Los planes se habían actualizado por última vez hacía ocho meses. Su abogado me dijo que Archie los revisaba todos los años.

Yo fui la primera en seguir el ataúd. Tenía a Nathan a un lado y a Annabel al otro, y ambos me cogían de las manos con fuerza. Cuando el ataúd llegó al altar, nos sentamos en el segundo banco, y todos aquellos que habían estado leyendo, cantando o haciendo algún tipo de espectáculo de burlesque —sí, va en serio— se sentaron en los primeros bancos para estar listos cuando les llegase el turno de hacer lo que Archie les había pedido que hicieran. El vicario era otro amigo de Archie, por

supuesto, porque no hay forma de que puedas meter a tragafuegos en una iglesia si no tienes a uno de los tuyos dentro.

Una vez estuve sentada, me eché a llorar, otra vez; llorar era lo que hacía cada día desde la muerte de Archie. Notaba a Annabel y a Nathan mirarse por encima de mi cabeza. Nathan me rodeó el hombro con el brazo y Annabel me tendió un pañuelo, y traté de calmarme, e imaginé a Archie gritando: «Love-DAAAY».

El órgano —que estaba tocando «With a Little Help From My Friends», por si te interesa— se detuvo. Todo el mundo se calló, y solo se oyó el sonido del tafetán y la seda. El vicario se adelantó, puso una mano sobre el ataúd, lo miró, suspiró y dijo:

—Bueno, Archie, ¿qué vamos a hacer sin ti?

Aunque lo que más temía era el servicio fúnebre y el entierro, lo de después fue peor, porque mi nivel habitual de incomodidad social se multiplicó por diez por la pena y la absoluta desolación por la muerte de mi amigo y maestro. Yo era la chica que se había quedado con la casa, y todo el mundo quería hablar conmigo. A algunos les gustaba menos que a otros que me la hubiera dejado en herencia, en parte porque Archie había perdido aquella casa al menos una docena de veces jugando al póquer a lo largo de todos aquellos años y, generosamente, los ganadores le habían permitido vivir en ella hasta su muerte. El caso era que les había estrechado la mano a todos, pero no había firmado ningún papel.

Mi legado, sin embargo —la casa, el negocio y el dinero que había en la cuenta de la librería, que eran, estaba segura, muchas decenas de miles de libras más de las que nunca había hecho la tienda—, estaba, legalmente, hecho a prueba de bombas, y cuando algo así ocurría, había algo en Archie que hacía que las personas decentes se comportaran también decentemente. Así que bromeaban todo el rato —¿me apetecía jugármela a las cartas, en plan doble o nada?—, pero no tenía de qué preocuparme. Y Archie tenía para todos: había otro par de casas, cuadros, y otras muchas cosas que parecían del montón pero que resultaron ser muy valiosas. Melodie se quedó con su colección de sombreros, Annabel con una pulsera de diamantes y la condición de que la vendiera y se fuera de crucero. Ella se había reído y había dicho que eso era lo que siempre había querido hacer. (¿Por qué yo no lo sabía?) Archie era tan generoso después de muerto como lo había sido en vida, en su más que impresionante vida.

Me senté en el sofá y Nathan y Annabel estuvieron conmigo todo el tiempo. Al cabo de una hora estaban todos lo suficientemente borrachos para dejarme en paz. A las tres horas me escabullí a la biblioteca y me tumbé en el chesterfield. Me pareció que Nathan me seguía, pero lo siguiente que supe fue que me estaba despertando y que la casa estaba, si no silenciosa, al menos más tranquila. La empresa de catering se había ido y había gente jugando a las cartas en la cocina, con guardaespaldas en la puerta, así que todavía había un miembro de la familia real en la casa.

Nathan me hizo subir las escaleras. Me detuve en la mitad.

—No puedo quedarme aquí —dije.

—Loveday —dijo Nathan—, Annabel nos ha preparado una de las habitaciones de invitados. En algún momento tendrás que mudarte aquí. Y, de todos modos, todavía hay gente ahí abajo. No podemos irnos.

Estaba demasiado cansada para discutir, así que me dejé llevar arriba.

—Todavía no puedo creerme que esta sea mi casa —dije.

—Es raro —convino Nathan—. Annabel dice que te llamará mañana por la noche. Los de la limpieza llegarán alrededor de las once de la mañana. Pueden disolver la timba de póquer si aún sigue en marcha para entonces.

—Sí —dije. Archie, como fan de Douglas Adams, decía que la fiesta debía seguir tanto tiempo como le apeteciera. Supuse que se iría apagando alrededor de las veinticuatro horas. Si decidía seguir, iba a tener que hacerse ella misma la comida.

Nathan me despertó a las nueve. La habitación que Annabel nos había preparado era la más pequeña de las cinco. Tenía una cama de matrimonio, un armario y un tocador a juego. Yo diría que los muebles eran de la década de los cincuenta, la madera era oscura y cálida, y las curvas, suaves. El papel pintado de las paredes parecía un William Morris y quizá era un William Morris original, conociendo a Archie. En el baño con ducha, todo, excepto el suelo de madera, era de un blanco impecable. La ducha era la mejor en la que había estado nunca, la presión era alta y la alcachofa estaba fijada en el techo, para que pudieras cerrar los ojos y fingir estar bajo una agradable y cálida tormenta. El alféizar de la ventana era amplio y profundo, el lugar perfecto para almacenar una colección de conchas o de piedras. Podría convertir aquel cuarto en mi habitación. Negué con la cabeza. Era demasiado pronto para pensar en nada de todo aquello.

Después de vestirme, Nathan y yo nos sentamos en la soleada cocina y comimos el pastel de carne y la tarta de queso de Nueva York que habían sobrado del velatorio. Los guardaespaldas se habían ido. Alguien seguía durmiendo en la *chaise longue* que había en la sala de estar principal, y otro estaba tumbado en el suelo del comedor. Deseé que el perro de caza que daba vueltas por el jardín fuese de uno de los dos.

—¿Quieres que vaya contigo a la tienda mañana, para hablar con el perito del seguro? —me preguntó Nathan.

—Sí, por favor —le dije. ¿Has visto eso? Ya no se me daba tan mal aceptar ayuda. Sí, había llegado el momento de aceptarlo. De no ser por la ayuda, habría acabado convertida en cenizas en la librería.

Una vez que el perito del seguro hubo hecho su trabajo, contraté un contenedor y tiré todo lo que había quedado inservible, los restos húmedos, chamuscados y carbonizados del lugar que me había mantenido a salvo del mundo. De una manera extraña, estaba deseando poder hacerlo. Era algo que había que hacer. No era algo abstracto. Aún no estaba claro qué demonios haría con la tienda.

La casa era un asunto completamente diferente. Sabía que tenía que vivir allí, pero me parecía ridículo deambular por la vieja y querida mansión de Archie. En la cama le había dado vueltas a qué podía hacer con ella. Podía convertirla en alguna otra cosa: un hogar para niños abandonados; un lugar donde los que lo necesitasen pudiesen hacer frente al duelo de una pérdida; una casa intermedia para mujeres recién salidas de la cárcel o que hubiesen sufrido algún tipo de abuso. Pero cuando desperté, no me veía capaz de poner en marcha nada de todo aquello. Llenar un contenedor, o fregar el suelo, era algo mucho más sencillo.

—Vanessa quiere echarle una mano —dijo Nathan—. Y Melodie.

—Qué amable por su parte —dije. Y lo dije en serio.

La mañana fue tranquila. Nathan y yo hablamos de ir a Cornualles; él me enseñaría los sitios que recordaba y los que no, y visitaríamos la tumba de mi padre. Miré algunas de las dedicatorias de los libros de la biblioteca mientras Nathan dormía en el sofá. Le toqué la cabeza cuando pasé junto a él y no se movió. Vagué por todas las habitaciones que Archie había abandonado. Parte de sus planes *post mortem* incluían la contratación de una compañía de limpieza que deshiciera su cama, lavara las sábanas y la ropa, tirara la comida que quedaba en la nevera y cualquier artículo de baño que estuviera mínimamente usado. Realmente había pensado en todo, excepto en que cada milímetro y cada átomo de su casa te decía algo de él, y no tenía ni idea de cómo vivir con eso. Se lo conté a Annabel. «Solo tienes que poner un pie delante del otro, Loveday», me había respondido, y me hubiera gustado haber aprendido a hablar con ella cuando tenía once años, en lugar de haber perdido el tiempo.

Volví a leer la carta de mi madre. Me hizo echarla de menos como lo había hecho al principio, como una niña asustada que ha perdido a las dos únicas personas que quería. Cuando no pensaba en Archie, pensaba en lo increíblemente solas que habíamos estado mi madre y yo, y tanto una cosa como la otra hacían que se me rompiera el corazón.

Nathan y aquellos otros dos que se habían quedado a pasar la noche se levantaron cuando olieron el bacon y los huevos que estaba haciendo. Mientras comíamos, Nathan se ofreció a abrir una botella de champán, lo que me pareció una estrategia un tanto arriesgada, pero funcionó, porque nuestros dos invitados empalidecieron y llamaron a un taxi.

Nos quedamos solos.

Solos nosotros dos.

De momento.

—Ya es casi la hora —dijo Nathan—. ¿Estarás bien?

—Sí, lo estaré —dije. Y lo dije en serio.

Estaba más tranquila de lo que había estado... nunca, en realidad. Perder a Archie me había dolido. La manera en que habían cambiado mis circunstancias me desconcertaba. Pero el que estuviera permitiéndome ser yo misma, y dejarme ayudar

por Nathan y Annabel, fue como encontrar, al fin, una manera de estar en el mundo, de mirar al frente, con los pies en el suelo, tomar aire y decidir qué va a ser lo siguiente.

Ayer, cuando el ataúd de Archie se hundió en la tierra, tomé una decisión. Pensé en la manera en que mi madre había salido a buscarme. Cómo me había encontrado; cómo le había faltado coraje. De la misma manera que me había faltado a mí, cuando había querido llamar a Nathan o había pensado en denunciar a Rob o había intentado advertir a Melodie. Podría habérselo contado todo a Archie, en una de esas veces en que se mostró dispuesto a escucharme. Y no lo hice.

Al final lo entendí. No había nada que quisiera más en el mundo que verla, pero a la vez nada era más aterrador que la sola idea de verla. Contactar con ella no tenía nada que ver con hacer un café rápido y ponerse al día. Significaba el comienzo del futuro que siempre debería haber tenido.

Sabía que mi relación con mi madre tenía tan buen aspecto como una librería que acaba de ser pasto de las llamas. Nada había sido fácil para nosotras. Y no había razón para pensar que lo que nos esperaba fuese sencillo. Cuando el coche fúnebre se fue, le pedí a Annabel que llamara a mi madre y la invitara a venir a casa. Le había dicho que vendría hoy.

—¿Quieres que desaparezca? —me preguntó Nathan.

—No estaría mal, para empezar —dije.

—Estaré arriba —dijo—. Llámame si me necesitas.

Me dio un beso, suave; el labio acababa de curármelo y la piel era brillante y fina.

Cogió el ejemplar de *Grinning Jack* de su mochila, y subió por las escaleras hasta nuestra habitación.

Y yo salí a la calle, a dejarme bañar por la luz del sol de otoño y a esperar a mi madre. La imaginé dejando libros en la tienda, poniéndolos en los escalones de la entrada, como se ponen ramos de flores en los sitios en los que ha habido un accidente de coche. Se moría de ganas de hablar conmigo. Pero estaba tan asustada. Sabía exactamente cómo se sentía.

La idea de ella era tan acogedora como la tarta de jengibre, tan dulce como la de una niña que encuentra la concha perfecta en la orilla.

ELECCIÓN

Interpretado por Loveday Cardew en el George and Dragon

York, enero de 2017

Nadie más que yo ha vivido mi vida.
Era feliz, hasta que me rompí y luego lloré, lloré un montón.
Me dolió, me enfadé, entré en bucle
Y no supe cómo salir de ahí.

No mucha gente pierde a sus padres en una sola noche
sin más; es el fin,
no sabes cómo afrontarlo, no ves el final.
No hay forma de que puedas salir de ahí.

Cuando solo quieres a mamá y a papá nadie más
te importa,
si rechazas a todos los demás, ellos también
te dejarán.
Actué como si lo supiera todo, pero no tenía ni idea,
y no sabía cómo volver atrás y salir de ahí.

Y luego comprendes que lo que has hecho es construir
tu propia concha
y encerrarte en ella, y dejar que se hundiera,
en el pozo, con el gatito cobarde dentro,
y sin nadie alrededor para escuchar su historia,
¿cómo demonios superarlo así?

Resulta que si das un paso, alguien
te seguirá,
que si tiras una pelota, algún cretino engreído
la cogerá.
El pasado no va a arreglar el futuro, pero tú eres más fuerte que toda esa
mierda,
y por eso voy a superarlo.

Quedas cordialmente invitado a la reapertura de
Sin Palabras, York. Libros raros y maravillosos
para amantes de los libros de todas partes.
Refugio para lectores en el piso de arriba.

Propietaria: Loveday Cardew
Responsable de catering: Sarah-Jane Walker
Entretenimiento: Nathan Avebury
Visitas guiadas: Melodie

FIN

UNA LIBRERÍA

Una campanilla sobre la puerta: un metálico tintineo.
No debería haber reloj. El tiempo aquí no tiene sentido.
No hay libro sin valor.
Que dentro entre la luz, refractada a través
de viejas ventanas, para recordarnos que
nada es verdad.
He aquí todo lo que aún no sabes.
Todo está ligeramente torcido, a excepción de las líneas
de palabras en las páginas.
Aquí está la comida.
Este lugar está atestado de lo que no te espera.
No debería haber música, pero no debería haber silencio.
Los dedos no deben ser tímidos. Deben tocar lomos. Pasar páginas.
Hay en la esquina una puerta de la que nadie tiene la llave.
Risas. Y pequeños gritos de «¡oh!» cuando se encuentra
algo olvidado.
Una librería no es mágica, pero puede robarte el
corazón.
El aire no es como cualquier otro aire. Tiene memoria,
una que se mueve por él.
Aquí hay algo para ti. Pero vas a tener que
elegir.
Ese olor. Ya sabes. Pachuli. Miel. Sal y violetas.
Y, oh, la gente. Deben ser perdonados sus pecados porque están aquí.
Una librería no es mágica, pero puede sanar lentamente tu
corazón.

AGRADECIMIENTOS

Mucha gente me ayudó a comprender al detalle la historia de Loveday: Mary Hill, Laura Lane, Rebecca Mason y Marion Robson me echaron una mano con el asunto de los servicios sociales y de las casas de acogida a largo plazo; Jack Fellowes y Tom Furnell me explicaron cómo podía arder una librería; Kirsten Luckins y James Wilkinson respondieron a mis muchas preguntas sobre los recitales de poesía; Barry Speker OBE DL me enseñó lo compleja que es la ley en cuestiones de violencia doméstica; Stuart Manby, de Barter Books, en Alnwick, me llevó al otro lado y me contó todos los secretos de la venta de libros de segunda mano.

Os quiero dar las gracias a todos y pedir disculpas por todos los errores que pueda haber cometido y dejar bien claro que han sido cosa mía.

Me gustaría agradecerle especialmente su ayuda a Scratch Tyne, un grupo de poetas reunido por la asociación Apples and Snakes. Sus miembros mostraron toda la paciencia del mundo y me animaron muchísimo mientras yo trataba de entender en qué consistían los recitales poéticos y en qué sentido son mágicos, tanto para el poeta como para el público. Me seguís inspirando.

Mis primeros lectores fueron Alan Butland, Rebecca Mason, Emily Medland, Tom Nelson, James Wilkinson y Susan Young, y sus comentarios fueron claves para ayudarme a descubrir de qué manera debía contar la historia de Loveday. Shelley Harris leyó el comienzo y me acompañó durante todo el trayecto.

Claire Dyer, de Fresh Eyes Consultancy, hizo inteligentes y valiosos comentarios sobre lo que funcionaba, lo que enganchaba y las cosas que podían mejorarse.

A Archie le puse así por Arch Brodie, que fue uno de mis profesores de lengua, junto a Mary Adams, Margaret Rogerson y Bev Millman. El colegio al que fui no era gran cosa, pero las clases de lengua eran, creo, increíbles. Bev, en concreto, fue la primera en ver en mi escritura algo especial; siempre le estaré agradecida por eso.

Mi agente, Oli Munson, de A. M. Heath, es un campeón y un amigo. Gracias por seguir creyendo en mí.

Eli Dryden es en parte editora y en parte cómplice durante el proceso creativo, y me encanta trabajar con ella. Me aporta un montón de cosas y me sirven todas. Trabajar con el equipo de Bonnier Zaffre es una delicia: está repleto de gente comprometida, inteligente y con muchas ideas. Gracias a todos.

Las familias de los escritores aguantan muchas cosas. Gracias por estar ahí, cuando estaba (a veces, literalmente, a menudo, metafóricamente) ausente: Alan, Ned, Joy, mamá, papá, tía Susan.